

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Inglesa II
(Literatura de los Países de Lengua Inglesa)



TESIS DOCTORAL

**Consecuencias literarias del 11-S: la representación de la violencia en
la novela angloamericana**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Lidia Jiménez Rodríguez

Director

Dámaso López García

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Inglesa II

TESIS DOCTORAL

Consecuencias literarias del 11-S:

La representación de la violencia en la novela angloamericana

Doctorando:

Lidia Jiménez Rodríguez

Director:

Dámaso López García

Madrid, 2015

Agradecimientos

Quería expresar un profundo agradecimiento a mi director de tesis, Dr. Dámaso López García, por su confianza; Al Dr. Eduardo Valls Oyarzun, por su apoyo en los últimos momentos; A la Universidad Complutense de Madrid (UCM), por ser inspiración y refugio. Al historiador y profesor de la Universidad de Harvard, Jonathan M. Hansen, por su disposición para ayudarme siempre; al profesor de la Universidad Yeshiva, de Nueva York, Jordan Rosenberg, por su amistad, y a la Dra. Gabriela Schmidt, profesora de Filología Inglesa de la Universidad Ludwig-Maximilians de Múnich, por su honestidad intelectual.

A mi compañera de aventuras, Elena Martín Acebes, porque sin ella no lo habría conseguido. Gracias, amiga; al profesor y compañero Simon Grayson, que me ayudó con la edición y hace mi día a día mucho más llevadero.

A todos mis compañeros periodistas que, como yo, han vivido -y viven- la violencia cotidiana de cerca; a los periódicos en los que he trabajado, especialmente al diario *El País*, por darme la primera oportunidad, *La Nación*, de Buenos Aires, *La Verdad de Maracaibo*, de Venezuela, *La Razón* o la revista cultural *Jot Down*, que me ha hecho recuperar el entusiasmo. Al exdirector de *Odiel Información* y experto en Francisco Umbral, Luis E. Siles, por tantos momentos inolvidables durante aquella supervivencia en el Sur; al escritor y periodista, Manuel Calderón, por su complicidad y su sabiduría. Al director del Máster de Periodismo Cultural de la Universidad CEU San Pablo, Dr. Ignacio Blanco, por darme la oportunidad y nombrarme coordinadora.

Me gustaría recordar a tres personas que fueron muy importantes en mi vida, con los que compartía cafés y confidencias: al catedrático de la UCM, Cándido Pérez Gállego, por hablarme de Saul Bellow, al periodista y presentador de televisión, Fernando García Tola, porque creyó en mí antes que yo misma, y al subdirector de *El País* en Andalucía, Santiago F. Fuertes, porque me enseñó mucho y no nos pudimos despedir.

Y, por supuesto, a mi familia querida: a mi madre, porque es la mejor persona que conozco; a mi padre, por su fortaleza; a mi hermano, Juan Ramón, porque es uno de los mejores poetas contemporáneos (aunque el mundo no lo sepa -todavía-); A mi tía de mismo nombre, Lydia Jiménez, por su incondicionalidad absoluta, y a mi abuela, porque no me ha fallado nunca. Y, por último y ante todo, a Álvaro Navadijos, mi amor, por su nobleza genuina, su generosidad sin límites y su forma de quererme siempre. Gracias.

“By the time the second plane appears,” Keith comments

as he and Lianne watch the endlessly cycling video of the attacks,

“we’re all a little older and wiser”,

(DeLillo, 2007: 171)

Índice

RESUMEN (ENGLISH)	5	
INTRODUCTION	11	
I. ELEMENTOS EXTRATEXTUALES: EL COMPORTAMIENTO		
VIOLENTO A TRAVÉS DE LA HISTORIA.	18	
1. ¿De dónde surge la violencia?	18	
1.1. Enfoque religioso: El mal como alejamiento de Dios.	25	
1.2. Enfoque filosófico. René Girard: la rivalidad mimética y el chivo expiatorio.....	28	
1.3. Enfoque político: Georges Sorel y la lícita violencia.	34	
1.4. Enfoque psicológico: Viktor Frankl y el sentido de la vida.	39	
2. Consecuencias de la aceptación de la violencia como arma.....	41	
2.1. La Yihad y el Estado Islámico: Al Qaeda, Daesh, Boko Haram.	41	
2. 2. Los lobos solitarios en Europa.....	43	
2.3. El conflicto global de los refugiados.	45	
3. Controversia en cuanto a la violencia en EE. UU.....	47	
3.1. ¿Asesinatos <i>buenos</i> y <i>malos</i> : Bin Laden?.....	47	
3.2. La <i>conspiranoia</i>	52	
3.3. Choque de civilizaciones, falso. <i>American Vertigo</i>	53	
II. LA SOCIEDAD ESTADOUNIDENSE ANTE LOS ATENTADOS		57
1. Reacción social y cultural.	58	
1.1. Conmoción	58	
1.2. Miedo.....	60	

1.3. Silencio	60
1.4. Frustración.	61
1.5. Ironía y humor.	63
2. Reacciones de la Academia	64
2.1. David Holloway: <i>Cultures of the War on Terror</i>	65
2.2. Thomas Friedman: <i>Exploring the world after September 11</i>	67
2.3. Priscilla L. Walton and Bruce Tucker: <i>Dialing 9/11</i>	69
2.4. Noam Chomsky y la crítica a la política de EE. UU.	71
2.5. Steven Pinker. No somos más violentos.....	79
III. LA REPRESENTACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA VIOLENCIA.....	83
1. Servando Rocha. La fascinación por el mal.....	83
2. Slavoj Žižek. La violencia invisible.....	90
3. Marjorie Perloff. El egocentrismo y las vanguardias.....	106
IV . ANÁLISIS DE LAS OBRAS.....	112
1. <i>Saturday</i>, Ian McEwan (2005): la amenaza latente	118
2. <i>The Road</i>, Cormac McCarthy (2006): la alegoría de un mundo apocalíptico ..	132
3 . <i>A disorder peculiar to the country</i>, Ken Kalfus (2006): el humor negro.....	139
4. <i>Terrorist</i>, John Updike (2006): la penetración de la ideología radical.....	156
5. <i>Falling Man</i>, Don DeLillo (2007): el intento desesperado de sentido.	165
6. <i>The second plane</i>, Martin Amis (2008): la vida del asesino.	174

7. <i>Netherland</i>, Joseph O’Neill (2008): la identificación con una personalidad antagónica.....	185
8. <i>The Submission</i>, Amy Waldman (2011): el rechazo al mundo árabe.	204
V. OTRAS OBRAS DE INTERÉS.....	212
1. <i>The view of Mrs. Thompson</i>. David Foster Wallace (2007).	212
2. <i>A gate at the stairs</i>, Lorrie Moore (2009)	216
3. <i>Freedom</i>, Jonathan Franzen (2010)	221
VI. CONCLUSIONS	224
VII. REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA.....	226
VIII. BIBLIOGRAFÍA.....	229
IX. APÉNDICES.....	234
X. ELEMENTOS EXTERNOS	235

ACLARACIONES PREVIAS

En este trabajo de investigación, las siglas 11-S sustituyen a las de 9/11 en la mayor parte de los casos para seguir un criterio unificado de grafía española. Solo se respeta la forma anglosajona si se trata de una cita literal. Sobre otras abreviaturas o acrónimos, los más significativos son Estados Unidos: EE. UU., The New York Times: NYT., World Trade Center: WTC. En cuanto al uso de “norteamericano”, se usa a lo largo del trabajo como sinónimo de estadounidense a pesar de que en esta calificación, objetivamente, también entraría México o Canadá, países norteamericanos. Espero se disculpe esta falta de rigor geográfico por una cuestión de estética: la no repetición constante de una sola de las nomenclaturas. Los nombres de origen árabe Al-hah y Muhammad/Mohammad se citan con grafía española: Alá y Mohammed. Las palabras en árabe se recogen de forma literal, seguidas de traducción. Las Torres Gemelas y la Zona Cero mantendrán la inicial capitalizada a pesar de que la norma lingüística española no lo aconseja al no tratarse de un nombre propio.

No se utiliza la expresión “terrorismo islámico” porque el adjetivo “islámico” se refiere a todo lo relativo al Islam, sino la de “terrorismo islamista”, que hace alusión exclusivamente a los musulmanes integristas.

Cabe señalar que, de las novelas analizadas, dos son de autores británicos, *Saturday*, de Ian McEwan, y *The Second Plane*, de Martin Amis; y una de un escritor irlandés, *Netherland*, de Joseph O'Neill, por lo que en el título de la tesis, a pesar de ser mucho mayor el número de novelas estadounidenses, se opta por *Consecuencias literarias del 11-S. La violencia en la literatura angloamericana*.

RESUMEN (ENGLISH)

Title: THE PRESENCE OF 9/11 IN THE ANGLO-AMERICAN NOVEL

In my eight years as a professional journalist, I have been a front line observer of the extreme level of violence which occurs everyday in our society. As victims, consumers or perpetrators of violence, this phenomenon is now a part of our existence. As a reporter for the Spanish national newspaper *El País* I have been witness to the most terrible acts of violence. In Venezuela, with one of the highest rates of criminality in the world, I saw piles of bodies stacked up in mortuaries. In Argentina, I reported on the most brutal crimes including the rape of children by policemen. I believe that my interest in the manifestations and causes of violence was aroused during my time as a journalist. On a personal level, I was deeply affected by the twin poles of attraction/repulsion which the violent images produced in me.

The first time I visited New York in 2003, I talked to various people who were selling photos of the victims of the Twin Tower attacks. They had laid out their wares along the wire fence that separated Ground Zero from the main public areas. One particular photograph made an indelible impression on my mind: a ghost like corpse covered in white dust which was streaked with blood. It is an image I will never forget. If I remember well, a complete album of these gruesome images cost about ten dollars.

At the same time, I also became interested in islamic terrorism: its complexity and the great impact it has made on Western society. One only has to look at the front page of the press around the world to read about war, terrorism or the constant violation of human rights. The words Al-Qaeda, Daesh, Boko Haram and Islamic State have sadly become parts of our everyday language. The *nihilistic* philosophy which promises eternal life in exchange for self-inmolation is a new, highly worrying reality, especially painful when it involves young people who become indoctrinated through the social media. They have become the most loyal supporters of a fanatical and uncompromising version of Islam. The stark reality is that these young recruits to Jihad (holy war) were born in places like London, Paris, Rome or Madrid.

My experiences as a journalist combined with the "strange movements of the heart", as Dostoevsky wrote in *The Idiot*, conducted me to explore the dark territory of evil.

The objective of the research

It is not a difficult task to identify the consequences of 9/11 in the fields of law, security or journalism. However, in the case of Literature, this task is much more complicated as the process is much more subjective. The questions that I pose in this thesis are the following: what effects did 9/11 have on Anglo-American Literature? Could such a terrible event inspire a writer? If so, were the authors being opportunistic by using 9/11 as a source? And finally, the most important of all: did the authors achieve an aesthetic quality in their novels? Is there beauty in horror?

Some critics dismiss the literature of 9/11 as somewhat mediocre. However, in my opinion, there were novels which had great literary value. The representation of violence is a particularly difficult subject for any creator. The inquiry arises: to what extent can violence be a source of creative inspiration? What are the specific literary means authors use to represent it? Is it possible to establish a relationship between violence and art? Even though these questions have long been asked by literary scholars in a wide variety of fields, they may, no doubt, lead to a number of interesting new insights when applied to the relatively young corpus of 9/11 fiction.

It is abundantly clear that the world follows its chaotic course regardless of aesthetics or ideas. The attacks on the Twin Towers is now considered to be a symbol of the violence and vulnerability that we all suffer in a hyper-violent world. Through history, monsters, horror, blood and guts have formed a part of our entertainments. After the 9/11 attacks, how the big literary figures would react to the terror of the event was unknown. How was it possible to reflect the consequences of 3000 dead, 6000 injured in a novel? Would the chroniclers of the 21st century turn their heads away through fear and disgust? How would this violence be represented?

Theoretical approaches

The theoretical approaches of my thesis are drawn from a number of original writers such as Servando Rocha, who claims that violence stimulates pleasure; Slavoj Žižek, whose perspective deals with all kinds of "invisible violence" and Marjorie Perloff, who compares the ghostly reality of the scenes from 9/11 to the avant-garde art. The American and filmmaker Susan Sontag recognized the beauty of violence and so did Stockhausen who even described the terrorist attacks as "total performance".

Regarding journalism, the 9/11 attacks have generated literally thousands of column inches, articles and investigative reports. The more reflective world of the novel has taken somewhat longer to digest those horrific events and transform them into fiction. The immediate reaction to 9/11 was silence followed by hundreds of articles in the press. Some writers published their reactions in the press before embarking on the 9/11 novels. For example, in "Beyond Belief", published in *The Guardian*, Ian McEwan pointed out what has become a general observation: the attacks on the Twin Towers were reminiscent of scenes from countless Hollywood films. Nobody understood what was happening before their very eyes. As McEwan says: "Watching death on an unbelievable scale, but we saw no one die. The horror was in the distance". Martin Randall wrote in *9/11 and the Literature of Terror* that McEwan observed that the passengers are merely "brave" and the hijackers are merely fanatics. "Such simplistic binaries are common in the early responses to 9/11" (Randall, 2011: 20). The image of Arabs was tarnished for ever as illustrated by Juan José Bermúdez de Castro in his thesis *The terrorist figure in 9/11 fiction: misrepresenting muslims, arabs and middle easterners*¹.

Methodology

In this thesis I have focused on the general to the particular; from political, social and cultural reactions to a purely aesthetic analysis of the novels. In order to outline the

¹ "Considering that fiction does not only reflect relations of power but it actively participates in the creation of history and in the consolidation of certain ideological messages, a formulation of the question that originated this research could be: What ideological stances are assumed and perpetuated by these 9/11 fictional works?". (Bermúdez de Castro, 2010).

ideological context, I have drawn on the research of intellectuals such as Noam Chomsky, experts in political violence such as George Sorel and writers such as Steven Pinker, who claim that humankind is becoming less and less violent. I have mentioned the work of American historian Jonathan Hansen who is highly critical of United States foreign policy. His article "Give Guantanamo to Cuba", published in January 2012 in the NYT, caused a great controversy.

From the psychological point of view, I have included the hypotheses of Viktor Frankl, concerning the origins of our criminality and its possible eradication. From the economic and political perspective, I have made references to articles and papers which denounce the violence carried out against people as a consequence of rampant capitalism and political incompetence.

The methodology I have employed so as to highlight the different representations of violence is the detailed analysis of the literary aesthetics of each of the selected novels. The original sources of my research and analysis are the novels themselves. Secondary sources include works concerning the origins of evil, essays on the manifestations of evil as well as the actual attack on the Twin Towers itself.

Regarding intertextuality, I have made reference to the theatre of the absurd in Samuel Beckett's *Waiting for Godot* and its resonances in *The Road*, by Cormack McCarthy. I have also drawn the likenesses between the characters of Saul Bellow and the main character of *Falling Man*, by Don DeLillo. In *The Submission*, by Amy Waldman, I have also discovered elements of Futurism and the avant-garde.

Conclusions

Violence is now taken for granted. The breakdown in communication between the individual and society, the abuse of power, the constant aggression and relentless competitiveness are all factors that have been contributed to wars, murders, genocide and dictatorships throughout history. As a result, evil is considered to be a natural part of men. Violence and aggression are the norm. The events of 9/11 are the consequences of our historical lack of understanding. I believe my research on the Anglo-American

novels has successfully demonstrated this psychological and moral imbalance which exist in mankind.

On that fateful September morning, in the space of a few hours, a handful of terrorists succeeded in pitting civilizations against each other. Not only that but this confrontation was broadcast live on TV screens across the world. For then on there was no escape. The man in the street, whether he liked it or not, could no longer remained ignorant of world events, as Noam Chomsky pointed out. This century has lived over indescribable tragedies for example in Africa where two wars in the Congo caused the death between four to six million people. The 9/11 attacks, where on and infinitively scale of casualties yet the psychological impact in the world was immense. With 9/11 the conscience of the world finally woke up.

New York, the city of freedom, progress and individual ambitious, was now victim. Reactions to the attacks, at it was shown in this research, were frustration, fear, trauma, paranoia and pain.

The different ways of aesthetic representation of the tragedy has been successful in the following achievements: the fear and permanent threat in *Saturday*, written by Ian McEwan; the allegoric revelation of an apocalyptical world in *The Road*, by Cormac McCarthy; an acid black humor in *A disorder peculiar to the country*, by Ken Kalfus; the ideological penetration of the radical ideology in *Terrorist*, by John Updike; the desperation in the search of meaning in *Falling Man*, by Don DeLillo; the perplexity facing the murders normal lives in *The second plane*, by Martin Amis; the identification with an antagonist personality in *Netherland*, by Joseph O'Neill, and the rejection of the Muslim world in *The Submission*, by Amy Waldman.

This research is part of a wider and more detailed study of the effects on 9/11 on Literature. The following conclusions can be drawn: the Arabs or Middle Eastern characters appeared in Anglo-American novels not as exotic elements but as three-dimensional, living characters. Secondly, the terrorist ideology has played an influence on the behavior or emotional life of the most vulnerable characters in those novels. Islamist terrorism has become the prime material for the literary expression of the search for meaning and the frustration of human kind on the verge of the abyss. Islamist terrorism has provided the literary framing for the plot and the characters of the selected

novels which have been shaped by an apocalyptic landscape. Representation of this violence in these novels is given a profundity and realism unlike other fictional accounts of violent events. The authors of these novels have achieved the level of aestheticism that has triumphed over the sheer horror of the actual events.

INTRODUCTION

As a professional journalist, I have been a front line observer of the extreme level of violence which occurs everyday in our society. As victims, consumers or perpetrators of violence, this phenomenon is now a part of our existence. As a reporter for the Spanish national newspaper *El País* I have been witness to the most terrible acts of violence. In Venezuela, with one of the highest rates of criminality in the world, I saw piles of bodies stacked up in mortuaries. In Argentina, I reported on the most brutal crimes including the rape of children by policemen. I believe that my interest in the manifestations and causes of violence was aroused during my time as a journalist. On a personal level, I was deeply affected by the twin poles of attraction/repulsion which the violent images produced in me.

The first time I visited New York in 2003, I talked to various people who were selling photos of the victims of the Twin Tower attacks. They had laid out their wares along the wire fence that separated Ground Zero from the main public areas. One particular photograph made an indelible impression on my mind: a ghost like corpse covered in white dust which was streaked with blood. It is an image I will never forget. If I remember well, a complete album of these gruesome images cost about ten dollars.

At the same time, I also became interested in islamic terrorism: its complexity and the great impact it has made on Western society. One only has to look at the front page of the press around the world to read about war, terrorism or the constant violation of human rights. The words Al-Qaeda, Daesh, Boko Haram and Islamic State have sadly become parts of our everyday language. The *nihilistic* philosophy which promises eternal life in exchange for self-inmolation is a new, highly worrying reality, especially painful when it involves young people who become indoctrinated through the social media. They have become the most loyal supporters of a fanatical and uncompromising version of Islam. The stark reality is that these young recruits to Jihad (holy war) were born in places like London, Paris, Rome or Madrid.

My experiences as a journalist combined with the "strange movements of the heart", as Dostoevsky wrote in *The Idiot*, conducted me to explore the dark territory of evil.

Regarding contemporary Anglo-American literature, which I have always considered to be an important branch of world Literature, I started to look for some of the answers of these questions.

The objective of the research

It is not a difficult task to identify the consequences of 9/11 in the fields of law, security or journalism. However, in the case of Literature, this task is much more complicated as the process is much more subjective. The questions that I pose in this thesis are the following: what effects did 9/11 have on Anglo-American Literature? Could such a terrible event inspire a writer? If so, were the authors being opportunistic by using 9/11 as a source? And finally, the most important of all: did the authors achieve an aesthetic quality in their novels? Is there beauty in horror?

Some critics dismiss the literature of 9/11 as somewhat mediocre. However, in my opinion, there were novels which had great literary value. The representation of violence is a particularly difficult subject for any creator. The inquiry arises: to what extent can violence be a source of creative inspiration? What are the specific literary means authors use to represent it? Is it possible to establish a relationship between violence and art? Even though these questions have long been asked by literary scholars in a wide variety of fields, they may, no doubt, lead to a number of interesting new insights when applied to the relatively young corpus of 9/11 fiction.

It is abundantly clear that the world follows its chaotic course regardless of aesthetics or ideas. The attacks on the Twin Towers is now considered to be a symbol of the violence and vulnerability that we all suffer in a hyper-violent world. Through history, monsters, horror, blood and guts have formed a part of our entertainments. After the 9/11 attacks, how the big literary figures would react to the terror of the event was unknown. How was it possible to reflect the consequences of 3000 dead, 6000 injured in a novel? Would the chroniclers of the 21st century turn their heads away through fear and disgust? How would this violence be represented?

Theoretical approaches

The theoretical approaches of my thesis are drawn from a number of original writers such as Servando Rocha, who claims that violence stimulates pleasure; Slavoj Žižek, whose perspective deals with all kinds of "invisible violence" and Marjorie Perloff, who compares the ghostly reality of the scenes from 9/11 to the avant-garde art. The American and filmmaker Susan Sontag recognized the beauty of violence and so did Stockhausen who even described the terrorist attacks as "total performance".

Regarding journalism, the 9/11 attacks have generated literally thousands of column inches, articles and investigative reports. The more reflective world of the novel has taken somewhat longer to digest those horrific events and transform them into fiction. The immediate reaction to 9/11 was silence followed by hundreds of articles in the press. Some writers published their reactions in the press before embarking on the 9/11 novels. For example, in "Beyond Belief", published in *The Guardian*, Ian McEwan pointed out what has become a general observation: the attacks on the Twin Towers were reminiscent of scenes from countless Hollywood films. Nobody understood what was happening before their very eyes. As McEwan says: "Watching death on an unbelievable scale, but we saw no one die. The horror was in the distance". Martin Randall wrote in *9/11 and the Literature of Terror* that McEwan observed that the passengers are merely "brave" and the hijackers are merely fanatics. "Such simplistic binaries are common in the early responses to 9/11" (Randall, 2011: 20). The image of Arabs was tarnished for ever as illustrated by Juan José Bermúdez de Castro in his thesis *The terrorist figure in 9/11 fiction: misrepresenting muslims, arabs and middle easterners*².

² "Considering that fiction does not only reflect relations of power but it actively participates in the creation of history and in the consolidation of certain ideological messages, a formulation of the question that originated this research could be: What ideological stances are assumed and perpetuated by these 9/11 fictional works?". (Bermúdez de Castro, 2010).

Methodology

In this thesis I have focused on the general to the particular; from political, social and cultural reactions to a purely aesthetic analysis of the novels. In order to outline the ideological context, I have drawn on the research of intellectuals such as Noam Chomsky, experts in political violence such as George Sorel and writers such as Steven Pinker, who claim that humankind is becoming less and less violent. I have mentioned the work of American historian Jonathan Hansen who is highly critical of United States foreign policy. His article "Give Guantanamo to Cuba", published in January 2012 in the NYT, caused a great controversy.

From the psychological point of view, I have included the hypotheses of Viktor Frankl, concerning the origins of our criminality and its possible eradication. From the economic and political perspective, I have made references to articles and papers which denounce the violence carried out against people as a consequence of rampant capitalism and political incompetence.

The methodology I have employed so as to highlight the different representations of violence is the detailed analysis of the literary aesthetics of each of the selected novels. The original sources of my research and analysis are the novels themselves. Secondary sources include works concerning the origins of evil, essays on the manifestations of evil as well as the actual attack on the Twin Towers itself.

Regarding intertextuality, I have made reference to the theatre of the absurd in Samuel Beckett's *Waiting for Godot* and its resonances in *The Road*, by Cormack McCarthy. I have also drawn the likenesses between the characters of Saul Bellow and the main character of *Falling Man*, by Don DeLillo. In *The Submission*, by Amy Waldman, I have also discovered elements of Futurism and the avant-garde.

Organization of content

The aim of this thesis is to reconcile two apparently opposing concepts: violence and art. I have divided this research into various parts. In Part I – *Extratextual elements: violent behaviour throughout history*, the origins of evil and violent behaviour are

ascribed to cultural factors. In the section *Where does violence come from ?* I have approached the subject from various angles: the religious, with reference to the most important sacred works; the philosophical, with reference to the theories of René Girard about mimetic rivalry and the role of the scapegoat; the political, focused on the work of Georges Sorel and his justification of violence. The psychological theories of Viktor Frankl have also been discussed.

Under the heading *Consequences of the acceptance of violence as a weapon*, I have outlined grave contemporary problems such as the Yihad and Islamic State – the phenomenon of the lone wolf and the world-wide refugee problem. It is impossible to talk about 9/11 without mentioning the controversial death of Bin Laden. The alleged censorship of certain images of the attack produced a welter of conspiracy theories including the proposition that the Bush government itself was behind the attack. Some of the theories are so outlandish that they have been labelled by the mass media as *Conspiranoia* -a mix of conspiracy theories and paranoia-.

One of the points of the debate is the justification for the assassination of Bin Laden in Pakistan - unarmed and defenceless with a bullet in his chest and in his head. This action by the Obama Administration poses the question of why he was not detained and put on trial, in accordance with the democratic ideals espoused by the United States. A further question arises: – Can there be *good* and *bad* assassinations? I have also touched on Samuel Huntington's *clash of civilizations*, and questioned his theory of the confrontation of two cultures. Other theories point to a crisis within Islam itself. It could well be the case that the the Islamic world is experiencing an internal confrontation between its moderate and radical factions: a theory put forward by the French philosopher Bernard-Henri Lévy in his book *American Vertigo*.

In Part II, *American society and the terrorist attacks*, I have included a list of the different political and social reactions to the tragedy such as shock, numbed silence, solidarity, frustration, irony and acceptance. From the moment the American Airline planes crashed into the Twin Towers, American society experienced a whole gamut of emotions:paralysing shock, feelings of solidarity, irrational fears, pathological overprotection and feelings of total frustration. Intellectuals and academics such as Noam Chomsky and Sontag took the “we had it coming to us” line, whereas Marjorie

Perloff expressed the view that the United States population was the innocent victim of this barbaric acts. Over the years, the slow process of assimilation by American society has seen both irony and humour enter the healing process.

A sub-heading in Part II, *Reactions from Academia*, offers some perspectives on the 9/11 attacks by intellectuals such as David Holloway, Francis Baker, Frédéric Beigbeder, Thomas Friedman, Priscilla L. Walton and Steven Pinker, who claims we are less and less violent.

In Part III, *The representation of violence*, I have examined the standpoints of three authors who, in spite of their differences, share a freshness and originality in their analysis and treatment of violence. The first author Servando Rocha in his five hundred page *The Cannibal faction: an illustrated history of vandalism* traces the history of evil dating from the French revolution up to the present day. The Slovenian author Slavoj Žižek in his *On violence-six marginal reflections* uses real life examples to make his assertion that the violence which is unseen and which lurks beneath the surface of everyday social interactions, is the most lethal of all. Marjorie Perloff compares violence with the avant-garde.

In part IV, *Analysis of the novels*, the followings books are selected: *Saturday*, by Ian McEwan (2005); *The Road*, by Cormac McCarthy (2006), *Terrorist*, by John Updike (2006), *A Disorder Peculiar to the Country*, by Ken Kalfus (2006). *Falling Man* (2007) by Don DeLillo; *The second plane*, by Martin Amis (2008), *Netherland*, by Joseph O'Neill (2008) and *The Submission*, by Amy Waldman (2011). For their relevance to 9/11 and quality in general, three more literary works have been included in Part V: The short story *The view of Mrs. Thompson*, by David Foster Wallace in 2007, *A gate at the stairs* by Lorrie Moore in 2009 and *Freedom* by Jonathan Franzen in 2010.

In part VI, *Conclusions*, the objectives of the thesis are listed. The bibliographic reference and bibliography appear in parts VII and VIII. In Part IX, I have included a number of interviews and reports. In part X, *External Elements*, I have included some images of 9/11 – two photos of people jumping from the towers, the meeting in the White House between President Obama and his chiefs of staff during the military

operation to carry out the execution of Osama Bin Laden. The last image is of the cartoon of Mohammed by the weekly satirical magazine *Charlie Hebdo* which suffered the terrible consequences of fanatical Islam.

I. ELEMENTOS EXTRATEXTUALES: EL COMPORTAMIENTO VIOLENTO A TRAVÉS DE LA HISTORIA.

1. ¿De dónde surge la violencia?

¿Qué significa *violencia*? Definir el concepto es el mejor comienzo para un estudio profundo de casi cualquier materia, más aún para un trabajo de investigación como este, en el que se analiza su manifestación en las artes, en concreto en la literatura. Procedente del *violentia* latino (*vis*, fuerza, *lentis*, continuo), el significado del término podría formularse como el de ejercer la fuerza (*vis*) de forma continua (*lentis*). Es importante el matiz de continuidad porque indica que *a priori* no se trata de un gesto espontáneo, rápido, que se lleve a cabo sin reflexión. Es un producto más elaborado, más pensado, más cruel, si se permite la valoración. Una de las definiciones recogidas en los diccionarios muestra la siguiente acepción: “acción violenta o contra el natural modo de proceder³”. Sin entrar en disquisiciones filosóficas -que quedarán expuestas en el siguiente epígrafe- surge una pregunta inmediata: ¿cuál es ese modo “natural” de comportamiento? Díficil respuesta que no podrá satisfacer este trabajo pero que, sin embargo, podría resumirse como aquello que se relaciona con el bien, en la línea platónica Verdad- Belleza- Bondad.

El filósofo griego Platón, tras varias etapas de conocimiento, afirmó que la más hermosa de todas las cosas de este mundo es la sabiduría, porque en ella se encierran de la mejor manera posible lo verdadero y lo bueno y, por tanto, lo bello. La violencia se situaría en el polo opuesto, con el alejamiento de lo bello, lo bueno y lo verdadero. Se relacionaría, pues, con lo que entendemos, intuitivamente, como mal. Siguiendo el razonamiento platónico, se correspondería asimismo con la ausencia de sabiduría. En los diccionarios generales se apunta en la misma dirección. El mal queda definido como “lo contrario al bien, lo que se aparta de lo lícito y honesto⁴”.

³ La definición se ha extraído del Diccionario de la Real Academia Española (RAE).

⁴ Otros significados procedentes del mismo diccionario de la RAE son “Daño u ofensa que alguien recibe en su persona o hacienda”, “desgracia, calamidad” y “enfermedad, dolencia”.

Pero, ¿por qué algunos seres humanos a veces se apartan de lo bueno, de la belleza, de la verdad? ¿De dónde surge la probable maldad de algunos comportamientos? ¿Por qué o en qué nombre se ejecuta esta violencia? ¿Cómo se pueden urdir ejecuciones del mal tan atroces como las guerras mundiales, el Holocausto, los genocidios, las dictaduras? ¿Cómo se gestó el atentado de las Torres Gemelas o muchas otras catástrofes, anteriores y posteriores, que inundaron –e inundan- las noticias cotidianas? La realidad cruel nos hace preguntarnos (cuando estamos lo suficientemente despiertos), ¿cómo es posible tanta crueldad?

Mohatma Gandhi, uno de los máximos exponentes del pacifismo y la no-violencia llegó a reconocer que ninguna persona está completamente libre de ejercer acciones violentas porque esta es una de sus características innatas. En esta línea, podría afirmarse que cualquier ser humano es susceptible de ejercer acciones agresivas contra sus semejantes⁵. Por otro lado, Santo Tomás de Aquino escribió en su *Suma Teológica* que, en ocasiones, el comportamiento violento es provocado por la apatía o la tristeza más que por movimientos más viscerales como el enfado o la ira:

El odio aunque a veces nazca de la ira, tiene sin embargo una causa anterior de la que más directamente se origina, a saber, la tristeza; así como, al contrario, el amor nace del deleite. Pero por la tristeza alguien se mueve a veces a la ira y a veces al odio; por esto fue conveniente decir que el odio nace más de la acedia que de la ira⁶.

En la Parte I de la *Suma Teológica*, cuestión 18, Santo Tomás explica la conexión entre el bien y la razón:

También en las cosas naturales el bien y el mal, que es según la naturaleza o contra la naturaleza, diversifican la especie natural, pues un cuerpo muerto y un cuerpo vivo no son de la misma especie. De modo semejante, el bien, en cuanto que es según la razón, y el mal, en cuanto que está fuera de la razón, diversifican la especie moral [...] El mal implica una privación no absoluta, sino relativa a una potencia determinada, pues se llama malo un acto según su especie, no porque no tenga un objeto, sino porque tiene un objeto no conveniente con la razón, como quitar lo ajeno. Por eso, en cuanto que el objeto es algo positivamente, puede constituir la especie de un acto malo.

⁵ Muy recomendable la obra *Ghandi y la No violencia*, de Thomas Merton.

⁶ *Summa Theologiae* II-IIa: *Odiū, etsi aliquando nascatur ex ira, tamen habet aliquam priorem causam ex qua directius oritur, scilicet tristitiam, sicut e contrario amor nascitur ex delectatione. Ex tristitia autem illata quandoque in iram, quandoque in odium aliquis movetur. Unde convenientius fuit quod odium poneretur oriri ex acedia quam ex ira.*

La violencia, además, es un comportamiento deliberado que puede provocar daños físicos pero también psíquicos al prójimo. Más allá de la agresión física, la violencia puede ser emocional a través de ofensas o amenazas. Los tres tipos básicos de violencia son la física, la verbal y la psicológica.

Es evidente que existen ciertos actos sobre los que surge un consenso general: matar, herir o engañar se consideran, en principio, acciones negativas. Amar, ser generoso o ayudar se cataloga como positivo. Pero surge otra pregunta: ¿qué pasa cuando lo que evaluamos no es tan simple? Si el instinto no coincide o funciona de forma diferente entre varios individuos, ¿cómo sabemos si algo es genuinamente bueno o malo? Dejando a un lado las interpretaciones religiosas sobre el pecado, el demonio o la tentación -que se recogen en el siguiente epígrafe-, podría afirmarse que las acciones calificadas como “malas”, en su ejecución, son un concepto básicamente cultural. Cada sociedad y época lo interpreta a su manera, con sus características diafásicas y diastráticas propias. Digamos que los actos buenos y malos dependen de su interpretación.

El filósofo francés Michel Foucault mencionaría en este sentido el tema de la homosexualidad, por ejemplo, de alguna forma aceptada en la antigua Grecia por filósofos e intelectuales pero condenada, después, durante siglos, como enfermedad o vicio, hasta llegar a nuestros días, donde caben interpretaciones de todo tipo. Los mecanismos de poder, los enunciados performativos y otras aportaciones foucaultianas explican de una forma original el posible origen del comportamiento humano. Entre sus grandes contribuciones teóricas, cabe destacar el concepto de “deseo”, muy relacionado con la raíz de nuestras acciones:

[...] las relaciones entre deseo, poder e interés, son más complejas de lo que ordinariamente se piensa, y resulta que aquellos que ejercen el poder no tienen por fuerza interés en ejercerlo, aquellos que tienen interés en ejercerlo no lo ejercen, y el deseo de poder juega entre el poder y el interés un juego que es todavía singular. Sucede que las masas, en el momento del fascismo, desean que algunos ejerzan el poder, algunos que, sin embargo, no se confunden con ellas, ya que el poder se ejercerá sobre ellas y a sus expensas, hasta su muerte, su sacrificio, su masacre, y ellas, sin embargo, desean este poder, desean que este poder sea ejercido. Este juego del deseo, del poder y del interés es todavía poco conocido. Hizo falta mucho tiempo para saber lo que era la explotación. Y el deseo ha sido y es todavía un largo asunto. (Foucault, 1991:85).

En *Ética para Amador*, el filósofo español Fernando Savater, expone su teoría sobre la conducta con palabras muy sencillas. El bien y el mal serían, para él, conceptos o nociones relativos a la interpretación, al valor o a las consecuencias de la actuación humana. El bien podría entenderse, según su hipótesis, como lo que se ajusta a lo exigido o satisface ideas como la verdad, la justicia, el orden, la armonía o la libertad, y todo aquello que haga mayor el bienestar individual o comunitario. El mal, por su parte, quedaría entendido como todo lo contrario a lo anterior: la mentira, la injusticia, el desorden o el caos.

Savater afirma, pues, en esta obra -y en numerosos artículos y entrevistas- que el bien es todo lo que está de acuerdo con lo que somos y lo que conviene al ser humano, y el mal es la negación de lo que somos y lo que no nos conviene como seres humanos. Por supuesto no siempre queda claro qué nos conviene y qué no.

Sin querer caer en la inevitable simplificación de un asunto de tanta complejidad, debería tenerse en cuenta -sintetizando la postura de Savater- tres aspectos importantes a la hora de relacionarnos con la ética: en primer lugar, el calificar algo como bueno o malo es una acción de la propia conciencia personal, se lleva a cabo prácticamente desde niños; en segundo lugar, los integrantes de un grupo o comunidad humana llegamos con relativa facilidad a un punto de acuerdo o coincidencia acerca de lo que es bueno o malo con respecto a algo que conocemos o nos afecta a todos; y tercero, el mal relacionado de manera específica con una valoración ética o estética -como amor, orden, justicia, armonía, equilibrio, bienestar, paz o libertad- no se define o describe en función de sí mismo sino que se hace -directa o indirectamente- por ser lo opuesto a algo otro que constituye la valoración positiva. Por ejemplo, el desorden es la carencia de orden, el odio es lo opuesto al amor, el malestar es la carencia o lo opuesto al bienestar. Pero, en la vida real, como señala este intelectual, la tarea no es tan fácil.

Lo de saber vivir no resulta tan fácil porque hay diversos criterios opuestos respecto a qué debemos hacer. En matemáticas o geografía hay sabios e ignorantes, pero los sabios están casi siempre de acuerdo en lo fundamental. En lo de vivir, en cambio, las opiniones distan de ser unánimes. (Savater, 1991:10).

Es importante señalar, asimismo, que, en ocasiones, las acciones violentas son consecuencia de un trastorno mental que hace perder al enfermo, momentáneamente, la capacidad de distinguir el bien del mal. Enfermedad mental y violencia no van ni mucho

menos unidos en el noventa por ciento de los casos. Solo apuntar que, muy probablemente, no debería relacionarse tan a menudo el mal con los trastornos mentales como tiende a hacerlo la prensa.

Muchos actos violentos, un sinnúmero de delitos, viles asesinatos, no son producto de una suspensión del juicio del ejecutor. Lo que ocurre es que, en los casos más espeluznantes, es muy duro asumir que el mal existe y se prefiere culpar a la enfermedad mental. La capacidad de hacer mal está por todas partes, incluso en nosotros mismos. La doctora en psiquiatría, Lola Morón Nozaleda, en un artículo publicado en agosto de 2015 por el diario *El País*, invitaba a no buscar delirios y enfermedad mental en cada nuevo crimen *incomprensible*. Y escribió claramente: “Hay casos en los que [los psiquiatras] no podemos intervenir: en la capacidad de hacer daño, que existe, que no podemos negar, que todos llevamos dentro en mayor o menor medida, que nace de lo más hondo de las tripas, eso que llamamos mal⁷”.

Remontémonos, para trazar una línea histórica, hasta el origen de nuestra existencia, a las cavernas de los neardentales, del *homo sapiens-sapiens*, del recién hallado *homo nadelis*. En la época prehistórica, las tribus luchaban a muerte por la supervivencia. Los primeros humanos eran nómadas cazadores y no formaban grupos. Algunos antropólogos sostienen que hubo un tiempo en el que los habitantes de la tierra, sea cual fuera su aspecto y relación, vivieron relativamente en paz. Otros sostienen justo lo contrario y creen que la guerra fue una práctica universal incluso entre los cazadores y recolectores del paleolítico⁸.

Recientemente, la teoría más extendida entre la comunidad científica es que los neandertales eran terriblemente agresivos, con enfrentamientos constantes, canibalismo, matanzas de niños... “La exterminación era una práctica habitual. Cuando las

⁷ El artículo pide un compromiso mayor a los periodistas a la hora de tratar temas tan delicados como los problemas mentales y la criminalidad. http://politica.elpais.com/politica/2015/08/15/actualidad/1439662119_620370.html. Consultado el 20 de agosto de 2015.

⁸ Melville J. Herskovits, Ralph Beals, Harry Hoiyer, Marcel Mauss y Nicholas David se han ocupado de analizar, en numerosas tribus, aspectos referentes a la guerra, señala José Ignacio Vegas Aranburu en su trabajo *¿Qué podemos decir hoy sobre la violencia en la prehistoria?* También cita a Ángela Alonso Sánchez, quien señaló que el hecho social de la guerra es un “subsistema cultural complejo”. Escribió *Arqueología de la Guerra*, colección «Para dialogar con el pasado» n° 2. Cáceres, 1988. También señala como máximo exponente del estudio de la guerra a Marvin Harris, que expuso posibles motivos de las primeras guerras: como forma de solidaridad, como un juego, como aspecto de la naturaleza humana o como arma política. Escribió *Antropología cultural* N° 1464 de «El libro de bolsillo» de Alianza Editorial. Madrid, 1990.

sociedades primitivas se enzarzaban en una guerra, no hacían prisioneros, salvo para traerlos luego a casa, cebarlos, y comérselos. Era una guerra hasta la muerte”, explicaba el periodista científico Nicholas Wade, del NYT, al jurista, escritor y popular divulgador español Eduardo Punset⁹. Con la llegada de la agricultura, sostiene el protagonista del programa televisivo *Redes*, comenzaría la organización en familias, pero la violencia no disminuyó demasiado. El hecho de desarrollar una sociedad organizada en grupos, en asentamientos estables, con intención sedentaria, mejoró muchos aspectos de las vidas de los primeros humanos, pero la tendencia agresiva evolucionaba o quizá involucionaba con ellos. Y desde entonces, el ser primitivo -como el contemporáneo- busca una fórmula que le permita alejarse del mal y la violencia y acercarse a lo bueno, lo que le acerca a la plenitud, eso que algunos llaman cese de sufrimiento y otros felicidad. Punset alude a Buda para ofrecer uno de sus consejos en *Excusas para no pensar*:

¿Qué otras pautas sugería Buda para ser feliz? [además de la renuncia a algunos deseos de orden sexual y de otra índole] La noble verdad del camino que lleva al cese del sufrimiento -para utilizar sus palabras- incluía "el recto esfuerzo". Los mejores psicólogos, entre ellos Mihaly Csikszentmihalyi, que en la actualidad enseña en California, hablan de "sumergirse en el flujo". Es preciso no solo esforzarse mucho en algo, sino dejarse embriagar por ello, ya sea un gran amor, un deporte, una profesión o trabajar las tardes de los domingos. Todo menos pasarlos, aburrido, viendo la televisión. (Punset, 2011: 292).

En cualquier caso, el germen del enfrentamiento estuvo presente siempre. Como explica el arqueólogo e historiador José Ignacio Vegas Aranburu en su trabajo *¿Qué podemos decir hoy sobre la violencia en la prehistoria?*, el descubrimiento de los metales y la metalurgia propició la fabricación de armas, escudos, cascos y otros elementos que forman parte del equipamiento de los guerreros y los ejércitos. Posteriormente van surgiendo otros testimonios que son representaciones en estelas, relieves, grabados o cerámicas que incrementan nuestros conocimientos sobre el hecho social de la guerra. Lo que no se conoce a ciencia cierta es si los cazadores usaban las armas para la guerra o para la caza -o para ambas cosas-. Las luchas mayores, añadía, se debían a la propiedad y a los lugares de asentamiento.

⁹ Entrevista realizada por Punset en Nueva York el 11 de noviembre de 2009 y publicada en su blog con el siguiente enlace: <http://www.eduardpunset.es/430/charlas-con/un-viaje-al-origen-de-la-humanidad>. Consultada el 15 de mayo de 2012.

Existen innumerables teorías acerca de la actividad violenta en la sociedad contemporánea. En el siguiente apartado trataremos algunas de ellas. Anticípese ahora, muy brevemente, la conocida como triángulo de la violencia, que fue desarrollada por el sociólogo noruego Johan Galtung, uno de los expertos más reconocidos en materia de conflictos sociales y de la paz. Para el sociólogo, existen tres tipos de violencia en la sociedad: la cultural, la estructural y la directa.

La primera se manifestaría a través de la religión, la ciencia y las obras de arte. La segunda, considerada la más peligrosa, tendría su origen a través de diversos sistemas que provocan que muchas personas no puedan satisfacer sus necesidades básicas. La tercera sería la violencia directa, que se ejecuta de forma física o verbal sobre otras personas, contra la naturaleza o contra los bienes de la sociedad en general. Aquí entrarían los robos, atracos, daños contra los recursos naturales, etc.

Lo que busca la violencia, según este sociólogo, es imponer algo por la fuerza. Muchos de estos actos son castigados por la ley pero se debe tener en cuenta, como ya se mencionó y señala también que el concepto de violencia varía según la cultura y la época. Todavía existen sociedades, por ejemplo, donde existe el matrimonio obligado, donde el hombre elige o incluso compra a su futura mujer, algo que en Occidente se entiende como un acto atroz contra la libertad de la mujer. Obsérvese también, en este sentido, el creciente aumento de la violencia de género en el mundo supuestamente más desarrollado, como es Europa, donde los hombres todavía abusan, maltratan y asesinan a las mujeres.

Por otro lado, las leyes también se ajustan a la cultura y a la época y, en ocasiones, siembran contradicciones entre los mismos legisladores. Existen ejemplos como la controvertida pena de muerte que está aprobada por la ley en algunos estados de EE. UU. Sin embargo, muchas asociaciones civiles dentro del país luchan constantemente por abolirla al considerar cualquier asesinato -sea legal o ilegal- como una violación de los derechos humanos.

1.1. Enfoque religioso: El mal como alejamiento de Dios.

Para las grandes religiones monoteístas, Judaísmo, Cristianismo e Islam, el mal sería el alejamiento de Dios. Este trabajo se centrará en las dos últimas. Si nos ceñimos a la tradición cristiana, encontramos la identificación absoluta del mal con el pecado, con el demonio. Así se refleja en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Los capítulos más representativos de las tentaciones del diablo serían los protagonizados por Adán y Eva en el paraíso, Caín y el asesinato de su hermano Abel o el propio Jesús de Nazaret tentado durante cuarenta días en su travesía por el desierto. Aunque estas son las más conocidas, son centenares las parábolas en las que los protagonistas son seducidos por el demonio en sus múltiples ropajes. El teólogo alemán Joseph Ratzinger (después proclamado papa con el nombre de Benedicto XVI) expone directamente su concepto del mal al explicar las partes del *Padrenuestro*. En el análisis concienzudo de la oración, recuerda la última parte del rezo: *Y líbranos del mal...* como una señal de esperanza.

En las traducciones recientes del Padrenuestro, ‘el mal’ del que se habla puede referirse o bien al ‘mal’ impersonal o bien al ‘Maligno’. En el fondo, ambos significados son inseparables. A este respecto, podemos tener presente el dragón del que habla el Apocalipsis (cf. capítulos 12 y 13). Juan caracteriza a la ‘bestia’ que vio ‘salir del mar’, de los oscuros abismos del mal, con los distintivos del poder político romano, dando así una forma muy concreta a la amenaza...¹⁰ (Ratzinger, 2007: 202).

“Aunque ya no existe el imperio romano y sus ideologías, ¡qué actual resulta todo esto!”, exclama a continuación el teólogo en su obra. Y hace una interesante comparación con la sociedad actual:

También hoy aparecen, por un lado, los poderes del mercado, del tráfico de armas, de drogas y de personas, que son un lastre para el mundo y arrastran a la humanidad hacia ataduras de las que no nos podemos librar. Por otro lado, también se presenta hoy la ideología del éxito, del bienestar, que nos dice: Dios es tan solo una ficción, solo nos hace perder el tiempo y nos quita el placer de vivir. (Ratzinger, 2007: 203).

Después, como no podía ser de otra forma, identifica el bien absoluto con Dios. “Pedimos que, por los bienes [materiales], no perdamos el Bien mismo: y que tampoco

¹⁰ Joseph Ratzinger se centra en la figura de Jesús de Nazaret desde un punto de vista no solo de la fe sino de su existencia histórica y sus vivencias personales.

en la pérdida de bienes se pierda para nosotros el Bien, Dios; que no nos perdamos nosotros”. (Ratzinger, 2007: 203).

El buen cristiano basaría su comportamiento en el cumplimiento de los diez mandamientos de la Ley de Dios, de los dictámenes de la Iglesia, la asistencia a la eucaristía y la práctica de las virtudes cristianas como la caridad. Y, como base a todo ello, el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

En cuanto al Islam, el concepto es bastante distinto. Para los seguidores de esta religión, el bien y el mal forman parte de la creación de Alá, como todas las demás realidades del mundo. El bien y el mal no existen tanto como conceptos filosóficos sino como acciones concretas y reales. Resulta ilustrativo observar que en árabe clásico, explica el periodista musulmán Uthman Mendoza¹¹ no existe una palabra para el bien como una abstracción o un absoluto. Existen, sin embargo, dos palabras que suelen traducirse como “un bien”: *jair* (generosidad, abundancia. Se traduce socialmente en bienestar y armonía) y *ma'ruf* (algo socialmente tenido por bueno). En ambas palabras, el bien no es un concepto abstracto sino una acción concreta que se hace siempre en beneficio de alguien.

Es evidente que la maldad existe por todas partes y que ha acompañado al hombre desde el principio de los tiempos. El Islam no lo niega pero un musulmán, explica el experto, no puede ser contrario a la voluntad de Alá.

Decir que Dios es el Creador del mal y que toda la destrucción que hay a nuestro alrededor forma parte del mandato de Alá, esto es un escándalo para la razón. Y sin embargo, este pensamiento ha acompañado a los musulmanes desde el principio del Islam. Por ello el musulmán no se lamenta de lo malo que le haya sucedido, ni lo juzga según sus pequeños parámetros de criatura. Lo sufre como criatura sometida, pero sin rebelarse o negar los hechos. Sabe perfectamente que todo proviene de Alá y que Alá es su destino, que no hay nada que escape a Su mandato. Existe una anécdota muy gráfica al respecto, protagonizada por el Sheij al-Alawi, uno de los grandes místicos del siglo XX. Hubo un terremoto en Argelia, y el Sheij al-Alawi se paseaba entre los escombros con un misionero cristiano, quien, ante las imágenes de la tragedia, le preguntó: “¿Por

¹¹ Extraeremos todas las citas de este epígrafe del estudio sobre el mal que el periodista Uthman Mendoza escribió en la WebIslam. http://www.webislam.com/articulos/60830-el_problema_del_mal_en_el_islam.html. Consultado el 5 de septiembre de 2015.

qué creéis los musulmanes que Dios ha permitido que suceda esto?” A lo que el Sheij respondió: “Al-lâh no lo ha permitido; Al-lâh lo ha hecho”.¹²

Esta interpretación, por un lado, ayudaría a superar el mal como algo inherente a la naturaleza y a verlo como algo concreto, una acción específica, que se debe combatir. Frente al concepto de concebir un mal y un bien abstractos, el eje en torno al que gira el Islam es a lo que en el Corán, de acuerdo con el experto, se le llama *al-amr bil-ma'rûf wa n-nâhy 'âni l-mûnkar*, ordenar el bien y prohibir el mal. Todo musulmán debería, asimismo, ordenar el bien, lo cual quiere decir que este no se deje en manos de los gobernantes, ni de una casta sacerdotal, sino que pertenezca a la conciencia de todos los seres humanos.

El Islam invita a luchar, a no consentir la violación de derechos, ni los nuestros ni los de los demás. Se trata de mejorar todo lo mejorable, de hacer crecer lo bueno, de enseñar la rectitud, las nobles cualidades, la justicia, animar a la generosidad, tratar de que lo hermoso crezca, que lo noble impere, que lo sabio se imponga, que lo auténtico resplandezca. Se trata de que lo bueno no quede oculto sino que se expanda, en nosotros mismos y en cuanto nos rodea. Y se nos dice que es obligación del musulmán, prohibir el mal, es decir, combatir la injusticia, eliminar la mentira, hacer que desaparezca lo malvado, lo que daña o envilece al ser humano. Tolerar el mal, la mentira, el oscurantismo, la opresión, el hambre, la tortura, es signo de que el corazón está muerto y se hace incapaz de Alá.

A partir de que el mal y el bien forman parte de la creación de Alá, de la realidad, del contexto cotidiano, es responsabilidad por tanto de cada uno de los musulmanes tomar las decisiones correctas, eligiendo lo que se relaciona con bondad y rechazando lo que se entienda como maldad, sin que haya ninguna criatura libre de todo mal. Así pues, para sintetizar, el mandato de ordenar el bien y prohibir el mal debe empezar por uno mismo. Así lo explica el experto:

Dijo el profeta Mahoma: *“Quien de vosotros vea un mal que lo elimine con su mano, quien no pueda que lo haga con su lengua, y quien no pueda que lo maldiga en su corazón, y eso es lo menos que puede hacerse dentro de la fe”*. El musulmán que sea testigo de un mal tiene la obligación inmediata de oponérsele con todas sus fuerzas, con su mano. Si no tiene medios materiales de acabar con él, que censure ese mal, que no calle. Si no puede hacerlo, que no permita que su corazón lo justifique o se acomode a él.

¹² Es difícil comprender este tipo de fe absoluta en la voluntad de un Dios desde otras religiones y, mucho más, desde una perspectiva de vida agnóstica o atea.

1.2. Enfoque filosófico. René Girard: la rivalidad mimética y el chivo expiatorio.

El filósofo, crítico literario e historiador francés, René Girard, plantea una interesante hipótesis sobre el origen de nuestro comportamiento violento. Desarrolla un concepto, la rivalidad mimética, que consiste en la creencia de que el ser humano cree haber desarrollado sus propios deseos cuando, en realidad, son meros deseos de lo que otro posee. En otras palabras, no podría desearse algo que no se observara en alguien/algo fuera de uno mismo, aunque ese otro -y he aquí la parte más sugerente- se encuentre en modelos de ficción u obras literarias. Para él, este deseo mimético no es una cuestión meramente textual, sino que se presenta como un hecho antropológico.

Las relaciones miméticas que nos muestran las obras literarias, no se quedan en un referente textual, que nada tiene que ver con situaciones humanas reales. Todo lo contrario, los grandes autores literarios conocen la naturaleza humana, por eso, las situaciones metafísicas [es decir relacionadas con el deseo mimético] representadas en la obra [literaria], se harán familiares a un gran número de lectores; las oposiciones (...) tendrán sus réplicas en la existencia cotidiana. (Girard, 2003:19).

En realidad, deseamos lo que tienen otros, lo que disfrutaban otras personas. Podemos, incluso, desear lo que observamos que otros poseen en las grandes obras literarias. Cervantes, Shakespeare, Dostoievski, inventaron realidades, sentimientos, que el hombre quiere para sí. Es el llamado deseo de apropiación. En el *Quijote*, por ejemplo, el hecho de que Sancho Panza soñara con una “ínsula” de la cual sería gobernador, o el querer un título de duquesa para su hija no son deseos originales de él, vienen de su señor, Alonso Quijano, el cual también es *víctima* de los deseos del Amadís de Gaula.

Tanto Don Quijote como Sancho toman sus deseos según otro, en un movimiento tan fundamental, tan original, que lo confunden perfectamente con la voluntad de ser ellos mismos.

Tras la lucha, cuando el objeto ya es del vencedor, señala Girard, deja de ser tan importante. A veces, los dos (o más) rivales llegan incluso a olvidarse del motivo de la pelea, lo dejan ir para seguir enfrentándose con el otro. A esto lo llamó deseo antagónico, deseo mimético, imitación del deseo. El hombre es una criatura que ha perdido parte de su instinto animal a cambio de obtener eso que se llama deseo.

Saciadas sus necesidades naturales, los hombres desean intensamente, pero sin saber con certeza qué, pues carecen de un instinto que los guíe. No tienen deseo propio. Lo propio del deseo es que no sea propio. Para desear verdaderamente, tenemos que recurrir a los hombres que nos rodean, tenemos que recibir prestados sus deseos.

Girard manifiesta que el deseo no comprende por qué el modelo se transforma en obstáculo, pero ve muy bien que esta transformación se haya realizado. El deseo se apega a la resistencia que le ofrece el modelo, y mientras más se apega, habrá mayor resistencia, tornándose en una violencia que los sujetos se devuelven miméticamente.

Este obstáculo, que quiere llevar el deseo al fracaso, lejos de ser un “freno” al deseo, es un “acelerador”. El deseo sospecha que detrás de los obstáculos demasiado fáciles le espera la decepción. Entonces el sujeto busca el deseo insuperable, el rival invencible, el objeto inalcanzable. En definitiva, el deseo busca enérgicamente el éxito, pero de ninguna manera un éxito fácil. Y precisamente por eso no busca encontrar dichos éxitos en las experiencias ordinarias o en aquellas que son fácilmente controlables.

La rivalidad mimética tendría como protagonistas a dos personas que desean lo mismo. Se convierten en adversarios. Tanto si se trata del modelo como del discípulo, se confunden sus roles en pos de un objeto común. La rivalidad, también denominada rivalidad mimética, está relacionada con lo que Girard denomina “reciprocidad violenta” o “violencia recíproca”. En la violencia recíproca el objeto en disputa pasa a ser secundario, mientras que la relación de los dobles pasa a ser fundamental. La reciprocidad violenta viene a ser un efecto acción/ reacción mecánico motivado por la rivalidad, en donde por un afán de pretender diferenciarse, los miembros de la pareja mimética se rechazan mutuamente. En este sentido se encuentran en un estado de crisis mimética, que pretenden resolver con la eliminación metafórica o real del otro miembro de la pareja.

Como ya vimos, Don Quijote se encuentra inmerso en la mediación externa, donde tanto modelo como discípulo se encuentran más bien en mundos diferentes. Si Don Quijote no estuviera separado de su modelo por el mito o la historia, es decir si viviera en el mismo mundo de Amadís, necesariamente llegaría a desear el mismo objeto. En

este caso, nos encontramos en la mediación interna, donde cuanto más cerca esté el mediador al sujeto, tanto más veneración inspirará en el sujeto, pero a la vez es factible que se de paso al odio y la rivalidad. Cuando se consigue, el deseo desaparece. El deseo lleva en su esencia la no consecución del objeto deseado. Pero cuando el sujeto logra poseer el objeto tan anhelado, la “virtud” que le atribuía desaparece.

El deseo mimético nos lleva al enfrentamiento con el otro. Cuando otro posee algo, nos encontramos con la *mimesis de apropiación* porque el objeto entra en disputa. Pero esa mimesis de apropiación suele quedar superada por una *mimesis de antagonista* porque el objeto primario de conflicto se olvida y la rivalidad pasa a ser una obsesión recíproca. La manera de hacer patente esa obsesión es diferenciarnos al máximo del enemigo tomando una postura diametralmente opuesta a la suya, ejerciendo una oposición mecánica y sistemática. Dependiendo de en qué ámbito nos movamos -política, por ejemplo-, estamos hablando de violencia.

Según Girard el deseo instauro la violencia como ley. Se produce una espiral creciente de violencia hasta que se produce un hecho relevante: la unión de todos los antagonistas contra un solo individuo o grupo. Así la violencia se *soluciona* por medio del chivo expiatorio, que es una víctima concreta. El sacrificio restablece el orden, se convierte en el mecanismo de apaciguamiento social, *salva* a la sociedad.

Para Girard, los mitos y la realidad están más cerca de lo que se supone. En el capítulo IV, titulado *La violencia y lo sagrado*, traza relaciones constantes entre la mitología y los acontecimientos históricos. En su teoría del chivo expiatorio, afirma que siempre se ha buscado una víctima sobre la que depositar todos los males acaecidos. En la Edad Media, por ejemplo, serían los judíos, acusados de envenenar los ríos y causar la muerte de miles de personas por la peste. Otro sería la brujería, sobre la que cargar todos los desastres de una época o Edipo, acusado de la llegada de todos los males por matar a su padre y casarse con su madre. Y, cómo no, Jesús de Nazaret.

Existen dos momentos en los mitos que los intérpretes no consiguen distinguirlos. El primer momento es la acusación de un chivo expiatorio que todavía no es sagrado sobre el cual se aglutina toda la virtud maléfica. Está recubierto por el segundo, el de la sacralidad positiva suscitada por la reconciliación de la comunidad. Los perseguidores

mitológicos, señala Girard, estaban más poseídos por el efecto sacralizado de la víctima que los perseguidores modernos. Superponen una reacción de adoración “a la reacción de terror y de hostilidad que les inspiraba su víctima”. (Girard, 2003: 70).

La sola acusación lo vuelve automáticamente culpable, se crea el consenso más absoluto. Para que el resultado sea completamente satisfactorio se establece un mecanismo, un ritual para que el sacrificio tenga un efecto máximo. Todas las religiones y las sociedades establecen un ritual preciso y detallado hasta el mínimo detalle para sacrificar a la víctima. Es más, el chivo expiatorio debe asumir su culpa e incluso puede que llegue a creerse la falsa acusación.

La cohesión de una sociedad se logra gracias al sacrificio ritual, cuestión que es negada tajantemente por quien lo realiza. Pero el mecanismo en todo caso resulta eficaz. La eliminación de un miembro inocente de la sociedad —especialmente si es de cierta relevancia— aplaca a los “dioses”, el todos contra todos se vuelve todos contra uno dirigiendo los instintos violentos generados por el deseo mimético hacia una sola víctima propiciatoria. Además hace que toda la sociedad sea cómplice. Finalmente, después del sacrificio ritual, ha quedado restablecido el orden, ya volvemos a estar en una “zona de seguridad”, hasta que se vuelva a repetir todo el proceso.

En la mitología, las transfiguraciones son más poderosas. Las víctimas se convierten en monstruosas, demuestran un poder fantástico. Después de haber sembrado el desorden, restablecen el orden y aparecen como ancestros fundadores o divinidades. Este exceso de transfiguración no hace que los mitos y las persecuciones históricas sean incomparables, al contrario. Para explicarlo, basta con recurrir al mecanismo que postulamos en el caso de las representaciones ya descifradas y suponerle un funcionamiento más eficaz. El regreso al orden y a la paz es referido a la misma causa que los trastornos anteriores, a la propia víctima. Eso es lo que lleva a decir que la víctima es sagrada. Y lo que convierte el episodio persecutorio en un auténtico punto de partida religioso y cultural. (Girard, 2003: 76).

Es así como Girard plantea la hipótesis de que los sacrificios de inmolación se dan en el punto culminante y en la conclusión de un desbarajuste mimético general y representan un sacrificio espontáneo y unánime de víctimas. Esa inmolación pondría fin a una crisis mimética realmente disociadora al unir a toda la comunidad contra un solo antagonista impotente. Se puede decir que la víctima propiciatoria suministra una válvula de escape

a la violencia al unificar a toda la comunidad contra ella. Esto suele ocurrir en momentos históricos difíciles, añade Girard:

Las persecuciones que nos interesan se desarrollaron preferentemente en unos periodos de crisis que provocaron el debilitamiento de las instituciones normales y favorecieron la formación de multitudes, es decir, de agregados populares espontáneos, susceptibles de sustituir por completo unas instituciones debilitadas o de ejercer sobre ellas una presión decisiva. (Girard, 1986: 21).

Pero nunca hay una víctima sin una multitud enfervorecida que la acuse. El francés alude a los equívocos que se producen con la expresión “chivo expiatorio” y acusa a la masa de ser la responsable final del ajusticiamiento:

Tan pronto como reflexionamos sobre “el chivo expiatorio” o pensamos en esta expresión al margen del contexto persecutorio, tendemos a modificar su sentido. El rito retorna a la memoria; como se trata de una ceremonia religiosa que se celebraba en fecha fija y era ejecutada por sacerdotes, nos invade la idea de una manipulación deliberada. Imaginamos unos hábiles estrategas que no ignoran nada de los mecanismos victimarios y que sacrifican unas víctimas inocentes con conocimiento de causa, debido a unas maquiavélicas segundas intenciones.

Es posible, especialmente en nuestra época, que tales cosas lleguen a producirse, pero ni siquiera ahora se producirían si los eventuales manipuladores no dispusieran, para organizar sus crímenes, de una masa eminentemente manipulable, en otras palabras, de personas susceptibles de dejarse encerrar en el sistema de la representación persecutoria, personas capaces de creencia en la perspectiva del chivo expiatorio. (Girard, 1986: 57).

En el caso que nos ocupa, el chivo expiatorio podría ser Osama Bin Laden. Desde luego no se trata de una víctima inocente, pero, tras su aniquilación, se consiguió -al menos temporalmente- un alivio profundo del mundo occidental, una momentánea liberación de responsabilidad. La “masa eminentemente manipulable” pasaría a ser no solo la población estadounidense sino todos aquellos ciudadanos, de cualquier país, que ansiaban llegar a un culpable para aniquilarlo y liberarse del miedo. De alguna forma, sintieron que habían terminado con el enemigo número uno, la reencarnación de todos los males, el culpable de los atentados y de la consiguiente inestabilidad global, del mismo demonio con barba y turbante.

La imagen del presidente Obama dirigiendo la operación militar secreta se publicó en casi todos los periódicos del mundo (incluida al final de este trabajo en *Elementos Externos*). Un solo hombre, de noche y sin armas, asesinado a sangre fría como

símbolo, como chivo expiatorio, de todo el mal que acechaba a Occidente. Noam Chomsky, por su parte, había afirmado que Osama Bin Laden era solo uno de los radicales islámicos y que, probablemente, ni siquiera hubiera ordenado directamente el ataque del 11-S. Pero el 1 de mayo de 2011, diez años después de la matanza, abatían al supuesto responsable de los atentados. El discurso de Obama fue de victoria. Comenzaba dirigiéndose a los norteamericanos y al mundo entero. “Tonight I can report to American people and to the world...¹³”. Tras referirse a los familiares de las víctimas, al ejército americano y agradecer la ayuda para la captura de Bin Laden a Paquistán y al trabajo “heroico e incansable” de los responsables de la operación que acabaron con su vida, el presidente sentencia, solemne, que “se ha hecho justicia” (“justice has been done”). El tiempo demostraría que la aniquilación del supuesto culpable no iba a terminar con el radicalismo islamista y su yihad. Los sucesivos atentados en Europa, la guerra de Siria, el auge de otros brazos de Al Qaeda así lo demostrarían (tristemente).

¹³ Discurso íntegro del presidente de EE. UU., Barack Obama, tras la muerte del líder de Al-Qaeda, Osama Bin Laden. https://www.youtube.com/watch?v=i_qHtcjcyPA (reproducido el 1 de octubre de 2015)

1.3. Enfoque político: Georges Sorel y la lícita violencia.

¿Tiene justificación la violencia en algún caso? El filósofo francés Georges Sorel publicó en 1908 *Réflexions su la violence (Reflexiones sobre la violencia)* donde exponía una interpretación pesimista de la realidad histórica y una posible solución mediante la lucha violenta. En la introducción de las Reflexiones, defiende ese pesimismo particular: “Hace ya mucho tiempo que presentí que, si la filosofía griega no produjo grandes resultados morales era por ser excesivamente optimista. Sócrates mismo lo fue hasta un grado intolerable”. (Sorel, 1980: 16). Después lo define como un “optimismo asqueado”:

Cuando nos vemos frente a un hombre que ha sido desafortunado en sus empresas, traicionado en sus más legítimas ambiciones, humillado en sus amores, y que manifiesta su dolor bajo la forma de una revuelta violenta contra la mala fe de sus asociados, la idiotez social o la ceguera del destino, estamos dispuestos a mirarlo como a un pesimista, en lugar de ver en él, casi siempre, a un optimista asqueado, que no ha tenido el valor de cambiar la orientación de sus ideas y que no puede explicarse por qué le ocurren tantas calamidades, contrariamente al orden general que determina el origen de la felicidad. (Sorel, 1986: 17).

Para Sorel, la violencia se convirtió, en su época, en un arma social muy útil. No se sabe que habría pensado el francés sobre la violencia del terrorismo (islamista o de cualquier otra ideología) ya que, en su libro, solo se refiere a enfrentamientos cuerpo a cuerpo, a manifestaciones en las calles, a la lucha de la clase obrera, pero no albergaba una lucha de personas que deciden morir, como kamikazes, para estar cerca de su Dios, en este caso Alá, y defenderlo de las supuestas afrentas que recibe del mundo occidental. Sorel defiende cierto grado de agresividad para cambiar el estado de las cosas pero su libro se ciñe al movimiento socialista y a la lucha de clases. Asegura, además, que no todo fue una reivindicación pura y justa sino que muchos se aprovechaban del malestar general para utilizar al pueblo en sus manifestaciones:

La práctica electoral llevó a muchos republicanos a reconocer que los socialistas obtenían grandes éxitos sirviéndose de las pasiones de celos, decepción y odio existentes en el mundo. Así advirtieron que hay lucha de clases e incluso no pocos adoptaron la jerga de los socialistas parlamentarios; así es como nació el partido que se llama radical-socialista. (Sorel, 1986: 61).

Afirma, asimismo, que se quiso apaciguar a algunos, “comprándoles” con ideas de igualdad y regalos materiales. Los no beneficiados se manifestaron violentamente.

Los esfuerzos encaminados a provocar la desaparición de las causas de hostilidad notorias en la sociedad moderna, ha producido indudables sustos, por más que los pacificadores se equivocaron grandemente sobre el alcance de su obra. Mostrándoles a algunos funcionarios de los sindicatos que los burgueses no son tan terribles como lo creían, colmándolos de amabilidades en comisiones constituidas en los Ministerios o en el Museo social, y dándoles la sensación de que existe una equidad natural y republicana, superior a los odios o a los prejuicios de clase, pudo modificarse la actitud de ciertos antiguos revolucionarios. Estas conversiones de algunos de sus antiguos jefes, sumieron a la clase obrera en profundo desorden; más de un socialista trocó en desaliento el pasado entusiasmo, y muchos trabajadores hubieron de preguntarse si la organización socialista iba a convertirse en una variedad de la política, un medio de llegar.

Pero, al mismo tiempo que se producía ésta evolución, que llenó de júbilo el corazón de los pacificadores, recrudeció el espíritu revolucionario en gran parte del proletariado. A partir del día en que al gobierno republicano y los filántropos se les puso en la cabeza la idea de exterminar al socialismo, desarrollando la legislación social y atenuando las resistencias patronales en las huelgas, pudo observarse que los conflictos revestían un carácter más agudo que antaño. (Sorel, 1986: 64).

En cuanto a las huelgas, para Sorel resultan un método adecuado si se saben llevar a cabo con cordura y organización y se “acierte a incluir reclamaciones”. (Sorel, 1978: 67). Con la violencia, afirma rotundo, se consiguen los objetivos perseguidos:

Una política social basada en la cobardía burguesa consistente en ceder ante la amenaza, no se exime de producir la idea de que la burguesía está condenada a muerte y de que su desaparición es cuestión de tiempo. Así, cada conflicto originario de violencia resulta combate de vanguardia, cuyos frutos no es hacedero barruntar; poco importa que se aleje el choque terrible, pues cada vez que se llega a las manos, los huelguistas esperan que surja la gran batalla napoleónica (en la que se aplasta definitivamente a los vencidos). Así se engendra con la práctica de las huelgas, el concepto de una revolución catastrófica. (Sorel, 1986: 72).

Sorel defiende la violencia como única forma de victoria para cambiar la injusticia social:

La violencia proletaria, ejercida como pura y simple manifestación del sentimiento de la lucha de clases aparece así con carácter de algo bello y heroico. Está al servicio de los intereses primordiales de la civilización, y aún cuando no opta, quizá, por el método más adecuado al logro de provechos materiales inmediatos, puede salvar de la barbarie al mundo. (Sorel, 1986: 95).

La contribución más interesante de Sorel es la idea de la huelga general como mito. Define el mito como un conjunto de imágenes que tienen un contenido moral y, por su

fuerza de convicción, empuja a la acción.

Sorel defiende la violencia de la Revolución: la violencia no es fuerza sin más, sino la fuerza al servicio de una repulsa moral colectiva. Para que los pueblos europeos que han perdido su energía vital recuperen esa energía, es necesario que sean arrastrados por un mito violento, como es la rebelión contra el sistema. Este *sindicalismo revolucionario* preconizado por Sorel, ha sido fuente de inspiración y reivindicado como propio por muy diversos movimientos revolucionarios desde anarquistas a fascistas. En 1917 interpretó la acción de los bolcheviques como una realización de sus ideas: en la cuarta edición de *Reflexiones* añadió un apéndice “*Pro Lenin*”, en el que escribe que se sentiría orgulloso si fuera verdad que Lenin hubiera tomado ideas de su libro. Lenin lo niega en *Materialismo y Empirocriticismo*. Sorel, desgraciadamente, sí ejerció cierta influencia sobre Mussolini.

Lo sorprendente es que, cien años después de la publicación del libro de Sorel y de otros muchos defensores de la violencia para luchar contra las injusticias, alguna de estas ideas se mantengan vivas (en ocasiones tergiversadas) en foros de jóvenes que defienden la resistencia violenta a, lo que denominan, las continuas afrentas del capitalismo. Pueden verse estos fenómenos en blogs populares de muchos países europeos. En ciertas páginas de internet se encuentran artículos a favor de la violencia en manifestaciones, huelgas o, directamente, contra los agentes antidisturbios. Quieren despojar, sostienen, al poder imperante del control de los actos violentos que quedan amparados por la ley. En el blog *regeneracionlibertaria.com*, por ejemplo, se encuentran declaraciones de principios muy evidentes, que entroncan directamente con Sorel y su apoyo revolucionario:

En los Estados modernos todo encaja a la perfección: con la centralización del poder y la aglutinación de las instituciones sociales alrededor de un gobierno despótico, los Estados modernos monopolizaron el uso legal y formal de la violencia. Legal porque es la violencia amparada en el marco jurídico (estatal) la única que no es punible. Formal porque las relaciones de opresión no son solo materiales sino que también son simbólicas, y como resultado tenemos una inmensa mayoría de la población que repudia la palabra violencia porque han internalizado (y dado por natural) el monopolio estatal de la misma¹⁴.

¹⁴ La mayor parte del contenido de este blog es altamente beligerante. La rabia y la frustración queda manifiesta en sus consignas a veces incendiarias.

La beligerancia, obviamente, no es un fenómeno nuevo. Pero se deben diferenciar, inevitablemente, los fines de su ejecución. La historia está plagada de personas o instituciones que han defendido el uso de la violencia con fines lícitos. No debe confundirse la indignación de los injustamente tratados con otros usos violentos en los que se ve envuelto el abuso de poder. Véase la Inquisición, las invasiones, la ambición de los sucesivos imperios, las guerras mundiales, el Holocausto, etc. Ni mucho menos entenderse que es una lucha justa la muerte de inocentes a manos de radicales en defensa de una religión, el Islam, mal entendida.

Contra el abuso de poder, encontramos personajes poco sospechosos de violencia gratuita como es el caso del padre Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, quien escribió *De rege et regis institutione*, en 1599, y defendía el tiranicidio, es decir, la ejecución de un rey por el pueblo si es un tirano. El libro fue quemado en una plaza pública de París porque dos reyes franceses habían sido asesinados. En España no se prohibió su publicación. El jesuita describía a un rey-tirano con unas características que difícilmente se darían en la vida real, con lo que no defendía el asesinato de cualquier rey. Aun así, la obra causó polémica al provenir de un intelectual tan prestigioso, profesor en Sicilia y París, y respetado por San Ignacio de Loyola. Juan de Mariana no tradujo del latín *De rege et regis institutione*, como ocurría con otras obras, pero lo hicieron otros estudiosos. Una traducción llamada *Del rey y de la institución real* fue incluida en la Colección de Autores Españoles.

Pero volvamos a EE. UU. La política interna adoptada por George W. Bush tras los ataques sitúan la venganza como bandera. Con un aparato propagandístico imparable, consiguió que la población se sintiera atacada por otra religión, el Islam, y por un dictador de un país concreto, Saddam Hussein. En 2011, el presidente Obama tuvo cuidado al señalar en su discurso tras la muerte de Bin Laden que EE. UU. no está en guerra contra el Islam sino contra esos radicales que lo usan como excusa para sus ataques injustificados.

Bush consiguió que parte de la opinión pública norteamericana estuviera a favor de la invasión de Iraq y la destrucción de esas supuestas armas de destrucción masiva que nunca aparecieron. Tras el 11-S, Bush cumple con sus primeras intenciones de controlar

el país y desarrollar el mercado armamentístico, del que participaba el vicepresidente Dick Cheney. Leyes como la *Patriot Act*, aprobada después de los atentados, permitían el control de cualquier ciudadano en cualquier lugar sin necesidad de autorización judicial. Y fue una sola de las medidas de protección que se tomaron. La guerra contra Iraq no tardaría en empezar. Los inmigrantes residentes en EE. UU. pasaron a estar en el punto de mira del gobierno norteamericano. Sobre todo, aquellos que provenían de países árabes como Afganistán, Iraq, Argelia o Marruecos o aquellos a quienes EE. UU. consideró como el “eje del mal”. O, como señala Juan José Bermúdez de Castro en su tesis doctoral, las represalias iban, incluso, con “los que tuvieran aspecto de árabes”. Este tipo de violencia desde las esferas de poder no es la que defendía Sorel y a la que muchos jóvenes quieren acercarse por la desesperación de sus situaciones. Esta sería un tipo de violencia cultural, de acuerdo con el triángulo de Galtung, es decir, algo mucho más sutil y denunciado.

1.4. Enfoque psicológico: Viktor Frankl y el sentido de la vida.

*“La gran enfermedad de nuestra época es la falta de rumbo,
el hastío y la falta de sentido y finalidad”*

Viktor Frankl

El conocido psiquiatra de origen judío, Viktor Frankl, superviviente en Auschwitz y fundador de la Logoterapia, sostenía que la violencia podría evitarse si las personas encontraran lo que él calificó como “sentido de la vida”. Su libro *El hombre en busca de sentido* ha sido uno de los libros más leídos de la historia. Cuenta cómo sobrevivió al campo de concentración y cómo consiguió rehacer su vida tras la pérdida de todos sus seres queridos a manos de los nazis alemanes.

Para el psiquiatra vienés, el ser humano no se enfrenta ya en nuestro siglo a una frustración sexual sino a una frustración existencial. El hombre carece de razón propia para vivir, no tiene un porqué. Ante esta situación de vacío, como señala Frankl, el ser humano puede caer en situaciones de riesgo. La primera, el conformismo (no saber actuar según su propio criterio, querer lo que otros hacen) o el totalitarismo (hacer lo que otros quieren). Una tercera sería la neurosis noógena o de conflicto de conciencia, de espíritu, de ansiedad existencial.

Para Frankl la voluntad de sentido es una motivación primaria del ser humano. Servicio a una causa (*homo faber*) o el amor a una persona (*homo amans*). El hombre solo se auto-realiza si se auto-trasciende. En este sentido, muchos de los personajes de las novelas analizadas encuentran el sentido en su pareja, su hijo, la familia, la patria, olvidándose de sí mismos.

El segundo camino para descubrir el sentido de la vida se produce mediante la aceptación de una donación de la existencia; por ejemplo, la conmoción interior provocada por la belleza de una obra de arte o del esplendo de la naturaleza, o por sentir -por el amor- el cercano calor de otro ser humano. El amor es el único camino para arribar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie es conocedor de la esencia de otro ser humano si no lo ama. (Frankl, 2004 : 133-134).

En algunas de las novelas analizadas en este trabajo, en la Parte IV, se observa esta transformación. La desesperación de sus protagonistas se convierte en sentido, estabilidad y esperanza.

Frankl señala que es en el vacío existencial donde afloran tres graves patologías: la depresión, la agresión y la adicción. Basta la simple enumeración de ellas para entender la implicancia directa que ellas tienen en el origen y en las manifestaciones de la violencia. En su obra *La voluntad de sentido*, afirma:

Ser hombre significa trascenderse a sí mismo. La esencia de la existencia humana yace en su autotrascendencia. Ser hombre significa desde siempre estar preparado y ordenado hacia algo o alguien, entregarse a una obra a la que el hombre se dedica, a un ser que ama o a Dios, a quien sirve. (Frankl, 2009: 2).

Por otro lado, de acuerdo con el psiquiatra de origen judío, la humildad es sinónimo de tolerancia pues uno no sabe si, incluso en el último momento, uno puede pensar que se ha equivocado y que es la conciencia de otros la que estaba en lo cierto.

2. Consecuencias de la aceptación de la violencia como arma.

2.1. La Yihad y el Estado Islámico: Al Qaeda, Daesh, Boko Haram.

El economista y director del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH), Jesús Núñez, experto en temas de Oriente Medio, intenta explicar, en sus múltiples libros, cómo los jóvenes van entrando en la ideología de la muerte como opción de vida. Algo imposible de comprender sin tener en cuenta la situación socio-política de los países en los que esta captación se produce. Pero, según el experto, no se trata siempre de personas sin cultura, desarraigadas, asociales. Ni mucho menos. Se trata de universitarios, ciudadanos perfectamente integrados, con mujer e hijos. La novela *Terrorist*, de John Updike, analizada en la Parte V de esta tesis, recrea precisamente el cambio psicológico que se va produciendo en un adolescente norteamericano, Ahmad Ashmawy, que confía en su imán -al que visita semanalmente- y cómo choca con los consejos de su tutor académico, en el instituto, que intenta llevarlo por otro camino potenciando su inteligencia y sus virtudes. ¿Cómo se produce en ellos este cambio de mentalidad?

El experto habla, por ejemplo, de Boko Haram, el brazo de Al Qaeda en Nigeria. La campaña *#bringbackourgirls* (“devolvednos a nuestras chicas”) mostró al mundo la existencia de esta organización yihadista que en abril de 2014 secuestró a más de dos centenares de alumnas de una escuela del noroeste de Nigeria. Un caso espeluznante. Asegura Núñez que algunos seguidores de este movimiento terrorista se sentían identificados con sus métodos, contando con que no todos los que se suman a sus filas deben ser considerados correligionarios en términos ideológicos.

Como nos enseñan muchos otros ejemplos de grupos yihadistas en diferentes partes del amplio mundo árabe-musulmán, junto a los auténticamente convencidos de ser una especie de enviados divinos para restaurar un supuesto orden ideal perdido, hay que contar también con los que no están en sus cabales, los que desean vivir aventuras extremas, los que pretenden vengar una afrenta personal o comunitaria, los que no tienen nada que perder, los simples mercenarios, los ingenuos, los buscavidas, los que no tienen otra opción vital para poder comer tres veces al día, los engañados...¹⁵

¹⁵ Núñez asegura que la complejidad de la captación de *fieles* es altísimo, casi imposible de descifrar de forma clara.

En lo que corresponde a Nigeria y desde la perspectiva de sus casi ciento ochenta millones de habitantes, la existencia y actividad de Boko Haram es solo una más (y no necesariamente la principal) de las fuentes de inquietud e inseguridad que definen su día a día, explica Núñez. Lo mismo cabe decir para sus vecinos más próximos, afectados por una inestabilidad general que se extiende a lo largo de todo el Sahel, derivada de la fragilidad estructural de unos estados con apenas recursos para satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos y para garantizar su seguridad ante la deriva violenta que hoy se manifiesta por todas partes.

Desde el exterior, sin embargo, Boko Haram aparece hoy (junto a Daesh o el Estado Islámico) como la encarnación más actualizada del mal, convertido a marchas forzadas en una amenaza que algunos se empeñan en presentar como existencial. Una percepción exagerada, desde el punto de vista del experto, ya que, despreciando otras variables, solo ha tomado cuerpo a partir de los indicios de su vinculación con la red terrorista Al Qaeda. Antes de la campaña en internet por las niñas secuestradas, Boko Haram era apenas un asunto menor en la agenda internacional de seguridad.

Este tipo de atentados podrían encuadrarse a partir de la ansiedad provocada por el avance de una cultura laica y otros valores occidentales que amenazaban el frágil sentido de identidad musulmán. En otro orden interpretativo, otras explicaciones apuntan a razones puramente psicológicas. Para entender lo que movió a Mohamed Atta, cabecilla de los ataques del 11-S, por ejemplo, algunos psicólogos recomendaban analizar la materia prima de su personalidad, la cual estaba marcada por una compleja relación con las mujeres, de quienes se mantuvo alejado hasta el momento de su muerte. Pero de nuevo se trata de arenas movedizas donde no se extraerá nunca una explicación convincente.

2. 2. Los lobos solitarios en Europa

Al Qaeda y sus brazos ejecutores repartidos por el mundo renueva cada cierto tiempo su llamamiento a los lobos solitarios para que cometan atentados en Occidente. Ya han tenido éxito en varios países como Canadá, Francia, Australia y Bélgica.

El 26 de enero de 2015, un líder yihadista difundió un mensaje de audio, de casi diez minutos de duración, con nuevas amenazas contra Occidente. Los servicios de inteligencia atribuyen la autoría, en principio, a Abu Mohammed al Adnani, aunque es imposible saberlo a ciencia cierta. Este cabecilla de Daesh fue quien hizo un llamamiento parecido en septiembre del mismo año en el que explicaba que los ataques se deberán perpetrar en función de las capacidades de sus autores, ya sea mediante artefactos explosivos, armas largas o cortas, cuchillos e incluso una patada o un puñetazo¹⁶. Este llamamiento afecta a los lobos solitarios que puedan disponer de una cierta preparación pero también, a los que carecen de esa capacidad operativa, como los dos yihadistas que en mayo 2013 asesinaron a un militar del Reino Unido con un cuchillo, tras atropellarlo en una calle de Londres.

En 2004, el cineasta Theo Van Gogh fue asesinado en Ámsterdam (Holanda) cuando se dirigía a su trabajo montado en su bicicleta. Mohamed Bouyeri, de 26 años, le disparó a bocajarro y, después, le remató en el suelo. Lo degolló. El asesino dejó clavado en su pecho una carta de cinco páginas firmada en nombre de Alá con amenazas a los judíos, a los Gobiernos de países occidentales y, por supuesto, a los no creyentes en Mahoma. Van Gogh, a pesar de las amenazas, no llevaba protección policial.

En marzo de 2012, Mohammed Merah asaltó una escuela judía de Toulouse. En las cámaras del interior de los pasillos, las imágenes eran aterradoras. “Se ve a un hombre que corre tras los niños, que los alcanza y que mete una bala en la cabeza a un niño”, declaró ese mismo día a la televisión francesa Nicole Yardeni, presidenta del Consejo de las Instituciones Judías de Francia en la región. Merah había nacido en Francia, tenía 23 años y murió acribillado a balazos por las fuerzas de élite de la policía francesa

¹⁶El mensaje original no se encuentra ya en Youtube. Es similar al publicado el 14 de noviembre de 2014: <https://www.youtube.com/watch?v=lsHo2S57Mpw> (consultado el 1 de octubre de 2015).

(RAID) mientras trataba de huir disparando su Colt 45. Los agentes que le vigilaban desde hacía 32 horas dijeron que Merah había confesado ser un muyahidín (guerrero santo) de Al Qaeda, y autor de los tres atentados cometidos en Toulouse y Montauban los días 11, 15 y 19 de marzo. Sus víctimas fueron tres militares franco-magrebíes y cuatro ciudadanos franceses de religión judía, tres de ellos niños de muy corta edad.

Los foros yihadistas para captar y adoctrinar a individuos susceptibles de ser radicalizados son investigados constantemente por las fuerzas de seguridad de Europa pero es difícil conseguir datos concluyentes para arrestar a alguien que, en realidad, todavía no ha cometido ningún delito grave y quizá no vaya a hacerlo.

Para los expertos antiterroristas, los lobos solitarios son una amenaza constante. No necesitan ningún tipo de infraestructura logística; tampoco armas, ni información previa. En ocasiones eligen a sus víctimas casi al azar, una circunstancia que provoca cierta sensación de pánico latente entre la población. Los especialistas creen que los lobos solitarios preferirían atacar en lugares emblemáticos para ellos, porque la acción alcanzaría mayor notoriedad en nombre de la yihad.

Recientemente, la investigación del *modus operandi* de los lobos solitarios está conduciendo a tramas más organizadas de lo que se suponía, relacionándolo directamente a organizaciones terroristas perfectamente organizadas. Es muy posible que, en algunos casos, estos individuos no actúen tanto por decisión propia como aleccionados desde la cúpula. Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), por ejemplo, se atribuyó el atentado contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* de enero de 2015 en un vídeo colgado en Youtube. “Nos responsabilizamos de esta operación para vengar al mensajero de Dios¹⁷”. Fue la primera reclamación formal del ataque terrorista perpetrado por los hermanos Kouachi que dejó 12 muertos.

Según la agencia Europa Press, en septiembre de 2015, el actual líder de Al Qaeda, Ayman al Zawahiri, ordenó a los musulmanes perpetrar atentados al estilo “lobo solitario” en países occidentales, según una grabación de audio a la que tuvo acceso el

¹⁷ Reivindicación del atentado por Al Qaeda. <https://www.youtube.com/watch?v=fDit1M3wpRI> (consultado el 2 de julio de 2015)

grupo de estudios sobre terrorismo SITE. “Pido a todos los musulmanes que puedan hacer daño a los países de la coalición cruzada que no vacilen. Debemos concentrarnos en llevar la guerra al corazón de los hogares y ciudades del Occidente cruzado y concretamente a América¹⁸”, en referencia a EE. UU. y sus aliados, afirma Al Zawahiri en la grabación, según la transcripción realizada por la agencia Reuters. El líder de Al Qaeda mencionó como ejemplo a terroristas que perpetraron atentados en EE. UU. y Francia: los hermanos Dzhokhar y Tamerlan Tsarnaev, responsables del atentado de la maratón de Boston en abril de 2015; los hermanos Said y Cherif Kuachi, autores de la matanza de los trabajadores de Charlie Hebdo; Mohamed Merah, ejecutor de los asesinatos de Toulouse y Montauban, y Nidal Hasan, quien acabó con la vida de trece personas en la base militar de Fort Hood, en Texas, el 5 de noviembre de 2009.

2.3. El conflicto global de los refugiados.

El origen del caos actual que vive Siria, con millones de personas sin casa, sin trabajo, sin futuro, huyendo a estados vecinos o, los más adinerados, a Europa, fue la represión feroz que el todavía presidente Bachar el Asad llevó a cabo contra las manifestaciones de los jóvenes en 2011. Fue lo que se denominó como Primavera Árabe y los más liberales pedían a sus gobiernos reformas en países como Túnez, Egipto o Libia. Pero en Siria la represión fue brutal. Como resultado, cuatro años después, el país está roto en mil pedazos. Doce millones de sirios viven fuera de sus casas, es decir, uno de cada dos. Si lo comparamos con otras tragedias similares, se podría comparar con los 15 millones de desplazados que originó la Segunda Guerra Mundial.

De los refugiados sirios, a principios de octubre de 2015, Líbano había acogido a un millón, lo que representa un 20% de la población libanesa. Jordania asumió a 600.000, un 10% de su población, y Turquía a dos millones, un 2,5%. A Europa han llegado, hasta octubre de 2015, unos 200.000 sirios. Pero hay muchos miles esperando respuesta. Tras varios encuentros de mandatarios europeos, los países miembros de la Unión más

¹⁸ El nuevo líder de Al Qaeda incita a cometer nuevos atentados como lobos solitarios. <https://www.youtube.com/watch?v=N2CRI2e8Ofs> (consultado el 2 de octubre de 2015)

ricos podrían recibir a unos 32.000 sirios en unos dos años. Está previsto que 15.000 lleguen a España durante 2015.

Por otro lado, los intereses en la guerra civil de Siria proceden de lugares bastante alejados como Rusia, EE. UU. o Irán, en un ajedrez de lentos movimientos pero muy interesados. Irán y Hezbolá, organización musulmana libanesa con características terroristas, respaldan al gobierno de Bashar al-Asad, mientras que los estados árabes del Golfo como Qatar y Arabia Saudí apoyan a la oposición. El conflicto es complicado y se producen enfrentamientos menores constantes en pueblos y ciudades de todo el país. La población inocente que es la que, al final, paga las consecuencias de intereses bien lejanos a los suyos. Por otro lado, Israel no se muestra tranquilo con la sospecha de que en Siria se esté reforzando un segundo foco terrorista (el primero, para ellos, es Hezbolá).

3. Controversia en cuanto a la violencia en EE. UU.

3.1. ¿Asesinatos *buenos* y *malos*: Bin Laden?

¿Por qué mataron a Bin Laden? El presidente de EE. UU., Barack Obama, señaló en su discurso informativo sobre la muerte del líder de Al-Qaeda que su intención era capturarlo o matarlo. ¿Por qué no hicieron lo primero? Uno de los muchos interrogantes aun sin resolver sobre el 11-S es la veracidad de la imagen de Osama Bin Laden muerto. ¿Dónde está su cadáver? ¿Por qué lo tiraron al mar? La página web de Wikileaks, y muchos otros medios, aseguran que sería ilógico desprenderse de la única prueba de la muerte del hombre más perseguido del mundo.

¿No fue acaso una venganza en toda regla? ¿Por qué no fue a juicio? ¿Es que acaso existen asesinatos “buenos” y “malos”? La información proporcionada por el gobierno norteamericano se distribuyó a todo el planeta. Nos informaron del qué, el cómo, el cuándo, el dónde y, de alguna forma más que discutible, el porqué.

Según esta información, comandos especiales de la Marina de EE. UU. mataron al líder de Al Qaeda en una operación militar el 1 de mayo de 2011, de madrugada. Los hechos ocurrieron en la localidad de Abbottabad, al norte de Paquistán en la que Bin Laden vivía en un complejo residencial relativamente aislado. Dicho complejo fue tomado al asalto con la ayuda de helicópteros. Hubo “intercambio de disparos”, según la versión oficial, y, además de Bin Laden, murieron supuestamente otras tres personas. Al parecer, el líder terrorista no estaba armado y falleció tras recibir un disparo en la cabeza y varios en el pecho. La operación duró, según las fuentes gubernamentales, exactamente treinta y ocho minutos y el riesgo de fracaso era elevado (las posibilidades de encontrar allí a Bin Laden eran del sesenta por ciento, aseguraron) y el gobierno paquistaní no había sido informado de la acción militar norteamericana. Se informa de que la orden directa del ataque la dio el presidente de EE. UU., Barack Obama, y lo hizo sin el pleno consenso de su equipo. La foto incluida en *Elementos Externos*, en este trabajo, muestra los momentos anteriores a esta decisión. Al parecer, la orden no era capturarlo vivo, sino matarlo, a menos que Bin Laden “levantase las manos y se rindiera”, algo que, según había expresado el propio líder de Al Qaeda en muchas ocasiones, era

completamente imposible. El presidente Obama, sin embargo, en su discurso tras la muerte de Bin Laden, dijo haber pedido a los marines que lo capturaran vivo o muerto.

Algunas publicaciones mostraron planos detallados de la casa, de cómo se produjo el ataque de los soldados y de las armas que llevaban. Se informó desde EE. UU. de que el cuerpo de Bin Laden fue “arrojado al mar” y supuestamente se comprobó su identidad mediante un análisis de ADN. Con la información sobre las pistas, informantes y las obtenidas por las torturas en Guantánamo que condujeron hasta el presunto cerebro del 11-S, se cuenta con material suficiente para la credibilidad de una historia muy cinematográfica.

Hubo una primera consecuencia política: la popularidad de Obama, que había caído en los últimos meses como consecuencia de estar acorralado en el Congreso y de haber perdido parte de su prestigio internacional, subió exponencialmente. Y, sin embargo, a pesar de tanta información oficial, los interrogantes siguen siendo muchos. Estos son, sin necesidad de acudir a las muchas teorías *conspiranóicas* que ya han surgido, algunos de los misterios que envuelven aún la muerte del terrorista más buscado del mundo.

¿Fue una operación legal según el derecho internacional? Teniendo en cuenta que las fuerzas estadounidenses no contaban con autorización expresa del gobierno paquistaní para entrar en el país y llevar a cabo una operación militar, la respuesta es que no. El director de la CIA, Leon Panetta, lo reconoció sin tapujos: “El Gobierno paquistaní nunca supo nada sobre esta misión, porque EE. UU. se planteó de forma deliberada que se trataría de una misión unilateral. El presidente Obama había dejado muy claro a los paquistaníes que si teníamos pruebas sólidas de dónde estaba localizado Bin Laden, entraríamos a por él. Y eso es justo lo que ocurrió¹⁹”. Sin embargo, Obama agradece en su discurso la cooperación del gobierno de Paquistán con lo que no queda claro si le ayudaron o no.

Algunos expertos justifican el asesinato apelando a la condición de criminal internacional de Bin Laden y a la ineficacia (en el mejor de los casos) para capturarle

¹⁹ Primera entrevista del director de la CIA Leon Panetta tras la muerte de Osama Bin Laden en la revista TIME. <http://swampland.time.com/2011/05/03/cia-chief-breaks-silence-u-s-ruled-out-involving-pakistan-in-bin-laden-raid-early-on/> (consultada el 7 de marzo de 2015).

demostrada por el país en el que se encontraba. Argumentan asimismo que la legislación internacional es ambigua y deja espacio suficiente como para que un Estado que está inmerso en un conflicto armado, o en una legítima defensa, pueda llevar a cabo este tipo de acciones sin necesidad de aplicar procesos legales.

¿Fue legal según la legislación interna estadounidense? Según expertos consultados por la BBC, las dos normas fundamentales para responder a esta pregunta son la “Autorización para el uso de la fuerza militar” y la “Resolución de poderes de guerra”. La primera fue emitida tras el 11-S y autoriza al presidente a emplear toda la fuerza necesaria contra quienes “considerare que de forma determinante” son responsables de los atentados. Pero esta facultad estaría supeditada, en principio, a la segunda norma mencionada, aprobada en 1973, y que exige que el inicio de hostilidades bélicas sea consultado al Congreso, algo que no se llevó a cabo en esta ocasión.

¿Fue un acto de guerra? Implícitamente, EE. UU. considera que sí. Bin Laden se declaró en guerra contra el país norteamericano, y eso le habría convertido automáticamente en enemigo. Pero, por una parte, otros expertos opinan que solo puede existir guerra, jurídicamente hablando, cuando ambos contendientes son Estados y, por otro lado, Washington no se ha declarado nunca oficialmente en guerra contra Bin Laden (o contra Al Qaeda).

Otra pregunta evidente: ¿qué era Bin Laden? ¿Un delincuente o un enemigo? Tampoco está claro. Si se le consideraba un delincuente, un criminal, entonces se ha violado la presunción de inocencia, el derecho a un juicio justo y el derecho a una defensa legal. Se le ha aplicado la pena de muerte sin proceso alguno.

Y si se le consideraba un enemigo, entonces tenía derecho a la protección que establece, entre otros acuerdos, la Convención de Ginebra, a menos que su muerte se haya producido durante una acción bélica. En cualquier caso, la intención, como ha reconocido el propio jefe de la CIA, era acabar con su vida. Y, además, una operación así, ¿no debería autorizarla el Consejo de Seguridad de la ONU, o algún otro organismo internacional? Si se trata de una intervención militar en un país extranjero, parece lógico pensar que habría sido necesario el visto bueno del Consejo de Seguridad de la ONU.

EE. UU. no lo tenía. Tampoco se trató de una operación coordinada por organismos policiales como la Interpol, con capacidad legítima para actuar internacionalmente. En este sentido, la pregunta vuelve a remitir al mismo punto: ¿era una operación militar o una operación policial?

¿Era inevitable acabar con la vida de Bin Laden? El portavoz de la Casa Blanca, Jay Carney, reveló que estaba desarmado en el momento en el que las fuerzas especiales de EE. UU. accedieron a su casa, donde a esa hora dormía parte de su familia, pero se resistió a ser capturado y no mostró intención de rendirse. Este relato contradice la primera versión ofrecida por el principal asesor de seguridad de la Casa Blanca, John Brennan, quien aseguró que Bin Laden “estuvo implicado en el tiroteo”. Como es sabido, solo los mejores soldados tienen acceso a cuerpos de élite como los Navy SEALs, responsables de la operación. Brennan matizó que “si se hubiese podido capturar vivo a Bin Laden, se habría hecho”. Resulta dudoso, para muchos, pensar que este comando no pudo haber reducido a un hombre desarmado de cincuenta y cuatro años sin necesidad de matarlo a tiros. “Existen formas de resistencia que no implican esgrimir un arma”, puntualizó Carney. ¿Qué habría pasado si le hubiesen capturado vivo? Aunque aquí entramos en el terreno de la elucubración, los defensores de la acción estadounidense destacan que un Bin Laden vivo y ante los tribunales habría sido aprovechado de forma propagandística por Al Qaeda y el integrista islamista. Argumentan, también, que ninguna de las posibles opciones era recomendable: ¿lo habrían enviado a Guantánamo o habría sido juzgado en suelo estadounidense? ¿Bin Laden juzgado en Nueva York? ¿O habría sido, tal vez, en Pakistán? ¿Y qué habría pasado si los saudíes, aliados de EE. UU., hubiesen querido extraditarlo?

Los detractores de la operación de EE. UU., sin embargo, indican que con su muerte se ha fabricado un mártir, un héroe al que no han logrado capturar vivo. Una leyenda.

En otro orden de cosas, ¿es cierto que no hubo ninguna baja estadounidense durante la operación? Así lo sostuvo el presidente Obama en su discurso. Sin embargo, algunos analistas consideran poco probable que, si realmente hubo un tiroteo intenso, no se produjese ni un solo herido entre los soldados de EE. UU. En cualquier caso, se trata de la fuerza de élite especialmente entrenada para este tipo de misiones y de una eficacia

letal por lo que, de haber contado con el elemento sorpresa, tampoco es descartable que no se produjeran bajas. Y más dudas: ¿quién más había en la casa? ¿Hubo algún detenido? Según la agencia Associated Press, los soldados dejaron en el recinto a veintitrés niños y nueve mujeres, pero un funcionario paquistaní indicó que estuvieron bajo custodia solo nueve niños de entre dos y doce años. El gobierno de Paquistán, por su parte, habría asegurado tener bajo custodia a una mujer de Bin Laden y a una de sus hijas, detenidas tras el asalto a la residencia. La agencia Efe, citando una fuente de los servicios secretos de Paquistán, añadió que ambas se encontraban en la casa cuando entraron los soldados.

¿Por qué arrojaron el cuerpo al mar? ¿Lo hicieron realmente? Según informaron las fuentes gubernamentales de EE. UU., el cuerpo de Bin Laden fue trasladado hasta el Mar Arábigo, envuelto en un manto blanco y lanzado al mar. Se justificó la rapidez aludiendo a la ley islámica, que aconseja enterrar a los difuntos en un corto plazo de tiempo. Sin embargo, expertos en el Islam han explicado que arrojar un cadáver al mar contradice su ley, la sharia. ¿Cuál es, en cualquier caso, la verdadera razón para hacer desaparecer el cadáver? ¿Evitar que una posible tumba se convierta en santuario para sus seguidores y fuente de futuros conflictos? Si se tiene en cuenta que Bin Laden nació en Yemen, creció en Arabia Saudí y luego renegó de este país y vivió en Sudán, Afganistán y Paquistán, tampoco resultaba fácil decidir dónde enviar sus restos para ser enterrados. Y queda pendiente, además, otra cuestión importante. ¿Qué ocurre legalmente con el derecho de los familiares a recuperar el cuerpo?

Por último, ¿era verdaderamente Bin Laden la persona que nos mostraron en las fotos de la captura? ¿De dónde salieron? ¿Quién las falsificó? Demasiados interrogantes sin resolver.

3.2. La conspiranoia.

¿Estaba el 11-S orquestado? En este tema encontramos, de nuevo, más preguntas que respuestas. Las teorías de la conspiración son abundantes y comenzaron poco después del derrumbe de las torres. Se sostuvo por los *9/11 Truth Movement* -movimientos en busca de la verdad-, que argumentan que las torres cayeron por el efecto de explosivos. Se escucharon las explosiones, aseguran.

En el libro *Debunking 9/11 Myths. Why conspiracy theories can't stand up to the facts*, van resolviendo uno a uno los posibles interrogantes, desde la problemática con los aviones (capítulo 1), las torres norte y sur (capítulo 2), el edificio siete (capítulo 3). Los defensores de las teorías de la demolición del WTC alegan que el edificio siete del WTC -un rascacielos de cuarenta y siete pisos que se encontraba en la calle Vesey al norte del WTC- fue destruido intencionadamente con explosivos. A diferencia de las Torres Gemelas, ningún avión impactó en este edificio, aunque sí fue golpeado por los escombros y dañado por los incendios que ardieron durante siete horas, hasta que se derrumbó por completo alrededor de las 17:20 horas. En *Debunking 9/11* exponen con detalle los motivos por los que cayó, incorporando a las páginas multitud de datos científicos y explicaciones arquitectónicas con los que despejar cualquier duda de teoría conspirativa. También se resuelven cuestiones sobre el Pentágono (capítulo 4) y el misterioso vuelo 93 (capítulo 5), el único que no llegó a su objetivo gracias al coraje de los pasajeros, que evitaron que el avión se estrellara contra algún edificio emblemático, probablemente, como se señaló con anterioridad, el Capitolio.

Muchas de las teorías de la conspiración acusan a la investigación recogida en el *9/11 Comission Report* de estar “fabricada” (Dunbar, 2011:112). No pueden admitir que no estén implicadas en los atentados organizaciones como la CIA, el KGB, la masonería o el *lobby* judío norteamericano.

Los comisionarios llegaron a un mismo informe final “without dissent”²⁰. A continuación, contestan con sencillez la pregunta más esperada: ¿quién fue? Y la respuesta, para los escépticos, es, sencillamente, demasiado simple:

This immeasurable pain was inflicted by 19 young Arabs acting at the behest of Islamist extremists headquartered in distant Afghanistan. Some had been in the United States for more than a year, mixing with the rest of the population. Though four had training as pilots, most were not well-educated. Most spoke English poorly, some hardly at all. In groups of four or five, carrying with them only small knives, box cutters, and cans of Mace or pepper spray, they had hijacked the four planes and turned them into deadly guided missiles. (Kean, Y.H., & Hamilton, L. 2004: 2).

En la siguiente página, realizan una especie de autocrítica al reconocer que el atentado cogió desprevenido al país, pero quizá no debió haber sido una sorpresa ya que las amenazas llevaban produciéndose más de una década:

The 9/11 attacks were a shock, but they should not have come as a surprise. Islamist extremists had given plenty of warning that they meant to kill Americans indiscriminately and in large numbers. Although Usama Bin Ladin himself would not emerge as a signal threat until the late 1990s, the threat of Islamist terrorism grew over the decade. (Kean, Y. H., & Hamilton, L. 2004: 3).

3.3. Choque de civilizaciones, falso. *American Vertigo*.

A partir de los 90, algunos sociólogos comenzaron a hablar de una supremacía de la modernidad en el mundo, del triunfo de los valores de Occidente, entre ellos Samuel Huntington. Su libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*²¹ sostenía que cada uno de los elementos que constituyen una civilización (lengua, historia, religión, costumbres e instituciones) eran fuente de conflicto, contingencia, imposición. Los valores de Oriente y Occidente quedaban, pues, de alguna forma enfrentados. Sin embargo, no es la religión lo que preocupa al sociólogo al considerarla parte de una identidad que, eso sí, después debe confluir con los valores *buenos*, los de la modernidad.

²⁰ De esta forma comienza el *9/11 Commission Report*: Ten Commissioners—five Republicans and five Democrats chosen by elected leaders from our nation’s capital at a time of great partisan division—have come together to present this report without dissent. We have come together with a unity of purpose because our nation demands it.

²¹ *The clash of civilizations and the remaking of world order* es su nombre original, publicado en 1993, en respuesta al libro *The end of history and the last man*, de Francis Fukuyama.

La gente no vive sólo con la razón. No puede calcular y actuar racionalmente persiguiendo su propio interés hasta que define su yo. La política de interés presupone la identidad. En tiempos de cambio social rápido, las identidades establecidas se disuelven, el yo tiene que definirse de nuevo y se deben crear nuevas identidades. Las cuestiones de identidad priman sobre las cuestiones de interés. La gente se enfrenta a la necesidad de dar una respuesta concreta a estas preguntas: ¿quién soy yo? ¿A dónde pertenezco? La religión proporciona respuestas convincentes, y los grupos religiosos ofrecen pequeñas comunidades sociales que reemplazan a aquellas otras perdidas durante la urbanización. Todas las religiones, como dijo Hassan Al-Turabi, ofrecen «a la gente un sentimiento de identidad y una dirección en la vida». (Huntington, S. 2001: 96).

En cualquier caso, este posible enfrentamiento entre dos mundos basados en valores contrapuestos se agravó tras los atentados del 11-S. Las ideas que contribuyeron a la “war of terror”, como la denominó George W. Bush, fueron muchas pero podríamos destacar algunas: el legado de los viejos imperios en Asia y Medio Oriente; la economía “de imperio” de EE. UU. tras la Segunda Guerra Mundial; las consecuencias de la diplomacia durante la Guerra Fría; las consecuencias de la guerra del Golfo; diferencias entre Islam e islamismo; el conflicto árabe-israelí; disputas entre insurgentes árabes y estados en todo el mundo.

Reducir esto a un choque de civilizaciones, sin embargo, resultó más fácil a algunos, poniendo de moda, de nuevo, la teoría de Huntington de los 90. La sugerencia de que los suicidas atacaron el WTC por “who we are” (americanos) y no por la política que este país llevaba haciendo desde 1950, como señala Chomsky, hizo más fácil a los ciudadanos digerir la idea de la guerra.

Edward Said contrató después con su artículo *Choque de Ignorancia*, en el que criticó las etiquetas simplificadoras de Huntington de Oriente frente a Occidente como dos civilizaciones contrapuestas. “Labels like *Islam* and *the West* serve only to confuse us about a disorderly reality”, sostenía en su escrito.

Certainly neither Huntington nor Lewis has much time to spare for the internal dynamics and plurality of every civilization, or for the fact that the major contest in most modern cultures concerns the definition or interpretation of each culture, or for the unattractive possibility that a great deal of demagogy and downright ignorance is involved in presuming to speak for a whole religion or civilization.²²

²² Cita de su ensayo en *The Nation*. <http://www.thenation.com/article/clash-ignorance/> (consultado en febrero, 2011)

Al contrario de la tradicional idea sostenida por Samuel Huntington de un choque de civilizaciones entre el mundo occidental y el mundo musulmán, el filósofo francés contemporáneo, Bernard-Henri Lévy, sostiene que el choque no se produjo (no se está produciendo, mejor dicho) entre dos mundos, sino entre dos facciones dentro del mismo mundo musulmán. Unos serían más radicales, capaces incluso de morir para conseguir sus ideales, y otros más moderados, siguiendo la interpretación más bondadosa de su religión.

El francés hace una reflexión interesante en su libro: ¿Qué significa ser americano? Habla de los síntomas que ha encontrado en su viaje por EE. UU.. El primer síntoma: la locura en los mecanismos de memoria. “How can the same country be home to both one of the most remarkable Holocaust memorials in the world and, alongside Dakota highway, a permanent exhibition of fossils supposed to call evolutionary theory into question?” (Lévy, 2006: 240). El segundo síntoma: la obesidad social. Todo es desmesurado. Los tamaños de centros comerciales, aparcamientos, iglesias. De los aeropuertos, del presupuesto para las campañas políticas, de las superproducciones de Hollywood, etc.

An economic, financial, and political obesity. Obesity of cities. Obesity of malls, as in Minneapolis. Obesity of churches, as in Willow Creek. Obesity of parking lots that, in these malls and churches, sometimes grow so enormous that they generate a full-fledged miniature society, an entire way of life with its own rhythms, spaces, distraction and rest areas, cafeterias, shuttles, even -and this take the cake- specially organized shuttles so that, once your vehicle is parked, shoppers or worshippers can be loaded into yet another vehicle, thus saving them the trouble of walking. (Lévy, 2006: 20).

El tercer síntoma es la desintegración del espacio social ocupado por diversas minorías ávidas de reivindicar sus muchos derechos y sus identidades originales. “This massive event is the rise of minority-rights movements. It is, to paraphrase Chateaubriand, the 'revenge' of those members of the American people who, because of too long a humiliation, have been imbued with a desire to overassert their identity”. (Lévy, 2006: 243). Habla de ciudades artificiales, de zonas de pobreza y marginación.

A pesar de todo, Lévy concluye que el pueblo americano mantiene su identidad -la que sea- y se siente orgullosa por ello. “Todo el tiempo escuchaba, desde Nueva York a California, pasando por la comunidad cubana de Miami hasta las iglesias baptistas del

Sur, *God bless America* o el apoyo unánime a *our troops*". (Lévy, 2006: 247). Para este filósofo y periodista, los diez años que siguieron al atentado del 11-S estuvieron plagados de errores de percepción, análisis y estrategia. Culpa indirectamente a intelectuales conservadores como Fukuyama en sus primeros artículos, quien, inspirado en Huntington, postuló dos mundos enfrentados, Occidente y el islamismo, incapaces de entenderse. Para él, la perfección en la organización de la sociedad ya llegó con la democracia, pero, obviamente, no es así. Fukuyama enfrenta en sus teorías a los países desarrollados -fundamentalmente EE.UU.- y los anticuados -la mayoría de los países árabes-; los que luchan por los derechos humanos y los que, supuestamente, los usurpan. Lévy cree que la complejidad es mucho mayor y que el principio de un pequeño entendimiento del gravísimo problema de percepción comenzaría con esta noción: El choque entre dos tipos de Islam. La famosa *clash of civilizations* ya está pasada; y tampoco es un choque de culturas. Es un enfrentamiento entre los islámicos que quieren disfrutar de las ventajas del mundo contemporáneo, de sus libertades, y la otra facción, la radical, que pretende seguir al pie de la letra, con interpretaciones, cuanto menos equivocadas, del Corán y la guerra santa. América nos da una lección, a través de sus intelectuales, de "democratic daring and licidity". (Lévy, 2006: 275).

II. LA SOCIEDAD ESTADOUNIDENSE ANTE LOS ATENTADOS

El encaje emocional de la tragedia en EE. UU. fue un proceso delicado en el que se fueron superando etapas. Podría hablarse de un fenómeno de ocultación de la verdad, en un principio, cuando los posibles fallos estratégicos en la política del país querían ocultarse por parte del gobierno. En este punto se regresó al discurso oficial del *clash of civilizations*, *War of terror*, el demoníaco Al-Qaeda; Los escritores, cineastas y artistas en general entraron en un época baldía sin apenas producción literaria, un silencio general sin obras nuevas ni interpretaciones de la intelectualidad; el miedo generalizado se extendió en el día a día de los estadounidenses, sobre todo de los habitantes de Nueva York, quienes al menor ruido extraño o parón de metro inesperado, se miraban incrédulos; la extrañeza fue otra de las experiencias que se vivieron tras los ataques. Nadie comprendía bien qué pasaba en la Zona Cero, todo ese tiempo de búsqueda e identificación de los restos. Parecía una macabra obra del destino que nadie acertaba a comprender.

También surgieron conatos de controversia por asuntos hasta ese momento menos graves como la construcción de una mezquita cerca del WTC o las indemnizaciones a los familiares de las víctimas; las teorías de la conspiración, como ya se mencionó, no tardaron mucho en aparecer. Los movimientos por la verdad aglutinaron a muchos ciudadanos perplejos que necesitaban respuestas a las preguntas.

Un tiempo después, comenzó a sentirse en la ciudad y en el resto del país una cierta aceptación de la tragedia. La llamada a la unidad era diaria y el pueblo americano comenzó a sentirse realmente cerca de sus vecinos, con los que antes, probablemente, no hubiera intercambiado palabra. Los movimientos solidarios se multiplicaban casa semana.

Los más críticos aceptaban un posible “merecimiento” de la situación, encabezados por el politólogo Noam Chomsky y por la escritora y guionista Susan Sontag, quien llegó a decir que su país, ciertamente, lo había hecho mal. Algunos autores de otros países se referían al tema con cierta ironía y algunas novelas, ya tras cuatro o cinco años, dejan

penetrar el humor en sus páginas. Posiblemente este sea el principio de una posible superación, que no olvido, del cruel atentado.

1. Reacción social y cultural.

La literatura del 11-S, aunque hay señaladas excepciones, podría calificarse desde cuestionable -por la crítica- hasta, incluso, oportunista. Uno de los aspectos destacable fue la escasez de obras de calidad con los atentados como tema central. Algunos críticos calificaron la época posterior al ataque islamista como literatura del silencio. Como si no se hubiera creado nada. Poco a poco surgieron las primeras obras. Los temas de las novelas abarcaban desde la ansiedad contemporánea, la seguridad o los fracasos en varios aspectos de la vida como, por ejemplo, en la protección de los padres a los hijos (*The Road*).

En esto no se diferencian de los grandes autores estadounidenses de la época inmediatamente anterior al atentado. Estos temas atraviesan toda la novelística de Saul Bellow, por ejemplo. En la colección de ensayos publicada tras su muerte, *Todo cuenta: Del pasado remoto al futuro incierto*, el escritor judío, Premio Nobel de Literatura en 1976, ofrece su sabia postura respecto a la ansiedad y el malestar contemporáneo. ¿Qué es diferente, pues, tras el ataque de las torres? Veamos algunas características específicas de la sociedad posterior al 11-S.

1.1. Conmoción

Una de las frases más utilizadas en la prensa internacional para calificar el atentado de 2001 en Nueva York y Washington fue “disparo al corazón del país”. En efecto, los atentados de Al Qaeda el 11-S dejaron herida de muerte a una nación que se consideraba invencible, inquebrantable e invicta. Los cinco aviones secuestrados supusieron un antes y un después en la historia de EE. UU. Ahora, casi quince años después, el atentado podría haber perdido fuerza. Hubiésemos agradecido, globalmente, una cierta superación, un potencial encaje emocional de la tragedia. Pero esto no ha ocurrido. Más bien al contrario. El terrorismo yihadista sigue vivo. Aún peor: muestra

más vitalidad que en 2001. El resurgimiento del Estado Islámico, con todas sus crueldades, es la prueba más evidente. Los continuos ataques yihadistas son una triste realidad casi cotidiana. La conmoción de aquel día se ha ido transformando en forma de atentados en otros países e intentos de nuevas tragedias como el frustrado ataque en la maratón de Boston en 2013.

La destrucción de las Torres Gemelas fue, pues, un aldabonazo a las conciencias. El dolor causado era infinito, pero era solo el principio (aunque este extremo no se sabía). Aunque EE. UU. había perpetrado más que discutibles “intervenciones” en otros países, la población estadounidense quedó perpleja, en estado de *shock*, con la boca abierta frente a millones de televisores, porque nunca había recibido un ataque de tal magnitud en su propio territorio. La ciudadanía sintió, en estado de estupefacción, que el horror no se producía fuera, en países lejanos, a otras gentes. Por primera vez, la barbarie había golpeado a familiares, amigos, vecinos, a ciudadanos con nombres, cultura y condición similar a la suya. El azote fue tremendo. La sorpresa, mayor. Fue, en algunos casos, como si despertaran de un sueño de analgésica concordia consumista y patriota en el que “lo malo” solo ocurría en lugares lejanos, a personas diferentes, a esa “otredad” remota que de algún modo, seguramente no consciente, algo habrían hecho para padecer tanta destrucción.

Pero en esos momentos de terror, sin tan siquiera predecirlo seriamente, encontraban al asesino en su país, en su lugar de trabajo, en su propia casa. Los titulares de los grandes periódicos repitieron titulares a cinco columnas y en letras mayúsculas: *America attacked*. Algunos fueron más allá y se atrevieron con un directo: *Bastards*, en clara indignación contra los asesinos²³. La conmoción se había producido en las entrañas del “intocable”. El órgano vital de este inmenso país latía, de alguna forma, en el centro financiero de Nueva York. Y en apenas veinte minutos quedó absolutamente aniquilado, destruido, destrozado.

²³ En este enlace pueden verse las portadas de más de 30 periódicos el 12 de septiembre de 2011. <http://www.abc.net.au/news/2011-09-05/september-11-newspaper-front-pages/2870784> (consultado el 19 de febrero de 2014).

1.2. Miedo.

Ante el temor a un posible nuevo ataque, las medidas no se hicieron esperar. El ciudadano medio se enfrentó a un nuevo dilema duro de resolver: ¿Hay verdadera libertad bajo amenaza? ¿Es compatible la independencia con el miedo? ¿A quién culpamos de la tragedia? ¿Podríamos seguir viviendo como si nada hubiese sucedido? Las respuestas son todas la misma: no.

Los muertos se produjeron en Nueva York, ciudad entre ciudades, icono indiscutible, hasta ese momento, de la sociedad moderna, global, intercultural, hiperconectada; metáfora del éxito y progreso de una sociedad dibujada en una isla, Manhattan, que representaría (hasta entonces), a pequeña escala, la Atlántida de las oportunidades, el mundo deseado, soñado, el quizá érroneamente concebido “estado del bienestar”, también llamado, con ironía, del *biengastar*. Pero el miedo había hecho acto de presencia.

El núcleo de Al Qaeda ya había declarado la guerra a EE. UU. (al “Imperio”, en palabras de los yihadistas) mucho antes de 2001. El aviso estaba dado. Pero lo que no podía imaginarse es que el ataque sería perpetrado con tanta crudeza y, menos aún, con esa relativa facilidad. Todavía hoy, más de una década después, cuesta creerlo. El rifle islamista derribó la imagen internacional más visible del sentir americano, Nueva York, y dejó renqueante su núcleo de inteligencia militar, el Pentágono.

Todavía muchos ciudadanos estadounidenses cuentan que el dolor fue tan fuerte, tan inesperado, tan cruel, que la confusión les persigue desde entonces.

1.3. Silencio

Los habitantes de la ciudad, repitieron en decenas de entrevistas un sentimiento: la perplejidad. No sabían qué decir, qué pensar. La falta de discurso para explicar lo que, para ellos, al menos hasta ese momento, era inexplicable, imposible, impensable. A veces el lenguaje no basta. La literatura post 9/11 se caracteriza fundamentalmente por

un primer silencio. Suele ocurrir tras las grandes tragedias. En la década posterior, de 2002 a 2012, no se escribió mucho, ni muy bueno (salvo excepciones), desde un punto de vista literario, pero sí muy interesante desde la perspectiva de pulsión social en cuanto a la violencia y sus formas: violencia de Estado, social, religiosa, de raza o condición sexual. En los libros analizados en este trabajo se trazan ejes transversales de observación de esa violencia latente, esos personajes, situaciones, capítulos, conversaciones en los que el terror se manifiesta. En algunos casos, se trata de verdadera brutalidad en emociones o discursos, en otros se recurre a una ironía doliente y en algunos es un mínimo comentario o un mero silencio.

Los acontecimientos del 11-S se revelaron a través de diferentes medios inmediatamente después de los ataques. Pocas semanas después, los músicos norteamericanos lanzaban canciones patrióticas y, muy pronto, hubo más tributos musicales, poemas, obras teatrales, documentales y libros de no ficción, entre ellos la elegía de Bruce Springsteen *The Rising* y la película de Michael Moore *Fahrenheit 9/11*. Pero para la literatura, aún habría que esperar. No sería hasta finales de 2004 que algunas de las editoriales más respetadas publicaron novelas que usaban el 11-S y sus consecuencias como elementos centrales de la obra. Quizá, como escribía el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, “acudimos al arte para no perecer de verdad”.

1.4. Frustración.

En aquella mañana soleada del 11-S nadie podía imaginar las cifras y las consecuencias. El atentado inauguraba una nueva era: la de la frustración. Muchos autores han hablado desde entonces del trauma como una de las características esenciales de la sociedad y también de la literatura estadounidense (Raldall, 2011: 20). Y con ella la sobreprotección, las medidas de seguridad desmesuradas, el pánico a lo desconocido, el rechazo hacia lo distinto, el reino de la sospecha. Y se extendió como un virus maligno. La resistencia ante el mal fue debilitándose cada vez más profundamente ante un mayor número de atentados. Basta recordar, a menor escala, los atentados de Londres o de los trenes de Atocha, en Madrid. Y no solo en países en posible conflicto sino en ciudades europeas tan aparentemente tranquilas como Toulouse o, ya en 2015, los asesinatos de los periodistas de la revista *Charlie Hebdo*, en París (se incluye una caricatura de

Mahoma en la última parte de este trabajo, *Elementos Externos*, en homenaje a los dibujantes y demás ciudadanos desaparecidos en el atentado). Baste con estas cifras para calibrar el incremento de la violencia yihadista desde 2001 en Europa:

España (2004). El 11 de marzo, diez explosiones en la red de trenes de Cercanías de Madrid, ejecutadas por una célula islamista, causaron la muerte de 191 personas y hirieron a más de 2000.

Reino Unido (2005). El 7 de julio, cuatro atentados suicidas en el metro y autobuses de Londres causaron 56 muertos y 700 heridos. Un grupo relacionado con Al Qaeda los reivindicó.

Francia (2012). En marzo, Mohamed Merah, combatiente en Afganistán y Paquistán, asesinó a siete franceses, incluidos tres escolares judíos, en Montauban y Toulouse.

Bélgica (2014). El 24 de mayo, cuatro personas murieron por el ataque perpetrado por un yihadista francés en el museo Judío de Bruselas.

Francia (2015). El 7 de enero, tres terroristas islámicas dejan 17 muertos (periodistas, dibujantes, policías y jóvenes judíos) y 11 heridos en la sede de la revista satírica *Charlie Hebdo*, en París, y una tienda *kosher*. Los atacantes gritan “Alá es grande”.

Turquía (2015). El 10 de octubre, 97 personas morían en Ankara (Turquía) reunidas en una manifestación por la paz tras la inmolación de al menos dos kamikazes islamistas.

La proliferación de estos actos violentos se extiende por todo el planeta. A veces los atacantes son células independientes, sin conexiones directas con la cúpula, que fracasan en su intento de muertes masivas. Un ejemplo sería el atentado en la maratón de Boston, EE. UU., el 15 de abril de 2013, que causó la muerte de tres personas y 282 heridos tras la explosión de dos artefactos artesanales (ollas a presión).

1.5. Ironía y humor.

En el extremo opuesto a lo anterior, porque siempre se encuentran soluciones distintas a los mismos problemas, encontramos el humor como antídoto. Algo bastante significativo es el hecho de que algunos autores (también críticos y periodistas) acudieran a una fórmula poco esperable en un primer momento pero lógica en cuanto se profundiza: el humor. El intento de comedia, en algunos casos, no es frívolo. Tampoco es una huida. Sería una especie de antídoto, una pócima de consuelo mágico. El humor es una de las pocas herramientas que permite a los autores (a las personas en general, desde un punto de vista psicológico) asumir una realidad demasiado difícil, inasumible. Tanta crueldad resulta imposible de digerir. Por eso, los escritores escogen fórmulas para expresar, sin exabruptos dialécticos, sin bloqueo psicológico, el dolor o la tragedia que pretenden contar.

La mayoría de los autores de las obras de ficción analizadas en esta tesis doctoral (véase Don DeLillo, Ian McEwan, Cormac McCarthy, Martin Amis, John Updike, Joseph O'Neill o Amy Waldman) utilizan este recurso quizá para hacer más soportable el sufrimiento, quizá para digerir la vulnerabilidad de una país hasta entonces “invencible”, quizá como mero recurso narrativo. En cualquier caso, llaman la atención y resultan interesantes las interpretaciones de las bromas y los chistes inspirados en las torres gemelas, las víctimas y los asesinos. Sin caer en el mal gusto (aunque habrá opiniones en el sentido contrario), algunos escritores, como se verá en la Parte V de este trabajo, utilizan la distancia cómica como herramienta para una narración efectiva. Un humor útil y estético.

2. Reacciones de la Academia

Como no podía ser de otra forma ante un acontecimiento de tal magnitud, antropólogos, literatos, psicólogos, filósofos, cineastas, lingüistas, periodistas, intelectuales, aportan su granito de arena al difícil *puzzle* del 9/11. Todos aportan algo. ¿Un cambio a mejor?, se plantean algunos. Para otros, el grave atentado no habría cambiado tanto la situación, no fue tan inimaginable, siguió la línea de lo que cabía esperar. Es la teoría del profesor David Holloway, la idea de *everything changed* rápidamente se estableció en el discurso oficial. “The pre-9/11 and the post 9/11 worlds were broadly continuous not discontinuous”. (Holloway, 2008: 4).

Entre otras reacciones de la Academia Estadounidense, encontramos el orgullo herido, una distancia emocional frente a la tragedia, un despertar de cierta espiritualidad o lucha contra el nihilismo; sensaciones de envidia, arrogancia o venganza, curiosidad por las consecuencias del 9/11 en la era global *high-tech*; la insignificancia del ser humano, como también muestra Ian McEwan en su novela *Saturday*; la sensación de tierra baldía, recordando a T.S. Eliot, como muestra Cormac McCarthy en *The Road*; nuevas posturas filosóficas frente al 9/11; un difícil equilibrio entre la supuesta guerra del terror y el país de las oportunidades y de las libertades. “They only had to destroy. We, by contrast, have to fight in a way that is effective without destroying the very open society as if there were no terrorists. It won't be easy”. (Friedman, 2002: 17).

Algunas teorías en torno al 11-S suscitaron gran interés. La Academia se mueve entre los siguientes parámetros: revancha del pueblo árabe, mal comportamiento en el pasado con los países islámicos o, la más suave, falta de comunicación por parte de EE.UU. con el mundo árabe. Para el filósofo y sociólogo Jean Baudrillard, por ejemplo, la “humillación” percibida del pueblo árabe, se acaba convirtiendo en reacción. La ficción superaría en estos casos las millones de escenas de atentados y explosiones grandilocuentes. Para el francés, las imágenes llegaron primero y, a continuación, la realidad (que sería menos asumible, al ser real, que el cine, irreal). El también filósofo y sociólogo alemán, Jürgen Habermas, por su lado, culpa a una posible deformación en la comunicación con el mundo islámico. La distorsión en el entendimiento mutuo habría

conducido a la violencia del 11-S. Por su parte, Jacques Derrida menciona la posibilidad de otro discurso, una deconstrucción aún mayor que busca su camino.

En la revisión de los escritos filosófico-políticos, se aprecia una doble interpretación: mientras algunos reciben un golpe duro de humildad, otros parecen no querer aceptar la vulnerabilidad del hombre en el mundo. La huida se manifestó de varias formas, desde el aumento de los índices de natalidad justo después del atentado (el sexo fue históricamente una gran vía de evasión) hasta la comprensión del terrorista como víctima por parte de otras corrientes.

2.1. David Holloway: *Cultures of the War on Terror*.

El libro del profesor David Holloway cuenta con ironía los fatídicos errores del gobierno de George W. Bush antes y después del atentado. Afirma que el presidente Bush mintió sobre la supuesta relación de Iraq con el 11-S. Citando a Richard A. Clarke, escribe: “Attacking Iraq in response to 9/11 would be like our invading Mexico after the Japanese attacked us at Pearl Harbour”. (Holloway, 2008: 5). Después pretende quitar hierro a la consideración de los ataques del 11-S como un antes y un después en la vida de los norteamericanos. “Even in the US, life for many continued much as it always had”. (Holloway, 2008: 1).

Continúa Holloway su crítica describiendo cómo George W. Bush volvió a mentir sobre las armas de destrucción masiva. En cuanto al supuesto imperialismo admite, de alguna forma, su existencia. Incluso defiende a EE. UU. como una potencia grande que proporciona a las demás “public goods” (además de valores repetidos como democracia, libertad, oportunidad, éxito, etc.).

El escritor Niall Ferguson es uno de los defensores del Imperio, señala Holloway. En su libro *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire*, proclama que “muchos lugares en el mundo se beneficiarían de un periodo de mandato americano” (“many parts of the world would benefit from a period of American rule”). Sin pensar en una posible falta de respeto a otras organizaciones políticas y sociales, Ferguson llega a

afirmar que algunos países no se corrigen a sí mismos. “They require the imposition of some kind of external authority”. (Holloway, 2008: 10).

El economista Deepak Lal también defendió la globalización capitalista: “The order provided by empires has been essential for the working of the benign processes of globalization, which promote prosperity”. (Holloway, 2008: 13). Se beneficiarían de bienes tangibles, continúa, como escuelas, hospitales, transporte e infraestructura, además de otros intangibles como orden y estabilidad. Asegura que los factores principales del “imperialismo” positivo no son económicos (algo discutible, a la vista de los beneficios obtenidos) sino más bien de calidad política y seguridad nacional.

Holloway sostiene que la Organización de Naciones Unidas (ONU) está secuestrada por intereses particulares de los estados pequeños. Esta aumenta su influencia y no trata con estados ni grupos que no respeten la ley internacional. Al mismo tiempo, es la única institución que permite a los estados miembros compensaciones a su falta de peso en asuntos internacionales. Dado que falló en temas importantes y se cuestionó su autoridad internacional, se atreve a sugerir que EE. UU. es el único garante de estabilidad para los estados “fallidos”.

Holloway cita en su libro a expertos y conocedores del mundo económico y empresarial norteamericano. Menciona por ejemplo al escritor y expolítico canadiense Michael Ignatieff: “The primary public good supplied by American empire lite was order”. (Holloway, 2008: 16). “Bringing order”, escribió, fue “the paradigmatic imperial task”. Esto significaría que EE. UU. se erigiría como garante necesario de “peace, stability, democratization and oil supplies in a combustible region of Islamic peoples stretching from Egypt to Afganistan” -que significaría, critica Holloway, reformular Oriente Medio de acuerdo a los intereses norteamericanos, sin tener en cuenta nada más. También menciona al escritor Frédéric Beigbeder y su obra *Windows of the World*. Aunque lo tilda de denso y complejo, reconoce la posibilidad de una pérdida del lenguaje común, como en la torre de Babel, tras el atentado.

2.2. Thomas Friedman: *Exploring the world after September 11.*

Los hombres todopoderosos son una falacia. Bin Laden no es para tanto.

En su colección de artículos, *Exploring the world after September 11*, el periodista Thomas Friedman expone su opinión sobre todos los acontecimientos posteriores al 11-S. Durante la guerra fría, el mundo se caracterizaba por la división entre países. Tras la caída del muro de Berlín, señala Friedman, la pregunta era: ¿a quién perteneces? Había bandos bastante claros, países amigos o enemigos. En la era de internet, sin embargo, el hombre moderno se caracterizaría por la integración (al menos en cuanto a conexión se refiere). La cuestión se ha transformado y ahora se formula así: ¿a quién estás conectado? Según el reputado columnista del NYT asistimos en estos tiempos a la aparición de individuos con un poder desorbitado (“super-empowered individuals”). Bin Laden declaró la guerra a EE. UU. a finales de los 90.

En 1998, el país norteamericano disparó setenta y cinco misiles contra una sola persona, Bin Laden. En septiembre de 2001, diecinueve individuos disparaban contra todo un país. Se asiste, según Friedman, a un cambio de perspectiva total. Las personas con intenciones criminales, de forma individualizada, pueden destruir lo que pretendan con relativa facilidad. Esto se debe, entre otras cosas, a la capacidad inabarcable de Internet, que ya reina en más de tres mil millones de usuarios en el mundo.

Difícil resultaría, por lo tanto, el equilibrio entre la guerra y el país de las oportunidades/libertades. Destacar que es más fácil destruir que construir, saltarse las normas que crearlas. Para el periodista, no se trata aquí de un choque de civilizaciones, como algunos se empeñan en catalogar. El choque no es entre religiones o culturas, señala Friedman. No es entre los musulmanes, por un lado, y los cristianos, judíos, hindúes, etc, por otro. De lo que aquí se trata es de un choque entre la perspectiva abierta ante el mundo y las ideas del pasado. Esta es la intención de los terroristas que, bajo el manto del Islam, pretenden confundirse con el resto de musulmanes (alejados completamente de cualquier acto de violencia o intolerancia). Lo que quieren los radicales, el fin, según el articulista, es que no se les distinga de otros musulmanes. Afirma Friedman que los terroristas quieren ver el mundo como un choque de

civilizaciones para justificar sus actos. Y también quieren que, cada uno de ellos, se acabe uniendo, tarde o temprano, a la *yihad*, su razón de vida, más bien de muerte.

En el mundo islámico, remarca Friedman, con su larga experiencia en países de Oriente Medio, que ha encontrado árabes que aplauden el ataque a las Torres Gemelas y otros que dicen a las claras, con fundamentos más que cuestionables, que todo es un complot de la CIA con el Mossad de Israel para avergonzar al mundo musulmán. "A generation of Muslims and arabs have been raised on such distorted views of America... has been vilified as the biggest enemy of Islam". (Friedman, 2002: 56).

A medida que avanza el libro, Friedman se va posicionando. En la columna 17 celebra que los terroristas puedan sentir miedo al haberse unido Rusia a la cruzada antiterrorista emprendida por EE. UU. El espíritu de cooperación y solidaridad también se destaca. Los estadounidenses llegaron a recolectar 600 millones de dólares, en dos semanas, para las víctimas y familiares. "Es un espíritu invencible", remata Friedman.

Los terroristas, indica Friedman en la columna 19, están ahí fuera para lograr que ellos (los estadounidenses, los pertenecientes al supuesto imperio), dejen de existir ("terrorists are out there for our nonexistence").

Por supuesto Friedman aboga por una pacificación (tan ansiada históricamente) en Oriente Medio y, aunque vierte duras críticas al gobierno de Israel, también reconoce que cuando se planeó el ataque a Nueva York, años antes de su ejecución, el presidente estadounidense, Bill Clinton, intentaba crear, junto con Yasir Arafat, una coexistencia pacífica entre Palestina e Israel.

En la columna 20, titulada *t's freedom, stupid*, muestra poca paciencia respecto a algunas decisiones tomadas por Ariel Sharon. Para ilustrar su visión esperanzadora, asegura que la paz podría ser posible, aunque será muy difícil. Uno de los motivos es el anquilosamiento de la sociedad islámica, al menos a ojos occidentales. Friedman cita a Stephen P. Cohen: "We want to make the world safe for democracy, and they want to make the Arab world safe from democracy" (Friedman, 2002, 37).

Friedman critica en la misma columna que Bin Laden, tras los “80 años de humillación y desgracia” (como decía el propio líder de Al Qaeda) no poseía visión de futuro. Solo habla de destrucción pero no dice nada sobre construir, juzga Friedman. El periodista se atreve a decirle al terrorista (mediante carta, eso sí) que no podrá destruirlos. “Tendrás que construir algo fuerte para poder con algo tan fuerte. Pero no puedes”. En su epitafio, señala Friedman con humor, se debería leer: “Osama bin Laden -he destroyed much, he built nothing. His lasting impact was a little fotoprint in the desert”.

Friedman se va comprometiendo más y más con la lucha. Alaba al entonces alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, por haberle devuelto un donativo de diez millones de dólares a un jeque árabe. El alcalde lo rechazó, entre otras cosas, porque el multimillonario árabe pidió a Israel que dejara de secuestrar palestinos. Friedman llega a escribir: “Stop lying to us and to yourselves. Because we´re sick of it, and we´re not alone”. (Friedman, 2002: 46).

En la columna 23, *Tweezers*, Friedman utiliza una fingida carta de George W. Bush el 23 de octubre del 2001 para dirigirse a Yasir Arafat: "The cult of martyrdom and suicide that you have recklessly allowed to grow among Islamic Palestinians is not just a threat to Israel and to you. It´s now a threat to us. “Si no estáis con nosotros”, llega a escribir un ya comprometido Friedman, “es que estáis en contra”.

2.3. Priscilla L. Walton and Bruce Tucker: *Dialing 9/11*.

“Para muchos, el mundo tal y cómo se conocía desapareció a las 8:46 a.m. del 11 de septiembre de 2001”. Así comienza esta obra concienzuda sobre las consecuencias del atentado. A partir de esa mañana, según los autores Priscilla L. Walton, de la Universidad de Carleton y Bruce Tucker, de la de Windsor, ambas en Canadá, EE. UU. dejó de ser invencible, inviolable y se convirtió en el punto de inflexión ("fracture point") en el relato de la historia contemporánea. Ambos profesores sostienen que los momentos de cambio histórico (véase Pearl Harbor o Hiroshima) proporcionan estructura narrativa al pasado, es decir, son puntos y aparte que sirven para explicar las historias dentro de la Historia. Se utilizan, podría decirse, como pequeñas pausas ("breaks") para poder organizar un relato coherente, al menos desde el punto de vista

narrativo, dejando claro lo que ocurrió antes y lo que vino después. Se trataría, pues, de momentos simbólicos, iconos clave, pausas en el discurso.

Las reacciones a los atentados, como se ha mencionado ya, fueron de todo tipo. En *Dialing 9/11*, se cita a Susan Falodi quien, con fina ironía, recalca: "We reacted to our trauma... not by interrogating it but by cocooning ourselves in the celluloid chrysalis of the baby boom". (Walton, P. L. y Tucker, B., 2012: 71).

En primer lugar, recalca también esta obra, se produjo una etapa de silencio absoluto. Después, algunos comenzaron a asomar la cabeza entre el vacío enmudecido de un país hasta ese momento rico en palabras y explicaciones para todo. Sorprendentemente, muy pocos intelectuales (dejando a un lado a Chomsky, claro está) hablaron. Algunos filósofos, después, llevaron a cabo verdaderos esfuerzos por reducirlo todo a su significado más simple. Quizás era la única salida coherente para el mantenimiento de un bienestar (psicológico y físico) indiscutible hasta este momento. Pero, como siempre ocurre, aunque puedan contarse con los dedos de una mano, hubo algunos que sí hablaron para malestar de la gran mayoría de sus lectores estadounidenses. Sus teorías fueron provocativas, radicales y, en algún caso, ofensiva. Estos fueron Jean Baudrillard, Paul Virilio, Jacques Derrida, Jürgen Habermas y Slavoj Žižek.

Algunas de estas teorías de los intelectuales, fuera del *mainstream*, son difíciles de encajar. Otras, difíciles de comprender. En el caso de Virilio, de acuerdo a la interpretación asumida del Dialing 9/11, se culpa de los atentados a la culminación -en cierto sentido, el fracaso- de una crisis tecnológica. Al final, en lugar de tantísima y esperable alta tecnología, es un cutter, una simple cuchilla, lo que usan los terroristas para confeccionar sus explosivos. Este aspecto sería comentado, años más tarde, al analizar la rudimentaria preparación de las bombas del maratón de Boston, en marzo de 2013, fabricadas con sendas ollas exprés marca Fagor.

2.4. Noam Chomsky y la crítica a la política de EE. UU.

La mañana siguiente a los atentados del 11-S, muchas miradas se volvieron hacia este hombre. Para todos aquellos interesados en una lectura no oficial de la política internacional Noam Chomsky era, y sigue siendo, la voz a la que escuchar, para interpretar esa complejísima realidad. El intelectual judío recibió los hechos tras llevar mucho tiempo, en realidad se podría decir que había dedicado a ello su vida, combatiendo dialécticamente para intentar dar a la sociedad, a los ciudadanos, una mayor lucidez, es decir, una mayor libertad.

Sus análisis de cada conflicto internacional de envergadura, a menudo silenciados, eran y siguen siendo para una parte significativa de la población, auténticos diagnósticos de una realidad que, a menudo, como se dice, se hace difícil de interpretar, a pesar del exceso de información que rodea al ciudadano de Occidente en la vida moderna. Los logros de esta actividad incesante, en la que Chomsky no está solo, pero de la cual es uno de los más importantes actores, es opinable. Lo que pueda haber en esa labor de denunciar injusticias de quimera, de falta de consecuencias prácticas, por supuesto, es discutible: parece, a día de hoy, que, a grandes rasgos, el estado actual de las cosas en las sociedades actuales es inamovible.

El escritor, Oscar Wilde, ya observaba, en este sentido, que para que una sociedad funcione bien es primordial que la mayor parte de la población sea estúpida. Toda la actividad de Chomsky se dirige en el sentido contrario: hacernos menos tontos. De cualquier manera, su notoriedad pública es grande desde hace mucho tiempo, en ámbitos intelectuales, y no solo en ellos. Escribe Robert F. Barsky: “Chomsky es una de las figuras más importantes del siglo XX, y se le ha descrito como alguien que será para las futuras generaciones lo que Galileo, Descartes, Newton, Mozart o Picasso fueron para las nuestras.” (Barsky, R.F., 2005:15).

La afirmación es, posiblemente, exagerada, pero sirve para ubicar al autor, nacido en un entorno privilegiado: su padre describió su objetivo en la vida como “la educación de individuos de pensamiento bien integrado, libre e independiente, preocupados por mejorar y realzar el mundo, y deseosos de participar en la tarea de hacer de la vida algo

con más significado y valor para todos.” (Barsky, R.F., 2005: 23). En principio, fue una figura solitaria debido a su procedencia en las disciplinas que estudiaba, dominada por filósofos franceses, sobre los que opinaba lo siguiente:

Uno puede aprender mucho de la historia, como de la vida, siempre y cuando evite las pretenciosas payasadas exigidas por los intelectuales por razones de carrera y poder. Pongamos por ejemplo a Foucault [...] Con cierto esfuerzo, se pueden extraer de sus escritos algunas observaciones e ideas interesantes, desembarazándonos del marco de oscurantismo que se exige para tener respetabilidad en el curioso mundo de los intelectuales, que adopta formas extremas en la extraña cultura del París de posguerra. Foucault no es como los intelectuales de París en tanto en cuanto, por lo menos, sí que queda algo cuando uno se desembaraza de eso. (Barsky, R.F., 2005: 243).

Chomsky podría considerarse el mayor ejemplo de intelectual libre de nuestro tiempo, lo cual supone un mérito infinito en una época en la que, como explica Robert W. Mc Chesney en su introducción al libro de Chomsky *El beneficio es lo que cuenta* “mediante muy distintos mecanismos intelectuales, se envían señales a los intelectuales, eruditos y profesores que los incitan a ver el *statu quo* como el mejor de todos los mundos posibles y los aleja de cuestionar a quienes se benefician de la situación.” (McChesney, R. W., 2000: 15). Esta tarea ímproba e incesante de cuestionar al poder establecido, sin embargo, no ha hecho de Chomsky un pensador indulgente con la masa: "Tres cuartas partes de la población norteamericana cree literalmente en los milagros religiosos. La cantidad de gente que cree en el demonio, en la resurrección, en que Dios hace esto y lo otro, es impresionante" (Chomsky, N. y Barsamian, D., 2002: 88); “[...] dejen que la gente [...] no se preocupe mucho acerca del hecho de que la economía es intrínsecamente injusta o de que sus salarios reales están disminuyendo ni de que sus hijos no vayan a vivir tan bien como ellos.” (Chomsky, N. y Barsamian, D., 2002: 91). “Recuerdo que [...] hice un recorrido por el país [...] y que, cuando estaba muy aburrido, encendía la radio. En cada estación que podía encontrar estaba despotricando algún predicador.” (Chomsky, N. y Barsamian, D. 2002: 99).

La hondura de sus observaciones sobre realidades sociales, ciertamente, impresiona. En *Noam Chomsky y el control del pensamiento*, explica:

EE. UU. tiene muchos rasgos diferentes a otras sociedades. Parte de ello es simplemente que es relativamente débil en términos de lazos sociales y comunitarios. Si se viaja por Europa, por ejemplo, uno se da cuenta en primer lugar de que la movilidad es mucho más baja. Es mucho más probable que la gente esté donde creció, que viva y trabaje

bastante cerca de donde estaba. Los países mismos son pequeños comparados con EE. UU. Atravesar fronteras es mucho menos frecuente que desplazarse de un lugar a otro en EE. UU. (Roffinelli, G. 2003:87).

Con todo, la visión de Chomsky sobre el presente y el futuro no es pesimista: sostiene que vivimos en una sociedad mucho más tolerante que hace 30 años. Según su punto de vista, actualmente existen mayor comprensión y un reconocimiento más claro de los derechos y de la diversidad.

Con ese bagaje, y con esa autoridad, fruto de un duro trabajo durante muchos años, Chomsky recibe la noticia de los atentados. Es sobradamente conocido que lo sucedido no varió en un ápice su pensamiento, al contrario que en otros pensadores, que, por lo demás, como no puede ser de otro modo, son absolutamente respetados tras modificar sus conclusiones o sus propuestas de futuro. Merece la pena rescatar sus palabras del día después de la tragedia. Chomsky declaraba a varios medios de comunicación el 12 de septiembre de 2001:

En términos de número de víctimas no alcanza el nivel de muchas otras, por ejemplo el bombardeo de Clinton de Sudán, sin un pretexto creíble, destruyendo la mitad de sus reservas de medicamentos y probablemente asesinando decenas de miles de personas. [...]. Las principales víctimas, como de costumbre, fueron gente de la clase trabajadora.

El día 18 ya tenía reflejos suficientes para observar: “Es un hecho histórico porque hubo un cambio. El cambio fue la dirección en que las pistolas estaban apuntando. Esto es nuevo. Radicalmente nuevo”, contestó a las preguntas de los periodistas²⁴. Añadió que la guerra de Ronald Reagan contra Nicaragua fue peor y fue condenada por la Corte Internacional como “uso ilegal de la fuerza”, sentencia que el gobierno norteamericano despreció por completo recrudesciendo la intervención y causando miles de muertos. Antes de que terminara el año se publicó el libro *11/09/2001*, que recogía siete largas entrevistas con varios medios no norteamericanos: *Il Manifesto* (Italia); a *Hartford Courant*; las emisoras de radio *Radio B92* (Serbia), *DeutschlandFunk Radio* (Alemania) y *Giornale del Popolo* (Suiza); dos entrevistas concedidas a David Barsamian y a Michael Albert no publicadas con anterioridad al libro; *Alpha TV Station* (Grecia); *El*

²⁴ Transcripción de toda la entrevista en <http://www.rebellion.org/hemeroteca/internacional/chomsky281001.htm> (consultada el 1 de octubre de 2015).

País (España); *Liberation* (Francia) y, por último, una conversación con Michael Albert y Greg Ruggiero.

Morris Halle, amigo de toda la vida del autor, comentó:

[...] Fue una gran sorpresa para él que su libro [...] haya vendido miles y miles de copias. Fue una sorpresa absoluta para todo el mundo. No hubo reseñas bibliográficas, no hubo nada. No hubo publicidad. El editor, que fue compañero de colegio de mis hijos, no tenía dinero. No pudo pagar un aviso [anuncio]. De modo que el libro no se anunció como sucede normalmente. Y, sin embargo, se vendió muchísimo. (Halperin, 2007:85).

Es curioso que Chomsky decidiera, o al menos consintiera, en componer el libro *11/09/2001* de ese modo, sin vehicular sus reflexiones en un ensayo. Tal vez no consideraba que lo sucedido mereciera ese esfuerzo, lo que resulta extraño, o acaso de un modo más o menos consciente, prefiriera un interlocutor o varios interlocutores, para exponer su opinión sobre el tema. En la entrevista para *Il Manifesto* del día 19, entre el marasmo general y la confusión, sitúa al lector -con precisión- en lo sucedido:

Para EE. UU., esta es la primera vez desde la guerra de 1812 que el territorio nacional se ha visto atacado o siquiera amenazado. Muchos comentaristas han sacado a relucir la analogía con Pearl Harbor, pero esa interpretación puede inducir a error. El 7 de diciembre de 1941 fueron atacadas bases militares en dos colonias de EE. UU., no en el territorio nacional, que nunca estuvo amenazado. (Chomsky, 2001).

A continuación, en esa misma conversación, habla de lo que en Occidente sistemáticamente es silenciado:

En vísperas de los ataques, el Wall Street Journal analizaba opiniones de "musulmanes acaudalados" de la región: banqueros, profesionales, hombres de negocios, vinculados a EE. UU. Expresaban su desaliento y enfado ante el apoyo de EE. UU. a Estados despiadadamente autoritarios y ante las barreras que Washington levanta contra el desarrollo y la democracia, con su política de "apuntalar" regímenes opresivos. (Chomsky, 2001).

Pero su mayor preocupación era otra: la política de Washington hacia Iraq y hacia la ocupación militar llevada a cabo por Israel. Entre las grandes masas depauperadas y los pueblos que sufren, sentimientos similares son mucho más enconados.

“Es difícil que les satisfaga ver cómo fluyen las riquezas de la región hacia pequeñas élites pro occidentales y gobernantes corruptos y brutales, respaldados por la potencia occidental. [...] EE. UU. iba a vérselas con esos problemas.” (Chomsky, 2001: 13-14). No cree que los servicios secretos americanos pudieran estar al tanto o de algún modo orquestar el ataque (una conjetura que ya se barajaba una semana después de los hechos, y que luego y hasta nuestros días, como sabemos, ha sido y sigue siendo objeto de un intenso debate): “Este ataque significó, sin duda, un enorme golpe y una sorpresa para los servicios secretos occidentales.” (Chomsky, 2001: 18). Da una lección de historia que llena de estupor, y que recuerda la certera sentencia del director de cine italiano, Pier Paolo Pasolini (“no hay nada más anárquico que el poder, no hay nada que repare menos en los medios en su lucha por conseguir sus objetivos, que el poder”):

Los extremistas islámicos radicales [...] eran los favoritos de EE. UU. en los años ochenta porque eran los mejores asesinos que podían encontrar. En aquellos años, el principal enemigo de EE. UU. era la Iglesia católica, que había cometido el grave pecado de adoptar "la opción preferencial por los pobres" en América Latina y sufrió sangrienta persecución por ello". (Chomsky, 2001: 22).

Apunta a un mecanismo psicológico de manipulación en que nos cuesta reparar precisamente por lo extendido de su manejo: “Es mucho más fácil personalizar al enemigo - identificado como símbolo de la perversidad última -, que procurar entender qué hay detrás de las mayores atrocidades.” (Chomsky, 2001: 37). Esclarece los siguientes hechos, a los que arroja más luz que las toneladas de artículos publicados en la prensa internacional:

Quienes conocen bien las condiciones, tienen también sus reservas en cuanto a la capacidad de Bin Laden para planear una operación tan sofisticada desde una cueva en algún lugar de Afganistán. Pero, que su red haya estado involucrada es muy plausible, como así también que él les sirva de inspiración. Las suyas son estructuras descentralizadas, no jerárquicas, probablemente con limitados vínculos de comunicación entre sí. Es del todo posible que Bin Laden diga la verdad cuando afirma que él no sabía nada de la operación. (Chomsky, 2001: 61).

Desecha lugares comunes, como el término "guerra de civilizaciones" procedente de Huntington:

Son palabras de moda, pero no tienen mucho sentido. Revisemos brevemente cierta historia conocida. El Estado islámico más poblado es Indonesia, favorito de Estados Unidos desde que Suharto tomó el poder en 1965. Entre tanto, masacres dirigidas por el

ejército -con ayuda de EE. UU.- liquidaban a cientos de miles de personas, la mayoría campesinos sin tierras, en medio de un brote de euforia de Occidente. [...] El Estado islámico más extremadamente fundamentalista - talibanes aparte - es Arabia Saudí, protegido por EE. UU. desde su fundación. [...] Sin necesidad de continuar, ¿dónde encontramos exactamente la división entre civilizaciones? (Chomsky, 2001: 83 - 84).

Alerta sobre un asunto, y sus palabras resultan proféticas al escucharlas ahora: “[...] si consiguieran matar a Bin Laden, sin haber ofrecido todavía evidencias creíbles de que haya participado en los crímenes del 11 de septiembre. En ese caso lo considerarían un mártir, incluso la enorme mayoría de musulmanes que deploran esos crímenes.” (Chomsky, 2001: 101).

En conclusión, el libro produce en el lector la sensación de ser permanentemente sustraído de la marea de la propaganda oficial para ser llevado a un espacio de verdad que le genera incomodidad, la que produce el toparse con una compleja, oscura y probable realidad minuciosamente hurtada por el poder establecido.

Posteriormente, en diversas obras, Chomsky ha continuado reflexionando sobre la realidad política, a pesar de que “es silenciado por los grandes medios, incluso por medios progresistas.” (Halperin, 2003:10). Los atentados del 11-S no provocaron que su figura adquiriera una mayor relevancia pública, a pesar de las buenas ventas del libro que anteriormente comentamos. El de Halperlin, publicado en Argentina, es de gran interés al permitir un acercamiento al intelectual judío en su intimidad. Chomsky comenta al entrevistador: “Probablemente, esta conversación esté siendo escuchada por la Administración de Seguridad Nacional. ¿Nos importa? ¡No, qué van a hacer...! Le voy a contar un pequeño secreto de cómo son las cosas: en un país como éste, la mejor defensa contra la represión del gobierno es ser completamente abierto y público, como es mi caso.” (Halperin, 2003: 13). Declara a continuación: “Si existiera un dictador fascista racional, elegiría el sistema norteamericano. La censura del Estado ya no es necesaria cuando el totalitarismo ideológico está garantizado por sistemas más complejos y más difundidos.” (Halperin, 2003: 14). (Un apunte al margen: en España, aquel año, el escritor Manuel Vázquez Montalbán se quejaba de que el libro de Chomsky sobre los atentados hubiera sido acallado también por “la mayor parte de los medios españoles de información.” (Halperin, 2003: 15).

La distancia en el tiempo con los atentados le permite reflexiones como esta: “[...] la única cosa que se les ocurrió a los líderes [...] fue asustar a la gente. Si uno logra que la gente le tenga miedo a un enemigo externo que va a venir a destruirlos, van a terminar votando por uno. Simplemente porque la gente confía en que el poder los va a defender.” (Halperin, 2003: 33).

Continúa ofreciendo datos sobre la historia, sobre la génesis de EE. UU., que, en cierto sentido, sorprenden:

Recordemos que, supuestamente, EE. UU. no debía ser una democracia. Supuestamente, EE. UU. tenía que ser lo que los científicos llaman una oligarquía. Un sistema donde las decisiones las tomara una élite y la población las aceptara. El rol del pueblo es aparecer de vez en cuando para elegir a uno de estos líderes de la élite que represente a la gente responsable, y después desaparecer y dedicar su tiempo a cuestiones personales. (Halperin, 2003: 40).

Desmonta mecanismos de supuesta democracia:

Tomemos el caso de las últimas elecciones presidenciales. [...] Gran parte de la población desconocía la postura de los candidatos en algunas cuestiones. Con algunas pocas excepciones, no podían decir cuál era la postura de tal o cual candidato. Y no porque fueran estúpidos. Mi esposa, por ejemplo, es una mujer culta, pero cuando miraba el debate presidencial, no podía descifrar qué estaban diciendo. Son actores entrenados que están capacitados para desempeñar un papel determinado y les ponen ciertas palabras en la boca, y estas palabras están diseñadas de tal manera que la gente no pueda entender qué significan. (Halperin, 2003: 46).

Y prosigue, con estas alarmantes palabras:

Las cuestiones importantes no son de interés de la población. A la población no tiene por qué interesarle las cuestiones importantes y no le interesan. Si uno analiza los resultados de las encuestas, los detalles son interesantes: sólo una mitad de la gente se molesta en ir a votar, pero, entre quienes lo hacen, la tendencia es que lo hagan los más adinerados y los más educados. Y ellos tienden a votar a favor de sus propios intereses. (Halperin, 2003: 46).

Hay también en este libro la siguiente sorprendente reflexión, en un asunto en el que coincide con Foucault, pero Chomsky lo razona más:

En realidad, la gente ordinaria sabe más que las élites. Tomemos el caso de la guerra de Vietnam. Después de varios años, hubo una gran oposición a la guerra. Pero es muy diferente entre la gente común y corriente y entre las élites. Entre las élites, se llamó

oposición pragmática. Entre la población general, según revelaban las encuestas, alrededor del setenta por ciento de la población pensaba que estaba mal y que era inmoral, no un error. Prácticamente ninguna persona educada tenía esa opinión, pero el setenta por ciento de la población, sí. Y esas mismas cifras llegan hasta hoy en día. Los números son muy asombrosos, porque la gente llega a esa conclusión por cuenta propia. No lo leen en los diarios, no lo ven por la televisión. De alguna manera, por cuenta propia llegan a la conclusión de que fue algo absolutamente mal hecho. En cambio, la opinión de las élites era que se trató de un error. Las diferencias son asombrosas. (Halperin, 2003:48).

Revela su talla humana al ser preguntado sobre cómo tolera el gobierno americano una voz tan crítica como la suya: “No solo es mi caso. Hay casos mucho más significativos que el mío.” (Halperin, 2003: 61). Y ofrece un detalle que nos permite observar hasta qué punto los mecanismos del poder son meditados, llegando hasta la vida cotidiana de los ciudadanos:

Tengo un nieto de 10 años, que es un fanático del deporte. Una vez por año tenemos una rutina: lo llevo a un partido de baloncesto profesional, donde hay 20.000 personas, en un estadio en el centro de la ciudad. Es un ambiente muy festivo y a él le encanta. Así que fuimos a principios de este año. El día del partido enviaron un mensaje a todos los que tenían entradas que decía: "Debido a un fuerte nivel de precaución, es necesario llegar a una hora determinada - por ejemplo, si el partido empezaba a las 8:00 a.m., había que estar a las 7.00 a.m. - y asegurarse de llegar exactamente a las 7.00 en punto porque va a haber procedimientos de seguridad muy estrictos; por ejemplo los chicos no pueden llevar mochilas, etc." Así que éramos 20.000 personas paradas en la puerta del estadio y finalmente empezaron a dejar entrar a la gente y nadie le prestaba atención a nada. Ni siquiera pedían que uno se abriera el abrigo. De modo que la seguridad era cero, pero era muy importante hacerle sentir a la gente que la amenaza del terrorismo está presente en todas partes. Es una manera de controlar a la gente. Los norteamericanos viven en estado de pánico. Si uno realizara una encuesta en todo el mundo, digamos en Argentina, por ejemplo, y le preguntara a la gente si cree que Sadam Hussein la va a atacar, no va a encontrar una sola persona en su país que diga eso, porque es ridículo. Incluso en Kuwait o Irán, nadie le tiene miedo. Lo odian, pero no le tienen miedo, ya que fue el país más débil de la región. Pero en EE. UU. es diferente. Alrededor del 60 o 70% de la población ha pensado que Saddam Hussein nos va a atacar. (Halperin, 2003: 66).

2.5. Steven Pinker. No somos más violentos.

El psicólogo y lingüista canadiense, Steven Pinker, actualmente profesor en la universidad de Harvard, es conocido por sus teorías sobre el lenguaje humano como resultado evolutivo de las especies por medio de la selección natural.

En 2011 escribió *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, donde, en más de mil páginas, traza la línea histórica descendente de la violencia, su supuesto declive, con un tono irónico, divertido y muy bien fundamentado.

A pesar de pertenecer a la comunidad judía de Montreal, cuando era adolescente se declaró ateo. A las religiones, Pinker no dedica palabras demasiado elogiosas. A la Biblia hebrea, el Antiguo Testamento, por ejemplo, la acusa de ser "una gran loa a la violencia". Escribe en su libro con mucho sarcasmo:

Y Adán conoció a Eva, su esposa, que concibió a Caín. Y también a Abel. Y Caín habló con su hermano Abel: y sucedió que, estando en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató. Con una población mundial exactamente de cuatro personas, esto equivale a una tasa de homicidios del 25%, aproximadamente mil veces más que los índices actuales de los países occidentales. (Pinker, 2012: 35).

Menciona la petición de Dios a Abraham de degollar a su hijo Isaac para mostrar su obediencia absoluta o cómo Sansón mata a treinta hombres en su banquete de bodas, o David, que ordena matar al marido de Betsabé para añadirla a su harén. “Más adelante, uno de los hijos de David viola a otro y, como venganza, es asesinado por un tercero. El vengador, Absalón, reúne un ejército e intenta usurpar el trono de David teniendo relaciones sexuales con diez de sus concubinas. (Como de costumbre, no nos contaban qué opinaban las concubinas al respecto)”. (Pinker, 2012: 39).

Sobre los primeros tiempos de la cristiandad, en la biblia cristiana, reconoce que amar a los enemigos es un paso a favor de la paz pero, sin embargo, recuerda pasajes en los que Jesús no descarta el uso de palabras violentas. Cita la Biblia:

No penséis que he venido a traer paz a la Tierra; no he venido a traer paz sino una espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra la suegra. Y los enemigos del hombre serán de su

propia casa. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. (Mateo 10, 34-37).

La ejecución romana, con la crucifixión, los azotes y los jirones de piel y sangre muestran otros momentos violentos de la historia; la inquisición con las hogueras de personas vivas, el garrote vil; la crueldad de la Edad Media, entre otras barbaries. Pinker recuerda a Enrique VIII, quien mandó decapitar a Ana Bolena y Catherine Howard. También había ordenado asesinar y descuartizar a un antiguo novio de esta. Y después llegó al trono Eduardo y su hija, a la que llamaron Bloody Mary, María la sangrienta. “No recibió este apodo por añadir zumo de tomate al vodka, sino por haber mandado a la hoguera a trescientos disidentes religiosos”. (Pinker, 2012: 53).

Para el psicólogo, es curioso observar cómo algunos de los dibujos animados como los teleñecos han sido catalogados como violentos en sus primeros episodios mientras que el entretenimiento infantil en Europa, durante el siglo XIX y ya entrado el XX son las marionetas Punch y Judy, donde golpeaban las cabezas de supuestos bebés contra el escenario y, a continuación, lanzaban a los niños, expectantes, los supuestos cadáveres. También menciona las costumbres de batirse en duelo, las guerras, la evolución de las armas militares, etc.

Sobre la publicidad, expone en su libro anuncios con violencia doméstica patente como el ejemplo de una marca de cafés que, en el año 1952, decía que, “si tu marido descubre que sigues arriesgándote a comprar café pasado, insípido... ¡pobre de ti!” (Pinker, 2012: 60). Y se observa a un hombre sentado en una silla golpeando a su mujer, tumbada boca abajo en sus rodillas, recibiendo azotes en las nalgas.

El *Leviatán* de Hobbes, recuerda Pinker, muestra un triángulo de la violencia, en el que participan tres partes interesadas: el agresor, la víctima y el espectador.

Cada uno tiene un motivo para la violencia: el agresor, aprovecharse de la víctima; la víctima, responder a la agresión; el espectador, minimizar los daños colaterales del enfrentamiento. La violencia entre los combatientes puede denominarse “guerra”; la violencia del espectador contra los combatientes puede denominarse “ley”. En pocas palabras, la teoría del Leviatán dice que la ley es mejor que la guerra. (Pinker, 2012: 70).

¿Hasta dónde podemos remontarnos en la historia de la violencia? Pinker recuerda la

agresividad de los chimpancés, una especie con la que el ser humano comparte características. A veces se comen a la crías de otros chimpancés o entre un grupo de ellos matan y le arrancan carne del cuerpo a un macho de otra comunidad que se haya perdido. “Un grupo de machos puede matar a un rival, y una hembra fuerte, con la ayuda de un macho o de otra hembra, puede matar a las crías de otra hembra más débil” (Pinker, 2012: 73).

Durante mucho tiempo se creyó que los pueblos indígenas eran verdaderos salvajes. Hubo genocidios de indios americanos perpetrados por colonos europeos. Para su capítulo sobre el proceso de civilización, el psicólogo cita a Freud, quien sostuvo que “es imposible pasar por alto hasta qué punto la civilización se construye sobre la renuncia al instinto”. Incluye decenas de estadísticas sobre la disminución del índice de homicidios en diferentes países y épocas. Las gráficas son claras. “Cuando analicé percepciones de la violencia en un cuestionario de internet, observé que para muchas personas la Inglaterra del siglo XX era aproximadamente un 14% más violenta que la del siglo XIV. En realidad, era un 95% menos violenta” (Pinker, 2012: 103).

El sociólogo judío-alemán Norbert Elías sugirió que el cambio se había producido en un plano psicológico y que, desde el siglo XI o XII hasta el XVII y XVIII, “los europeos inhibieron cada vez más sus impulsos, previeron las consecuencias a largo plazo de sus acciones y tuvieron en cuenta los pensamientos y sentimientos de otras personas” (Pinker, 2012: 117). Una especie de autocontrol relacionado también con una mayor educación desde el contexto familiar.

El psicólogo canadiense traza comparaciones para demostrar cómo la violencia se fue apaciguando primero en lugares como Inglaterra, y después en Alemania o Países Bajos; también bajó mucho antes entre los ricos que entre los pobres. En EE. UU. el número de muertes (y no solo con armas de fuego) es superior al de Europa, asegura Pinker. Dada la inmensidad del territorio, va desgranando qué estados son menos violentos y cuáles más. En los años 60 hubo un despunte alto de violencia que bajó en la década de 1990, la "recivilización".

Recuerda que la pena capital se ejecuta cada vez menos y se ha abolido la esclavitud. La primera mitad del siglo XX fue especialmente violenta, insiste Pinker, con las dos guerras mundiales pero Pinker afirma que, la otra mitad del siglo, desde el año 50, fue increíblemente pacífica porque habíamos aprendido algunas lecciones. ¿Fue el siglo XX

realmente el más sangriento de la historia? Pinker cree que no y analiza pormenorizadamente muchas de las batallas y el número de víctimas.

Y en la actualidad ha habido un cierto pesimismo. Como decía David Hume, “la actitud de culpar al presente y admirar el pasado está muy arraigada en la naturaleza humana”. Pinker lo achaca también, sin rodeos, al “analfabetismo aritmético de nuestra cultura periodística e intelectual.” (Pinker, 2012: 396).

Para el canadiense, son tres tipos de violencia las más significativas. La primera, son las guerrillas, y los enfrentamientos entre milicias, conflictos de “baja intensidad” que rememoran “antiguos odios”; la segunda sería las matanzas masivas de grupos étnicos o políticos –el siglo XX ha sido el gran ejemplo- y, por último, el terrorismo.

Desde el atentado del 11 de septiembre de 2001 en EE. UU., el miedo al terrorismo ha dado lugar a una enorme burocracia nueva, dos guerras en el extranjero y una discusión obsesiva en la arena política. Se dice que el terrorismo representa una "amenaza existencial" para EE. UU., pues tiene la capacidad de "acabar con nuestro estilo de vida" o poner fin a "la propia civilización". (Pinker, 2012: 397).

El terrorismo es una categoría peculiar de violencia, considera Pinker, porque se caracteriza por “un temor desproporcionado a sufrir un daño” aunque el número de víctimas, comparadas con las cifras de homicidio, guerra y genocidio, sean realmente “insignificantes”. (Pinker, 2012: 456).

III. LA REPRESENTACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA VIOLENCIA

1. Servando Rocha. La fascinación por el mal.

El escritor español Servando Rocha defendió en su obra *La facción caníbal. Historia del Vandalismo ilustrado*, la supuesta gran atracción que provoca el asesinato, el dolor y la barbarie en el ser humano. Uno de los temas espinosos que menciona es la relación de la belleza con el terrorismo. La nota preliminar del libro, *Estética del asesinato*, recoge cómo el compositor Karlheinz Stockhausen, frente a un grupo de periodistas, declaraba una semana después del atentado de las Torres Gemelas de Nueva York:

Lo que ocurrió allí fue la mayor obra de arte que jamás haya existido. Que unos espíritus hayan conseguido realizar, en un solo acto, algo con lo que en la música ni siquiera podemos soñar; que unas personas ensayen como locos durante diez años, totalmente fanatizados, para dar un solo concierto y morir luego, es la mayor obra de arte del universo. (Rocha, 2013: 21-22).

Las reacciones no se hicieron esperar. La indignación fue tremenda, los familiares de las víctimas le repudiaron. Pero hay estaba (de nuevo) una realidad raramente verbalizada: el mal como obra de arte. Esta inclinación hacia la visualización de la tragedia no es evidentemente nueva. Toda nuestra Historia es una historia de violencia. Y así lo refleja la literatura, la ópera, el cine, el teatro. La emoción es la clave, afirma Rocha. “Y toda fascinación conlleva necesariamente una parte de deleite”, afirma en varias ocasiones el autor quien tiene claro que, en general, el ser humano se siente atraído hacia cosas extrañas que no se alcanzan a entender, que a veces provocan repulsión. Pueda ser esta una de las causas por las que cada vez aparezcan más imágenes violentas por todas partes. Porque el público las consume. Incluso los delincuentes pos-posmodernos, los del mundo hiperconectado e hipervisualizado, el nuestro, graban sus *hazañas* y las suben a Internet.

Respecto al 11-S, cuenta Rocha que grupos de arquitectos se mostraban maravillados mientras veían las imágenes del derrumbe de las Torres Gemelas en sus televisores. El terror lograba el "efecto"/la emoción tan ansiada por todas las artes. Y lo consigue en un segundo. El sociólogo y filósofo francés, Jean Baudrillard: “Se piense lo que se piense

de su cualidad estética, las Torres Gemelas fueron una *performance* absoluta, y su destrucción fue también una *performance* absoluta.” (Rocha, 2013: 22).

Al elevar aquel brutal atentado a la categoría de arte, lo que Stockhausen vino a señalar fue, precisamente, que lo demoníaco, deforme y horroroso puede ser al mismo tiempo bello. Sus polémicas declaraciones recogían una determinada tradición en torno al arte, el crimen y el terror, que se remontaba casi trescientos años atrás, justamente en los años que precedieron a la Revolución Francesa, por lo que, de alguna manera, lo que hizo fue ponerle nombre a esa estética del asesinato en pleno siglo XXI. (Rocha, 2013: 22).

Ya en los preámbulos de la Revolución Francesa, grupos enormes de personas se echaban a la calle, emocionados, para contemplar (de cerca) cómo degollaban a algún traidor. Eran finales del siglo XVIII, momento histórico que elige el escritor para adentrarse en las profundas aguas de la *belleza* del crimen. La obra comienza con los pasos de un joven de 22 años que sale a la calle, desde su casa, y es inmediatamente absorbido por una turba enloquecida de maleantes que iba a asaltar una prisión. Se une a ellos. El caos y el horror están por todas partes. El joven es el poeta William Blake, la ciudad es Londres y el año, 1780. En los conocidos como “disturbios de Gordon” -los mayores en la historia de Inglaterra-, donde “se destruyeron más de un centenar de viviendas pertenecientes a la aristocracia y la iglesia, además de media docena de prisiones, que ardieron por completo siendo sus presos liberados.” (Rocha, 2013: 33).

Después de varios saltos temporales, llegamos a la toma de la Bastilla, ahora en Francia, como inauguración del estilo del terror. La muchedumbre había asesinado a Launay, gobernador de la fortaleza. Su forma de morir y la celebración de cada detalle (su cabeza clavada en la punta de una lanza, por ejemplo) serían la *premier*, en 1792, de la ritualización del horror durante la Revolución Francesa.

Es interesante el planteamiento de Rocha para comprender la motivación de los escritores del 11-S. ¿De dónde surgió esa primera inspiración que les llevó a elegir el atentado más brutal de su historia como base para sus novelas? En *La facción canibal* se insiste en la atracción que provoca el terror, la sangre, el dolor y el drama. La fascinación por el mal. La estética del asesinato. El amor por la tragedia. El erotismo de la crueldad. La violencia como antítesis del aburrimiento. La glorificación de las bajas pasiones. Recuerda a Thomas De Quincey en su estética del asesinato.

La fascinación que suscita la sangre es evidente para el escritor. Y es cierto, como se comprueba a diario en los medios de comunicación, que el sexo y la muerte encabezan la lista de lo más leído. Aderezada la noticia con algún detalle siniestro: un hacha, una radial, un cuchillo jamonero. Hijos que matan a sus padres, padres que matan a sus hijos, bebés mutilados, exparejas sádicas, violadores despechados, pederastas al acecho, periodistas asesinadas en directo... Y son muchos los detalles truculentos o los análisis del *perfil del asesino* realizado por los considerados expertos de turno. Vomitivo, sí, pero número uno en audiencia. ¿Por qué? Porque emociona, nos llega adentro, a lo más hondo, a nuestro lado oscuro, señala Rocha.

Con un estilo directo y poco pretencioso, Rocha recoge en un total de 516 páginas acontecimientos en los que el individuo se siente atraído por un morbo inexplicable, hacia el dolor, la crueldad y la muerte. Los datos históricos y las referencias políticas ubican al lector en casi cada párrafo. El mítico Robespierre es caricaturizado como antropófago (decían que se comía a sus víctimas). Los periodistas ya entonces habían encontrado un filón, buscaban a la facción caníbal. En capítulos sucesivos, recuerda la ejecución del respetado doctor Jekyll y a los asesinos más *atractivos* de la historia. Analiza los movimientos artísticos y musicales con raíces destructivas como el *Punk* o las vanguardias de principios del siglo XX, cuyos lazos con el asesinato se proclamaban en sus publicaciones en defensa de la violencia.

Del cine, recuerda cómo Hitchcock fue el primero en hacer del asesino, un artista. El catálogo sería interminable, con Lynch y Kubrick encabezando quizá la lista de genios de lo extraño, lo incomprensible, lo oscuro. O, con otra estética, Tarantino. Fue muy impactante la película *Seven*, de David Fincher, que causó estragos en 1995 con su macabra representación de los siete pecados capitales o la cabeza de la esposa del protagonista en una caja en su apoteósico final. En 2009, los abusos sexuales de *La Cinta blanca (Das weiße Band)*, de Michael Haneke, o, el mismo año, el turbador e incestuoso filme griego, *Canino (Kynodontas)*, de Yorgos Lanthimos. Igualmente podría decirse que el mejor cine de los últimos años, es decir, las series de televisión, llevan la venganza, el crimen o el asesinato como eje principal. En los 90, noche tras noche, muchos se preguntaban ¿quién mató a Laura Palmer? (*Twin Peaks*) y después llegó la explosión de decenas y decenas de grandes seriales *sanguinarios*. Citemos tres

clásicos contemporáneos: *The Sopranos* (1999-2007), *The Wire* (2002-2008) o *Game of Thrones* (2011- ...).

Fue el filósofo irlandés Edmund Burke, en 1757, quien con mayor amplitud y brillantez trató lo relativo al terror a partir de su concepto de "lo sublime", señala Rocha. Burke no dudó en tildar a los jacobinos de "terrori/stas" (artistas del terror), poniendo de moda aquella palabra. Desde entonces, decir jacobinos equivaldría a decir portadores del terror y realizadores magistrales de lo maravilloso. En su obra *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* aparecen por primera vez elementos sublimes, entonces del todo extraños, como la oscuridad, el temor, los gritos de los animales, la vastedad o la brusquedad. Es, en cierta forma, un decálogo de hechos perturbadores y aterradores, que serían utilizados para reconocer fenómenos políticos, movimientos artísticos, creaciones de diverso tipo o corrientes literarias. Por vez primera, aparecía algo oscuro, siniestro y terrorífico íntimamente asociado a lo maravilloso (Kant lo criticaría mucho, cabe señalar).

Lo sublime, para Burke, era la cualidad u objeto estético apropiado para excitar las ideas de dolor y peligro. La maravilla tendría que ver con la intensidad, con la fuerza de la emoción. Pero la visión del *horror bello* exige la suspensión de la conciencia y del juicio moral. Se precisa la ausencia de Dios, recalca. Lo bello, añade Rocha, habría entrado en el campo del terror.

El grado de intensidad, se podría resumir, es el medidor: si el peligro o el dolor son muy fuertes y acosan demasiado, no producen deleite "y son sencillamente terribles" pero "a una cierta distancia y con ligeras modificaciones, pueden ser y son deliciosos." (Rocha, 2013: 79). Y plantea una situación hipotética:

Escójase un día para representar la tragedia más sublime y conmovedora que conozcamos; nombremos los actores favoritos; no ahorremos nada para los escenarios y decorados, y concentremos los mayores esfuerzos de la poesía, pintura y música; y cuando se haya reunido a los espectadores, justo en el momento en que sus mentes se encuentren predisuestas a la expectación, anunciémosles que un delincuente estatal, de altos vuelos, va a ser ejecutado en la plaza de al lado, en un momento. El vacío del teatro demostraría la comparativa de la debilidad de las artes imitativas. (Rocha, 2013: 79).

Y recuerda una entrevista en la que la escritora de Nueva York, Susan Sontag, reconocía cierta belleza en el atentado del 11-S:

- *Una imagen contemporánea, por ejemplo: el avión que va a estrellarse contra las Torres Gemelas.*

Sí, claro, nadie va a olvidarla-

- *Esa imagen ha sido observada estéticamente. Sí, digamos "estéticamente".*

- decir que hay quien la ha visto bella?

- *Sí, eso mismo.*

- ¿Y?

- *¿Qué le parece?*

Todas las fotografías embellecen lo real.

- *Yo le pregunto si es posible advertir belleza, aunque se trate de una belleza siniestra.*

- Sí, es posible²⁵ (Rocha, 2013: 79).

También la vertiginosa altura, el engañoso miedo a caer por un precipicio, por ejemplo, producirían satisfacción. Rocha menciona la percepción de vértigo en las cataratas del Niágara o la subida a Los Alpes como ejemplos comunes. ¿De dónde procede este raro bienestar? Se cita a Burke para contestar: De un *delight*, un placer negativo, que procede de la suspensión del juicio moral. Aquello que Kant llamaría *negative lust*.

Burke y Kant coincidieron en algo: ambos consideraron básico el hecho de atribuir a las cosas grandes la cualidad de lo sublime y a las pequeñas tan solo la de bellas. En ambos aparecía también la referencia a la noche como lugar ideal para lo siniestro o lo terrorífico, señala Rocha.

Y las páginas de *La facción caníbal* se adentran en la atracción por lo endemoniado y la maldad placentera del marqués de Sade. Y también la lucha interna, permanente, entre la atracción y el rechazo que se siente hacia las grandes privaciones. Así lo explica el filósofo y profesor de estética, Fernando Castro Flórez, en *Las sombras de lo sublime*:

Lo peor es fascinante. Somos los herederos de Leoncio, aquel sujeto del que habla Platón en La República, que finalmente se rindió al deseo de ver los cadáveres de los ajusticiados. Del Satanás de Milton al Libro de Job, ejemplos apreciados por Burke, de las ruinas de las Torres Gemelas a las matanzas actuales en Kenia, encontramos que lo peor es fascinante. 'Todas las privaciones generales -leemos- son grandes, porque todas son terribles; la vacuidad, la oscuridad, la soledad, el silencio'. El paradójico horror delicioso puede surgir de la contemplación de una pared desnuda o de un ruido

²⁵ Citado textualmente del libro de Rocha a pesar del uso incorrecto de guiones e interrogaciones.

atronador, de la carroña baudelairiana o del terrorismo, que es un virus contemporáneo. (Rocha, 2013: 85).

El lector se mueve, como puede, entre conceptos freudianos: compulsión de repetición, la transferencia del dolor, la pulsión de muerte... La irrupción de la experiencia estética en el interior de la filosofía del crimen se trasladaría a la prensa muy pronto, recuerda Rocha, como entrada en la Modernidad. Uno de los más conocidos ejemplos fue el mítico Jack el Destripador. La diferencia entre sus crímenes *perfectos* y otros comunes residía en su dimensión estética y en su grado de perfección o sofisticación. El libro incluye una foto de las notas, escritas a mano por el Destripador, en las que avisaba a Scotland Yard de su próximo crimen/*performance*.

Y posteriormente, las vanguardias, en su autodestrucción voluntaria, mostraban un genuino interés por la violencia. El *Manifiesto caníbal* de Dadá, publicado en 1920, defendía que "la única fuerza noble es la destrucción". Rocha relaciona metafóricamente capitalismo y canibalismo, habla de la iconofagia, del canibalismo cultural (Chapman devora a John Lennon, dice). Hay que consumir, si no, serás consumido.

Con *Desolation Row*, de Bob Dylan, como música de fondo, recuerda el caso de Robert Desnos, antiguo miembro del grupo surrealista, quien en enero de 1928, fue publicando regularmente en el periódico *Paris Matinal* una serie de artículos, más o menos periodísticos, sobre los asesinatos de Jack el Destripador. Desnos había recibido el encargo de escribir varias piezas sobre crímenes sádicos, y, por esta razón, conectó la figura del asesino de Whitechapel, en Londres, con la de Joseph Vacher, conocido como "el Destripador Francés". Vacher descuartizó -devorando incluso sus órganos- a mujeres, niños y ancianos.

Rocha diferencia entre personajes atractivos inventados, como Frankenstein o el conde Drácula, y personajes atractivos reales, personas que existieron realmente, como el Destripador, "el hombre del Hacha de Nueva Orleans" o "el vampiro de Düsseldorf". Entre 1963 y 1968, Ian Brady y Myra Hindley, recuerda Rocha, asesinaron a cinco niños de entre 10 y 17 años a las afueras de Manchester, Inglaterra. Al menos cuatro de ellos sufrieron abusos sexuales. *Moor Murders*, se les llamó. Sorprendido quizá por la expectación que despertaba, Brady se paró y preguntó a los periodistas en la entrada del

tribunal: “¿Por qué tenéis vosotros, el público, esa fascinación increíble por los asesinos en serie?” (Rocha, 2013: 384). Los ojos de su compañera, Mira Hindley, parecen retar al lector desde la portada de *La facción caníbal*. Es la foto de su ficha policial y parece, más bien, sacada de una revista *underground*. Original, inteligente, fuerte y, sobre todo, malvada. La mirada de una asesina. ¿Por qué atrae? Porque sobrecoge. El caso es sentir, aunque sea sentirse mal. Este quizá pudiera ser uno de los motivos por el que los escritores del 11-S seleccionaron el brutal atentado para basar sus novelas.

En el plano *político-estético*, menciona el autor las *bellezas* terribles contemporáneas. La más lograda: la imagen de Bin Laden. Su *dirty look*, con barba, en el desierto, con el *brillo* de lo espiritual, de la lucha armada, se considera sugerente:

El arte es capaz de estetizar el terror, pero hoy el terror está estetizado: el fantasmal y ya fallecido Bin Laden, con sus regulares y ciertamente terroríficas apariciones provisto de su reconocible atrezo (descendiendo de las montañas como único escenario posible, al mismo tiempo que sostiene un ejemplar del Corán y una ametralladora), ha sido el más famoso videoartista de los últimos tiempos. (Rocha, 2013: 429).

Hasta la moda sucumbe ante el terror, consciente de su potencial como producto de mercado. Un anuncio de *Dolce & Gabbana* muestra a un grupo de modelos simulando ser una banda mafiosa o terrorista. Otra campaña de la misma marca, inspirada directamente en los jacobinos, retrata una escena de venganza y crimen. La estética es perfecta. Atrae. Y las ventas funcionan. ¿No es eso el capitalismo?

Rocha recoge en su obra una cita de Ángel Ferrero de su obra *Terror/ismo*. Habla de la posible fascinación que provocan los atentados:

¿Estuvimos pegados al televisor porque queríamos ver un hecho histórico o porque nos fascinaban la imágenes de los atentados? Más bien lo segundo. ¿Por qué hasta Susan Sontag reconoció (en su última obra, *Ante el dolor de los demás*) que las ruinas del World Trade Center eran de algún modo bellas? ¿Simplemente por la definición de Edmund Burke de lo sublime, esto es, lo oscuro, lo terrible, lo que nos sobrepasa y despierta nuestros sentimientos y nuestras emociones? (Rocha, 2013:76).

La visión de lo sublime, del *horror bello*, destaca más adelante, exigía en aquellos espectadores la suspensión de la conciencia y del juicio moral. Se precisaba la ausencia de Dios. Lo bello, añade, había entrado en el campo del terror y el término "terrorista" se tomaba prestado del terreno de la estética y del arte. Para los surrealistas, por

ejemplo, el asesinato suponía aquello que no se atrevían a ejecutar por ellos mismos. Tras la muerte del dirigente de la ultraderechista *Action Francaise*, Marius Plateau, a manos de una joven anarquista de 20 años, le enviaron un ramo de flores y una nota que decía: “Para Germaine Berton, quien hizo aquello que nosotros no supimos hacer.”

Menciona movimientos de poco recorrido pero inquietantes como el *Autoterrorismo* que sostenía que la violencia acaba con el aburrimiento y proclamaba la siguiente consigna: “La belleza del hombre está en su destrucción [...] todos los miedos son buenos para olvidarse de uno mismo: suicidio, pena de muerte, droga, alcoholismo, locura.” (Rocha, 2013: 398).

2. Slavoj Žižek. La violencia invisible.

El esloveno Slavoj Žižek merece capítulo aparte. En realidad, en sus escritos, parece culpar del atentado de las Torres Gemelas a todos excepto a los propios terroristas. Para Žižek, increíblemente, los responsables del mayor atentado de la historia norteamericana son los estudios culturales en las universidades. Los intelectuales estadounidenses, demasiado centrados en las literaturas minoritarias de gays y lesbianas, enfermos mentales o feministas, "perdieron", según el atrevido filósofo esloveno, todo contacto con la realidad. El otro culpable sería el gobierno israelí, más aún, el pueblo judío (y su historia). Žižek, con sus escandalosas teorías, se permite incluso hacer chistes sobre los campos de concentración. Y surgen preguntas. ¿Hasta dónde puede llegar el sentido del humor? ¿Hay fronteras? ¿Existen temas intocables? ¿El humor negro es una válvula de escape para las víctimas o un arma arrojadiza de los verdugos para seguir humillando a los débiles? ¿Quién determina lo que estaría permitido? ¿Es el derecho a la libertad de expresión el más poderoso de todos? ¿Qué ocurre con los vilipendiados con este cuestionable "humor"?

Žižek transgrede las fronteras del respeto. Menciona el perfume del amor ("the smell of love") para referirse al olor horrible que dejó (y tardó en desaparecer) tras la explosión de las torres. Un olor, según testigos y prensa del momento, a carne quemada, a sangre, a muerte. DeLillo, en *The Falling Man*, comienza su narración con esta descripción: “The world was this as well, figures in windows a thousand feet up, dropping into free

space, and the stink of fuel fire, and the steady rip of sirens in the air.” (DeLillo, 2008: 4) . Y después, tras beber el primer sorbo de agua de una botella prestada, siente que traga polvo y percibe cierto sabor a sangre. “There was an aftertaste of blood in the long draft of water.” (DeLillo, 2008: 6).

Según la cruel interpretación del esloveno, los ciudadanos de Nueva York se quedaron enganchados a este olor (“attached to this smell”), en una especie de síndrome de estocolmo. El origen de este olor desagradable (con posibles ecos a aquellos crematorios del Holocausto) reside en los cuerpos quemados, los edificios en llamas, las toxinas en el aire. DeLillo, por otro lado, llega a calificar este olor como “desagradable”.

Zižek se atreve a culpar a Israel y a los nuevos currículos universitarios, con asignaturas y cátedras sobre minorías, porque, según sostiene, “hicieron perder a los estadounidenses el contacto con la realidad”. (Walton, P. y Tucker, B., 2012:14).

Para el esloveno, el problema no es el fanatismo sino la falsa moral. En *Enjoy your symptoms. Jacques Lacan in Hollywood and out*, afirma: “In contrast to what the media desperately endeavor to convince us, the enemy today is not the fundamentalist but the cynic, provisional morality: In theory deconstruct as much as you will, but in your everyday life, play the predominant social game!” (Žižek, 2001: 17).

El punto de partida del libro *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales*, es que la violencia subjetiva es simplemente la parte más visible de un triunvirato que incluye también dos tipos objetivos de violencia. En primer lugar, hay una violencia “simbólica” encarnada en el lenguaje y sus formas, la que Heidegger llama nuestra “casa del ser”. El lenguaje como tal, para Žižek, implica una “imposición de cierto universo de sentido”. En segundo lugar, existe otra violencia, que el autor califica de “sistémica” y son las consecuencias, a menudo catastróficas, del funcionamiento homogéneo de nuestro sistema económico y político. “La violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento.” (Žižek, 2008:10).

El autor realiza afirmaciones como esta: “La muerte de un niño en Cisjordania, por no mencionar a un israelí o un estadounidense, vale para los medios mil veces más que la muerte de un congoleño desconocido”. (Žižek, 2008: 11). Y lanza al lector una pregunta incómoda, brillante: “¿Necesitamos más pruebas de que el sentido humanitario de lo urgente y lo relevante está mediado, sin duda sobredeterminado, por consideraciones claramente políticas?” Y continúa con su tono directo y provocador: “El horror sobrecogedor de los actos violentos y la empatía con las víctimas funcionan sin excepción como un señuelo que nos impide pensar.” (Žižek, 2008: 12).

Ya en el primer capítulo, con un título original, *Adagio ma non troppo e molto espressivo SOS Violencia*, el filósofo señala que “la oposición a toda forma de violencia desde la directa y física (asesinato en masa, terror) a la violencia ideológica (racismo, odio, discriminación sexual) parece ser la principal preocupación de la actitud liberal tolerante que predomina hoy.” Y Žižek se cuestiona a continuación: “¿No es un intento a la desesperada de distraer nuestra atención del auténtico problema, tapando otras formas de violencia y, por tanto, participando activamente en ellas?” (Žižek, 2008: 21).

Añade a continuación, “la lección es, pues, que debemos resistirnos a la fascinación de la violencia subjetiva, de la violencia ejercida por los agentes sociales, por los individuos malvados, por los aparatos represivos y las multitudes fanáticas: la violencia subjetiva es, simplemente, la más visible de las tres”. (Žižek, 2008: 22).

En su libro, menciona al filósofo marxista francés, Étienne Balibar, quien distingue dos modos opuestos pero complementarios de violencia excesiva: la violencia “ultraobjetiva” o sistémica, inherente a las condiciones sociales del capitalismo global y que implica la creación “automática” de individuos desechables y excluidos, desde los sin techo hasta los desempleados y, por otro lado, la violencia “ultrasubjetiva” de los nuevos y emergentes “fundamentalismos éticos o religiosos, o ambos, en definitiva racistas.” (Žižek, 2008: 25).

El filósofo menciona las dos ciudades estandarte de la globalización: Davos y Porto Alegre. La primera, un exclusivo centro turístico en Suiza, donde los hombres poderosos intentan convencerse de que “la globalización” es la mejor receta. Por otro

lado, en Brasil, se reunía la contraélite del movimiento antiglobalización y querían convencerse/nos de que “otro mundo es posible”. Según Žižek, muchos de estos se trasladaron a Suiza y acabaron llevando la voz cantante en los encuentros, que el autor califica irónicamente de reuniones en “Porto Davos”. Algunos de estos “comunistas liberales” son los que Žižek denomina “sospechosos habituales”: “Bill Gates y George Soros, los directores generales de Google, IBM, Intel, eBay, así como filósofos a sueldo, principalmente el periodista Thomas Friedman.” (Žižek, 2008: 27).

Continúa con las supuestas claves del éxito en el mundo contemporáneo. Todos los nuevos *gurús* coinciden, según Žižek, en estas diez premisas:

- Ofrece gratuitamente cualquier cosa y cobra solamente los servicios adicionales, lo que te hará más rico.
- Cambia el mundo, no te limites a vender cosas.
- Cuídate de compartir y sé consciente de la responsabilidad social.
- Sé creativo: céntrate en el diseño, en las nuevas ciencias y tecnologías.
- Cuéntalo todo: no debe haber secretos. Aprueba y practica el culto a la transparencia, el libre flujo de información; toda la humanidad debería colaborar e interactuar.
- No malgastes tu tiempo: ten un horario fijo de nueve a cinco.
- Vuelve al colegio y recíclate.
- Actúa como una enzima: trabaja no solo para el mercado, sino fomentando nuevas formas de colaboración social.
- Muere pobre: devuelve parte de tus ganancias a quienes la necesitan, puesto que tienes más de lo que podrías gastar.
- Apoya al Estado: practica la asociación entre empresas y Estado. (Žižek, 2008: 30).

Por encima de todo, los comunistas liberales son “auténticos ciudadanos del mundo” a lo que les preocupa problemas concretos que deben resolverse: la hambruna en África, la situación de la mujer musulmana o la violencia religiosa fundamentalista. Son buenas personas, quieren cambiar el mundo, “aunque si ello les proporciona más dinero como consecuencia colateral. ¿qué hay de malo?” (Žižek, 2008: 32). Su lema preferido es el de la responsabilidad social y la gratitud.

“¿Para qué sirve tener ordenadores si la gente no tiene suficiente para comer y muere de disentería?”, se pregunta. “En la época liberal-comunista, la despiadada persecución del beneficio se ve contrarrestada por la caridad. Tras la máscara humanitaria que oculta el rostro de la explotación económica”. (Žižek, 2008: 34).

Para Žižek, el gasto soberano, el rey de todos, es la guerra. “Esta paradoja señala nuestra triste situación: el capitalismo de hoy no puede reproducirse por sí mismo, necesita la caridad extraeconómica para sostener el ciclo de reproducción social”. (Žižek, 2008: 36).

En palabras del autor, el miedo es la base que “reproduce la esencia del modo de vida liberal-comunista.” Y cita *The Village*, de M. Night Shyamalan, como una de las películas que, a pesar de las críticas, mejor han mostrado esta perspectiva. En ella “es como si la auténtica comunidad solo fuese posible en condiciones de amenaza permanente, en un estado constante de emergencia.” Y lo peor de todo, señala, es que el mal, finalmente, es “imaginado” por los habitantes de la aldea. (Žižek, 2008: 39).

Y en este punto, Žižek marca el camino hacia una reflexión más profunda y, en cierto modo, escandalosa: quizá el peligro no sea la sociedad capitalista en sí (al fin y al cabo todavía no hemos encontrado un sistema mejor). Lo verdaderamente peligroso, apunta, son las “soluciones” a esta dinámica del capital. ¿Y cuáles son esas “soluciones” que hemos creado para librarnos del monstruo del dinero, de la ambición social, del individualismo brutal? El aislamiento. Pero no un aislamiento hacia nuestro yo interior, espiritual incluso, más cercano a la esencia natural del ser humano, a la vuelta a un origen más sencillo -en el que no todo el valor se otorgaba a la posesión (de belleza, de poder, de artículos de lujo). No, el repliegue hacia uno mismo, ese aislamiento que podría ser positivo, es un aislamiento que no pretende alejarse del capitalismo impuesto sino más bien beneficiarse de él (de lo material) mientras se crea una barrera social, en torno a un grupo elegido de personas, actividades o características comunes. Hemos optado, lamenta Žižek, por construir espacios comunales protegidos, que van desde barrios residenciales exclusivos hasta espacios emocionales “protectores” como la pertenencia autosatisfactoria a un grupo social muy definido (en el que la identidad común es la esencia del grupo) o a grupos raciales o movimientos religiosos exclusivos (en algunos casos, fanáticos).

Ya Nietzsche vaticinó la llegada de un “último hombre” apático, sin grandes pasiones o compromisos, incapaz de soñar, de emocionarse, de asumir riesgos, un tanto cansado de la vida y en permanente búsqueda de comodidad y seguridad. Este sería un tipo de

nihilismo, el pasivo. Para Žižek, “en Occidente nosotros somos “los últimos hombres”, inmersos en estúpidos placeres diarios”. El escritor contrapone esta actitud a la del otro tipo de nihilismo, el activo, en el que uno se vuelca en una causa trascendental e incluso decide morir por ella, y estaría representada por los islamistas radicales, que están “dispuestos a arriesgarlo todo, implicados en un combate nihilista hasta el extremo de su autodestrucción.” (Žižek, 2008: 43). Para el filósofo, “tanto el aislamiento individual como la inmersión en la masa excluyen la propia intersubjetividad, el encuentro con otro.” (Žižek, 2008: 45). La única “salvación”, parece querer decir el autor, sería a través del componente social, entendido como un verdadero encuentro con otro ser humano. Y cita al filósofo francés, Alain Badiou, que expresó perspicazmente que hoy, más que nunca, debería insistirse en el amor como centro de atención, no meramente en el placer: “es el amor, el encuentro de dos, lo que transustancia el placer idiota y masturbatorio en un auténtico acontecimiento.” (Žižek, 2008: 46).

El filósofo arremete contra este juego sutil de personalización y despersonalización. “Podría decirse que el típico cibernauta de hoy, sentado solo frente a la pantalla del PC, es cada vez más una mónada sin ventanas directas a la realidad que solo se encuentra con simulacros virtuales.” (Žižek, 2008: 48).

El concepto de ideología también se analiza en estas páginas. Señala el autor que ciertas características, actitudes (acaba de mencionar el sexo y acontecimientos como el Masturbaratón -maratón de masturbaciones públicas-) y normas de vida no son percibidas ya como si estuvieran marcadas ideológicamente, sino que parecen ser neutrales, naturales, de sentido común. Y afirma que designamos como ideología lo que se mantiene fuera de este contexto: el celo religioso extremo o la dedicación a una orientación política determinada. Pero, en realidad, la ideología es, digámoslo en pocas palabras, todo lo que hacemos sin saber por qué.

La clave hegeliana sería aquí que es precisamente la neutralización de algunas características en un contexto aceptado con espontaneidad lo que define la ideología en su grado más puro y efectivo. Ésta es la “coincidencia de los opuestos” dialéctica: la actualización de una noción o una ideología en su grado más puro coincide con, o más precisamente, aparece como su opuesto, como no ideología. (Žižek, 2008: 51).

Y aquí, en un gesto muy interesante, enlaza con el concepto de violencia que hemos absorbido sin más. “La violencia social-simbólica en su grado más puro aparece como su opuesto, como la espontaneidad del medio en que vivimos o del aire que respiramos.” (Žižek, 2008: 51).

Y Žižek menciona algunas contradicciones en los que él denomina “comunistas-liberales”: “Los mismos filántropos que donan millones para la lucha contra el sida o la educación tolerante han arruinado la vida de miles de personas por medio de la especulación financiera, creando así las condiciones de la mista intolerancia contra la que se luchaba.” (Žižek, 2008: 51).

Ya, en el capítulo 2, *Allegro moderato-Adagio ¡Teme a tu vecino como a ti mismo!*, Žižek hace hincapié en la “política del miedo”. Parece claro que el miedo es lo que paraliza al ser humano, lo que le hace dudar, no moverse, no actuar. Según el esclavo, este sentimiento es también impuesto sutilmente por la sociedad capitalista, que recurre al miedo como “principio movilizador fundamental”: “miedo a los inmigrantes, miedo al crimen, miedo a la pecaminosa depravación sexual, miedo al exceso estatal -con su carga impositiva excesiva, etc.-, miedo a la catástrofe ecológica, miedo al acoso”. Y así, sin darnos cuenta, según el autor, la multitud se acaba convirtiendo en “la atemorizada comunión de personas atemorizadas.” (Žižek, 2008: 56).

Dice Žižek: “¿Por qué debería Kissinger, cuando ordenó el bombardeo de Camboya que causó la muerte de decenas de miles de personas, ser menos criminal que los responsables de la caída de las Torres Gemelas?” (Žižek, 2008: 60).

Sobre el concepto de la “otredad”, el filósofo menciona a varios pensadores universales y se pregunta qué es exactamente “el prójimo” y con qué obstáculos nos encontramos en nuestra tarea de “amarlo”. En primer lugar, señala, habría una intención de que no percibiéramos a las demás personas como personas complejas, con sus debilidades, sus propias historias íntimas, sino como un algo lejano, sin los hilos de contradicción con los que estamos hechos los demás y que nos llevan a una empatía espontánea y natural.

En la *Violencia del Lenguaje*, Žižek reconoce el poder de las palabras a la hora de otorgar esencia a los actos, de condensar, construir e imponer un cierto campo simbólico. Recuerda a Hegel en la teoría de que “la simbolización de algo hay violencia, lo que equivale a su mortificación.” (Žižek, 2008: 79). Y ahonda en la idea:

El lenguaje simplifica la cosa designada reduciéndola a una única característica [...] Cuando nombramos al oro ‘oro’, extraemos con violencia un metal de su tejido natural, invistiéndolo, dentro de nuestra ensoñación, de riqueza, poder, pureza espiritual, etc., cosas todas ellas que no tienen nada que ver con la realidad inmediata del oro. (Žižek, 2008: 79).

También menciona a Lacan y su noción de la comunicación humana como un fenómeno de desequilibrio. “Cualquier espacio ‘realmente existente’ está basado en última instancia en una imposición violenta por parte del significante-amo, que es *sensu stricto* ‘irracional’: no puede basarse ulteriormente en ‘razones’.” (Žižek, 2008: 80).

Žižek plantea la diferencia entre agresión y violencia. La primera pertenece a la vida, sería una “fuerza vital” y la otra, la violencia, sería un exceso de agresión, algo que perturba el curso normal de las cosas, una “fuerza mortal” (Žižek, 2008: 81). El poner límite a nuestros deseos, recuerda el autor, sería una solución posible, siguiendo la visión aristotélica de la “justa medida”.

Afirma el filósofo que la realidad en sí no es lo que se nos hace insoportable sino más bien el lenguaje, su simbolización. Para ello recuerda a Heidegger y su concepto de “esencia” como algo “dependiente del contexto histórico, de la revelación del ser que sucede en y a través del lenguaje.” (Žižek, 2008: 86).

En el capítulo 3, *Andante man non troppo e molto cantabile*, afirma que “la oleada sangrienta se ha desatado”, se recuerdan los disturbios que se produjeron en Francia en otoño de 2005. Aunque hubo un intento de trazar semejanzas con el mayo del 68 en París, Žižek niega parecido alguno.

Si mayo del 68 fue una revuelta con una visión utópica, la del 2005 fue tan solo una explosión incontrolada sin perspectiva alguna. Si el típico lugar común de que vivimos en una era postideológica tiene algún sentido, es éste. No había demandas específicas en los disturbios parisinos, sino solo una insistencia en el *reconocimiento*, basado en un vago e inarticulado *resentimiento*. (Žižek, 2008: 94).

El autor explica que los manifestantes, a su juicio, querían llamar la atención, reivindicarse, formar parte de un todo (la sociedad francesa) dotados de un sentido. Pero esta intención, en ellos como en los demás, fracasa. Es lo que llamaríamos, en palabras del analista cultural Fredric Jameson, la ausencia de “cartografía cognitiva”, es decir, “la ausencia de capacidad para localizar la experiencia de su situación en un todo dotado de sentido.” (Žižek, 2008: 96). Para el esloveno, lo que los manifestantes pretendían era ser escuchados, comprobar que los demás conocen su existencia, demostrar que la función fática del lenguaje, de Jakobson, que sirve para mantener una relación social a través de fórmulas, funcionaba. “¿No es esto exactamente lo que tuvo lugar durante las revueltas de los suburbios de París? ¿El mensaje no era una suerte de ‘hola, ¿me escuchas?’, una comprobación tanto del canal como del código mismo?” (Žižek, 2008: 99).

Al final lo que puede observarse en estos fenómenos es un deseo profundo de sentido, de ser por algo, por alguien, de tener un papel, una misión, una presencia justificada en el mundo. El filósofo francés, Alain Badiou, recuerda Žižek, reflexionó sobre el hecho de que habitamos en un espacio social cada vez más como “privado de mundo”. “En tal espacio, la única forma que puede adoptar la protesta es la violencia sin sentido.” Y se vuelve a la carga contra el capitalismo que ha creado, según el autor, una sociedad global, pero sin sentido. “La lección fundamental de la globalización es precisamente que el capitalismo puede acomodarse a todas las civilizaciones, desde la cristiana a la hindú o la budista, desde Occidente a Oriente.” (Žižek, 2008: 100). Por tanto, prosigue, “su dimensión global solo puede ser expresada en el ámbito de la verdad-sin-sentido, como lo “real” del mecanismo del mercado global.”

Y en el extremo contrario a esta lucha sin sentido, se encontrarían aquellas manifestaciones de violencia que pugnan por un sentido absoluto. Sería el caso de los ataques terroristas y los atentados suicidas, que tienen como intención última la supuesta defensa de su religión. “Su objetivo último es el modo de vida ateo occidental basado en la ciencia moderna”, señala Žižek, añadiendo que esta sería la otra cara de la misma moneda ya que muchos han sustituido la antigua religión, que decretaba lo que era verdad, por la moderna ciencia, que ahora hace las veces de autoridad indiscutible. Y cita al teórico político británico, John Gray:

Solo la ciencia tiene el poder de silenciar a los herejes. Hoy es la única institución que puede exigir autoridad. Como a la Iglesia en el pasado, tiene el poder de destruir o marginar a los pensadores independientes [...] Para nosotros, la ciencia es un refugio contra toda incertidumbre, que promete -y en cierta medida proporciona- el milagro de la libertad de pensamiento, mientras que las iglesias se han convertido en santuarios de la duda (Žižek, 2008: 101).

La ciencia y la religión habrían intercambiado asientos y hoy la ciencia proporcionaría la seguridad que antes garantizaba la religión. Y nuestra identidad, mientras tanto, de acuerdo al filósofo, se ha ido fundamentando en identificaciones simbólicas, único refugio -parecería- ante la llamada crisis del sentido. Se han planteado, pues, dos opciones al sinsentido. El poeta William Butler Yeats escribió: “Los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están llenos de intensidad apasionada”. Žižek está de acuerdo: “Los mejores` no son capaces de implicarse mientras que los peores` se implican con el fanatismo racista, religioso y sexista.” (Žižek, 2008: 106). Pero el término fundamentalista es cuestionado por el filósofo esloveno. Para él, los fundamentalistas verdaderos, como los budistas tibetanos o los amish de EE. UU., no muestran resentimiento y envidia, más bien, todo lo contrario, cierta condescendencia antes los que, para ellos, “estamos equivocados”.

Sin embargo, los yihadistas serían personas inseguras, faltas de convicción. “Cuán frágil debe de ser la creencia de un musulmán si se siente amenazado por una estúpida caricatura en un periódico danés de circulación limitada”, cuestiona Žižek. Para el filósofo, no es que “los consideremos inferiores a nosotros, sino más bien que secretamente *ellos mismos* se consideran inferiores.” (Žižek, 2008: 107). El desconcierto llega cuando, según el eslavo, “los ataques ´terroristas` no encajan bien en nuestra oposición típica entre el mal como egoísmo o desprecio del bien común y el bien como el espíritu para y la disposición al sacrificio en nombre de alguna causa mayor.” (Žižek, 2008: 107). En realidad, los yihadistas creen morir (o así lo justifican) por un bien mayor. Žižek defiende el egoísmo o la preocupación por el bienestar de uno mismo citando a Rousseau. El egoísmo no es algo opuesto al altruismo o la preocupación por el otro. Lo auténticamente opuesto al amor propio egoísta es la envidia, el *resentimiento* que me hace actuar *contra* mis propios intereses (en el caso de los yihadistas suicidas, contra su propia vida). Žižek cita a Freud: “La pulsión de muerte se opone tanto al principio del placer como al principio de la realidad. El verdadero mal,

que es la pulsión de muerte, implica el sabotaje de uno mismo. Nos hace actuar *contra* nuestros propios intereses.” (Žižek, 2008: 108).

¿Qué es la envidia?, se pregunta el filósofo. Estar más preocupado por el otro que por ti mismo, intentar destruir lo que otro consigue disfrutar, aniquilarlo. Aquí sitúa Žižek el terrorismo islamista.

Así pues, una persona malvada no es egoísta ´cuando piensa solo en sus propios intereses´. Un auténtico egoísta está demasiado ocupado preocupándose de su propio bien como para tener tiempo para causar mal a otros. El vicio primario de una mala persona es precisamente estar más preocupada por los demás que por sí mismo. Rousseau está por tanto describiendo un mecanismo libidinoso preciso: la inversión que genera un cambio de asignación libidinosa, del objeto al obstáculo mismo. (Žižek, 2008: 114).

Y aquí es donde el autor señala directamente a los terroristas. Escribe a continuación:

Esto podría aplicarse a la violencia fundamentalista, sea en los atentados de Oklahoma o en el ataque a las Torres Gemelas. En ambos casos se trata de odio puro y simple: lo que realmente importaba era destruir el obstáculo (la sede federal de Oklahoma City, el World Trade Center) no alcanzar el noble objetivo de una sociedad verdaderamente cristiana o musulmana. (Žižek, 2008: 114).

Žižek rememora en varias páginas del consecuencias del huracán Katrina en Nueva Orleans. Toda la violencia que supuestamente emergió tras el paso del huracán y las inundaciones posteriores (saqueos, robos, violaciones, incluso asesinatos), se atribuyó a la población negra. El resto, según el escritor, al tener más medios, habían abandonado la ciudad. El esloveno reflexiona sobre la necesidad capitalista de culpar al otro, de estigmatizar a los negros. Se hizo evidente una condición ideológica (incluso ideológica-patológica) que motivó todas esas historias de violencia que, si bien ciertas en algún caso, escondían unos prejuicios racistas evidentes. Así, los que ya poseían esos prejuicios, tendrían ya datos para justificar sus creencias. Podrían hablar con sus amigos, con sus conocidos, así: “¡Ves, los negros son realmente así, bárbaros violentos sin ningún sentido de la civilización!” (Žižek, 2008: 123).

Žižek señala dos momentos históricos esenciales, el primero en positivo y el segundo, en negativo. Se trata de la caída del muro de Berlín , en 1989, que inaugura “la feliz década de los 90” y, doce años después, los atentados del 11-S, “símbolo principal del

fin de la feliz década clintoniana de 1990.” (Žižek, 2008: 125). A partir de este momento, recuerda, surgen nuevos muros por todas partes: entre Israel y Cisjordania, en la Unión Europea, en la frontera con México... El triunfo paulatino de una nueva derecha populista sería un ejemplo de “la urgencia por construir nuevos muros.” (Žižek, 2008: 125). Las políticas de la Unión Europea, por ejemplo, para impedir el flujo de inmigrantes lleva a Žižek, en su continuo esfuerzo de crítica al capitalismo, a recordar a Marx en su vieja oposición entre “relaciones entre las cosas” y “relaciones entre las personas”.

En la celebrada libre circulación desplegada por el capitalismo global, son las 'cosas' (mercancías) las que circulan libremente, mientras que la circulación de 'personas' está cada vez más controlada. No estamos tratando aquí de la 'globalización' como un proyecto inacabado, sino con auténtica 'dialéctica de la globalización': la segregación de las personas es la realidad de la globalización económica. Este nuevo racismo de los desarrollados es en cierto modo mucho más brutal que los anteriores: su legitimación implícita no es naturalista (la superioridad 'natural' del Occidente desarrollado) ni tampoco culturalista (en Occidente nosotros también queremos preservar nuestra identidad cultural), sino desvergonzado egoísmo económico. (Žižek, 2008: 126).

En el capítulo 4, *Antinomias de la razón tolerante*, menciona a Kant: “La eutanasia de la razón pura. Es posible construir argumentos válidos para afirmaciones contradictorias. En este caso, que el universo es finito e infinito.” (Žižek, 2008: 129). Recuerda al filósofo para trazar su opinión sobre el conflicto palestino-israelí, las caricaturas de Mahoma y el "enfrentamiento" entre el mundo cristiano y musulmán. Sobre el Holocausto, critica su estatus "intocable" pero, al mismo tiempo, recuerda a los radicales que niegan su existencia que “esta idea de que las políticas de Israel respecto a los palestinos eran comparables a las acciones nazis contra los judíos contradicen la negación del Holocausto.” (Žižek, 2008: 135).

Nos vemos entonces atrapados en una antinomia kantiana si bien toda referencia positiva al Holocausto supone una instrumentalización, la reducción de cualquier referencia al Holocausto a tal instrumentación (por ejemplo, la imposición de silencio total acerca del Holocausto en el discurso político) es no menos inaceptable. (Žižek, 2008: 138).

La periodista y activista italiana, Oriana Fallaci, recuerda Žižek, sostenía que la "continua guerra contra el terror no era un choque de civilizaciones, sino un choque entre civilización y barbarie. El enemigo no es el uso indebido del islam en términos políticos, sino el islam mismo [...] Su tesis es que Europa había capitulado

espiritualmente" (Žižek, 2008: 139). Para él, su error era tomarse demasiado en serio el supuesto respeto occidental al musulmán. El filósofo lo tilda de fraude, "un signo de racismo oculto y condescendiente". (Žižek, 2008: 140).

Habla de una contradicción total en la unión EE. UU. e Israel y el uso de la victimización.

En cierto sentido, el 11 de septiembre llegó en el momento idóneo para justificar el agresivo expansionismo militar de EE. UU.: ahora que somos también víctimas, podemos defendernos y contraatacar. La alianza EE. UU.-Israel, esa extraña asociación entre la nación (desarrollada) más grande del mundo que insiste en la separación entre religión y Estado, y el pueblo más irreligioso del mundo que insiste en la naturaleza religiosa de su Estado, puede presentarse como un eje de víctimas. (Žižek, 2008: 153).

Se cuestionan los límites de la tolerancia: ¿Hasta dónde puede llegar la tolerancia respecto a la intolerancia?, cuestiona el autor. "¿Cómo podemos romper este círculo vicioso de oscilación eterna entre los pros y los contras que lleva a la razón tolerante a un punto muerto debilitador? Solo hay un modo: rechazando los términos en los que se plantea la cuestión". Y cita al filósofo francés, Gilles Deleuze, que afirmó que "no solo hay soluciones correctas y equivocadas a los problemas, también hay problemas correctos y erróneos." (Žižek, 2008: 156).

Es interesante su reflexión sobre la falta de entendimiento entre los mundos cristiano y musulmán:

Tales extrañas alianzas enfrentan a la comunidad musulmana europea a una elección difícil que resume su posición paradójica: la única agrupación política que no les reduce a ciudadanos de segunda clase y les permite ocupar el espacio necesario para desplegar su identidad religiosa es la de los liberales ateos, mientras que los que están más cerca de su práctica social y religiosa, su imagen-espejo cristiana, son sus más acérrimos enemigos políticos. La paradoja está en que sus verdaderos aliados no son los que publicaron primero las caricaturas, sino los que, en solidaridad con esa libertad, volvieron a imprimir las caricaturas de Mahoma. (Žižek, 2008:159).

Recalca la importancia del ateísmo europeo, que "ofrece una lección de dignidad y valentía" y recuerda que los ateos no actúan moralmente bien por una recompensa o reconocimiento en otro mundo, sino que lo hacen por convicción, porque no se puede proceder de otro modo. Y somete a juicio el supuesto respeto que se profesa ante el mundo musulmán. Por un lado, estarían los que los tratan con condescendencia o lo

descalificamos por su insistencia manifiesta en su verdad. Žižek propone una solución bonita -y quizá utópica- y propone un auténtico respeto, tratando a los musulmanes, de verdad, “como adultos serios y responsables de sus creencias”. (Žižek, 2008:167).

En nombre de la libertad, se lucha por la apropiación del otro. “Los derechos humanos surgen como una universalidad ideológica falsa que enmascara y legitima la política concreta del imperialismo y la dominación occidental, las intervenciones militares y el neocolonialismo”. (Žižek, 2008: 179).

Presenta un engaño, para él, evidente entre nuestra creencia de universalidad y particularidad. “Un capitalista individual piensa que actúa en beneficio propio, ignorando el hecho de que está sirviendo a la reproducción extendida del capital universal [...] El capitalismo no es simplemente el universal en sí, es el universal para sí, en cuanto poder corrosivo que socava todos los mundos de vida particulares, sus culturas y tradiciones, cortándolos de un lado a otro, capturándolos en su vórtice”. Sería una fuerza tremenda de “destrucción de todo contenido particular.” (Žižek, 2008: 186).

“Las costumbres son la materia de la que están hechas nuestras identidades”, sostiene Žižek y destaca que esas costumbres que consideramos haber elegido nosotros, muchas veces vienen impuestas desde fuera, la cultura específica de *clase media*. El cambio es casi imposible. Nos resistimos de una forma brutal. “¡Qué alguien ose perturbar el sustrato de los apuntalamientos silenciados de nuestra vida cotidiana!” (Žižek, 2008: 200).

En el caso de los iraquíes torturados por soldados norteamericanos en Abu Ghraib a finales de 2004, el presidente de EE. UU., George W. Bush, lo presentó como “hechos aislados” radicalmente contrarios a los valores de su país: democracia, libertad y dignidad personal. Pero el filósofo esloveno vuelve a dar una vuelta de tuerca y explica cómo esta tortura psicológica, por supuesto grabada con un teléfono móvil, se le parece mucho a esos rituales de iniciación en la tortura y la humillación a la que uno debe someterse en EE. UU. para poder ser aceptado en una comunidad cerrada -ejército, instituto, colegio mayor o las sociedades secretas de las universidades-. Estos *rituales de iniciación*, subraya Žižek, es cierto que son voluntarios (de alguna forma) y no se

usan para la inclusión en el clan sino para marcar su *exclusión*. Žižek probablemente vaya demasiado lejos en sus afirmaciones y escribe: “Abu Ghraib no era simplemente un caso de arrogancia estadounidense ante personas del tercer mundo: al ser sometidos a torturas humillantes, los primeros iraquíes fueron de hecho *iniciados* en la *cultura americana*”. Y continúa con la crítica despiadada: “lo que obtenemos cuando vemos las fotos de los prisioneros iraquíes humillados es precisamente una percepción directa de los valores estadounidense, del auténtico núcleo del goce obscuro que sustenta el modo de vida estadounidense.” (Žižek, 2008: 208-209).

Y remata que en este caso, siguiendo la conocida tesis de Samuel Huntington del choque de civilizaciones, aquí lo que se produce es un choque entre barbaries subyacentes, “un choque entre la tortura brutal anónima y la tortura como espectáculo mediático en el que los cuerpos de las víctimas sirven de trasfondo anónimo para los sonrientes rostros de los ‘inocentes estadounidenses’ que perpetran la tortura.” (Žižek, 2008: 209).

En el último capítulo, *Violencia divina*, compara algunas películas de Hitchcock con la catástrofe del 11-S. La sombra del primer ave, en *Los Pájaros*, sería un aviso, al igual que los aviones, en la constantemente repetida imagen de la sombra negra atravesando el cielo de Nueva York y chocando con la primera torre. Por otro lado, las películas específicamente creadas con este fin -el de recordar los atentados- tienden, para Žižek, a mostrar una “bendición disfrazada”, “una intervención divina que ha servido para despertar a EE. UU. de su letargo moral y sacar lo mejor de su pueblo”. (Žižek, 2008: 217).

Algunos cristianos conservadores, recuerda el filósofo, lo interpretaron como una señal de que Dios había retirado su protección a causa de las pecaminosas vidas de sus ciudadanos (hedonismo materialista, liberalismo y la omnipresente sexualidad). Para Žižek, en nuestra época, aun quedan dos grandes formas de rabia: “el islam (la cólera de las víctimas de la globalización capitalista) más los estallidos irracionales de la juventud.” (Žižek, 2008: 222). Después añade el populismo latinoamericano, los ecologistas, los anticonsumistas y otras formas de “resentimiento antiglobalizador”.

Con nuestra actividad/"participación", somos cómplices de la violencia sutil que nos rodea, concluye Žižek.

Si con el término violencia queremos designar el trastorno radical de las relaciones sociales básicas, entonces, por muy disparatado o de mal gusto que parezca, el problema de los monstruos que asesinaron a millones de personas es que no fueron suficientemente violentos. A veces no hacer nada es lo más violento que puede hacerse. (Žižek, 2008: 256).

3. Marjorie Perloff. El egocentrismo y las vanguardias.

La experta en literatura angloamericana, Marjorie Perloff, denuncia en varios artículos la tendencia a la insularidad que vive EE.UU., aumentada, paradójicamente, tras los atentados del 11-S. En un interesante artículo publicado en *The Chronicle of Higher Education*²⁶, la profesora emérita de la Universidad de Stanford critica duramente el creciente egocentrismo norteamericano y ataca, certeramente, el uso del lenguaje para tal fin. Perloff sigue la línea de Wittgenstein en cuanto a la relación de lenguaje-pensamiento, y defiende un uso más ajustado de lo que los medios de comunicación y la propia ignorancia común acostumbra a consumir.

En cuanto a las aportaciones de Perloff al estudio de las vanguardias, no es intención de este trabajo de investigación frivolizar sobre el dolor de los familiares de las víctimas y, sin embargo, podría afirmarse que el atentado (aviones a máxima velocidad, colores vivos y rascacielos de cristal) recuerda a ciertas estéticas de vanguardia como el futurismo. La violencia era, para los vanguardistas, uno de sus grandes focos de interés. Perloff, ha dedicado varios artículos a la presencia de la violencia en escritores de vanguardia, concretamente en los futuristas encabezados por Marinetti. Autora, entre otros, de *Wittgenstein's Ladder: Poetic Language and the Strangeness of the Ordinary*, *Frank O'Hara: Poet Among Painters* y *The Futurist Moment: Avant-Garde, Avant Guerre, and the Language of Rupture, with a New Preface*, es en este último donde Perloff encuentra una similitud entre la estética vanguardista de la velocidad, la agresividad, la violencia y la heroicidad con la propia imagen de los dos aviones impactando contra las Torres Gemelas. Ese momento, como apuntaba Servando Rocha, crea una inmediata emoción ante lo intenso, lo peligroso, lo novedoso.

Si uno se ciñe exclusivamente a la estética, parecería el sueño de cualquier futurista: mezcla de verticalidad (sentían adoración por los rascacielos), grandeza, riesgo y cierta teatralidad. "Todo lo que tiene algún valor es teatral", sostenía Marinetti.

Dejando a un lado la intención de los terroristas y su papel en algo tan poco moderno como la guerra santa o la yihad, sí parece posible aplicar al atentado varias de las tesis que Marinetti plantea en su famoso manifiesto futurista de 1909.

²⁶ Léase el artículo completo en el siguiente enlace: <http://chronicle.com/article/Era-in-Ideas-Language/128494/> (consultado el 3 de octubre de 2015).

- *Queremos cantar el amor al peligro, al hábito de la energía y a la temeridad.*

La temeridad de uno de los terroristas, Mohammed Atta, y sus compañeros queda manifiesta. El paso por los sucesivos controles en el aeropuerto de Boston la misma mañana del ataque (sorprendentemente los pasó todos sin problema), son momentos de peligro máximo, de tensión al límite, de adrenalina disparada.

- *El coraje, la audacia y la rebeldía serán elementos esenciales de nuestra poesía.*

La rebeldía de los kamikazes se produce contra los que ellos consideran sus enemigos, pero, en cuanto a sus superiores (Al-Qaeda y derivados) serían mayormente sumisos y obedientes.

- *La pintura y el arte ha magnificado hasta hoy la inmovilidad del pensamiento, el éxtasis y el sueño, nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, la carrera, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo.*

Este canto a la violencia no es solo compatible con el fascismo (como, de hecho, ocurrió) sino también con la lucha a muerte de los bandos radicales islamistas. Es evidente que una cosa es la representación mediante la pintura y el arte y otra, muy distinta, hacer realidad esa violencia pretendida. Este paso entre la realidad y el arte es también común a otras vanguardias, como el surrealismo -que tomó muchos elementos del futurismo-. Alabaron la labor de una asesina anarquista por hacer el trabajo que ellos no pudieron llevar a cabo.

- *Afirmamos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una belleza nueva: la belleza de la velocidad. Un coche de carreras con su capó adornado con grandes tubos parecidos a serpientes de aliento explosivo... un automóvil rugiente que parece que corre sobre la metralla es más bello que la Victoria de Samotracia.*

El avión en sí hubiera sido el artefacto idolatrado por los futuristas dada la velocidad que alcanzó y “el esplendor” que provocó el choque contra las torres. “Rugiente” debió ser el sonido de los motores atravesando Nueva York.

- *No hay belleza sino en la lucha. Ninguna obra de arte sin carácter agresivo puede ser considerada una obra maestra. La pintura ha de ser concebida como*

un asalto violento contra las fuerzas desconocidas, para reducirlas a postrarse delante del hombre.

Un “asalto violento” (y de enormes dimensiones) es exactamente lo que ocurrió el 11-S.

- *¡Estamos sobre el promontorio más elevado de los siglos! ¿Por qué deberíamos protegernos si pretendemos derribar las misteriosas puertas del Imposible? El Tiempo y el Espacio morirán mañana. Vivimos ya en lo absoluto porque ya hemos creado la eterna velocidad omnipresente.*

Los alardes de locura y el endiosamiento son comunes en vanguardias y terrorismo.

- *Queremos glorificar la guerra - única higiene del mundo-, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las ideas por las cuales se muere y el desprecio por la mujer.*

La guerra santa es el objetivo último de los terroristas. La guerra como limpieza del mundo conecta directamente con las pretensiones de la yihad. Sobre el desprecio de la mujer, la posible misoginia de Marinetti es minúscula si se la compara con ciertas actitudes del mundo islámico más conservador contra la mujer.

Entre los elementos curiosos de similitud, es interesante destacar como la futurista rusa, Goncharova, declaró su abandono de Occidente, que representaría lo superficial, para acercarse a la cuna del arte, Oriente. Perloff lo recoge en su artículo *Violencia y precisión: el manifiesto como forma artística*²⁷: “Me sacudo el polvo de los pies y abandono Occidente”, declaró en 1913, “teniendo en cuenta su vulgaridad, trivialidad e insignificancia (...) mi camino se dirige hacia la fuente de todas las artes, Oriente” (Perloff, 2009: 40). Se observa esta misma idea en una de las obras seleccionadas en este trabajo, *The Submission*, de Amy Waldman, donde un musulmán gana el concurso anónimo para diseñar el memorial del WTC tras la caída de las torres. La selección enfada a los familiares de las víctimas. Se trata de un jardín y en los artículos de prensa críticos con su condición de musulmán, desarrollan -y reconocen, en cierto modo- la

²⁷ Este artículo está publicado, junto con otros cinco, en su libro *El momento futurista*.

belleza del patio/jardín árabe/andaluz en claro reconocimiento a la grandeza artística de Oriente frente a Occidente.

Perloff recuerda en su artículo el avión naranja sobrevolando la torre Eiffel en el cuadro de Robert Delaunay Homenaje a Blériot²⁸, en 1914. “La colorida celebración que hace Delaunay de esos biplanos [...] parece provocada por no haber podido presentir que el aeroplano podía tener otros usos además de emplearse para el transporte y el espectáculo, unos usos muy distintos.” (Perloff, 2009: 31). Después el avión se utilizaría, tristemente, para transportar aparatos de defensa como plataformas de lanzamiento de misiles para atacar a otras naciones. Y Perloff se pregunta, asombrada: “¿quién hubiera podido imaginar, antes del 11 de septiembre de 2001, que el propio aeroplano, que un avión que no llevaba ninguna clase de armas, se utilizaría como arma de destrucción masiva?” (Perloff, 2009: 36).

Y observa una interesante similitud entre la inocencia de la imagen de Delaunay en la que un avión, que parece un pájaro, se acerca a torre Eiffel y la de uno de los aviones del atentado de Nueva York, a punto de impactar contra la Torre 2 del WTC, ya rodeada de humo. No parece sentirse un terror inminente, aunque al ataque le quedaban apenas unos segundos. Continúa con el asombro:

O que cuando esta particular pesadillesca “proeza” tuviera lugar, a primeras horas de la mañana del 11-S, el avión en cuestión representaría, en una imagen que se ha convertido en icónica, con tanta inocencia como aquellos pequeños biplanos del cuadro de Delaunay.

Aquí, mientras la primera de las Torres Gemelas del World Trade Center se alza envuelta en una nube de humo, el avión que va a impactar contra la segunda se aproxima desde la derecha. El cielo es de un azul claro, la línea del horizonte de un rosa suave, y el avión, todavía a la distancia, parece un grácil pájaro. ¿Cómo puede ser, nos preguntamos, que esta pequeña y delicada máquina destruya una torre alta y poderosa (de 110 pisos y más de 420 metros de altura)? Y ¿por qué resulta tan terrible la súbita destrucción de lo vertical? (Perloff, 2009: 36).

El concepto de la altura, de los rascacielos, es constante entre las vanguardias. “Es ese trance, ese mito de lo vertical, lo que caracteriza al momento futurista”. (Perloff, 2009: 32). La experta en Literatura angloamericana menciona en el prólogo de *El momento futurista* que la mayor parte de los modelos presentados para la Zona Cero eran edificios incluso más altos que las propias Torres Gemelas. El diseño del arquitecto

²⁸ Imagen del cuadro de Delaunay: <http://www.epdlp.com/cuadro.php?id=4311>(consultada el 5 de agosto de 2015).

Daniel Libeskind, por ejemplo, constaba de varios rascacielos de cristal, "con perfecto equilibrio entre la agresividad y el deseo, como aspiraría Herbert Muschamp", escribe Perloff. La Torre de la Libertad, un diseño de Libeskind, aunque sufrió modificaciones por motivos de seguridad, alcanza los 381 metros de altura. Apunta Perloff a un cierto parecido con la *Città Nuova* del arquitecto futurista Antonio San' Elia²⁹.

Aquí están "la agresión y el deseo" de que habla Muschamp con respecto al proyecto de Libeskind para la reconstrucción de la Zona Cero, el empuje, en parte espiritual y en parte violento, hacia una renovada "verticalidad". El momento futurista, parece ser, tiene ahora unas tardías-y sorprendentes- resonancias. (Perloff, 2009 :56).

Respecto al atentado en sí, en un artículo escrito en 2002 y titulado *Writing Poetry after 9/11*, Perloff sostiene que su país no merecía tal ataque y critica la falta de cuidado de los periodistas a la hora de escribir sobre la tragedia. Alude a Wittgenstein y a la importancia de construir la realidad con las palabras. Las comparaciones del movimiento islamista con el fascismo, por ejemplo, no le parecen oportunas.

Each situation, in other words, is unique, at least for the poet. Comparisons of Bin Laden to Hitler, or of Apartheid-South Africa to Israel, or of 9/11 to Pearl Harbor—these are always dubious. Perhaps politicians, in order to rally the troops, have no choice but to call up such comparisons, such one-liners about Fascism or terrorism or Evil Empires or American vigilance. But the poet's first obligation is to "keep the language efficient" by refusing easy answers and invidious comparisons. What I finally find so appalling about Cornell West's assertion that "Summers is the Sharon of Harvard" is not whether the statement is, in fact, right or wrong but that it shows such a failure of imagination.³⁰

También le resulta desagradable las comparaciones en las que se usa el lenguaje con demasiada frivolidad, como cuando se comparó a Larry Summers, presidente de la universidad de Harvard, con el israelí Ariel Sharon.

Take a seemingly straightforward little sentence, Cornell West's declaration in April 2002 that Harvard's President "Larry Summers is the Sharon of Harvard." Earlier, West had made numerous comparisons between Sharon and Hitler so that, in essence, he was here saying that Larry Summers is like Hitler. So inured are we to this sort of double talk that few people object, and the trustees of Princeton promptly and unanimously voted to give Professor West a Chair. But the remark is not only inaccurate and slanderous; it is meaningless. The notion that a university president who actually dares to challenge the work of one of his chaired professors can be compared to a prime minister, deploying what many take to be extremist, excessively violent tactics in his

²⁹ Proyecto no realizado de ciudad global utópica de Antonio San' Elia:
https://proyectos4etsa.files.wordpress.com/2013/01/idea-de-ciudad_santelia.jpg (consultado el 6 de octubre de 2015).

³⁰ Léase el artículo completo en <http://marjorieperloff.com/essays/poetry-911/> (consultado el 8 de septiembre de 2015)

war against the Palestinians, makes no sense. In a democratic society like ours, university presidents actually do have freedom of speech. Summers had not *done* anything to West except, possibly, to humiliate him by suggesting that he produce more hard scholarship and less popular writing. What it has to do with Sharon is anybody's guess, except that what West is saying is that they're both, you know, bad guys! Bullies!³¹

³¹ Pertenece a su artículo <http://marjorieperloff.com/essays/poetry-911/> (consultado el 8 de septiembre de 2015)

IV . ANÁLISIS DE LAS OBRAS

La calidad de la literatura del 11-S, como se ha ido señalando a lo largo de este trabajo, fue muy discutida por la Academia norteamericana. Algunos críticos ni siquiera concedieron tal catalogación: simplemente no existía un grupo de obras llamado literatura del 11-S. Otros reconocieron el grupo de novelas con características comunes (el atentado como trasfondo y las reacciones ante la tragedia desde múltiples perspectivas) pero cuestionaron la cualidad estética del conjunto, salvando alguna excepción. Podría decirse que una de las obras más respetada fue *Falling man*, de Don DeLillo, y, en cuanto a las ventas, *Freedom* y, a una escala menor, *A disorder peculiar to the country*, de Ken Kalfus.

Como se apuntaba con anterioridad, muchos analistas pensaron -no sin razón- que las tragedias de tal magnitud necesitan un cierto reposo. Son demasiado fuertes de digerir y conllevan, quizá indefectiblemente, un eco postraumático. Algunos escritores hablaron de un efecto somnífero a partir del atentado. En opinión del escritor Chuck Palahniuk, autor de *El Club de la Lucha* o *Asfixia*, la literatura de después del ataque a las Torres Gemelas, perdió transgresión, fuerza, rebeldía. En una entrevista concedida al diario español *El País*, lo exponía de forma clara, con cierta ironía:

Es como si los libros se hubieran convertido en la provincia de la comodidad, de la lectura fácil. Las personas provocadoras que conozco se han pasado a las películas, al juego, al ocio... los libros no tienen mucha importancia para ellos. Después del 11-S no hemos visto mucha literatura transgresora, la literatura está más amaestrada. Tengo amigos que son profesores universitarios y me dicen que la literatura de ahora padece el hecho de que la gente está demasiado feliz, demasiado medicada. Los alumnos más brillantes, los que podrían escribir algo, están tomando antidepresivos, tranquilizantes, así que no tienen altibajos emocionales. Son siempre felices, hay una frase popular que dice que un escritor debe escribir cuando está de buen humor pero debe publicar cuando está de mal humor. Esos altibajos emocionales tienen que existir³².

A lo largo de las páginas de este trabajo se intentará exponer la postura de cada autor respecto a la violencia de los atentados (su origen, desarrollo y consecuencias) y, en los casos posibles, rescatar el posicionamiento sociopolítico (más bien filosófico) del autor respecto al tema. A veces, los diálogos ofrecen perspectivas ideológicas evidentes. Otras

³² La entrevista fue publicada el el 22 de abril de 2012 y puede encontrarse en el siguiente enlace: http://cultura.elpais.com/cultura/2012/04/21/actualidad/1335023469_709879.html (consultado el 5 de septiembre de 2014)

veces, es la trama lo que deja al lector con una sensación concreta respecto a la política estadounidense.

La literatura del 11-S no crea una nueva forma de ficción, esto es evidente. Como siempre, se parte de algo real para llegar a una verdad inventada. La única diferencia en este tipo de novelas es que incorporan elementos que, si bien existían de siempre, cobran una representación concreta. Y esa representación consigue transformar una materia prima ciertamente trágica y triste en una experiencia placentera y positiva. Póngase como ejemplo, el miedo. Muchos personajes en la historia de la literatura han sido presos de este sentimiento inmovilizador, confuso y doloroso. Sin embargo, en los libros que se analizan a continuación, el terror se manifiesta de un modo particular: miedo a un nuevo ataque terrorista (principio de *Saturday*), miedo a perder a un miembro de la familia en el ataque (*A disorder peculiar to the country*), miedo a no ser valorado por tener un nombre árabe (*The Submission*), miedo por no estar a la altura de las trágicas consecuencias sociales de un atentado (*Netherland*) o miedo a la muerte (*The Road*). Todas las perspectivas del miedo analizadas son expuestas con excelencia, por lo que el lector percibe una identificación (o, al menos, no siente rechazo) ante ellas.

La conmoción es otra de las características permanentes. Sin embargo, la ironía y el humor destacan, sobre todo, en algunas novelas como en *A disorder peculiar to the country*, la obra de Ken Kalfus donde, en un primer momento, celebra cómicamente la posible muerte de su pareja (de la que se está divorciando) en el atentado.

Al igual que en muchos clásicos de la literatura universal, el amor es el eje que sostiene la trama. En la mayor parte de las obras seleccionadas, el sentido que devuelve la esperanza a los personajes, siguiendo la teoría del psiquiatra Viktor Frankl, actúa como catalizador del drama. Hay salida. Hay esperanza. En las novelas, las parejas se ven afectadas por un contexto de violencia sistemática, en palabras de Žižek, que no son sino las consecuencias desastrosas del sistema político y económico del mundo actual. Esta agresividad de la nueva realidad que les rodea les desconcierta, les hace desconfiados. La frustración, por otro lado, es otra de las reacciones a la tragedia. El trauma. Es el caso de Joyce y Marshall en *A disorder peculiar to the country*. Ambos se ven arrastrados por las circunstancias, una y otra vez, sin tiempo para pararse a pensar

que probablemente podrían superar sus problemas de pareja. Como las parejas de la vida real, son, por tanto, víctimas de las condiciones exteriores como de las interiores (la inconsciencia de su lucha constante contra el otro); en *Netherland*, Hans y Rachel se aman sinceramente, pero la ciudad de Nueva York se ha vuelto loca ("it's a mad city", dice ella), la dura rutina puede con ellos y la solución, regresar a Londres, tampoco parece la idónea. "Allí tampoco estamos seguros", contesta él en un momento de la novela.

La violencia excesiva, apocalíptica, con inesperadas amenazas ocultas en cada rincón, es representada metafóricamente en *The Road*, al presentar un mundo destruido, repleto de miedos, con la esperanza pendiente de un hilo roto. La repetición continúa del viaje a ninguna parte recuerda al teatro del absurdo de Samuel Beckett, sobre todo en su obra *Waiting for Godot*. La posible fascinación que produce en el lector este terror se expondrá en el análisis de esta novela.

El escenario es el mismo en casi todas las novelas: la ciudad de Nueva York. Solo una, *The Road*, no lo señala abiertamente porque se trata de una alegoría más amplia de la sociedad americana/ global, a escala absoluta. Tampoco en *Freedom*, es Nueva York el lugar más destacado -aunque se menciona- porque la pretensión de Franzen es crear un ambicioso reflejo de la sociedad contemporánea actual.

En cuanto a la maestría con la que cada autor seleccionado representa la violencia, es destacable como en *Falling man*, se hace alusión constantemente a la imagen del hombre saltando desde una de las torres del WTC. Este es elemento clave; en *Netherland*, el lector se sumerge en la evasión del protagonista, su identificación antagónica con su nuevo amigo Chuck (una posible rivalidad mimética, en la estela de René Girard) y un surrealismo desesperado en el mítico hotel Chelsea. De nuevo reminiscencias de las vanguardias, en este caso más en línea con el dadaísmo o absurdo total. Hans pasea por Brooklyn, con una extraña prioridad que le sirve de válvula de escape, mientras practica para sacarse el carné de conducir por las calles de la ciudad hasta los suburbios: construir el mejor campo de cricket del mundo; En *The Submission*, de Amy Waldman, la novela empieza con la elección del diseñador del memorial a las víctimas en la Zona Cero de Nueva York. El elegido es árabe y la islamofobia imperante

tras los atentados del 11-S se resuelve por Waldman de manera brillante; La protagonista de *A disorder peculiar to the country*, Joyce, va en un taxi (imaginamos que amarillo, como todos los de la *city*) camino a una importante reunión cuando le llaman para cancelarla. Todavía tiene tiempo de volver a su oficina, cerca del WTC, y ver cómo se derriba la segunda torre. Acto seguido, en un acto instintivo entre maldad y liberación, celebra que posiblemente su marido yacía muerto entre los escombros; En *Los últimos días de Muhammad Atta*, de Martin Amis, el lector vive los momentos anteriores al atentado con el piloto que estrelló el primer avión contra las Torres Gemelas. En un brillante trenzado entre realidad y ficción, uno se siente demasiado parecido al personaje, presentado con maestría por Amis como cualquier humano en su monotonía cotidiana.

Las obras elegidas, en la lucha por la supervivencia de algunos protagonistas, recuerdan al *Oliver Twist*, de Charles Dickens, sorteando peligros reales, en una lucha por no sucumbir ante una amenaza real o figurada. El miedo es un gran analgésico. A más temor, menos movimiento. Por eso algunos personajes se empeñan en no detenerse, a pesar de las crisis, como el protagonista de *Netherland*, y otros acaban cayendo en el tedio del conformismo (o víctimas, quizá de un miedo mayor), como el personaje principal de *Falling Man*.

Mucha de la literatura escrita tras el atentado, con sus luces y sus sombras, apenas roza algún tema relacionado con los aviones siniestrados, con los terroristas suicidas, con el 11-S como trasfondo, pero no entra en profundidades, ni, en ocasiones, consigue sonar realista. Es el caso de algunas de las novelas que, por ejemplo, lo usan como contexto (quizás un recurso inevitable tras el impacto emocional) pero no acaban de definirse como literatura, con mayúscula, del 9/11. Ni mucho menos. Quizá las excepciones sean DeLillo o Updike más respetados por la crítica internacional.

Lo que sí llama la atención, independientemente de la calidad literaria (tema hartamente subjetivo, de todas formas) son los posibles focos encargados de iluminar, interpretar, filtrar la tragedia, los mencionados ejes transversales con los que podemos diseccionar sus páginas.

El choque de civilizaciones de Samuel Huntington queda destrozado con el complejo -y logrado- libro de Amy Waldman, *The Submission*, en el que un arquitecto musulmán no consigue identificarse con "los enemigos", en este caso los encargados de que no logre el premio para diseñar el memorial del 11-S, y los que supuestamente son "los suyos", asociaciones de musulmanes que lo ven demasiado tibio en su práctica religiosa y poco involucrado en la defensa de los valores religiosos.

En cuanto a la rivalidad mimética de René Girard, que definía el deseo no como algo propio sino como la persecución de lo que otro ya posee, podríamos situar *Netherland*, por cuanto el protagonista se siente atraído por la personalidad y el poder relativo que desempeña su nuevo compañero de cricket en Nueva York.

La fascinación del mal defendida por Rocha se observa en numerosos pasajes concretos como cuando la protagonista de *A disorder peculiar to the country* observa la caída de las torres, desde el balcón de su oficina, hasta la visita del protagonista de *Falling Man* a la mujer que había sobrevivido a la tragedia con él.

La atracción por lo oscuro, lo impenetrable, lo amenazante se encuentra, sin duda, en *The Road*, con ese paisaje apocalíptico de muerte y destrucción que nos atrae y consigue que el lector acompañe hasta el último suspiro al padre protagonista.

La creencia en la fuerza de la palabra, capaz de crear realidades, defendida por Marjorie Perloff, atraviesa la novelística seleccionada, quizá mayormente en *Saturday*, pero también en los ensayos críticos de Martin Amis en *The second plane*. El escritor británico muestra el poder de las palabras en su análisis certero (a veces sarcástico) de la complejidad de los atentados. La estética vanguardista, que también se menciona a propósito de Perloff, cabe subrayar, se manifestaría en las páginas de puro surrealismo de la novela *Netherland*, de Joseph O'Neill, cuando el protagonista solo se relaciona con el hombre vestido de ángel, en constante búsqueda de su gato, y en los proyectos para la construcción del nuevo WTC en la obra de Waldman, *The Submission*.

Las luchas de poder, del filósofo francés Michel Foucault, aunque no reciben un epígrafe aparte, se encuentran en prácticamente todas las novelas seleccionadas,

especialmente en *A disorder peculiar to the country*, en la que el matrimonio lucha desde la primera página para imponer sus condiciones al otro. Con menos intensidad, otras novelas o relatos incorporan un tipo de violencia claramente condicionado por la atmósfera 9-11. Una violencia cultural penetrante queda reflejada en la ambiciosa novela de Jonathan Franzen, *Freedom*, en el satírico relato de David Foster Wallace, *The view of Mrs. Thompson* o en la obra de Lorrie Moore, *A gate at the stairs*.

1. *Saturday*, Ian McEwan (2005): la amenaza latente

El periódico *The Times* describió *Saturday* como una gran obra de madurez moral en la que podían encontrarse “all forms of violence”³³. Se ha seleccionado esta obra por su cualidad estética y por representar mejor que ninguna el triángulo de la violencia de Slavoj Žižek: la simbólica, la sistemática y la objetiva, que él denomina como “la verdadera” y, a su vez, la más difícil de percibir. La atención del lector permanece intacta desde el primer momento, cuando el protagonista se levanta, mira por la ventana y se sorprende al ver un avión -símbolo inevitable, en la sociedad posterior al 11-S- de amenaza. Los continuos monólogos del protagonista abarcan cuestiones políticas, sociológicas y personales, todas ellas con un lenguaje cercano, afectivo, con el que, a veces, el lector se siente identificado. Son las preguntas que todos nos hacemos en un momento u otro, sobre todo en un contexto de inestabilidad como el que el 11-S inauguró.

La novela transcurre en 24 horas. El 15 de febrero de 2003. El neurocirujano, Henry Perowne, es el protagonista. La ciudad, Londres. Como en el *Ulyses* de Joyce, el tiempo se multiplica dentro del personaje principal, entre mil y una reflexiones, entre decenas de recuerdos entrelazados, entre pequeños detalles presentes y pasados. Un monólogo interior en forma de catarata de conciencia con imágenes vívidas y algunos momentos más triviales como cuando conoció a su futura mujer en un hospital. Mientras tanto, fuera parece no ocurrir casi nada, al menos de momento: por la mañana, mira por la ventana, escucha la radio, juega al *squash* y tiene un percance con el coche. A mediodía, compra comida y vuelve a casa. Por la tarde, habla con su hija sobre la manifestación en contra de la guerra de Iraq que está organizada para esa misma tarde. Y, sin embargo, ante la aparente calma, la violencia está presente bajo diferentes formas, todas ellas ajenas a Perowne, que se empeña (se ignora el resultado) en seguir optimista a pesar del miedo, la frustración, las noticias y el peligro.

Tras el 11-S se respira un cierto pesimismo que atraviesa la novela. Mientras mira por la ventana, en esa anodina mañana de sábado, ve pasar un avión que desprende algo de

³³ Crítica de *The Times* en la contraportada del libro, edición de Vintage Books, 2006 (véase en bibliografía).

fuego. El miedo -inconscientemente- le invade pero es capaz de controlarlo mediante el discurso interno que McEwan usa magistralmente a modo de tranquilizante. Los aviones, a partir de los atentados del 11-S, no evocan nada positivo. La idea futurista del culto a la velocidad, a las máquinas, a la tecnología hace acto de presencia pero, inmediatamente después, surge una sombra de duda, de miedo, la irrupción de un trauma reciente (provocado por el 11-S). No son ni las cuatro de la madrugada. Entre la oscuridad, ve pasar algo extraño y luminoso. Al principio cree que es un cometa, una fuerza de la naturaleza bella y excepcional (su tendencia al optimismo se percibe desde la primera línea) pero poco a poco descubre, por el sonido del motor, por la silueta, que se trata de un avión. Y recorre, entonces, en su interior el recuerdo de “la pesadilla”. Han pasado 18 meses, pero desde entonces las líneas aéreas tienen otra imagen, “las miramos de otra manera”. Perowne recuerda aquel 11 de septiembre, con los televisores de “medio planeta” obsevando Nueva York:

Plastic fork in hand, he often wonders how it might go the screaming in the cabin partly muffled by that deadening acoustic, the fumbling in bags for phones and last words, the airline staff in their terror clinging to remembered fragments of procedure, the levelling smell of shit. But the scene construed from the outside, from afar like this, is also familiar. It's already almost eighteen months since half the planet watched, and watched again the unseen captives driven through the sky to the slaughter, at which time there gathered round the innocent silhouette of any jet plane a novel association. Everyone agrees, airlines look different in the sky these days, predatory or doomed. (McEwan, 2006: 16).

McEwan parece haber ficcionalizado los argumentos expuestos en el artículo *Beyond Belief* (el miedo, la frustración) pero de una forma quizá menos directa (algo debido también al mayor número de páginas y al formato de la novela), menos dolorosa, más combinada con otros elementos. Para Martin Randall en *9/11 and the Literature of Terror*, tanto el artículo como la novela sugieren una experiencia más allá de la imaginación, una cierta imposibilidad de resultado:

Both suggest the sense of impotency inherent in seing such a scene, evoking distressing feelings of being unprepaed, of witnessing obscenity, and the experience of nightmaes, of events being 'unspeakable' and 'beyond' imagination. This language suggests an experience of trauma, a consistent trope in 9/11 representations. (Randall, 2011: 22).

El lector comienza el libro al mismo tiempo que el protagonista empieza su día. Aunque muchos de sus pensamientos son de frustración, no cae en la desazón ni se pierde en

bucles de pensamientos demasiado negativos. No hay rastro de ansiedad evidente, pero se percibe un cierto malestar. Inexplicablemente, confiesa el protagonista, se siente bien. Aunque es demasiado temprano, conversa hacia dentro mientras se contempla por fuera. Toma conciencia de su dimensión física, de su altura (mide más de 1'80m), de la fuerza de sus piernas, de su corporeidad. Se levanta de la cama, lentamente, y abre la ventana para disfrutar de la brisa fría de un febrero en Londres. Los pequeños detalles le hacen feliz, le importan más que el miserable aspecto del mundo. "He has no idea what he's doing out of bed: he has no need to relieve himself, nor is he disturbed by a dream or some element of the day before, or even by the state of the world". (McEwan, 2006: 3).

Efectivamente, en estas páginas se observa -citando, entre otros, a Galtung- una violencia cultural fuerte que rodea al personaje y su familia con la necesidad de una postura beligerante que uno debe aceptar, en este momento histórico contra la supuesta amenaza yihadista. Salvando las distancias, la lucha socialista de Georges Sorel, partidario de la defensa agresiva contra las injusticias, puede observarse en el libro en la multitudinaria protesta que recorre las calles de la ciudad, en la miles de personas manifestándose en contra de la guerra, contribuyendo con sus proclamas al cese de las intervenciones de EE. UU. En esta parte, McEwan vence la balanza hacia su postura política más que hacia la profundidad del personaje.

Por otro lado, el personaje de Buxter, con el que Perowne se enfrenta tras un incidente con sus vehículos, podría representar la violencia física, la directa. La ansiedad del delincuente atraviesa las páginas y llega al lector, que se inquieta en su asiento al percibir una amenaza violenta. Es también visible un choque de civilizaciones, pero en este caso no entre Occidente y Oriente, que proclamaría Huntington, sino de otros dos mundos, el de los grupos marginales contra los triunfadores sociales, el delincuente contra el cirujano.

El coche del protagonista choca con Buxter por error. He aquí otro logro de la trama: la arbitrariedad de la desgracia. Las tragedias personales a veces vienen motivadas por un movimiento fortuito del destino. El individuo no tiene posibilidad de vivir al margen del contexto real de su ciudad, una realidad difícil, cruda y agresiva. Perowne sospecha que Buxter es un personaje oscuro, desagradable, pero no se atreve a despreciarlo (quizá por

miedo a sentirse superior, por educación, por un sentimiento de solidaridad con el menos favorecido). Buxter representa claramente la violencia directa, la tensión, la ansiedad, pero no es hasta la noche en la que se presenta en casa de Perowne, armado, cuando se da cuenta de lo acertado que estaba. Buxter viene a hacerles daño, a atacarlos. Su violencia representaría el mal o eso que no se consigue definir, eso que todo ser humano lleva dentro, como se citaba al principio de este trabajo, pero que la mayoría consigue controlar.

La irrupción de Buxter en casa de Perowne en busca de venganza y quizá también, consciente o inconscientemente, de un remedio para su enfermedad incurable podría compararse con la intención de los yihadistas en los ataques inesperados del 11-S. En un día tranquilo, despejado, muy temprano, cuando los neoyorquinos acudían a su lugar de trabajo, café en mano, charlando por el móvil, pensando en la primera reunión de la mañana, una amenaza cambia el transcurso de su día, de su vida, de la vida de todos los que le rodean. Los yihadistas atacan, hacen daño, pero ellos creen que consiguen justicia, remedio para su situación injusta, reparación del daño infringido al Islam y su pueblo.

Asimismo, la familia Perowne, dispuesta a cenar, ve cómo el mal se cuele en su salón, el horror de la muerte en este caso representado con navajas.

McEwan muestra a un personaje que se siente libre y tranquilo mientras observa la paciente respiración de su mujer, Rosalind, que representa el éxito de la mujer en el mundo laboral, la independencia, la seguridad y, además, según va contando el protagonista, su belleza y estilo. Los logros del último siglo parecen reencarnarse en esta mujer que duerme en paz y, después de años de relación, todavía siente deseos de amar físicamente a su marido. Perowne se siente vivo. Pero, a ratos, involuntariamente, se hunde en la perplejidad, confundido, incrédulo, como si intuyera que más allá de su cómoda vida, algo no funciona. Este es otro de los logros estéticos de la novela. La capacidad de McEwan para hacer creíble la complejidad del personaje con monólogos sutiles. Le sacuden pensamientos negativos, producto de la sociedad violenta en la que se encuentra: se pregunta por los tiempos que corren, por la vida de los que quedan al otro lado de su bonito ventanal: ¿qué días son estos? Esta pregunta queda en la

conciencia del lector, que se siente atraído por el pozo del sinsentido, en un nihilismo potencial, y al mismo tiempo por una necesidad de sentido implícita en la pregunta (lo que todos buscamos al final, en palabras de Frankl): “And now, what days are these? Baffled and fearful, he mostly thinks when he takes time from his weekly round to consider”. (McEwan, 2005: 4).

Las respuestas son interminables. En el caso de Perowne, son días de desconcierto y de miedo, se reconoce a sí mismo, pero ahora mismo, con su batín abrochado, pensando en el rico café que le espera en la cocina, no le pesan. “Catastrophe observed from a safe distance” (McEwan, 2006: 16), lo define el autor. Al poco tiempo, se pregunta sobre su estado de ánimo: “a distorting euphoria” (McEwan, 2006: 5) quizá consecuencia, interpreta el cirujano, de un accidente químico, las dopaminas revolucionadas, o del extremo cansancio acumulado. El protagonista enumera los turnos que esa semana tuvo que cubrir en el hospital, operando a varios pacientes, yendo de un quirófano a otro (tres al mismo tiempo), compartiendo conocimiento y nervios con enfermeros y otros colegas y, lo más tedioso, rellenando el papeleo oportuno exigido por las autoridades sanitarias. “This is modern professional life”, remarca con ironía. Aquí se encuentra lo que Žižek denominaba violencia sistémica, es decir, las horribles consecuencias de un sistema económico y político, voraz e insaciable. Un capitalismo que, como un monstruo hambriento, ingiriera el tiempo de los ciudadanos hasta reducirles a *homo laboris*, a seres exclusivamente productivos. El éxito como metáfora de tiempo invertido en trabajar, en triunfar socialmente. La entrega casi completa del tiempo de nuestra vida, es decir, de la vida en sí, en aras de la profesión, ya sea en un hospital, una empresa o un comercio. Y, por supuesto, con educación y agrado, asumiendo la carga de trabajo pero sin rebelarse profundamente, sin riesgos, una leve protesta durante el desayuno con los compañeros de lugar de trabajo. Así puede conseguirse lo que Žižek denomina “el monstruo del dinero”. Perowne, en su monólogo, reconoce, además, que no tuvo mucho tiempo libre en su vida. Pasó directamente del instituto a la facultad de Medicina y, de ahí, a trabajar incansablemente y a ejercer la paternidad de forma comprometida. Su “yo” queda disipado entre sus obligaciones. “In theory deconstruct as much as you will, but in your everyday life, play the predominant social game!”, afirmaba irónicamente el esloveno en *Enjoy your symptom!* (Žižek, 2001: 17).

En general, los personajes de *Saturday* son creíbles. La hija de Henry Perowne, Daisy, estudia en Francia pero ha venido a visitar a su familia a Londres. McEwan señala, curiosamente, que es muy culta. Esto, de alguna forma, incomoda a su padre. Excesivamente instruida, piensa Henry Perowne. Ella cree que su padre es un completo ignorante en cuanto a la literatura. Y él siente que ella tiene razón, pero, en otro sentido, se dice a sí mismo que ya ha visto suficiente muerte, miedo, coraje y sufrimiento para abastecer media docena de literaturas. En este sentido, curiosamente, Perowne reconoce de forma indirecta, siguiendo la estela de la fascinación por el mal del mencionado Servando Rocha, que el miedo, el dolor y la muerte son el material del que se componen las obras de ficción, la transformación del horror en algo bello.

La realidad del momento histórico pesa en la ficción. Perowne escucha la radio en la que informan de que un tal Blix ha hablado de nuevo ante la ONU sobre una posible guerra. El contexto prebélico es constante en la novela. La violencia se respira en cada página mediante la trama, los diálogos y el conteto. McEwan regala comentarios irónicos como cuando la radio no se escucha bien y Perowne siente que las noticias son demasiado confusas. “Certain he’d taken in nothing at all”, comenta el narrador. El protagonista decide apagar el aparato. Quizá la ignorancia es mejor, parece criticar McEwan.

El protagonista reflexiona, como ya hizo McEwan en *Beyond Belief*, sobre el hecho de contemplar una tragedia desde un lugar seguro: sin sangre, sin muertos visibles. “Watching death on a large scale, but seeing no one die. No blood, no screams, no human figures at all, and into this emptiness, the obliging imagination set free”. (McEwan, 2005: 17).

En cuanto a la relación entre el mal y la violencia, Perowne lo tiene claro: no cree en un Dios salvador. Sin embargo, a veces cuestiona la realidad desde esta perspectiva. Si fuera religioso, reflexiona frente a la ventana, pensaría que estar despierto a esa hora extraña, justo cuando pasó el avión, sería una señal. Como un mensaje escondido con un significado oculto. “A hidden order, an external intelligence which wants to show or tell him somenthing”. (McEwan, 2005: 17). Pero no lo es, vuelve a pensar. Estas “explicaciones” de lo que no se comprende es lo que sus colegas psiquiatras denominan

“problemas de referencia”. Y tema zanjado.

Otro de los personajes, Theo, hijo del protagonista, se describe con apenas dos o tres retazos. Es adolescente, no habla mucho y toca la guitarra en un grupo de *blues*. Henry Perowne reflexiona sobre la libertad que produce la creación. El arte como salvación es un tema recurrente en la historia de la literatura. El concepto de arte como terapia de salvación, parece recordar Perowne, salvó de la depresión a grandes artistas como Goya, Beethoven, Frida Kahlo o Matisse, entre otros. Perowne, sin embargo, lamenta no tener una pasión clara. Parece no disfrutar todo lo que podría, se siente atrapado, echa de menos sentirse libre en una sociedad repleta de obligaciones impuestas por otros -con la falsa creencia de que son elegidas por uno mismo, como critica Žižek.

En una conversación con su hijo, le cuenta el inquietante avistamiento del avión. Theo inmediatamente enciende el televisor. Y McEwan recuerda brillantemente, en varias páginas, las discusiones previas a la guerra de Iraq, la manifestación que se preparaba para ese mismo día en Londres y en muchas ciudades del mundo, y critica el morbo de los noticieros -siempre con noticias ridículas o escabrosas-:

Hans Blix- a case for war?, the anchor intons intones over the sound of tom-toms, and pictures of the French Foreign Minister, M. de Villepin, being applauded in the UN debating chamber. ‘Yes, say US and Britain. No, say the majority.’ Then, preparations for anti-war demonstrations later today in London and countless cities around the world; a tennis championship in Florida disrupted by woman with a bread-knife... (McEwan, 2005: 29).

Theo hace la pregunta que muchos se hubieran hecho bajo esas mismas circunstancias: ¿crees que son terroristas?, le dice refiriéndose a los pilotos del avión que había visto unas horas antes. Y el padre responde: es una posibilidad. Aquí McEwan expone claramente la psicosis con la que se vivió la era posterior al 11-S, siempre con el primer pensamiento puesto en esos posibles suicidas que pueden estrellar cualquier avión, por encima de las cabezas de los ciudadanos de cualquier lugar, en cualquier momento. La violencia latente del miedo.

Theo, que había cumplido los 18 años, tenía 16 cuando cayeron las Torres Gemelas. “The September attacks were Theo’s induction into international affairs, the moment he accepted that events beyond friends, home and the music scene had bearing on his

existence". (McEwan, 2005: 31). Era la primera vez, pues, que algo ajeno le afectaba. Henry piensa en cómo le marcó a él la tragedia de Aberfan, en el 66, cuando dieciséis colegiales como él, recién terminada la oración conjunta de profesores y alumnos, la víspera de las vacaciones de mitad de trimestre, murieron sepultados por un río de barro. Fue la primera vez que pensó que aquella cándida idea del Dios que amaba a los niños quizá no existiese. Sus primeras dudas religiosas. En varias ocasiones, a lo largo de la historia, reconoce no sentirse atraído por sentimientos religiosos.

Por su lado, Theo, como muchos jóvenes de su generación, se vuelca en enterarse de todo aquello novedoso que le rodea. Estamos en el siglo XXI, la realidad contemporánea, la sociedad de lo nuevo, lo original, lo vibrante, lo que no existía hasta hoy mismo. McEwan utiliza una frase interesante: Su mente es libre mientras no haya novedades (como si pudieran evitarse). "As long as there's nothing new, his mind is free". (McEwan, 2005: 32).

Presenta el contexto agresivo que rodea a su hijo: "International terror, security cordons, preparations for war these represent the steady state, the weather. Emerging into adult consciousness, this is the world he finds". (McEwan, 2005: 32). Pero de alguna forma, Henry cree que todo va a pasar; que, a pesar de todo, la calma y la razón triunfarán.

Despite the troops mustering in the Gulf, or the tanks out at Heathrow on Thursday, the storming of the Finsbury Park mosque, the reports of terror cells around the county, and Bin Laden's promise on tape of 'martyrdom attacks' on London, Perowne held for a while to the idea that it was all an aberration, that the world would surely calm down and soon be otherwise, that solutions were possible, that reason, being a powerful tool, was irresistible, the only way out; or like any other crisis, this one would fade soon, and make way for the next, going the way of the Falklands and Bosnia, Biafra and Chernobyl. (McEwan, 2005: 32).

Reflexiona sobre la intención final del islamismo: no es la destrucción sino la creación de lo que para ellos sería el mundo perfecto. Como se expuso en el apartado I. 2., *Consecuencias de la aceptación de la violencia como arma*, los yihadistas luchan por lo que ellos consideran, en su radicalismo, que es la voluntad de Alá: la eliminación de los infieles para lograr un mundo mejor, más limpio. Estos islamistas no son auténticos nihilistas, apunta McEwan en consonancia con la afirmación de Žižek. Perowne piensa que quieren la sociedad perfecta en la tierra, es decir, el islamismo. Pertenecen a una

tradición condenada sobre la cual Perowne adopta el criterio convencional: la consecución de la utopía lleva a autorizar toda clase de excesos, todos los medios, por despiadados que sean, para realizarla.

En la radio, a las 4.30 a.m. explican qué había ocurrido. El avión no había sido una visión entre sueños de Henry. Se trataba de un avión de carga, un Tupolev ruso en vuelo sin escalas desde Riga a Birmingham. Al sobrevolar Londres, muy hacia el este, se le incendió uno de los motores. La tripulación pidió por radio permiso para aterrizar e intentó cortar el suministro de combustible al motor incendiado. Giraron al oeste siguiendo el Támesis, los guiaron hacia Heathrow e hicieron un aterrizaje decente.

En un momento, en otra de las trenzas entre ficción y realidad, McEwan hace alusión a Saddam Hussein, al que califica como niño despótico:

When the meet frustration, the man-slaying tantrum is never far away. Saddam, for example, doesn't simply look like a heavy-jowled brute. He gives the impression of an overgrown, dissatisfied boy with a pudgy hangdog look, and dark eyes a little baffled by all that he still can't ordain. Absolute power and its pleasures are just beyond reach and keep receding. He knows that another fawning general dispatched to the torture rooms, another ballet in the head of a relative won't deliver the satisfaction it once did. (McEwan, 2005: 38).

McEwan presenta a la familia Perowne como a salvo de las circunstancias, como si la realidad no pudiera afectarlos. Cuenta cómo conoció a la joven Rosalind, con la que lleva desde muy joven y transporta al lector a la sala del hospital donde la vio por primera vez a punto de perder la vista por el efecto de un tumor. El sentido del humor y cierta ternura están presentes en estos párrafos. La operaron con urgencia y, mientras despertaba, Henry ya estaba ahí. Y, desde entonces, tuvo que gestionar bien la relación de ella con su madre ya fallecida, Marianne, y un padre escritor, con aires de genio, excéntrico, que vivía en un castillo.

Posiblemente Buxter sea el personaje más intrigante, el fantasma del mal: el maligno, desde un punto de vista religioso o el que todos llevamos dentro, desde una perspectiva psicológica. Asimismo podría representar lo que Žižek denominó violencia “ultraobjetiva” o sistémica, que implica la creación de individuos “desechables y excluidos”, desde los sin techo hasta los desempleados. Aunque no se muestra su

origen, los detalles de su forma de hablar y la agresividad de su comportamiento - además de la enfermedad que no se ha tratado, quizá por falta de medios o de preocupación- muestran a un joven posiblemente del extrarradio de la ciudad, perteneciente a bandas callejeras. Por otro lado, los terroristas, tanto reales como los que Perowne pensó que atacarían Londres esa noche de febrero de 2003, siguiendo la teoría del esloveno, serían producto de la violencia “ultrasubjetiva”, es decir, de los nuevos y emergentes fundamentalismos religiosos. El cirujano de éxito, Henry Perowne, con su familia estable y su reconocimiento social, es víctima de la violencia subjetiva, la que se percibe interiormente con claridad, llevada a cabo por “individuos malvados” -como Buxter- pero que también, y esto es lo más interesante, es víctima de otra violencia, la que Žižek califica de verdadera, la que está por todas partes pero apenas se siente, escondida entre las otras dos.

McEwan no deja pasar la oportunidad de hacer referencias a las torturas que se llevaron a cabo en los sospechosos de yihadismo tras los atentados de Nueva York:

He was not particularly surprised by his arrest, and nor would his wife have been. They both knew, everyone knew, someone who'd been taken in, held for a while, tortured perhaps, and then released. (McEwan, 2006: 63).

El autor critica, en cierta forma, a los manifestantes por la paz que parecen estar reunidos para celebrar la reunión del grupo. Sonríen y Perowne piensa que deberían estar tristes. La ignorancia generalizada le altera.

All this happiness on display is suspect. Everyone is thrilled to be together out on the streets -people are hugging themselves, it seems, as well as each other. If they think - and they could be right- that continued torture and summary executions, ethnic cleansing and occasional genocide are preferable to an invasion, they should be sombre in their view. (McEwan, 2006: 69-70).

Perowne emprendió lecturas compulsivas sobre el régimen de Sadam. Leyó cosas sobre el ejemplo inspirador de Stalin y la red de lealtades familiares y tribales que sostenían a Sadam, y los palacios que regalaba como premio. Se familiarizó con los atroces detalles de los genocidios en el norte y el sur del país, la limpieza étnica, el vasto sistema de confidentes, las singulares torturas, la afición de Sadam a participar activamente en todo ello y los extraños castigos erigidos en leyes: las quemaduras y las amputaciones.

In the months after those conversations, Perowne drifted into some compulsive reading up on the regime. He read about the inspirational example of Stalin, and the network of family and tribal loyalties that sustained Saddam, and the palaces handed out as rewards. Henry became acquainted with the sickly details of genocides in the north and south of the country, the ethnic cleansing, the vast system of informers, the bizarre tortures, and Saddam's taste for getting person ally involved, and the strange punishments passed into law- the brandings and amputations. (McEwan, 2006: 72).

Perowne no confía en una solución para la amenaza islamista. Aunque cree que siempre hubo crisis de algún tipo y que el mundo, en general, no ha cambiado tanto, reconoce que ha sucedido algo nuevo, temible, difícil de asumir.

The world has not fundamentally changed. Talk of a hundred-year crisis is indulgence. There are always crises, and Islamic terrorism will settle into place, alongside recent wars, climate change, the politics of international trade, land and fresh water shortages, hunger, poverty and the rest. (McEwan, 2006: 77).

La indignación por la humillación del fanatismo religioso le invade por momentos, en un discurso de conciencia en el que se entrecruzan cientos de ideas en las que la violencia es protagonista. En una ocasión se ve atrapado por cierta frustración. Se sienta en el coche y se hunde en una desesperación inexplicable. Se sorprende en una rabia incipiente y se enfrenta a sus propios pensamientos que brotan y brotan, desde el principio de la novela, sin demasiado orden. ¿Qué me importan a mí los burkas?, se pregunta en un momento.

Perowne guns the engine - but gently - then pulls the gear stick into neutral. What's he doing, holding down the clutch, knotting up his tender quadriceps? He can't help his distaste, it's visceral. How dismal, that anyone should be obliged to walk around so entirely obliterated. At least these ladies don't have the leather beaks. They really turn his stomach. (McEwan, 2006: 124).

Le da rabia no sentir la tranquilidad que le acompaña otros sábados. Hoy es especial, y no en el mejor sentido. La violencia emana, en primer lugar de su cerebro, en una lluvia constante de pensamientos negativos sobre el futuro. Se dice a sí mismo que el motivo de su ansiedad no es el altercado con Buxter, ni mucho menos haber perdido el partido de squash, ni la noche sin dormir, pero, asimismo, reconoce que algo le tiene que haber influido. Esa violencia simbólica del lenguaje y sus formas, desarrollada por Žižek la encontramos en esta obras más que en ninguna otra.

He's caught himself in a nascent rant. Let Islamic dress codes be! What should he care about burkhas? Veils for his irritation. No, irritation is too narrow a word. They and the

Chinese Republic serve the gently tilting negative pitch of his mood. Saturdays he's accustomed to being thoughtlessly content, and here he is for the second time this morning sifting the elements of a darker mood. What's giving him the shivers? Not the lost game, or the scrape with Buxter, or even the broken night, though they all must have some effect. Perhaps it's merely the prospect of the afternoon when he'll head out towards the immensity of suburbs around Perivale. While there was a squash game posed between himself and his visit, he felt protected. (McEwan, 2006: 125).

Mientras va a comprar algo para preparar una comida de bienvenida a su hija, no deja de pensar sobre el comercio y sus virtudes. Llega a decir que el consumo, los placeres que pueden satisfacerse en este mundo, la racionalidad, podrían ser la solución al fanatismo. "It isn't rationalism that will overcome the religious zealots, but ordinary shopping and all that it entails jobs for a start, and peace, and some commitment to realisable pleasures, the promise of appetites sated in this world, not the next". (McEwan, 2006: 126).

Habla de la relación con su suegro, un escritor alcohólico, que influyó en la educación de sus hijos a través de la lectura. Cenar esta noche juntos, teme que vaya a salir mal y, como siempre, nadie habrá plantado cara a su suegro. Quizá sus circunstancias, a primera vista tan admirables (familia, trabajo, riqueza, éxito), no sean tan satisfactorias para él. Un fantasma sobrevuela constantemente y no es sino el miedo. Una violencia agazapada que apenas se puede ver, pero se llega a sentir.

Hace conjeturas sobre el suceso del avión hablando con su hijo, Theo, que no entra del todo en la conversación pero le sirve para expresar hacia fuera lo que reflexiona hacia dentro:

'What's the latest on that plane? I heard about the arrests.'
'No one's saying anything.' Theo tips more milk into his salad bowl.
'But there are rumours on the Internet.'
'About the Koran.'
The pilots are radical Islamists. One's a Chechen, the other's Algerian.'
Perowne pulls up a stool and as he sits feels his appetite fading. He pushes his plate aside.
'So how does it work? They set fire to their own plane in the cause of jihad, then land safely at Heathrow.'
'They bottled out.'
'So their idea was to sort of join in today's demonstration.' (McEwan, 2006: 151).

Muchos intelectuales norteamericanos, al igual que McEwan/Perowne criticaron la

manera de tratar la violencia por la prensa. Marjorie Perloff tachó de egocentrismo americano el enfoque general de los periódicos del país. En cuanto a la estética, cuanto más brutal la exposición de la violencia, más audiencia, como ya se vio en el libro de Servando Rocha sobre *La facción caníbal*:

The goverment's counsel – that attack in a European or American city is an inevitability – isn't only a disclaimer os responsibility, it's a heady promise. Everyone fears it, but there's also a darker longing in the collective mind, a sickening for self-punishment and a blasphemous curiosity. Just as the hospitals have their crisis plans, so the television networks stand ready to deliver, and their audiences wait. Bigger, grosser next time. Please don't let it happen. But let me see it all the same, as it's happening and from every angle, and let me be among the first to know. Also, Henry needs to hear about the pilots in custody. (McEwan, 2006:176).

Las noticias resuelven, finalmente, que el suceso del avión ha quedado en nada y se percibe una pequeña decepción en su pensamiento. “Good news, but as he walks out of the kitchen in the direction of the larder, Henry feels no particular pleasure, not even relief. Have his anxieties been making a fool of him?” (McEwan, 2006:180).

Después discute con su hija sobre la conveniencia o no de la intervención en Iraq y su postura frente a ello. Expone la posición de muchos que nunca confiaron en la existencia de las supuestas armas de destrucción masiva y la relación directa (después probada como inexistente) entre Al Qaeda y Saddam Hussein.

He hears again the UN's half-million Iraqi dead through famine and bombing, the three million refugees, the death of the UN, the collapse of the world order if America goes it alone, Baghdad entirely destroyed as it's taken street by street from the Republican Guard, Turks invading from the north, Iranians from the east, Israelis making excursions from the west, the whole region in flames, Saddam backed into a corner unleashing his chemical and biological weapons - if he has them, because no one's really proved it convincingly, and nor have they shown the connection to Al-Qaeda - and when the Americans have invaded, they won't be interested in democracy, they won't spend any money on Iraq, they'll take the oil and build their military bases and run the place like a colony. (McEwan, 2006: 186).

Al final, con cierto desagrado, le dice a su hija: “You hate Saddam, but he's a creation of the Americans. They backed him, and armed him”. (McEwan, 2006: 186). Y debaten en profundidad también sobre Afganistán. “Too late to worry about that, he says over her. A hundred thousand have already passed through the Afghan training camps. At least you must be happy that's come to an end”. (McEwan, 2006: 230). Pero, enfadado quizá por la conversación, le lanza frases como “la generación del i-pod no quiere saber de nada”.

El episodio de Buxter, el de la violencia en estado puro, se desarrolla de la siguiente forma. Entró en la casa detrás de Rosalind. Con un cuchillo. Le rompió la nariz al suegro. Desnudó a Daisy. Luego leyó un poema y se tranquilizó. Sube detrás de Henry a la planta de arriba a informarse sobre el nuevo tratamiento. Forcejean y cae por la escalera. Perowne se compadece de él, pero este sentimiento también le hace sentir mal. Qué debilidad, qué insensatez delirante compadecerse de un hombre, enfermo o no, que invade así tu casa, se dice a sí mismo. Al final del día se siente más débil, menos impetuoso que en la discusión con su hija. ¿Dónde está el ansia de Henry de derrocar a un tirano? Se ciñe aun más el albornoz, como metáfora de seguridad, de bienestar, de tranquilidad en el hogar. Pero una sombra le persigue. “All he feels now is fear”, resume Perowne. Se siente débil y piensa en el cuchillo de Buxter en la garganta. “He's weak and ignorant, scared of the way consequences of an action leap away from your control and breed new events, new consequences, until you're led to a place you never dreamed of and would never choose - a knife at the throat”. (McEwan, 2006: 277).

Žižek denominó este miedo permanente como violencia subjetiva, que llegaría a Perowne a través del lenguaje (su propio diálogo interno), a través de un episodio real de agresión y a través de la circunstancia vital, con un gobierno a favor de una guerra injusta, con la gente poco cultivada manifestándose en las calles y con el miedo al enemigo imprevisto, como aquellos terroristas en Nueva York, cuyos aviones pueden divisarse desde la ventana en cualquier momento.

Al final, como no podía ser de otro modo en un personaje complejo, al que el lector acompaña en sus reflexiones más contradictorias, Perowne pide a su familia que retire los cargos contra Buxter. ¿Perdón, debilidad, realismo? No queda claro si lo hace por no envilecerse (al acompañar a un hombre en su camino al infierno) o por una venganza mucho más sutil: la diferencia entre una buena asistencia y una mala es casi infinita, dice. Y el sábado termina en el mismo dormitorio, con Rosalind. Cierra la ventana. Se abrazan. Con sus pijamas de seda. Le besa la nuca. “Blindly, he kisses her nape. There's always this, is one of his remaining thoughts. And then: there's only this. And at last, faintly, falling: this day's over”. (McEwan, 2006: 279). Todo acaba. El lector ha convivido con Henry Perowne y le ha sentado bien. La novela está conseguida, la calidad estética hace ceíble la tragedia y sus consecuencias. La representación de la

violencia se ha llevado a cabo de forma sutil mediante diálogos internos y un percance automovilístico usado como excusa para la presentación del mal como algo que nos rodea y, a veces, parece que va a explotar muy cerca.

2. *The Road*, Cormac McCarthy (2006): la alegoría de un mundo apocalíptico

Esta novela apocalíptica es la única obra de ciencia ficción analizada en este trabajo de investigación. Debido a su excelencia en crear una atmósfera asfixiante, temible, tensa y oscura, se escogió como símbolo de la fascinación por lo oscuro y lo terrorífico de la teoría de *La facción caníbal*. En segundo lugar, la elección se debe a la encarnación de forma viva y creíble de la lucha de un padre por salvar a su hijo, que sería, en palabras del doctor Viktor Frankl, el único sentido de su vida, “each the other’s world entire”. (McCarthy, 2006: 6).

Respecto a la intertextualidad, podrían encontrarse reminiscencias del teatro del absurdo, de Samuel Beckett, en cuanto a la búsqueda incansable de algo que no se conoce bien, en una huida hacia no se sabe dónde. En *Waiting for Godot*, se repite una y mil veces que cuándo vendrá Godot. En *The Road*, con un tono mucho más grave, el hijo pregunta constantemente al padre cuándo van a llegar y adónde. La carencia de sentido es evidente en ambas obras, aunque McCarthy añade a la suya un elemento esperanzador, el de salvar al hijo por lo que el existencialismo quedaría atenuado. La interpretación de que Godot pudiera simbolizar a Dios -algo que Beckett siempre negó- también conecta con el ateísmo proclamado del protagonista de *The Road*, que niega varias veces su existencia, como se verá en el análisis de la obra.

El argumento se reduce a ese camino entre obstáculos y podredumbre que padre e hijo (como Pozzo y Lucky, en *Waiting for Godot*) atraviesan sorteando amenazas continuas y lugares inhóspitos, perseguidos por sombras con intención de aniquilarlos y por un enemigo aún peor: el hambre. El padre y el hijo, de los que nunca se cita su nombre, se dirigen siempre hacia el sur, el mar, el dorado, la libertad -un símbolo no especificado en la novela-.

El vocabulario de las dos primeras páginas de la novela no deja lugar a dudas. La mayor parte de las palabras hacen referencia a lo oscuro, lo tenebroso, lo amenazante. Aparecen los vocablos *dark* y *darkness* en las tres primeras líneas y, a continuación, *cold, cave, glaucoma, lost, black, beast, stone, ash, murk, dead trees, smoke, pale, eggs of spiders, barren, silent, godless* ... Y cierra la primera descripción con un rotundo “There’d be no surviving another winter here” (McCarthy, 2006: 4), es decir, la decisión de caminar no es voluntaria. La permanencia conllevaría la muerte. Este será el tono que seguirá durante toda la novela el escritor de Rhode Island, ganador del premio Pulitzer de ficción por esta obra que después sería llevada al cine con el actor Viggo Mortensen como protagonista.

“An hour later they were on the road”. (McCarthy, 2006: 5). Esta es la primera vez que se hace referencia al título del libro y quizá, podría interpretarse, en un principio, como una posibilidad de huida, de recuperación, de oportunidad, un probable cambio, una esperanza. Pero lejos de esto, la carretera simboliza, más bien, -el lector se va hundiendo en un mayor pesimismo a cada página- el camino hacia ninguna parte. “The road was empty” (McCarthy, 2006: 6), describe después.

A medida que se adentra en los parajes, estos son cada vez más secos y yermos, el lector comparte cierta claustrofobia mientras acompaña al padre y al pequeño. Al describir por primera vez la carretera, McCarthy la califica de desierta y, efectivamente, alrededor solo se ve una atmósfera desértica que el autor recrea con maestría. Después sobrevendrá el miedo, la asfixia, los extraños humanos (todos peligrosos, a juicio del padre) que se encuentran a su paso. Parece una huida inminente pero no se llega a saber por qué sienten tanto pánico y, sobre todo, de qué huyen. Es como si un cataclismo que no se especifica hubiera asolado la tierra, la hubiera arrasado, y con ella a toda la población. Y, sin embargo, el lector se siente atraído por la historia, el miedo, la amenaza, los esporádicos ataques que sufren en la carretera. Este panorama podría interpretarse como la ciudad de Nueva York tras el brutal ataque. “Desolate country” (McCarthy, 2006: 16), detalla.

En cualquier caso, la desesperación y el dolor se sienten a cada paso, en cada pequeño descanso en el que el padre intenta consolar a su hijo cuya confianza en él entenece y

emociona en ciertos pasajes. El padre le contesta a todas sus preguntas con firmeza y esperanza, mostrando una paciencia casi imposible teniendo en cuenta las dolorosas y tensas circunstancias.

Are we going to die?
Sometime. Not now.
And we're still going south.
Yes.
So we'll be warm.
Yes.
Okay.
Okay what?
Nothing. Just okay.
Go to sleep.
Okay.

I'm going to blow out the lamp. Is that ok?
Yes, that's okay.
And then later in the darkness: Can I ask you something?
Yes, of course you can.
What would you do if I died?
If you died I would want to die too.
So you could be with me?
Yes. So I could be with you.
Ok. (McCarthy, 2006: 10-11).

La fealdad de la realidad apocalíptica de la novela, que espanta pero atrae al lector, entronca, siguiendo el libro de Rocha, con toda una tradición histórica en la que se observa la tendencia del ser humano al *horror bello*, a ese sentimiento de rechazo y atracción que, al fin y al cabo es una emoción, algo más allá de la monótona realidad.

They passed through the city at noon of the day following. He kept the pistol to hand on the folded tarp on top of the cart. He kept the boy close to his side. The city was mostly burned. No sign of life. Cars in the street caked with ash, everything covered with ash and dust. (McCarthy, 2006: 12).

A veces encuentran una pequeña esperanza, pero se disipa pronto. Después de caminar por el asfalto, por ejemplo, arrastrando los pies por la ceniza durante horas, llegan a una gasolinera donde creen que podría haber algo para comer. Pero estaba abandonada. El padre descubre, además, que no está bien orientado y deben dar media vuelta. Volver a empezar. La frustración es permanente. Las descripciones apocalípticas continúan a lo largo de la obra al mencionarse la carretera que, en este caso, atraviesa un arroyo completamente negro. El panorama es desolador: troncos de árboles calcinados y desprovistos de ramas a ambos lados. La ceniza moviéndose sobre el asfalto y las

manecillas flojas de cable ciego que colgaban de los ennegrecidos postes de luz gimiendo débilmente con el viento. Una casa incendiada en medio de un claro y más allá un tramo de pradera agreste y gris y un charco de lodo rojo donde había unas obras abandonadas. Un poco más lejos vallas publicitarias anunciando moteles.

Una ciudad repleta de cenizas, sin señales de vida y cubierta de polvo, recuerda a la Zona Cero de Nueva York. La pistola en mano que lleva escondida el protagonista representaría las medidas de seguridad que, desde el ataque, comenzaron a solicitarse desde los propios habitantes de la ciudad, que se sentían indefensos, entre la conmoción, el miedo y la frustración. Y sentencia a continuación que todo es como en otros tiempos, solo que descolorido y desgastado por la intemperie.

La desmoralización se va acrecentando a medida que pasan las páginas, incluso cuando deciden dormir cerca de algunas rocas para protegerse del frío, abrazados y envueltos en mantas, viendo cómo la indescriptible oscuridad venía a amortajarlos. La muerte sobrevuela la novela constantemente. En uno de los diálogos, parece que escuchamos a padre e hijo. El niño con su lenguaje, todavía poco elaborado, solo quiere respuestas, y el hombre, a pesar de su desesperación, se las ofrece. Para él, lo único importante es salvarlo.

La desconfianza también hace acto de presencia. El niño quiere ayudar a un hombre desvalido que se cruza en su camino, pero el padre sabe que es una amenaza. El pequeño sabe que el hombre morirá y se enfada con su padre por no ayudarlo.

There's nothing we could have done.
He didn't answer.
He's going to die. We can't share what we have or we'll die too.
I know.
So when are you going to talk to me again?
I'm talking now.
Are you sure?
Yes.
Okay.
Okay. (McCarthy, 2006: 51-52).

También subyace en la novela el nihilismo imperante en la sociedad contemporánea. En varias ocasiones, padre e hijo se preguntan, y las respuestas consisten en una sola palabra: "nothing". En una ocasión, el chico coge los prismáticos y el padre le pregunta

qué ve. Nada, responde. Está lloviendo, añade. Y el padre termina la conversación: Sí, ya lo sé. Pocas líneas después, ya de vuelta en la carretera, el autor vuelve a mencionar el vacío. El vacío lo rodea todo, la falta de esperanza, de sentido. Miraban a lo lejos en busca de un indicio al menos de fuego o una lámpara. No vieron nada, escribe McCarthy sin compasión.

McCarthy no vacila en recordar que los hombres pueden mantenerse erguidos sin la menor muleta social. A pesar del horror del viaje, el escritor parece enarbolar la bandera de la supervivencia. No importa cuánto haya pasado, cuán insoportable y doloroso parezca el presente, siempre puede darse un paso más, llegar hasta el siguiente punto seguro, encontrar algún lugar donde resguardarse o comer (aunque sea una lata de conserva con etiqueta incomprensible, como figura en la obra).

Al protagonista no le importa el resto de supervivientes que se han transformado en una especie lobos hambrientos. De alguna forma, han decidido apoyarse, aferrarse y sobre todo protegerse el uno al otro para no sumergirse en el profundo abismo que les rodea. Incluso, las personas que encuentran sienten un aislamiento similar, incluso peor, ya que caminan verdaderamente solas, sin el apoyo de otro. Muestran una crueldad inmensa. El padre pide a una mujer, suplica, que se despidiera de su hijo, para darle un motivo de alegría, algo positivo, pero ella se niega.

For the love of God, woman. What am I tell him?
I can't help you.
Where are you going to go? You cant even see.
I don't have to.
He stood up. I'm begging you, he said.
No. I will not. I cannot. (McCarthy, 2006: 58).

La profundidad psicológica no es evidente. Ni siquiera se menciona. La vamos sintiendo con los personajes, en un continuo presente. Aquí no hay excusas ni justificaciones. No se cuenta si los protagonistas han padecido traumas anteriores, si sienten dificultades para encontrarse a sí mismos o si aún no superaron alguna experiencia negativa en el pasado. Aquí no hay tiempo para análisis. Prima la supervivencia, mantenerse a salvo, encontrar agua, comida, llegar al soñado Sur. Un día, el hijo pregunta por los amigos de su padre.

Did you have any friends?
Yes. I did.
Lots of them?
Yes.
Do you remember them?
Yes. I remember them.
What happened to them?
They died.
All of them?
Yes. All of them.
Do you miss them?
Yes. I do. (McCarthy, 2006: 59-60).

Por supuesto que se atraviesan sensaciones de máximo sufrimiento, donde parece que la energía necesaria para combatir (en este caso, para simplemente mantenerse en pie) se va diluyendo. Es como si en cada tormenta que atraviesan o la nieve o los vientos que soplan de repente y les hacen morir de frío, fueran rebajando sus ganas de vivir. El lector va perdiendo al mismo tiempo sus ganas de seguir caminando, de continuar en este vacío desértico que parece gritar (pero en silencio) por todas partes. Y, sin embargo, y he aquí otro aspecto interesante de la obra, uno no acaba desesperándose del todo, como si se percibiera (bajo el dolor y el agotamiento) una especie de fe en una vida nueva, de un cambio a mejor (a peor, desde luego, no podría ir), incluso uno se atreve a soñar con un final, si bien no feliz, al menos merecido.

Podría resumirse la trama en tres posibilidades de esperanza: el niño, que representa al futuro; la carretera, que podría ser la libertad; y el Sur, que es símbolo de temperatura suave y de vida menos cargada de responsabilidades.

El panorama recuerda constantemente a la tierra baldía de T. S. Eliot. La vulnerabilidad del niño llega a emocionar por momentos. Y, como contrapunto, esa atracción por los peligros, por la próxima amenaza, por un mundo invadido de peligro. Se intuyen violaciones, esclavitud, canibalismo, desesperación. La inmovilidad significa la muerte. En este sentido, también se podría interpretar una postura ideológica de McCarthy después de la tragedia del 11-S: hay que continuar.

El silencio, una de las reacciones ante el 11-S (como se señaló con anterioridad), llega a penetrar en el propio lector, que camina, como acompañante implicado (protegido en

cierto sentido pero expuesto en otro). Se llega a palpar el miedo, la desilusión, agobio, impotencia, abatimiento, desánimo... al fin y al cabo la cercanía de la muerte, que parece seguir nuestros pasos, acecha, como si esperara un renuncio, un descuido, un error para poderse hacer con ellos.

Algunas imágenes son impactantes: el bebé carbonizado sin cabeza y destripado o los extraños muertos en el sótano de una casa. De nuevo el horror que atrae. McCarthy podría hacer una alusión al miedo por la amenaza terrorista en los diálogos en los que el niño pregunta a su padre si siempre está alerta, asustado, mirando a todas partes. Y él contesta que sí, que eso nunca debe olvidarse.

La nada sería la única realidad, el principio de un posible proceso. La idea de Dios está presente en muchos momentos, sobre todo en las horas de desesperación total. El protagonista mantiene diálogos imaginarios con Dios y le recrimina que haya desaparecido. En la conversación con el anciano, lo menciona también:

Quizá el chico cree en Dios.
No sé en qué cree.
Lo superará.
No. No lo superará.
El viejo no respondió. Echó un vistazo al día.
Tampoco nos deseará suerte, ¿verdad?, dijo el hombre.
No sé qué significado tendría eso. Qué pinta tendría la suerte. ¿Quién podría saber una cosa así? (McCarthy, 2006: 130).

Cuando el viejo se va alejando, el autor, sin piedad, añade: el chico no volvió la vista atrás en ningún momento.

Al final de la trama, el padre muere y el niño, abrazado a su cadáver, observa cómo se acerca otra familia. Aparece una mujer misteriosa y otro hombre. Como está tan asustado, le pregunta si ellos no se comen a los niños. El hombre le trata con ternura pero también con determinación. Le dice que hay que irse ya, sin contemplaciones, a pesar de que su padre yacía a su lado. La mujer lo abraza, emocionada. Se alejan. Es una vuelta a los valores tradicionales de la familia, a uno de los sentidos de la vida mencionado por el doctor Frankl. Algunos críticos sostuvieron, asimismo, que este tipo de novelas se debían al trauma del 11-S, que había creado un cierto sentimentalismo. El

final del libro, muy metafórico y sugerente, muestra un halo de esperanza. Quizá el futuro pase por un regreso a lo que se llama valores de siempre, que no son sino valores básicos: el afecto y sus catárticos lazos afectivos.

3 . *A disorder peculiar to the country*, Ken Kalfus (2006): el humor negro.

Divertido, irónico, original, agudo. Estos son algunos de los adjetivos que la crítica utilizó para calificar la novela *A disorder peculiar to the country*, de Ken Kalfus. Se trata de una comedia negra. El dolor, en este caso, ha dejado paso a una cierta perspectiva en la que está permitido (es, quizá, hasta necesario) reírse. El humor sería, pues, la característica fundamental. La selección de esta obra sigue los criterios de cierta separación emocional de la tragedia, un principio de superación. Entroncaría con la teoría de Steven Pinker (apartado II, 2.5.) de percibir el mundo actual como un lugar no tan violento contextualmente, aunque su representación, como se observa en cada beligerante página de esta novela, muestre una violencia dialéctica intensa entre la pareja formada por Joyce y Marshall. La diferencia es que la lucha, en esta comedia negra, es matrimonial aunque la violencia lingüística y ciertos abusos psicológicos de uno frente a otro estén influenciados por el contexto de violencia que les rodea, les empuja a una mayor agresividad.

No en vano, el libro comienza directamente el mismo 11 de septiembre, cuando Joyce, ya camino de una conferencia, en taxi, tiene que darse la vuelta porque algo ha sucedido. Ya en su oficina, en la calle Hudson, escucha rumores sobre el WTC y un avión. Desde su ventana no se veían las torres pero había gente fumando y mirando hacia el Down Town. Trabajó unos minutos más y, de repente, se oyen gritos. “She thought someone had fallen off the roof” (Kalfus, 2006: 2) , escribe Kalfus apuntando a la incredulidad general esos primeros minutos. Y aun así no pierde la calma y graba el archivo en su ordenador cuidadosamente. Este detalle de reacción espontánea ante las tragedias inesperadas proporciona, desde el principio, verosimilitud al personaje.

Kalfus comenta, irónicamente, que hasta el “taciturno director de la compañía”, que nunca antes había expresado ninguna emoción, parece sentirse conmocionado. Otros lloraban y algunas mujeres “enterraban sus cabezas en el pecho de sus compañeros” a

los que nunca antes habían mostrado ninguna simpatía. Kalfus no ahorra en descripciones inquietantes del momento, como la del ruido del edificio quemándose poco a poco. “She could hear the crackle and chuffing of the burning building more than a mile away”. (Kalfus, 2006: 2). Parecía que no pesaban, que se derretían, añade. “And then the building fell in on itself in what seemed to be a single graceful motion, as if its solidity had been a mirage, as if the structure had been liquid all these years since it was built”. (Kalfus, 2006: 3). Se percibe cierta distancia, una frialdad en la relación de los protagonistas con la tragedia. Quizá es la dificultad general para percibir, sentir profundamente, catástrofes. “You had to make an effort to keep before you the thought that thousands of people were losing their lives at precisely this moment”. (Kalfus, 2006: 3).

Todos los trabajadores que estaban en los tejados, contemplando en directo la explosión y el derrumbe de los edificios, se colocaban las manos en los ojos, las bocas, la cabeza, pero ninguno se tapaba los ojos. Y no querían dejar de mirar. “They were unable to turn away” (Kalfus, 2006: 3), añade el escritor. El eco del libro de Servando Rocha, *La facción caníbal*, regresa de nuevo: ¿sentían fascinación al contemplar algo tan horrible? Kalfus da un paso más y profundiza en esta sensación irreprimible de contemplar lo desagradable. De repente, Joyce siente una especie de placer intenso, algo como la sensación de satisfacer el hambre, explica Kalfus, que usa el término “elation”, es decir, euforia, júbilo, entusiasmo.

Joyce está tan cerca que, cuando cae la segunda torre, el pelo se le mueve hacia atrás y su camisa se ondula por una ráfaga de viento repentina, poco natural; la provocada por la caída de los edificios. Y en este momento, incomprensiblemente, se siente una gran alegría: “The building turned into a rising mushroom-shaped column of smoke, dust, and perished life, and she felt a great gladness”. (Kalfus, 2006:4). Pronto se sabe el motivo de su regocijo: su marido trabaja allí. Concretamente en el piso 86 de la torre Sur. Quizá haya muerto. Hubiera sido una gran noticia. Se insinúa el regocijo por la posible pérdida de su pareja. Al lector, posiblemente, se le dibuja una sonrisa provocada por la maldad de Joyce o por lo inesperado de la situación. Aquí comienza un viaje en el que la violencia permanente, tanto dialéctica como contextual se observa desde otra perspectiva: la distancia y el humor. Cuando le preguntan a Joyce por su marido, tiene

que taparse la boca para que no se le vea una emergente sonrisa. Con esta frescura -y ningún complejo- comienza Kalfus su divertida novela sobre el 11-S, elogiada por la crítica:

Ken Kalfus has produced perhaps the most penetrating response to September 11 and its aftermath to date: a satire on the psychological and domestic effects of the current stage of perpetual conflict. (The Guardian).

The most original novel to be written about America's moral climate in the aftermath of the September 11 attacks ... Kalfus is the first to take on the clichéd idea that the terrorists really did inaugurate a new order. (*The Times Literary Supplement*)³⁴

Hacía diez años que Joyce y Marshall se habían separado civilizadamente, casi con afecto pero, en los seis meses de terapia posteriores, descubrieron que se odiaban, señala el narrador. Las discusiones sobre multitud de temas dejaron paso, al final, al tema de conflicto primordial: el dinero. Ella había cambiado de empleo dos veces, había dejado de trabajar para dar a luz a sus hijos. Por este motivo -entre otros- él ganaba bastante más que ella. Esa razón -y muchas otras- provocan en Joyce una rabia que el narrador cuenta sin paños calientes: “She wanted to ruin him, not only financially but personally, and not just for now, but forever”. (Kalfus, 2006: 5).

En algunos episodios de violencia postmarital, como cuando Marshall contestaba mal a los compañeros de trabajo de ella cuando llamaban por teléfono, recuerdan a esas pequeñas maldades que pueden destrozarse la vida de cualquiera y que el periodista español Fernando García Tola recogía con gran humor en su libro *Cómo hacer absolutamente infeliz a un hombre*³⁵. “He resumed leaving the toilet seat up, his straight razor soapy and wet at the edge of the basin, and his underwear on the bathroom floor: all habits she had exorcised from the household years ago”. (Kalfus, 2006: 6).

Cuando ven noticias sobre la guerra, la política queda pequeña ante la enormidad de su odio, y solo piensan: “yes, yes, yes, that's how I feel about you”. (Kalfus, 2006: 7).

³⁴ Críticas literarias recogidas en la primera página del libro editado por Harper Perennial.

³⁵ El libro consta de un catálogo de actividades, descritas con gran ironía, para amargar la vida a la pareja. Se publicó en 1988 y fue un verdadero éxito de ventas (15 ediciones en un año). Después pasó a ser una obra contravertida y criticada por la repulsión del periodista Tola hacia lo políticamente correcto. En esta línea, salvando las distancias geográfico-temporales, Ken Kalfus presumiría del mismo estilo caracterizado por la ausencia de filtro.

La pareja tiene dos hijos: Victor, de dos años, y Viola, de cuatro. Les utilizan claramente para atacarse el uno al otro. “Fuck you. I was cleaning her off”. “You’re finished. My lawyer’s going to question your fitness as a mother”. (Kalfus, 2006: 9).

El día del atentado, Marshall, que se encontraba en una de las torres, se mira a sí mismo, tumbado en el suelo, rodeado de escombros. No consigue saber qué pasa. Puede pensar, pero se le hace insostenible. Algo dentro de él le permite entender que esos serán los últimos momentos de su vida, que no verá más a sus hijos, De nuevo, pensamientos triviales. “Tengo que llamar al cuidador del perro, si no se hará pis en la alfombra” (Kalfus, 2006: 12), es uno de ellos. También pensó en un chiste. El humor nos salva de la tragedia, parece querer decir Kalfus.

Marshall vuelve a entrar a la torre y ayuda a un herido. Siente que está haciendo bien y Kalfus expone otro de los puntos esenciales en las consecuencias del 11-S: la solidaridad, mostrar lo mejor de uno mismo. “A damp, cold confidence had enveloped him. What he was doing seemed right, just as everything that had gone on between him and Joyce during the past two years had seemed so terribly wrong”. (Kalfus, 2006: 14).

Marshall no sabe exactamente qué ha pasado. Tras deambular por las calles, ya en Chinatown, en una tienda, ve por televisión que los estadounidenses están siendo atacados. Que se esperan más ataques. Que al Presidente se lo han llevado a un lugar secreto. “Are we at war or something? Did they say a plane hit the Pentagon?” (Kalfus, 2006: 18). El avión que había estallado en el Pentágono venía de Newark, justo donde su mujer cogía su vuelo.

Un mes después, mucha gente se ofrece como voluntaria en labores humanitarias. Dos compañeras de Joyce lo hacen en uno de los comedores que han instalado en la zona del siniestro. Y aquí se introduce otro giro inesperado. Tal solidaridad no es genuina: los bomberos son muy atractivos. “And making love to her fireman was like nothing she had ever known before”. (Kalfus, 2006: 21). Kalfus lo define, con ironía, como *terror sex*: “Everyone needed something now, some release or payback or just acknowledgement that their lives had been changed”. (Kalfus, 2006: 22).

Marshall regresó a casa la mañana del atentado. Ella le pregunta: “So you made it out?” Y él, a su vez, le preguntó a ella: “So you weren’t on the plane?”. Entonces ambos se alegran de su mucha suerte. Sin embargo, el caos interno persiste.

La parálisis es otro de los síntomas de la novela. Refleja la conmoción general de la ciudad y sus habitantes:

Now she stood on the corner of Charles Street, unable to walk farther or make a single decision about anything. This was her life today: frozen-solid, shut-down, dead. Pedestrians walked around her as if she were an inconveniently placed newspaper box. There was nothing she could do but return for her pocketbook. (Kalfus, 2006: 25).

En cuanto a los cuerpos de seguridad, Kalfus retrata a varios agentes del FBI con aspecto sombrío y poco orgulloso. Pesaba sobre ellos, como una losa, la cadena de errores que llevaron al 11-S: ciertos individuos entrando al país, los seguidores de Bin Laden asistiendo a escuelas de vuelo americanas, miles de musulmanes que entraron a EE. UU. ilegalmente, etc.

El autor vuelve a identificar la desesperación violenta de Joyce, que sigue dos direcciones: de dentro a afuera (su matrimonio destrozado y el odio que siente hacia su exmarido); y, por otro lado, del exterior al interior, con una ciudad amenazada, frenética, perdida, con más amenazas de atentados y sobres de Ántrax en el correo. “¿Cómo iba a criar a sus hijos ahí?”, se pregunta. El grado de agresividad en sus pensamientos es equiparable al de la ciudad.

All over the planet people wanted to kill Americans; here too nutjobs acquired automatic weapons, deadly bacteria and viruses, nuclear material and explosive fertilizer. How could she have brought her kids into this world, a world even more sinister than her marriage? Their future was chilled by a lethal, indelible shadow. (Kalfus, 2006: 33).

Ve en la televisión el sobre que supuestamente llevaba ántrax. Esa forma de hacer la letra g es la de su marido, piensa Joyce en un ataque de súbita locura. Y se alegra de pensar que ya lo ha atrapado. Que le lleven a la cárcel, que le encierren en Guantánamo, piensa. “She would keep the apartment” (Kalfus, 2006: 35), añade irónicamente el autor. Después se da cuenta de que él no puede ser, que es una locura, que quizá es ella la que tenga un estrés postraumático -y haya perdido el juicio- tras el 11-S. Marshall no

había hablado de cómo salió de las torres ni de cómo se sentía, aunque había perdido a amigos y colegas en el atentado. Marshall buscaba constantemente a Lloyd, la persona que trató de salvar, pero su cara no aparecía ni en las continuas fotos de los periódicos ni en la lista de desaparecidos.

Medidas de seguridad se multiplican por todas partes: control de vehículos, detector de metales. Aparece en escena un supuesto agente de la CIA, Nathaniel Robbins, que después resulta ser un impostor. Marshall acude a la Zona Cero una y otra vez. “He wasn’t sure why he was there: he was drawn to the spectacle, he supposed, the cranes and the trucks, or perhaps he was simply attached to the habits of morning commute”. (Kalfus, 2006: 46). A veces sentía tanto dolor que no podía avanzar un paso más. Se detenía en cualquier calle elegida al azar y pensaba en Joyce y cómo se habían arruinado sus vidas. ¿Qué es lo que le había hecho? ¿Por qué se merecía esto? ¿Por qué ella le odiaba tanto?

El autor introduce un posible rechazo a las personas de apariencia árabe, como otra de las reacciones posteriores al atentado. Los rostros que iba encontrando por la calle le producían sospechas inconscientes a Marshall. ¿Se trata de la posible islamofobia que traicionó los supuestos valores americanos de tolerancia y respeto? “Turbaned men were even now double-clicking obscure, awesome icons” (Kalfus, 2006: 48), escribe el autor.

En ocasiones, Joyce parece haber perdido el sentido de la medida. Le manda un correo electrónico al agente Robbins:

dear agent Robbins,

I found talc in our bathroom. We never buy talc. Lot 14 Ib, man may 01. He’s here. Can’t talk, locked myself in the bathroom. What should I do?

It was a pleasure meeting you. Please reply asap.

Joyce Harriman (Kalfus, 2006: 50).

El médico de Joyce, Dr. Mouiwawaa, procedía de Afganistán y, en el siguiente mes, mientras probaban cómo curar unas heridas en la piel, hablaron del atentado y también de su llegada a América, atravesando Irán y Paquistán. A veces la hija del médico les traía un poco de té. Ella había sido víctima de una mina antipersonal. Otra nota cómica

se introduce en la consulta médica: “After being told this, Marshall would have been embarrassed to ask him how to pronounce his name”. (Kalfus, 2006: 60).

Mientras sus vidas siguen, EE. UU. aumenta los ataques contra los talibanes bombardeando y enviando tropas especiales hacia Kabul. La prensa lo narraba diariamente. Los talibanes y los miembros de Al-Qaeda parecían estar relacionados. Las milicias se traicionaban, se bombardearon, por error. Y para asegurarse la cooperación en liberar a su propio país -introduce Kalfus con ironía- , miraban a otro lado mientras veían las plantaciones de opio. Joyce no era consciente de las particularidades -las diferencias- entre los afganos. También le interesaba la sexualidad de las afganas, donde reside el honor de su padre, hermanos y marido. Se violaban a las mujeres para arruinar a sus familias y a futuras generaciones. “In Afghanistan sex wasn’t ‘fun’ or an expression of ‘love’; it was a weapon”. (Kalfus, 2006: 62).

¿En qué había cambiado el país tras el atentado? ¿Quién estaba corrompiendo a quién? ¿Era la riqueza y la política americana la que corrompía Afganistán o ellos eran los corruptos exigiendo ayuda económica y despreciando los ideales democráticos?

“It was commonly held that September 11 had changed America forever. Joyce wondered if the real transformation would come now, in America’s close embrace with warlords and peasants, fundamentalists and mercenaries”. (Kalfus, 2006: 63). Y Kalfus se pregunta: “Would American wealth and the expediencies of its foreign policy corrupt the Afghan people? Or were we being corrupted by their demands for cash, their infidelities, and their contempt for democratic ideals?” (Kalfus, 2006: 63).

Nail, su excuñado, le invita a una cena antes de la boda. Marshall se siente feliz por poder enfadar a Joyce con esta noticia. La violencia marital se sigue recrudeciendo, paralelamente a la situación preguerra del país. Marshall incluso compra un aparato para escuchar las conversaciones telefónicas de su mujer en la habitación contigua. Escuchó llamadas del trabajo, citas para la peluquería, alguna madre de los compañeros del colegio de sus hijos, hasta que un día llamó Flora, enfadadísima, y él, con gran regocijo, pudo escucharlo todo.

También se observa en esta novela un cierto egocentrismo americano postraumático o quizá cierto victimismo. ¿Es que todo el mundo se sentía víctima del atentado? Cuando Roger, el marido de su examiga Linda, habla sobre el 11-S durante la cena, le cuenta dónde estaba ese día, ese minuto. Kalfus introduce una interesante reflexión:

Every American felt that he had been personally attacked by the terrorists, and that was the patriotic thing of course, but patriotic metaphors aside, wasn't the believe a bit desilusional? There was a difference between being killed and not being killed. Was everyone walking around American thinking they had been intimately, self-importantly, involved in the destruction of the World Trade Center? (Kalfus, 2006: 78).

Por su parte, Joyce, decide ser infiel. Se acuesta con un amigo de Marshall. Roger está completamente cubierto de pelos, roza lo grotesco. Y entonces Joyce comenta sobre la autodestrucción, la venganza, la caída hasta lo más hondo. “The naked, sweaty bulk of him verged on the grotesque. She wasn't repelled: she had done this because she desired to enter into the grotesque”. (Kalfus, 2006: 86). Él ya no estaba con Linda. Quizá no le había seducido. Él tenía sus propias razones para acostarse con ella. “She had seen him as a pawn in her struggle against Marshall, but each person had his own tragic secret history, his own rationalizations, his own formulas of conflict, his own imperfectly understood needs. Every human relationship was a conspiracy”. (Kalfus, 2006: 86). Al terminar, piensa en los cigarrillos de Marshall.

Marshall, por su parte, acude a la despedida de soltero de su excuñado. Se encuentra con jóvenes de veintitantos años, todos judíos, que preguntan, bromenado, si hay prostitutas. Ninguno ha estado casado y Kalfus introduce otro comentario cómico. “None of these men were married, so they knew nothing about women”. (Kalfus, 2006: 94). El hermano de Neal, Joel, frivoliza respecto al atentado, algo que no ocurre en las demás novelas analizadas. Cuenta el joven judío que estaba tan metido en su música y sus investigaciones en la universidad de Stanford, que no supo del atentado hasta horas más tarde. “I was the last person in America to find out about the attacks”. (Kalfus, 2006: 94). Después hizo una pausa, haciendo honor al humor judío, y añadió. “I mean, not counting the FBI”. (Kalfus, 2006: 94).

Y rodeado de estos chicos que le prestaban atención (hasta ahora no había contado qué sucedió aquel día), Marshall relata con detalle lo que vivió el 11 de septiembre de 2001.

We had to walk down the stairwell. It was chaos, let me tell you: smoke and dust, people bloodied, people crying. I saw the firemen going in. I saw dead bodies in the plaza, people falling... Yeah, it was awful. [...] Why am I in this fucking war? –that’s what I asked myself. (Kalfus, 2006: 96).

El lector se adentra en este momento en una parte muy seria de la novela en la que parece que Kalfus ha querido dejar claro que su protagonista, Marshall, tenía muy claras ciertas cosas. Marshall culpa, en parte, a los judíos de los atentados.

Something like three million Palestinians live on the West Bank and in Gaza. Do you really think you can keep them down forever? And when the Arabs see Israeli soldiers killing Palestinian civilian –Palestinian children- to protect the settlers, they blame America! That’s why the World Trade Center was attacked! (Kalfus, 2006: 98-99).

El hermano de Neal explica que los árabes pretenden limpiar la tierra étnicamente mientras que Israel ofrece a un millón de esas personas nacionalidad, más libertad, mejor educación y mejores sueldos. Pero a Marshall no le convencen las razones e incluso llama a Israel “crappy little country” (Kalfus, 2006:99). Le llaman antisemita y él se defiende diciendo que todos los que osan criticar mínimamente la política de Israel son tachados de antisemitas.

It’s the way every dissent from Israeli policy provokes an accusation of anti-Semitism. It’s the fact that we’re not permitted to talk about Israel in this country, even though it’s our number one foreign problem. It’s the way that every remark by every non-Jew has to be tested for the stain of anti-Semitism. And I ask myself, in this day and age, why is anti-Semitism the greatest evil the world must contend with? Why is it worse than being anti-Arab? (Kalfus, 2006: 99).

La eterna discusión entre dos concepciones del mundo, aludidos en toda la historia, lo que los periódicos rápidamente -y con demasiada simplicidad- catalogan como antisemitismo o islamofobia, queda reflejado con verosimilitud en esta conversación de las que se llaman comúnmente, de bar. El hermano de Neal se siente de alguna forma satisfecho con la conversación porque “demuestra” que no aceptan a los judíos en la familia de su esposa, ni en general, ciertos sectores del país.

See? Scratch a Gentile. Your thought I was making this up. They’ll never accept us, never. Look at their White-bread private schools and no-jews country club. That’s why the fought so hard against you and don’t want the least Jewish content in your wedding: no rabbi, a single lousy Jewish player, a huge argument just to get the chuppah. (Kalfus, 2006: 100).

La discusión se enciende y todos acaban ofendidos. Joel dispara un último tiro dialéctico a Marshall. “You should educate yourself. Israel’s not going away and neither are the Jews”. (Kalfus, 2006:100).

Joyce llega a Connecticut para asistir a la boda de su hermana, Flora. La novia está muy nerviosa con los preparativos y uno de los focos de conflicto es la *chuppah*, un toldo blanco esencial en las bodas judías. El término hebreo *chuppah* significa protección y en la ceremonia hebrea simboliza el hogar, la casa, que la pareja va a crear a partir de ese momento. Los padres de Joyce, Deke y Amanda, se describen como una pareja adinerada. Aunque los invitados -insistía Flora- no eran muy practicantes, Amanda se preocupa por el menú, para que haya alimentos *kosher* (los únicos que los judíos ortodoxos pueden consumir). No lo hace, obviamente, porque comprenda los motivos de los hebreos que acuden a la ceremonia sino para que nadie pueda decir, después, que la boda había tenido algún fallo. Y Kalfus introduce otra crítica a las costumbres judías. “They themselves don’t know all the rules and regulations, which as far as I can see are completely arbitrary. Certain butchers are kosher, some are not –but isn’t the meat the same?” (Kalfus, 2006: 104). Y se indigna con lo que considera absurdo en sus observancias, como el hecho de usar sal *kosher*. “They have kosher salt, for God’s sake. How can a grain of salt be more Jewish than another grain of salt?” (Kalfus, 2006: 104).

Al final apunta a algo que muchos americanos podrían pensar de sus conciudadanos que profesan la religión de Abraham. “I’m glad to oblige them, of course, as best as I can, and it’s all very colorful and exotic –I’ve always been pro-Israel- but really. They say they’re not religious, and they come up with one religious demand after another”. (Kalfus, 2006: 104). Y lo nuevo, para la boda, además de una pequeña oración en hebreo y el toldo protector (*chuppah*) era una copa de vino que debían romper.

La introducción de las tres religiones tradicionales, Islam, Cristianismo y Judaísmo en una trama cómica y creíble es una de las virtudes de la novela de Kalfus. El choque de civilizaciones queda expuesto. Pero el autor va más allá y critica sutilmente la falta de conocimiento general sobre conflictos tan enconados y complejos como el de Oriente Próximo. Es interesante señalar que Amanda, cuya cultura política no debe ser muy profunda, se pronuncia como “pro-Israel”. Es común en las obras analizadas –y también

en la sociedad de hoy en día- agruparse bajo un epígrafe general de pertenencia. ¿Qué significa exactamente pro-Israel? ¿Cómo se desarrolla en la vida práctica esa etiqueta de apoyo a un Estado? Quizá se refieran a ser pro-existencia de judíos en un país o pro-convivencia pacífica con Palestina. ¿Y qué conlleva ese estar a favor? ¿Un apoyo incondicional a las decisiones políticas tomadas por los gobernantes de allí?

En el extremo contrario –aunque no se refleja detalladamente en este libro- estarían aquellos que se definen como Pro-Palestina. ¿Qué quiere decir? ¿Están a favor de la expulsión de los judíos de la tierra que comparten? ¿Qué implicación práctica tendría para los miles de judíos que nacieron, trabajan y viven allí? Quizá se podría hablar de la violencia de las generalizaciones, que impiden definir con la profundidad que requieren asuntos tan complicados, espinosos y profundos como este.

La guerra, en cuanto uno se aleja un poco, parece menos importante. La prensa no la coloca en portada, la televisión no dispara imágenes constantemente, el ambiente es otro. “But the war proved to be considerably less interesting when read about in Connecticut, rather than in New York City, where the towers ‘absence was still palpable. Here New York and Kabul seemed equally distant and foreign”. (Kalfus, 2006: 111).

A veces, se perciben atisbos de amor, de necesidad. Viola se cae y llora sin parar. Y Joyce, sin pensarlo, desea que Marshall hubiera estado ahí. ¿A qué estaban jugando cuando se cayó? “We were playing 9/11”. (Kalfus, 2006: 115). La sombra de la tragedia rompe la inocencia infantil. Y los niños hablan, con la espontaneidad de su edad, y uno dice: “We made a suicide pack!”. (Kalfus, 2006: 115). Ese lenguaje caló entre los pequeños que, de alguna forma, vivieron el atentado. Los psicólogos analizan a Viola y Victor ya que, en el colegio, han pintado a su familia muy separados unos de otros y rodeados de llamas del WTC. La violencia aquí no resiste el humor. Mientras tanto, se van publicando datos sobre el ataque: podría haberse evitado:

You’ve seen the News, it turns out we had good intelligence about al-Qaeda before 9/11... The Phoenix office reported that Arabs connected to bin Laden were taking flying lessons there; in Minnesota they arrested Moussaoui, but didn’t search his computer, which had Atta’s phone number on the hard drive. Two other guys on the foreign terrorist watch list were letting the country. The French sent us warnings. But

we couldn't collect that intelligence in a single place. We couldn't communicate it from one office to the next, or between agencies, or to the local police. (Kalfus, 2006: 137).

Discuten violentamente delante de los niños. Por fin les anuncian el divorcio. Entramos en la mente de Viola, que se da cuenta de que sus padres realmente llevan divorciados mucho tiempo. "But she couldn't even imagine what she was ignorant about. She was *still* stupid. What else was she missing?" (Kalfus, 2006: 143). De nuevo, el autor compara la realidad traumática con el fracaso del matrimonio. Marshall va a ver al abogado. Este le pregunta, para organizar su defensa en el juicio, cuánto conoce a su mujer. "Mystery of mysteries", responde. "How could he not know her?", se pregunta a sí mismo. ¿Se puede conocer a alguien independientemente de cómo se comporte con uno mismo? "Marshall briefly looked at the ceiling, doubting that you could know another person without depending on her responses to your stimuli –it seemed unscientific. Who knew what the Arabs were like, really? Who the fuck cared?" (Kalfus, 2006: 145).

Y cuando se enfrenta a la contestación, reflexiona (al menos lo intenta) sobre quién es su mujer. "I don't know ... She just wants this over like I do, probably. I don't think she cares about the money. She was never very, you know, financially oriented. She hates me or thinks she hates me. It's the dynamics of the divorce. She once loved me, too. I'm the father of her kids..." (Kalfus, 2006: 151). Marshall recuerda lo apasionados que eran, incluso después de casarse, con tardes enteras de sexo. Su jefe, Hudson, le anuncia la pérdida de un cliente importante. Parece cansado. No se ha recuperado del golpe del atentado. "With the company struggling to recover from 9/11 losses, human and financial, he had refused to take any vacation beyond the company retreats that he organized and led". (Kalfus, 2006: 154).

La convivencia en la eterna espera del divorcio, era cada vez más estresante. Ni siquiera se miraban el uno al otro, ni hablaban ni parecían darse cuenta de la presencia del otro. Marshall descubre una cuenta bancaria, un fondo de inversión, que él había puesto a su nombre. Su sorpresa es enorme cuando descubre que tiene más de medio millón de dólares. Como no se alegra absolutamente nada de algo positivo que pueda ocurrirle a su mujer, Marshall no solo se muestra muy sorprendido sino también "disgusted" (Kalfus, 2006: 165). Entonces, con muy malas intenciones, mueve la

inversión a los productos con menos futuro del mercado, pero aun así, la cuenta sigue aumentando –o al menos, no perdiendo-. La frustración de Marshall es absoluta. A esto podríamos calificarlo de Violencia Financiera. Ocurre cada día en los divorcios en los que hay que llegar a un acuerdo económico. Las cifras se usan como numéricas armas arrojadas para asfixiar o dañar lo máximo posible al otro.

Una tarde, Joyce se arregló para quedar con el agente del FBI. Pasó delante de él con sus tacones altos, una minifalda nueva, una blusa holgada. Había adelgazado varios kilos. Y aquí, a pesar de toda la rabia contenida (o, quizá, por esto mismo), no pudo evitar decirle lo guapa que estaba. “Wow,” he said, unable to stop himself. It was like something building and rushing up within him: a flood, a stampede, a cloudburst, an eruption, an economic boom. “You look nice” (Kalfus, 2006: 170). La tensión sexual estaba viva. La reacción de ella, tras mirarle fijamente un momento y sonrojarse espontáneamente, responde: “Fuck you”. “Fuck you. Just totally and completely and absolutely fuck you”. (Kalfus, 2006: 170). Y pegó un portazo.

En el trabajo, mientras tanto, algo iba mal. La empresa no ha conseguido sobrevivir.

His colleagues were quietly going through their desks for their personal items and removing from their cubicles photos, posters, and other Wall ephemera he hadn't noticed before. Within a few hours the physical evidence of their careers would be gone forever, lost in the entropic mists. (Kalfus, 2006: 173).

Marshall habla con su abogado, Thorpe, sobre la cita de su todavía mujer. “You want to prove adultery?”, le pregunta. Pues serán otros dos años y, además, perderán. “Okay, okay. I just thought I should tell you”. Y el abogado, muy pendiente siempre de algún detalle sexual, le interroga: “Do you think they're fucking? Actually fucking? You know, she *looks* like she's had some sex. You, on the other hand,…” (Kalfus, 2006: 176). En realidad, la comedia, al completo, es una consecuencia de la incomunicación absoluta entre los protagonistas. La agresión mediante el silencio.

Marshall buscaba trabajo sin éxito. Aunque a los entrevistadores les interesaba mucho su vivencia como superviviente del atentado, al final, no le contrataban. La economía del país tampoco se recuperaba. De todas formas, él iba a Manhattan todas las mañanas -como si tuviera algo que hacer-. Se preguntaba a sí mismo qué haría cuando se le

agotara el dinero. Pero no había respuesta. “He had no plans, no road map. In the meantime he lost himself in the swell of office-going humanity, walking fast as if he were late and idly humming to himself”. (Kalfus, 2006: 177). Es un tema que requeriría profundidad, el pretender que todo va bien, sin encarar la realidad, disimulando, como Marshall, que va canturreando, distraídamente, caminando a buen ritmo, como si fuera camino de un hipotético trabajo, al que llega puntual y que no le resta tranquilidad.

La televisión pasaba una y otra vez las mismas imágenes sangrientas, cada media hora, la misma frecuencia que el estado del tráfico, escribe Kalfus con ironía. Y añade otra bella y triste descripción de la angustia que se vivía en agosto de 2002. Menciona por primera vez la *jihad*:

In a single lightning flash the unconnected parts of the world had been brought together and made into sense. No, *sense* was not made. This was a world of heedless materialism, impiety, baseness, and divorce; Sense was not made, this was *jihad*: the unconnected parts of the world had been brought together and had *just*. (Kalfus, 2006: 179).

Paralelamente, Joyce también veía, interesada, las noticias sobre Israel. Veía fotos de la pizzería destrozada y una serie de detalles macabros que le hicieron apartar la vista. “She closed her eyes to rest them”. Como si necesitara resetear, digerir tanta violencia. Deseaba abandonar esa ciudad y empezar de nuevo, con sus hijos (o, incluso sin ellos, apunta Kalfus justificando la idea porque se trataba de una fantasía).

She wished she could start over –yes, with the kids, though not necessarily (as long as she was fantasizing about a new life). She fixed on the idea of leaving New York, this cramped, violent, bitterly competitive, small-minded city that had never been a real home, where she had become a victim. (Kalfus, 2006: 180).

En estas durísimas palabras, Joyce describe la dureza de un lugar hostil que, como comentábamos con anterioridad, no acaba de acoger a nadie.

Kalfus reflexiona sobre la manida recompensa que supuestamente reciben los suicidas cuando llegan al lado de Dios. Las 72 vírgenes le parecen demasiadas, imposibles de satisfacer. Con ironía, Hans piensa que la idea, incluso, de una sola virgen tampoco le atrae. Recuerda sus primeras experiencias.

De una forma inconsciente, no muy meditada, decide construir él mismo una bomba casera. Es otra vuelta de tuerca, divertida, en esta comedia de humor negro. Cuando va a pagar los artilugios electrónicos que ha comprado en RadioShack, le piden nombre, dirección y más datos. Marshall se resiste. “I don’t want you to know who I am. Aren’t there enough assaults on our privacy as it is?” (Kalfus, 2006: 187). La dependienta ni siquiera se inmuta y le dice: te lo puedes inventar. Así era el sinsentido del momento. Máxima seguridad en las formas. Caso omiso de exigencias incomprendidas.

Tras unos días encerrado en su cuarto, emergió con la “bomba”. Joyce le ayuda a colocar bien los elementos y en una conversación muy divertida, hablan de dónde poner cada elemento.

- What are you doing? What is that?
- A suicide bomb
- Really?
- I made it myself. I have enough dynamite to blow up half the block. God is great
- Why doesn’t work then?
- I don’t know. The wiring is tricky
- Did you follow the instructions?
- They were in Arabic. But there was a diagram
- Let me see
- I can fix it myself
- Don’t be an asshole
- Too late (Kalfus, 2006: 188).

De repente, Joyce siente curiosidad no de por qué quiere hacer explotar una bomba en su propia casa, sino dónde ha comprado la dinamita. Le contesta que en la tienda más común para aparatos eléctricos, RadioShack. Y ella responde: “Ah, por eso me llega correo no deseado de allí”. (Kalfus, 2006: 190).

Los niños sienten curiosidad y se acercan a sus padres. Y, sorprendentemente, alrededor de la dinamita, la familia parece sentirse unida (por un momento) como antes. Al momento, Marshall se sintió fatigado y decidió dejar el invento. Joyce se enfada por su falta de constancia (incluso para hacer una pequeña bomba): “You don’t follow through with anything. That’s what’s wrong with you”. (Kalfus, 2006: 191). Quizá ella también se estaba refiriendo a su matrimonio.

El agente Robbins comienza a dar muestras de persona sospechosa. Cuenta a Joyce que iba a un psicólogo porque el FBI era toda su vida, no tenía familia, apenas tenía amigos...y el trabajo era demasiado estresante. Culpa de ello al atentado de las Torres Gemelas. “It’s all 9/11 all the time –we’re overwhelmed. We took thousands of Arabs into custody and can’t even keep their names straight. We’re months behind in translating intercepted communications, and half the time the translations don’t make sense”. (Kalfus, 2006: 200). Y acaba diciendo que está deprimido, que no puede soportarlo más. Después, cuando ella intenta explicarle lo duro que ha sido el último año para ella también, él continua con los lamentos: “ you have to figure at least one of them knows where bin Laden’s hiding (...) You have to take a man and break him. Do you get me?”. (Kalfus, 2006: 200).

Y le habla de un supuesto terrorista al que interroga día y noche. Joyce le agradece la confianza depositada en ella. Todavía no es consciente de que el agente no es tal. Es posiblemente una persona con alguna enfermedad mental, trastorno de personalidad o simplemente alguien que pretende divertirse a costa de ella.

Mientras tanto, el mundo entero estaba esperando la inminente invasión de Iraq. A pesar de las manifestaciones y de las protestas de muchos países, la decisión parecía estar tomada. El Gobierno de EE. UU. alertaba constantemente de nuevas amenazas. Cuando Joyce llamó a Nathan para preguntarle por la seriedad de las amenazas, otra persona contestó al teléfono. Ahora descubre la verdad. Estaba llamando al FBI pero no había ningún Nathaniel Robbins trabajando allí. Ni nunca lo hubo. Todo había sido la gran mentira de un trastornado. El verdadero agente, al teléfono, quiso hacerle preguntas sobre esa persona, para comprobar si podría tratarse de un delito o ella corría algún peligro.

En el contexto político, se menciona ya la Guerra del Terror y se produce la reunión en las Azores, con Bush, Blair y “the Spanish prime minister”, al que O’Neill no menciona por su nombre. De tanta propaganda diaria, al final, Marshall y Joyce (y miles de personas en el mundo) secretamente esperaban la invasión. Y el divorcio también se acercaba. El abogado le informó a Marshall de que en treinta días tendría que abandonar la casa. Alquiló un estudio en Flatbush. Como no tenía mucho dinero para la mudanza,

hizo él mismo el traslado con un pequeño camión. Cuando bajaba y subía del apartamento, Joyce y los niños veían la televisión. Las fuerzas militares de la coalición habían atacado Bagdad. Los iraquíes, supuestamente, respiraban sus primeros vientos de libertad. Las imágenes de la cabeza de Saddam arrancada se repetían en las televisiones de todo el mundo. Cuando por fin cayó al suelo, Marshall se dirigió a su ya ex: “I’m not Saddam Hussein, if that’s what you think” Y perdió la calma: “You think it’s symbolic, don’t you? Another evil person removed! Am I right? Tell me, am I right?”. (Kalfus, 2006: 225). Y rechaza cualquier analogía:

I haven’t gassed any Kurds, I’m not threatening anyone with weapons of mass destruction. I’m a nice guy. In fact, I think a case can be made that I’m a *great* guy – okay? Maybe not a great husband or a great father, but I did my best, Joyce. I put more effort into this marriage that you did. I gave up more of my basic human rights than you did. I was the one who was oppressed! To compare me with Saddam is totally unjust. (Kalfus, 2006: 225).

Por fin había hablado. Por fin había dicho lo que sentía. Solo contestó la niña: “Papá, no podemos ver la tele si estás en medio”. Triste y frustrante despedida.

La vida para Joyce había comenzado de nuevo. Después de más de 10 años de matrimonio, por fin estaba divorciada. En realidad, en todos estos últimos años de lucha y tribunales, no había sido consciente de cómo sería vivir sin él. Ni siquiera lo había imaginado. Ahora, ya liberada, pensaba en el motivo y tampoco lo encontraba. Y, por primera vez, cayó en la cuenta de si no habrían cometido un gran error. Se cumplía aquel dicho: “Ten cuidado con lo que deseas porque quizá lo consigas”. Por su parte, Marshall procuraba ver menos a sus hijos porque no estaban bien en su pequeño apartamento. Saddam Hussein fue ajusticiado. Su cuerpo, colgado de un árbol, se estampó en millones de camisetas. Marshall les compró una camiseta –él compró la misma-. Empezó a salir a correr (con una camiseta que decía Muerte a los Terroristas) y encontró trabajo. Viajó a California a visitar a su amigo Eduardo. Hablando de trabajo y cifras, este le dijo que tuviera fe.

Un tiempo después, encontraron a Osama Bin Laden. La gente se abrazaba en las calles. Todos celebraban. Vinieron a Nueva York personas de todas partes del mundo. Marshall también cantó “God Bless America!”. Sentía una emoción muy grande. Atrapar a Bin Laden había sido un alivio, una liberación. De repente sentía un repentino

amor por su país. Y en ese momento escuchó: “¡Papá!”. Era Victor, que también celebraba, junto con su hermana y su mamá. Viola le ofreció un poco de helado. La calle estaba tan llena que Joyce y Marshall no se podían separar. Solo se dijeron hola. Ni se miraron. Los dos sentían una especie de vergüenza.-Joyce había comprado a los niños la misma camiseta: Muerte a los Terroristas. “He felt her body against his, warmed by the sentiments of the day.” (Kalfus, 2006: 236). Los desconocidos se abrazaban. Marshall tomó un poco de helado. El hueco dejado por las Torres Gemelas parecía llenarse con ruido y aspiraciones humanas.

El final es poético. Unos pajarillos ascienden desde un tejado se adentran en el profundo cielo azul. El momento es esperanzador. Y podría durar para siempre. El interrogante queda abierto. ¿Fue un fallo de comunicación? ¿Las circunstancias que les rodeaban les separaron (el atentado) y después les unieron con la supuesta muerte del enemigo que simbolizaría la vuelta a la confianza, la protección, el orden correcto de las cosas, la angelización de los americanos la que Bellow hablaba? No se sabe. El libro termina sin una respuesta.

4. *Terrorist*, John Updike (2006): la penetración de la ideología radical.

La novela de John Updike, *Terrorist*, muestra cómo un adolescente norteamericano, Ahmad Ashmawy, de familia musulmana residente en los suburbios industriales de Nueva Jersey, va dejándose convencer, poco a poco, por la ideología yihadista, representada por el imán Rashid. La obra se ha seleccionado por ser un ejemplo ampliamente logrado, verosímil, del proceso de transferencia ideológica. Los medios de comunicación e internet bombardean a diario con noticias sobre nuevos atentados, enfrentamientos, guerras, desplazados y los denominados *muyaidines* que actúan individualmente, los lobos solitarios. Sin embargo, no se encuentra tiempo para contextualizar, para reflexionar de dónde proceden estas personas (mayoritariamente jóvenes), cómo llegaron a ese momento en el que decidieron pensar que el dolor de otros es bueno en sí mismo porque es bueno a los ojos de Alá. ¿Cómo se alcanza ese grado de convencimiento? La novela de Updike resume con precisión varias de las

coordinadas sociales que, en algunos casos, se entrecruzan para producir terroristas. El protagonista de la obra es uno de ellos, como indica el título de la novela: *Terrorist*.

Toda la obra transpira una rabiosa *americanidad*, con sus tremendas contradicciones, tan fascinante y a la vez tan, en el fondo, incomprendida en Europa, acaso menos vital que EE.UU. pero, sin duda, menos confusa. Una Europa donde cualquier ciudadano sale a la calle y le contemplan 3.000 años de civilización. Sin embargo, esta seguridad también está cambiando. Los datos de adhesión a la yihad de ciudades europeas - también en España hace tambalear una estabilidad que se creía irrompible. Como se recogía al principio de este trabajo, en los apartados *la Yihad y El Estado Islámico: Al Qaeda, Daesh, Boko Haram, los lobos solitarios en Europa y El conflicto global de los refugiados*, ya no es EE. UU. el que se encuentra solo, frente al peligro. Al Qaeda y sus brazos ejecutores, recordemos, renuevan cada cierto tiempo su llamamiento a los lobos solitarios para cometer atentados en Occidente. Updike, con una pluma ciertamente efectiva, traslada al lector la transformación periódica de la mente de Ahmad, por el que se siente cierta simpatía desde un primer momento. La dificultad que conlleva llevar a la ficción algo tan real es superada con éxito. De ahí la elección de esta novela que representa con verosimilitud una realidad reciente y terrorífica.

Cuando Updike publica esta novela, vigésimo segunda de su producción, cuenta con 74 años y una larga trayectoria a sus espaldas, que incluye incursiones en la poesía (su primera obra fue en verso), el ensayo, la literatura para niños y la historia corta. Su aclamada saga protagonizada por *Harry Rabbit* Angstrom le había convertido hacía tiempo en una figura señera en la narrativa norteamericana contemporánea. Nadie como él había logrado radiografiar la América de los pequeños pueblos, protestante y de clase media. Galardonado con infinidad de premios, entre ellos -en varias ocasiones- el Pulitzer, era considerado como el último verdadero hombre de letras de EE. UU. Tuvo además el raro privilegio de contar con el favor de los lectores y de los colegas. Martin Amis le aclamaba como uno de los grandes novelistas americanos del siglo XX. Aunque el crítico literario Harold Bloom consideraba que sus páginas nunca habían sido tocadas por el *sublime americano*, incluyó *Las Brujas de Eastwick* en la célebre lista final de su libro *El Canon Occidental*.

El narrador nacido en Reading desde sus primeras obras tenía probado su capacidad para desvelar el alma de la América real, de la América alejada de los focos, de la América invisible, profunda. Espléndida en la observación de los personajes, el único posible defecto de *Terrorist* es, podría decirse, una falta de verosimilitud hacia el final de la historia. Esto no importa demasiado al lector, sin embargo, subyugado por la capacidad del autor en la creación de personajes, ambientes y conflictos, si bien éstos se resuelven de un modo no del todo realista.

Desde las primeras páginas, el protagonista, Ahmad, quiere encontrar respuestas para el mundo que no comprende, pero no las encuentra. Se siente genuinamente inclinado a rechazar el mundo hedonista que le rodea. A pesar de los esfuerzos de su tutor en el instituto, Jack Levy, solo parece encontrar seguridad en el imán de la mezquita al que acude a visitar todas las semanas. Poco a poco, este le va dando un porqué a su existencia. Le convence de que los valores occidentales no son buenos. Aquí queda patente el choque de civilizaciones de Huntington.

Updike prefiere en *Terrorist* acercarse al problema del islamismo radical a través de un adolescente. Al protagonista no le faltan virtudes, pero, por algún motivo, principalmente por su delicada situación familiar -creció educado solo por su madre, de ascendencia irlandesa, su padre de origen egipcio los abandonó cuando él tenía tres años (por lo demás debemos hacer notar que el autor apenas esboza estos datos, sugiriendo implícitamente que no hay una relación causa efecto)- simpatiza desde muy pequeño con aquellos del lado más extremo de la religión de Mahoma.

Ahmad siente atracción por Joryleen Graant, una atractiva compañera de instituto. En algunos momentos, se dejan mensajes en las taquillas y él acude a su parroquia a escucharle cantar, aunque no se siente integrado en un contexto al que no pertenece. Tiene simpatía por Joryleen, sin embargo, observa con desagrado cómo no respeta su cuerpo y cómo su pareja, un musculado joven poco cultivado, no la trata bien. "Tienes buen corazón, Joryleen, pero con esa actitud te encaminas derecha al infierno", le dice en alguna ocasión. El choque entre los dos mundos queda evidente en cada encuentro. Ella representa la libertad de la adolescencia, donde no existen preocupaciones más allá

del presente. Ahmad, por el contrario, solo recita partes del Corán, todo debe clasificarse como bueno o malo para el alma, para Alá:

“In the eyes of God” , he tells her, “as revealed by the Prophet: ‘Enjoin believing women to turn their eyes away from temptation and to preserve their chastity.’ That’s from the same sura that advises women to cover their ornaments, and to draw their veils over their bosoms, and not even to stamp their feet so their hidden ankle bracelets can be heard.”

“You think I show too much tit –I can tell by where your eyes go.”

Just hearing the word “tit” from her lips stirs him indecently. He says, staring ahead, “Purity is its own end” (Updike, 2007: 70-71).

Pero, al mismo tiempo, cuando ve sufrir a los demás, a Ahmad le surgen interrogantes: ¿el propósito de Dios no debería ser, como enunció el Profeta, la conversión de los infieles? ¿No debería, en cualquier caso, mostrarse misericordioso y no recrearse en su dolor?, se pregunta.

Cuando Ahmad muestra dudas, la respuesta del imán, poco empático con el chico, no se hace esperar. Y pone toda la crueldad posible en sus palabras comparando a los infieles con cucarachas. Ahmad no se atreve a decir que quizá, un poco, sí sentía lástima por ellas, pero no quiere polemizar. La cita bíblica que sirve de prefacio al libro ya introduce en la sofocante atmósfera de religiosidad (en este caso en su peor vertiente: la del fanatismo, la de la irracionalidad) que recorre la novela de principio a fin. “And now, O Lord, please take my life from me, for it is better for me to die than to live”. (Updike, 2007: 1).

Ahmad tiene 18 años, y no hay detalle o conversación cotidiana que no relacione de inmediato con las enseñanzas del Corán o con pasajes literales del mismo. Escucha muy atentamente al *sheij*, también llamado *shaikh*, ambos términos árabes significan anciano, sabio, el que interpreta las escrituras, el imán:

Shaikh Rashid recites with great beauty of pronunciation the one hundred fourth sura, concerning Hutama, the Crushing Fire:
*And who shall teach thee what the Crushing Fire is?
It is God’s kindled fire,
Which shall mount above the hearts of the dammed;
It shall verily rise over them like a vault;
on outstretched columns* (Updike, 2007: 6).

Se siente atraído, como se señaló, por Joryleen pero recuerda que en su libro sagrado se califica a las mujeres de “fácilmente manejables”. (Updike, 2007: 5). Toda sensualidad está prohibida. Aunque el libro se cuenta en tercera persona, a menudo hay una identificación absoluta con el pensamiento del personaje principal: habla del instituto y el mundo exterior como algo lleno de animales aborregados, ciegos, que chocan entre sí en el rebaño mientras buscan un olor que los consuele. El mero hecho de una presencia de cuerpos jóvenes le produce rechazo.

The halls of the high school smell of perfume and bodily exhalations, of chewing gum and impure cafeteria food, and of cloth - cotton and wool and the synthetic materials of running shoes, warmed by young flesh. Between classes there is a thunder of movement; the noise is stretched thin over a violence beneath, barely restrained. (Updike, 2007: 7-8).

La realidad del 11-S penetra especialmente en algunas páginas. La madre de Ahmad, Teresa, dio de baja la línea de teléfono porque recibía llamadas con insultos desde el ataque terrorista. Las califica de *llamadas de odio*: “We have to, after Nine-Eleven”, she explains, still a little breathless. “We were getting hate calls. Anti-Muslim. I had the number changed and unlisted, even if it does cost a couple of dollars a month more. It’s worth it, I tell you”. (Updike, 2007: 79). Este tipo de situaciones crean un caldo de cultivo en el que Ahmad va perdiendo su confianza en lo que ve y aspira a convertirse en algo más trascendente.

Hay un largo pasaje en que se narra la fundación y desarrollo de New Prospect (el grado de ironía que pueda haber en tal topónimo queda a opinión del lector), la ciudad donde viven los personajes. En apenas dos páginas se ubica al espectador con absoluta precisión en un tiempo y un espacio. El don de la concisión en Updike, capaz de relatar tanto en tan poco espacio, roza lo prodigioso. Junto a ello hay además una casi falta de incursión en digresiones o en paréntesis.

Considerado a veces un novelista con tendencias misóginas, el autor no tiene empacho en hablar de la religión de la comunidad afroamericana como “Now African-American congregants bring their dishevelled, shouting religion, their award-winning choir dissolving their brains in a rhythmical rapture”. (Updike, 2007: 14-15).

Hay junto a todo esto unos pocos, pero divertidísimos, apuntes humorísticos. El novio de Joryleen, Tylenol Jones, se llama así porque su madre, después de dar a luz un niño de cuatro kilos y medio, vio el nombre en televisión, en un anuncio de analgésicos, y le gustó cómo sonaba. Tylenol no se dirige a él con demasiado respeto. Solo le llama “árabe”:

The day after she [Joryleen] invited Ahmad to come hear her sing in the choir, her boyfriend, Tylenol Jones, comes up to Ahmad in the hall. His mother, having delivered a ten-pound infant, saw the name in a television commercial for painkiller and liked the sound of it. “Hey, Arab,” he says. “Hear you been dissing Joryleen.”

Ahmad tries to talk the other’s language. “No way, dissing. We talked a liile. It was she come up to me”. (Updike, 2007:15).

El medio en que se envuelven estos personajes es descrito en apenas una frase: “En el vestíbulo se van congregando otros alumnos del Central High, los obsesos de la informática y las animadoras, los rastas y los góticos, los don nadie y los inútiles[...]” (Updike, 2006: 24)³⁶.

Numerosas citas del Corán respunlean el texto. Ante ellas se oscila entre una impresión de horror. “No tenéis, fuera de Dios, amigo ni defensor” (Updike, 2007: 48); “Mahoma es el Enviado de Dios. Quienes están con él son severos con los infieles y compasivos entre sí” (Updike, 2007: 198); “Y los judíos tramaron una intriga, pero Dios tramó contra ellos. ¡Dios es el mejor de los que intrigan!”. (Updike, 2007: 217) y otra de placer por su innegable belleza estética: “Los bienaventurados estarán reclinados en alfombras forradas de brocados. Tendrán a su alcance la fruta de los dos jardines”. (Updike, 2007: 238).

En las páginas se incluye al secretario de Seguridad Nacional, para el cual trabaja Hermione, la hermana de la mujer de Jack Levy, Beth, delicioso personaje, auténtica encarnación de la soledad y cierta banalidad de la clase media americana:

Beth is fascinated to think that this is life, all this competing to the point of murder, sex and jealousy and financial greed driving them to it, these supposedly ordinary people in the typical Pennsylvania and never knew a place like it. How has she missed life, so much of it? “My whole life seems just out of my reach”, one character on *All my children* once said, maybe Erin. Or Krystal. The remark went right through Beth like an

³⁶ En esta obra se incluyen varias citas en español de la traducción de Jaume Bofill, en la editorial Tusquets (véase en el apartado Bibliografía).

arrow. Loving parents; a happy though not quite conventional marriage; a wonderful only child; intellectually interesting, physically untaxing work checking out books and looking up subjects on Internet: the world has conspired to make her soft and overweight, insulated against the passion and danger that crackle wherever people truly rub against one other. (Updike, 2007: 125-126).

El tutor de Ahmad, Levy, pronuncia un discurso que nos pone delante del *infantilismo* de una parte de la ciudadanía norteamericana: prevee que se pueden producir ataques “con alarmante precisión y nada alejados en el tiempo [...] por los enemigos de la libertad [...] Puede que a partir de ahora se encuentren [...] con registros a fondo de vehículos”. (Updike, 2007: 52).

El miedo a un ataque se deja caer en varias páginas, sin hacer demasiado hincapie, como en una conversación trivial. Updike critica los mismos sutiles mecanismos usados para atemorizar a la población que asimismo denuncia Noam Chomsky, como recoge esta tesis doctoral en el apartado II, 2.4. El lingüista los comentó lúcidamente en todos sus pormenores –a través de varias entrevistas y de la obra *09/11/2001*-. La propia Hermione habla con su hermana Beth en los siguientes términos:

Hundreds of container ships go in and out of our American ports every day, and nobody knows what's in a tenth of them. They could be bringing in atomic weapons labelled Argentinean cowhides or something. Brazilian coffee –who's sure it's coffee? (Updike, 2007: 131).

El filósofo español Eugenio Trías explicaba en una entrevista al diario *El País*³⁷ que un temor injustificado hacia un hecho ayuda, de algún modo, a que ese hecho se produzca. Se refería, en concreto, a la guerra de Iraq, pero lo extendía después a cualquier escenario. Lo que denominó “dialéctica de la inseguridad” entronca con el peso del lenguaje que la especialista en literatura, Marjorie Perloff, cita en su artículo (apartado III, 3), recordando asimismo a Wittgenstein. Hay en el inconsciente colectivo americano un miedo desorbitado a posibles agresiones que deriva en una sobreprotección que acaba provocando que, invariablemente, el país esté envuelto en un conflicto bélico. Y en el mismo diálogo encontramos otro paralelismo con las reflexiones de Chomsky, en

³⁷ Puede leerse la entrevista completa en el siguiente enlace: http://elpais.com/diario/2005/04/15/cultura/1113516004_850215.html (consultada el 25 de agosto de 2012). Su libro, *La política y su sombra* (Anagrama, 2005), es un ensayo en el que, como él mismo afirma, vierte "el destilado conceptual del tema, aunque los referentes próximos, como el atentado del 11 de septiembre y la guerra de Iraq, han quedado tan sólo como trasfondo".

este caso cuando alerta de que la fijación en una sola persona sirve como cortina de humo que oculta problemas mucho más complejos: “Podría producirse lo que llaman un ciberataque.[...] o que en todos los canales no saliera otra cosa que Osama Bin Laden”. (Updike, 2007:146).

A menudo se ha tachado a Updike, dentro del mundo de las letras de Norteamérica, de plegarse a cualquier forma de poder. Esto quizá pudiera ser cierto en cuanto a su figura pública, pero en cuanto a su manera de pensar hay en este libro sobradas muestras de su amplitud de miras. Es un autor demasiado inteligente como para no saber ver la otra cara de la moneda. En un momento de la obra Ahmad habla con Joryleen y le dice que el Islam exige austeridad, templanza. Y, sin embargo, lo único que EE. UU. pide a sus ciudadanos es que compren, para impulsar la economía y otros hombres -no él- puedan ser ricos.

Estas palabras son en verdad difíciles de contradecir pues, ¿no es el capitalismo actual una especie de religión laica? y, según Ahmad, se va infiltrando en un oculto grupo radical. Parece ser Chomsky el que, con otro lenguaje, sostuviera estas afirmaciones:

The Commies just wanted to brainwash you. The new powers that be, the international corporations, want to wash your brains away, period. They want to turn you into machines for consuming -the chicken- coop society. All this entertainment -Madma, it's crap, the same crap that kept the masses zombified in the Depression, only then you stood in line and paid a quarter for the movie, where today they hand it to you free, with the advertisers patting a million a minute for the chance to mess with your heads. (Updike, 2007: 174).

En un momento de la novela se califica a Osama Bin Laden como un gran héroe. Updike, con hábil sabiduría de narrador, va preparando los elementos para el clímax final: hay un joven inteligente atrapado en la encrucijada que forma la inexperiencia de su edad junto a un entorno cuanto menos delicado: un padre ausente, una madre afectuosa pero en exceso independiente, un tutor judío (que no deja de representar para él la autoridad) que trata de ayudarlo pero que tropieza en su inquebrantable fe, y una chica por la que se siente atraído pero que mantiene una relación con otro chico además de prostituirse. Este joven va a intentar hacer estallar una bomba en Manhattan. Una de las cimas del libro es el momento en el que se comunica a Ahmad la misión que se le encomienda. Acude a ver a su maestro. Éste intenta halagarle, pero no de un modo muy

evidente: “La simplicidad y la fuerza de tu fe instruí y fortalecía la mía. Hay muy pocos como tú”. (Updike, 2007: 250), y, sin mucho más preámbulos, dice:

- Hay una posibilidad [...] de asestar un duro golpe contra sus enemigos.
 - ¿Un complot? - pregunta Ahmad.
 - Una posibilidad - repite con escrupulosa precisión el shej Rachid -. Requeriría la intervención de un *shahid* cuyo amor por Dios sea absoluto, y que esté impaciente y sediento de la gloria del Paraíso. ¿Lo serás tú, Ahmad?
- El maestro ha planteado la pregunta casi con pereza, recostándose de nuevo y cerrando los ojos como si la luz fuera demasiado potente.
- Sé sincero por favor. (Updike, 2007: 251-252).

El poeta Wallace Stevens observó que Dios es un postulado del ego. Ahmad, ante esas palabras, después de una vida vivida en los márgenes, está a punto de traspasar la palpitante frontera que lo llevará a una posición de radiante centralidad.

Después Updike escribe una frase que nos hace preguntarnos cómo es posible que alguien pueda ponerse en el lugar de un personaje suyo sin haber experimentado jamás algo semejante, y que hace que recordemos que Ian McEwan califica el talento de Updike en sus momentos más altos de “shakesperiano”: “Su sacrificio: está embebiéndose de él, ya lo siente dentro de sí, es algo vivo e indefenso como su corazón, su estómago, su páncreas, que van corroyéndose en sus propias enzimas y sustancias químicas”. (Updike, 2007: 253). Ahmad es demasiado inteligente para saber que “está siendo manipulado, y aun así accede a la manipulación, pues promueve en él un potencial sagrado”. (Updike, 2007: 255).

Lo que resta es el final del libro, quizá lo menos interesante de la obra. Updike es mucho mejor observador y narrador que urdidor de tramas, si bien ha de señalarse que en una primera lectura el lector es arrastrado hasta la última página por el suspense creado. Podría decirse que una carencia de verosimilitud, un suceso inesperado, si no rocambolesco, determina el colofón de la obra; pero esto poco importa ante las virtudes de la novela, aunque de algún modo parece que en el epílogo un autor de literatura más comercial sustituye al consumado narrador.

La novela, en cuanto al pensamiento de Ahmad, es circular. La última frase de la obra coincide con la del inicio, salvo en un matiz. En la primera página, se lee: “DEVILS, Ahmad thinks. *These devils seek to take away my God*” (Updike, 2007: 3). Y el autor

detalla el trasiego juvenil de la Central High School, con el contoneo de los cuerpos de las chicas, sus vientres desnudos con piercing y sus tentadoras melenas. En la página final, asimismo, describe el hormigueo de personas estresadas, “all reduced by the towering structures around them to the size of insects”, que pueblan, “each one of them impaled live upon the pin of consciousness”, la ciudad de Nueva York. La última frase se cita en pasado: *These devils, Ahmad thinks, have taken away my God.* (Updike, 2007: 310).

La aportación de Updike al debate americano alrededor del 11-S y de sus consecuencias es importante. Incorpora, con maestría, una realidad nueva a la mejor ficción. Y como los verdaderos artistas, no ofrece respuestas, sino que abre nuevas perspectivas. El lector queda confuso, pero entiende que, tras las noticias, los atentados y sus catástrofes, vive otro Ahmad.

5. *Falling Man*, Don DeLillo (2007): el intento desesperado de sentido.

El escritor de Nueva York, Donald Richard Don DeLillo, da su particular visión del 11-S en *Falling man*, una novela circular en la que se alternan las voces de un superviviente del atentado, Keith Neudecker, de 39 años, su mujer, Lianne, y un terrorista, Hammad. La trama comienza en el momento en que Keith escapa de la torre y termina justo un minuto antes. En el interior de ese círculo discurre un conflicto emocional y personal de gran alcance: la pérdida del sentido de la vida y su reconstrucción. Este es el motivo por el que se ha seleccionado esta obra: la búsqueda fracasada del sentido de la vida proclamado por Viktor Frankl acompaña al protagonista, casi hasta el final, pero también el miedo atroz a la soledad, el tedio y la falta de fuerza vital, que parece subyacer en el superviviente y su familia. En realidad, lo que se observa claramente es cómo un impacto tan duro cambia la dirección de dos vidas poniendo a prueba su capacidad de comprensión mutua.

También puede trazarse una conexión entre el protagonista de la obra y los personajes principales de las obras de Saul Bellow. Tras el atentado, Keith lucha incansablemente por reinventar su identidad, al igual que Augie March en la obra *The adventures of*

Augie March, del escritor judío. Esta obra muestra una búsqueda continúa, al igual que *Falling Man*. También la lucha contra el malestar espiritual del protagonista de *Humboldt's gift* la encontramos en Keith, que, al igual que los personajes de Bellow, está en continuo movimiento. En la primera parte de la novela, en su confusión, emprende una relación sentimental, apasionada, con otra víctima del atentado, Florence. Todo es mejor que la parálisis. En la segunda parte, viaja por todo el país participando en torneos de póquer. La característica fundamental de las creaciones de Bellow es esta lucha incansable por no detenerse. La novela se estructura en tres partes en las que se alternan las voces de Keith y de Lianne y están contrapunteadas por tres breves capítulos en los que la figura central es Hammad, uno de los terroristas suicidas, desde su adoctrinamiento hasta el instante en que el avión se estrella contra la primera torre. En estos pasajes la obra recuerda a la novela analizada en el epígrafe anterior, *Terrorist*, de Updike.

La novela empieza con una sentencia fuerte: "It was not a street anymore but a world, a time and space of falling ash and near night". (DeLillo, 2007: 9). En un comienzo trepidante, que nos acerca a la poesía, continúa:

He was walking north through rubble and mud and there were people running past holding towels to their faces or jackets over their heads. They had handkerchiefs pressed to their mouths. They had shoes in their hands, a woman with a shoe in each hand, running past him. They ran and fell, some of them, confused and ungainly, with debris coming down around them, and there were people taking shelter under cars. (DeLillo, 2007: 9).

Lo que sigue es una magnífica prosa descriptiva, envolvente. La violencia en esta obra la se encuentra desde el principio. La narración arranca poco después de las explosiones. La escena es desoladora. Se repite una idea: "The roar was still in the air, the buckling rumble of the fall. This was the world now"). (DeLillo, 2007: 11). El protagonista no podía creerse que aún estuviera en el mundo. Se sentía aturdido, perdido, desorientado. "Intentó decirse que estaba vivo pero la idea era demasiado abstrusa para asentarse en él³⁸". (DeLillo, 2007: 12). Las horas pasan y la grisura diaria viola el espacio del horror añadiendo a su vez distancias, más horror: la expareja del protagonista, Lianne (sin duda el personaje más interesante, a pesar de no ser víctima

³⁸ Algunas citas han sido extraídas de la traducción de la obra realizada por Ramón Buenaventura, edición Seix Barral (véase Bibliografía).

inmediata de los acontecimientos), que le ha recibido en su casa nada más escapar del atentado, le comenta a su madre: "Qué suerte que Justin [el hijo de ambos] no estuviera aquí". (DeLillo, 2007: 15).

Una vez en la calle, entre ceniza, polvo y humo, Keith, malherido, en lugar de acudir al hospital se presenta en casa de Lianne, con la que últimamente ya no tenía buena relación. Se encontraban en un momento de distanciamiento emocional y físico. Sin llegar a entender el motivo, confuso todavía, se deja llevar y aparece frente a ella, que tampoco parece comprender nada. A partir de ahí se produce un reencuentro que tiene más que ver con la necesidad generada por el estupor y la desubicación que con el deseo real de encontrarse. Sus vidas se descolocan por completo entre miradas, pensamientos que vagan y percepciones distintas. "She was thinking, Keith is alive. Keith had been alive for six days now, ever since he appeared at the door, and what would this mean to her, what would this do to her and to her son?". (DeLillo, 2007, 60).

Pero permanecen unidos. Cuando Keith se recupera descubre que el maletín que portaba al salir de la torre no es suyo y quiere devolverlo. El maletín pertenece a una mujer, Florence, otra víctima del atentado y entre ambos se establece una relación especial. Hablaban del humo, de los cuerpos desmadrados, sentían que podían hablar de aquellas cosas solo entre ellos. "He watched with her one time only. She knew she'd never felt so close to someone, watching the planes cross the sky." (DeLillo, 2007:170). La incredulidad se mantiene intacta, comparten la perplejidad.

He said, "it still looks like an accident, the first one. Even from the distance, way outside the thing, how many days later, I'm standing here thinking it's an accident."

"Because it has to be."

"The way the camera sort of shows surprise."

"But only the first one."

"Only the first," she said.

"The second plane, by the time the second plane appears," he said, "we're all a little older and wiser". (DeLillo, 2007: 171).

Keith se siente muy unido a Florence debido al trauma compartido, una comprensión diferente, una protección difícil de explicar. Y, sin embargo, no abandona a su esposa. Keith se comunicará (a su forma), incluso sexualmente, con ambas mujeres y, cuando

sale del trance, abandona a Florence y, en cierto modo, también a Lianne, a la que le ata la costumbre del cariño.

Keith y Lianne son dos personas perdidas que no encuentran el sentido de sus vidas. Ella atiende a una asociación de ayuda a enfermos Alzheimer; los atiende hasta que se pierden para siempre en su bruma mental. Su dedicación procede de su historia personal: el padre se suicidó tempranamente al advertir el comienzo de la enfermedad en él. Ella piensa que debió esperar aún y, por eso, sigue la evolución de los enfermos, para convencerse de que hubiera sido posible compartir algunos años más de la vida de su padre. Su madre, Nina, una mujer de buena formación intelectual y artística, tiene un amante, Martin, europeo y dedicado al negocio del arte, del cual Lianne descubre que pudo ser un radical, muy cercano quizá en otra época a grupos terroristas como las *Brigate Rosse* o la banda *Baader-Meinhoff* y se pregunta ahora por qué jamás su madre quiso investigar su pasado, empezando por su nombre verdadero o por saber si estaba casado o no. Es excelente el contraste entre esa madre con decisiones vitales tomadas y una dirección de actuación y la espesa niebla de preguntas que se hace su hija.

El miedo acecha a cada paso y el recurrente choque de civilizaciones queda manifiesto en alguno de los personajes. En una conversación acalorada entre la madre de Lianne, Nina, y su pareja, este culpa a los musulmanes de no querer evolucionar, de poseer una mentalidad cerrada, de tener como objetivo la destrucción de sus propias vidas occidentales.

It's not the history of Western interference that pulls down these societies. It's their own history, their mentality. They live in a closed world, of choice, of necessity. They haven't advanced because they haven't wanted or tried to" [...] "Panic, this is what drives them." [...] "Blame us. Blame us for their failures." "All right, yes. But this is not an attack on one county, one or two cities. All of us, we are targets now. (DeLillo, 2007: 59).

Como el protagonista de *The Road*, Lianne también se hace preguntas sobre Dios, mientras que Keith lo desdeña. Su desconcierto es de otro orden: él no trata de comprender sino de reconocerse a sí mismo tras el impacto. Hay una imagen muy expresiva de ello cuando está hablando con Florence poco tiempo después de conocerse ambos como supervivientes. Dice De Lillo que Keith escuchó atentamente, tomando nota de cada detalle, tratando de localizar su propia persona entre la multitud. Keith es,

en el fondo, un solitario; separado, hacía su vida, jugaba partidas de póquer con sus amigos, trabajaba en la torre y se encontraba a gusto en ese estado.

La madre de Lianne, implacablemente lúcida, le advirtió antes de su boda que existe cierta clase de hombres, un arquetipo, modelo de fiabilidad para sus amigos hombres, todo lo que un amigo debe ser, aliado y confidente, presta dinero, da consejo, leal, etc, pero un verdadero infierno para las mujeres. Así se va a comportar, en el fondo, con Lianne, como con una amistad masculina. La madre insiste en preguntar por qué no acudió a casa de algún amigo, lejos de ella. Llama a su matrimonio un gran error y le pide a su hija que se respete a sí misma. "You have more to loose this time. Self-respect. Think about it" (DeLillo, 2007: 15):

Of course the child is a blessing but otherwise, you know better than I, marrying the man was a huge mistake, and you willed it, you went looking for it. You wanted to live a certain way, never mind the consequences. You wanted a certain thing and you thought Keith.

-What did I want?

-You thought Keith would get you there.

-What did I want?

-To feel dangerously alive. (DeLillo, 2007: 14).

El personaje del título, el hombre del salto, solo aparece en dos ocasiones, y es un símbolo que recorre el libro entero. DeLillo es afecto a los símbolos y los utiliza con extrema maestría, siempre símbolos de la vida moderna y, en este caso, de la catástrofe de la vida moderna.

A man was dangling there, above the street, upside down. He wore a business suit, one leg bent up, arms at his sides. A safety harness was barely visible, emerging from his trousers at the straightened leg and fastened to the decorative rail of the viaduct. She'd had heard of him, a performance artist known as Falling Man. He'd appeared several times in the last week, unannounced, in various parts of the city, suspended from one or another structure, always upside down, wearing a suit, a tie and dress shoes. He brought it back, of course, those stark moments in the burning towers when people fell or were forced to jump. (DeLillo, 2007: 40).

La imagen de *Falling man* recuerda a la del hombre que salta de una de las torres ardiendo; una camisa blanca que desciende y una sombra que cae son también dos fogonazos instantáneos en la memoria de Keith mientras se precipitaba con tantos otros hombres y mujeres aterrados por el impacto escaleras abajo. La primera mención del *hombre del salto* se produce cuando unos niños, jugando, murmullan y miran por la ventana.

In those places where it happens, the survivors, the people nearby who are injured, sometimes, months later, they develop bumps, for lack of a better term, and it turns out this is caused by small fragments, tiny fragments of the suicide bomber's body.

The bomber is blown to bits, literally bits and pieces, and fragments of flesh and bone come flying outward with such force and velocity that they get wedged, they get trapped in the body of anyone who's in striking range. (DeLillo, 2007: 18).

Ella quería sentirse a salvo en el mundo y él, no. Esta frase resume la posición de la pareja al final de la novela. La obra, como se adelanta al principio del análisis, cuenta la pérdida del sentido de la vida. Es más lineal, directa e incluso tradicional que las últimas obras de DeLillo. Como si hubiera hecho un alto en su camino, sorprendido él también por el impacto del desastre.

Culpa a la sociedad de ignorancia: "Hace ocho años pusieron una bomba en una de las torres. Nadie se preguntó qué sería lo próximo. Esto era lo próximo. Cuando hay que tener miedo es cuando no hay motivo para tenerlo. Demasiado tarde, ahora". (DeLillo, 2007: 17).

Junto a ello hay momentos de un humor sutil, delicioso, en la misma conversación (un humor de Manhattan, podíamos calificarlo), que no abandona nunca la obra. En unas sesiones de narrativa (pero que en la práctica sirven como terapia de grupo), dirigidas por Lianne, que sirven al autor de la obra para ampliar el espectro de personajes y de reacciones al acto terrorista, se halla el siguiente diálogo:

-I was walking down the street to get my hair cut. Somebody comes running.
-I was on the crapper. I hated myself later. People said where were you when it happened. I didn't tell them where I was.
-But you remember to tell us. That's beautiful, Benny. (DeLillo, 2007: 77).

Se observa perspicacia en la reflexión: "Llevaba año y medio viviendo aquí, desde la separación, cerca de la oficina, contentándose con la más estrecha de las perspectivas, la de no percibir". (DeLillo, 2007: 34); o, describiendo una partida de póquer: "Había elementos de desafío saludable y pura y simple mofa. Había elementos de una intención de hacer trizas la delgada y transparente virilidad del otro". (DeLillo, 2007: 114). Pero el autor parece querer suavizar el susto, el miedo: "This is something I don't think you have". (DeLillo, 2007: 19). En el siguiente párrafo, comienza hablando de su hijo, Justin, de pocos años, y de dos de sus amiguitos. El tono cambia por completo. De lo

desagradable a la ternura. El niño llama a sus compañeros de juego, dos hermanos, “stuck” -atascados, palos-. Lianne, su exmujer, pensó siempre que era muy divertido el apodo que su “funny kid” les había puesto.

También introduce otro elemento que se calificaría como positivo: el deseo sexual. Lianne se viste frente a él. Piensa en el encuentro sexual que algún día, pronto, tendrán: “She knew the time was coming when he'd press her to the wall before she finished dressing. He'd get out of bed and look at her and she's stop what she was doing and wait for him to come and press her to the wall”. (DeLillo, 2007: 21).

Permanentemente hay un afán de detallar la realidad completa, de no caer ni en lo sentimental ni en lo dramático como cuando describe la cara de uno de los suicidas: “Only one of the nineteen seemed to have a face at this point, staring out of the photo, taut with hard eyes that seemed too knowing to belong to a face on a driver's license.” (DeLillo, 2007: 23). O cuando cuenta que fue a una sucursal de correo de la zona para recoger el correo que no le habían llevado a casa y luego caminó en dirección norte hacia las barricadas, pensando que iba a serle difícil encontrar un taxi ahora que todos los taxistas de Nueva York se llamaban Muhammad. En este sentido, el autor añade un elemento interesante para el análisis. La realidad de la ciudad chocaba con la catástrofe recién vivida. Los miles de ciudadanos de origen árabe que vivían, estudiaban o trabajaban en Manhattan son salpicados, de golpe, por una barbaridad inaceptable que nada tiene que ver con ellos. El rechazo provocado a posteriori se refleja en otras obras como *The Submission*, de Amy Waldman, analizada también en este trabajo de investigación.

Es importante el contraste entre Hammad y la pareja formada por Keith y Lianne. Cuando Hammad empieza a sentirse atraído por la mística de la *yihad*, lo primero que le sostiene es la idea de que el mundo cambia primero en la mente del hombre que quiere cambiarlo: es la posición exactamente opuesta al estado en que Keith y Lianne se encuentran. Mientras el primero se dirige en línea recta al sacrificio (“olvídate del mundo, no tengas en consideración esa cosa llamada el mundo”, se dice a sí mismo en varias ocasiones) los otros se debaten entre la incomprensión y la resignación. Lianne se queda sola tras la muerte de su madre, tres años más tarde y, aunque no tiene fe, acude a la Iglesia; Keith se ha convertido en un jugador de póquer profesional encerrado

siempre en torneos por todo el país. Ambos se encuentran esporádicamente y Keith se sigue comportando como un amigo mientras Justin se aleja de ambos en la adolescencia. Parece que el miedo, la arbitrariedad de la vida, les ha hecho perder el sentido que buscaban, el que nombra Frankl. Y, sin embargo, es inquietante pensar, que el personaje menos complejo a priori, Hammad, solo tiene un destino y encuentra en él su razón para vivir (incluso para morir); Keith y Lianne son vidas sin destino. El terrorista muestra cierta empatía con las personas que podría matar. Es otro radical, Amir, que le alecciona en el próximo viaje a Hamburgo y en cómo se efectuará el ataque, el que no muestra compasión ninguna. De Lillo incluso introduce un punto de ironía:

What about the others?

Amir said simply there are no others. The others exist only to the degree that they fill the role we have designed for them. This is their function as others. Those who will die have no claim to their lives outside the useful fact of their dying.

Hammad was impressed by this. It sounded like philosophy. (De Lillo, 2007: 224).

En la novela se muestra el cóctel de mestizaje que es la Gran Manzana. En las sesiones de Lianne, se encuentran personajes de diferentes nacionalidades, culturas y etnias. La convivencia, y he aquí lo extraño, si no perfecta, era perfectamente llevadera hasta que las torres saltaron por los aires. El conflicto con la posible construcción de una mezquita a poca distancia del WTC levantó suspicacias. Incluso la filósofa Barbara Probst, que pronunció aquella frase culpabilizando de alguna forma a EE. UU. por la catástrofe (“the enemy was us”) llega a pedir cierta consideración con los familiares de las víctimas. Se posiciona, quizá, en contra en una columna de opinión publicada en el *Huffington Post*:

Where do I stand? I won't oppose the mosque project. But, like many New Yorkers, I feel a certain sadness that neither Bloomberg nor the Imam Feisal Abdul Rauf would consider the offers of compromise, which included offers to help underwrite the building of a mosque a few blocks away.

Imam Feisal Abdul's proposed mosque and cultural center is being erroneously described as being "like the 92nd Street Y." But the Y was created in a more secular time. In the late 19th century the German Jewish philanthropist Jacob Schiff gave a considerable part of his fortune to its creation, and to New York City Settlement Houses for the poor. There are churches and synagogues in Manhattan that also serve as cultural centers, but the Y isn't one of them. It has no synagogue; its interest in Jewish culture is historic and cultural. (DeLillo, 2007: 240).

Los personajes en *Falling Man* terminan buscando refugio en el afecto: "En los tiempos que corren, la familia es necesaria. ¿No te parece?", pregunta Keith en alguna ocasión. Las carencias mayores en la novela, podría decirse, son las partes dedicadas a los terroristas (que, si bien sirven de contrapunto a la narración principal, apenas ofrecen riqueza psicológica en los personajes: parece que el objetivo del narrador es presentarlos como personas normales para aumentar en el lector la sensación de absurdo, pero el efecto es apenas de tedio) y una falta de aliento, de recorrido, en la historia: cerca de los hechos, los personajes son interesantes; según se aleja aquel día de septiembre, con un protagonista que acaba la obra recorriendo los casinos de Las Vegas, cada vez menos.

En resumen, la obra es cualquier cosa menos escapista, uno de los epítetos vertidos por la crítica, acaso influida por la incesante propaganda oficial que comenzó desde aquel mismo día. Sencillamente la obra no juzga que la vida terminó aquel día de septiembre o que automáticamente las víctimas o su entorno los convirtiera en personas ejemplares: el protagonista, en fin, termina tratando de superar los hechos en los casinos de Nevada. No hay ningún exceso de efecto en el libro, ninguna caída en lo sentimental, otro de los peligros sorteados, ni se detecta oportunismo o afán de agradar a determinado público: si esto es un *bestseller*, podría decirse, ojalá todos los *bestseller* fueran así.

Falling man fue acogido con división de opiniones en la crítica literaria anglosajona. Mientras en EE.UU. la obra fue severamente juzgada, Michiko Katutani en su reseña para el *NYT* tildaba la novela de "pequeña" e "insatisfactoria". Andrew O'Hagan en *New York Review of Books* señalaba que "la anterior intuición superlativa del autor había devenido en una forma de ignorancia". En el británico *The Observer*, Adam Mars-Jones calificaba la obra de "extraña pero magistral". Esto tal vez obedezca a que los hechos que se narran, de los que parte la acción, fueron vividos a uno y otro lado del Atlántico de modo diferente.

De cualquier manera, por brutal que haya sido la huella dejada por los atentados en el inconsciente colectivo norteamericano, cabe preguntarse cómo la crítica literaria pudo despachar esta más que digna novela, con importantes aciertos, con tanta facilidad. Ciertamente no es una obra maestra, ni el esfuerzo más logrado del autor. El crítico Harold Bloom, que, junto a Philip Roth, Thomas Pynchon y Cormac McCarthy, le cita

como el mejor novelista de su generación³⁹, escogió hasta cuatro de sus obras como novelas con opciones de perdurar en su célebre libro *El canon occidental*. Uno de los temas de sus novelas es la psicología de las masas y la capitulación de los individuos en la sociedad moderna. La más reciente hornada de narradores estadounidenses -Foster Wallace, Bret Easton Ellis y Jonathan Franzen- le citan como precursor, y, sin embargo, es obvio que solo un escritor con una enorme autoridad y personalidad podía correr el riesgo de convertir en ficción semejantes acontecimientos (el espléndido comienzo del libro lleva directamente, como se señaló, a una de las torres antes de desplomarse con la gente corriendo hacia la salida) y salir indemne, si no victorioso, del reto. Los méritos de la novela, con otros, son situar al lector en el interior de los personajes afectados de un modo absolutamente verosímil, y una gran destreza narrativa, como se apuntó, para narrar visualmente los momentos de la tragedia.

No ha habido muchos autores de primera fila que hayan tenido el arrojo de acercarse tanto a los hechos, de narrarlos con tanta cercanía en una ficción, principalmente porque se necesita una excelente técnica para no naufragar al relatarlos, y esas páginas son con mucho lo mejor del libro. Una obra de arte jamás está condicionada por su motivo o su tema. De alguna manera podría señalarse que el autor, como otros con el mismo material, ha logrado situar los hechos a escala humana, hacer de ellos parte de una digna historia. Tal vez se esperaba de DeLillo una obra más monumental, con más personajes, una especie de nueva *Manhattan Transfer* después de la conmoción, pero eso no incumbe al autor de origen italiano, que sencillamente entrega una novela muy buena en la que el miedo y la falta de dirección, de sentido, acaban devorando a los protagonistas.

6. *The second plane*, Martin Amis (2008): la vida del asesino.

El escritor británico Martin Amis, en *El segundo avión. 11 de septiembre: 2001-2007*, reúne una serie de reflexiones, ensayos y emociones contradictorias surgidas tras el atentado. Es un ejemplo de realidad trágica ficcionalizada, como en *Terrorist*. El autor británico, sin embargo, da un paso más allá y cuenta en un relato corto los últimos días

³⁹ En esta entrevista concedida al diario *El País*, Harold Bloom menciona a Don DeLillo como uno de los mejores escritores estadounidenses vivos. http://elpais.com/diario/2011/09/04/cultura/1315087201_850215.html (consultado el 20 de mayo de 2013)

de uno de los pilotos suicidas, Mohammed Atta. Como si de un Truman Capote se tratara, introduce los datos reales y los recrea en la ficción. Por este motivo se ha escogido para el análisis en esta tesis. La violencia tremenda de los datos reales, sobre todo en el relato de ficción sobre Mohammed Atta, queda perfectamente encuadrada en una historia de ficción. Casi parece que la vida del terrorista, en sus últimas horas, no se diferencia de la de cualquiera.

En este libro, el novelista reúne diversos escritos, ensayos y relatos publicados por él en relación con los dramáticos atentados de las Torres Gemelas del 11-S de 2001, y sobre la guerra contra el terrorismo. Como el propio autor señala, la geopolítica no es en realidad materia de la que sea especialista, pero siente, a pesar de ello, la necesidad de expresar sus ideas y, en especial, su sentimiento en contra del extremismo.

Muchas de sus piezas tienen un carácter muy personal, mostrando los sentimientos de preocupación y enfado que surgieron en su interior inmediatamente después de los atentados. Incluso, en alguno de los escritos hace comentarios controvertidos y generalizaciones respecto de la comunidad musulmana, lo que lleva a pensar en una actitud discriminatoria, disfrazada a través de su particular manera de expresarla. Sin embargo, en otros ensayos Amis hace también una crítica del comportamiento occidental de la sociedad y sus gobiernos, aunque con poco sustento, en especial de George W. Bush y de Tony Blair, y menciona también alguna distinción entre el Islam y el islamismo, apartando a algunos musulmanes de las características bárbaras.

Amis parece querer abarcar diferentes aspectos de la moral y de la política, hablando de Irán, de la guerra de Iraq y, más duramente, sobre Israel, contradiciendo por momentos su postura al tratar de suavizar afirmaciones y comentarios hechos anteriormente, no siempre con mucho éxito.

Su carácter de novelista, junto con la inmediatez de algunos de los escritos, hacen que estos parezcan de repente muy viscerales, con una cierta falta de profundidad de análisis que, sin embargo, no parece querer buscar. Este libro no es un recuento periodístico formal, ni un estudio de ciencia política, ni una obra de ficción, sino una obra de carácter personal en la que el autor expresa sus emociones. La dureza de sus palabras -a

veces el sarcasmo- incomoda por momentos al lector, quien, sin embargo, se siente atraído por la siguiente reflexión del autor.

El título completo del libro es *El segundo avión. 11 de septiembre: 2001-2007*. Es una compilación de todo lo escrito por Amis sobre aquel día (causas, consecuencias, etc...) en ese período de tiempo. Como el propio autor explica en la nota introductoria -en la que se apresura a aclarar que no es islamófobo, sino islamismófobo, o, mejor, un antislamista, porque, según defiende, una fobia es un miedo irracional, y no es irracional temer algo que dice que quiere darte muerte.

La obra se compone de dos relatos cortos más doce ensayos y reseñas. Parece que el autor galés, paulatinamente, resulta peor escritor de ficción y mejor escritor de ensayos. La decepción de la ciertamente floja *Yellow Dog* y la brillantez de su novela de memorias *Experience* parecen demostrarlo. En esta recopilación, se hallan algunas de las mejores páginas que han originado aquellos hechos.

Dice el autor, ya en la primera página, que la comprensión de aquellos hechos es siempre gradual y jamás podrá ambicionar ser inmutable y entera. Puede que ello sea cierto, pero Amis, con este libro (por lo demás algo incómodo de leer de recorrido, por cuanto mezcla ficción y no ficción), demuestra ser uno de los principales actores en pos de ese entendimiento.

En la nota del autor acaba señalando el extremismo como el principal enemigo. "What has extremism ever done for *anyone*? Where are its gifts to humanity? Where are its works? (Amis, 2008: x). El autor reconoce que los primeros escritos, el primero fechado el 18 de septiembre, una semana después de la tragedia, tienen aún un aire de alucinación debido a la confusión del momento. Del primero, Amis confiesa que "it is fevered by shock and by rumour" (Amis, 2008: ix). También revisa las opiniones vertidas en algunos de los ensayos y los matiza antes de la publicación.

En el primer escrito, con el mismo nombre que el libro, *The Second Plane*, y publicado el 18 de septiembre en el periódico *The Guardian*, Amis afirma que las imágenes no fueron tan impactantes. "It is already trite but stringently necessary to emphasise that

such a *mise en scène* would have embarrassed a studio executive's storyboard or a thriller-writer's notebook". (Amis, 2008: 3) . Lo que todo el mundo contemplaba en sus pantallas no parecía creíble. Para Amis, el momento en el que el mundo entero estaba contemplando la torre Sur, tras la caída de la primera torre, fue la apoteosis de la era moderna, la era de imágenes y percepciones. A los ejecutores del silencio les califica de moralmente bárbaros aunque con cierta sofisticación "but they brought a demented sophistication to their work" (Amis, 2008: 6). Los suicidas, argumenta, pertenecen a una categoría psíquica distinta: sienten desprecio por la vida y, de igual forma, por la muerte. Su objetivo, según el escritor, era torturar a decenas de miles y aterrorizar a cientos de millones. "In this they have succeeded" (Amis, 2008: 7), sentencia.

Cita una expresión de Don DeLillo, "the world hum". Los padres necesitan sentir que pueden proteger a sus hijos (aunque no lo consigan) pero, después de esto, parece imposible. Lo que celebra, de algún modo, es que el ataque podría haber sido peor si hubiera habido un ataque nuclear y habla de lo difícil que debe ser para los americanos asumir el hecho de que son odiados "and hated intelligibly". (Amis, 2008: 8).

How many of them know, for example, that their government has destroyed at least 5 per cent of the Iraqi population? How many of them transfer that figure to America (and come up with fourteen million)? Various national characteristics –self-reliance, a fiercer patriotism than any in Western Europe, an assiduous geographical incuriosity- have created deficit of empathy for the sufferings of people far away. Most crucially, and again most painfully, being right and being good support the American self to an almost tautologous degree: Americans are good and right by virtue of being American. Saul Bellow's word for this habit is 'angelisation' (Amis, 2008: 8).

¿Qué podemos hacer?, pregunta Amis. Y seguidamente avisa de que "violence must come" y "America must have catharsis". Se necesitaría una conciencia de especie, "species consciousness" (Amis, 2008: 9), que estuviera por encima de nacionalismos, partidos, religiones o razas. Y Amis juega con estas dos palabras para terminar este ensayo colocando a todos (víctimas, verdugos, tiempos venideros) un término negativo (pena, vergüenza y miedo): "Thinking of the victims, the perpetrators, and the near future, I felt species grief, then species shame, then species fear" (Amis, 2008: 10).

En el segundo escrito, *The voice of the lonely crowd*, ataca directamente a la religión aunque con cierta moderación. El año de distancia le permite a Amis reflexiones más

reposadas. Señala que George W. Bush y Tony Blair son personas religiosas y no pueden tachar a Bin Laden de “godless” -como había hecho Ronald Reagan con la Unión Soviética- así que, deciden por su cuenta. Ahora no se trata ya de una guerra de religión. Sin embargo, Amis insinúa que sí y carga contra todas las creencias religiosas. Irónicamente escribe que si Dios existiese, no nos habría dado la religión. "A religion is a belief system with no basis in reality whatever. Religious belief is without reason and without dignity, and its record is near-universally dreadful". (Amis, 2008: 14).

Se declaró ateo a los once años. En su casa se respiraba un cierto odio a Dios. Ya de mayor, prefirió calificarse como agnóstico porque ser ateo tampoco es estrictamente racional. Compara la literatura con un culto un poco más lógico porque existe algo tangible. Sin embargo, el arte serían voces individuales y la religión, más bien, lo que Norton Frye denominó "the voice of the lonely crowd" (Amis, 2008: 16).

En opinión del escritor, hay dos reglas que deben cumplirse para comenzar una guerra: la primera es que la nación que ataca debe estar completamente segura de que su intervención mejorará las cosas; la segunda, que debe tener más o menos claro que su intervención no hará que las cosas vayan todavía peor. América, en opinión del escritor, puede cumplir la primera –aunque la mejora puede ser muy local o a corto plazo- pero no cumple la segunda. Parece como si Amis ya supiera lo que iba a suceder. El mundo, desde luego, no ha ido a mejor; las naciones no son más amigas ni el respeto y la tolerancia han sido las triunfadoras.

El siguiente ensayo, *The wrong war*, fue publicado en marzo del 2003. Como se observa, el autor no deja pasar mucho tiempo antes de entregar y compartir sus reflexiones; no es un tema poco importante para él, mucho más cuando esos días el debate sobre la guerra de Iraq estaba tan álgido en todo Occidente. Amis se erige en guardián de la ética y sostiene que el 11-S fue un ataque a la moralidad:

September 11 was an attack on morality: we felt a general deficit. Who, on September 10, was expecting by Christmastime to be reading the Herald Tribune about the pros and cons of using torture on ‘enemy combatants’? Who expected Britain to renounce the doctrine of nuclear no-first-use? Terrorism undermines morality. Then, too, it undermines reason. (Amis, 2008: 22).

La perplejidad fue una reacción global. Quizá habría motivos para pensar algo así, pero la mayor parte de la población mundial simplemente quedó en estado de *shock* al contemplar esas extrañas imágenes en televisión. "September II was an attack on morality [...] Terrorism undermines morality. Then, too, it undermines reason" (Amis, 2008: 22).

Después habla del eje del mal ("axis of evil") que tanto mencionó George W. Bush para justificar su guerra. También repite su desacuerdo ante el apoyo ciego a Israel y sus asentamientos ilegales. Pero sobre todo critica el exceso de religiosidad del expresidente.

La gran capacidad del autor para sondear la verdad, sea esta colectiva o individual, le lleva a hacer afirmaciones en las que califica a George W. Bush de "intelectualmente nulo".

Why, in our current delirium of faith and fear, would Bush want things to become more theological rather than less theological? The answer is clear enough, in human terms: to put it crudely, it makes him feel easier about being intellectually null. He wants geopolitics to be less about the intellect, and more about gut-instincts and beliefs - because he knows he's got them. (Amis, 2008: 23).

Esto hace surgir una pregunta políticamente incorrecta: ¿cómo alguien así pudo ser presidente de EE. UU.? ¿Era en realidad tan torpe como parecía? ¿Era una parte de la población estadounidense [la que apoyaba al presidente] parecida a Bush en lo intelectual?

El artículo *In the Palace of the End*, Amis rompe la secuencia de ensayos de este volumen; se trata de un relato de ficción sobre un doble de un presidente en un país islámico. El relato en sí se puede considerar fallido; el único propósito del autor parece ser ridiculizar al Islam convirtiendo los países que siguen ese credo en un estereotipo; eso es todo. El tono es grotesco, pero no alcanza a hacer sonreír al lector: a un atentado lo denomina "toilet bomb" (Amis, 2008: 46), el dictador se llama "Old Nadir" y después "Nadir the Next" (Amir, 2008: 35). Una de las misiones del doble es irrumpir de súbito en un interrogatorio y abofetear al preso. Verdaderamente esta colección de escritos hubiera ganado eliminando esta pieza.

En *Terror and Boredom: The dependent mind*, expone la idea de muchos musulmanes que afirman que todos somos hermanos. Amis no comparte esta creencia. Al ser preguntado un grupo de jóvenes en Peshawar, Paquistán, en octubre de 2001 sobre Bin Laden, contestaban que sí, que era su hermano, que todos lo éramos. Amis usa el argumento de la falta de igualdad contra esa supuesta hermandad. "But all men are not my brothers. Why? Because all women are my sisters. And the brother who denies the rights of his sister: that brother is not my brother". (Amis, 2008: 28). Esta es la pieza más larga del libro. Se diría que, progresivamente, Amis se encuentra más en disposición de tratar de entender la cultura musulmana aunque insiste en su censura radical a la religión. Sostiene que todas las religiones tienen sus terroristas: la cristiana, la judía, la hindú, e incluso la budista. Amis hace una revelación: ha debido dejar una novela, una sátira con Donald Rumsfeld como personaje importante porque estaba recibiendo una vibración o frecuencia nueva llegada desde el fulgor planetario. El narrador se atreve a ponerse en la mente de Bin Laden antes de los atentados:

Now would be a good time to strike, John would tell Osama, because the West is enfeebled, not just by sex and alcohol, but also by thirty years of multicultural relativism. The'll think suicide-bombing is just an exotic foible, like shame-and-honor killing or female circumcision. (Amis, 2008: 72).

Más adelante coincide con Updike, que en *Terrorist*, como recoge esta tesis, describe a un joven fanático islamista, y concluye que un deseo de hacerse valer ante sí mismo le lleva al terrorismo.

Se continúa dando datos en verdad estremecedores: "[...] the etreme incuriosity of Islamic culture has been remaked. Present-day Spain translates as many books into Spanish, annually, as the Arab world has translated into Arabic in the last eleven hundred years." (Amis, 2008: 78).

La siguiente pieza, *The Last Days of Muhammad Atta*, es sin duda la mejor del conjunto. Atta era uno de los diecinueve terroristas que intervinieron más directamente en los atentados, y ha cobrado más protagonismo por ser uno de los que se encontraban en los aviones cuando estos impactaron contra las torres. Es admirable la capacidad narrativa de Amis cuando se ciñe a un tema que le interesa y lo desarrolla, lo escruta, lo pone de relieve hasta sus últimos recovecos. Es asombroso que estas páginas hayan

pasado casi inadvertidas en España, porque el relato, en su crudeza, en su oscuridad, en su verosimilitud, es sobrecogedor.

Amis comienza este relato citando el *9/11 Commission Report*. “No physical, documentary, or analytical evidence provides a convincing explanation of why [Muhammad] Atta and [Abdulaziz al-] Omari drove to Portland, Maine, from Boston on the morning of September 10, only to return to Logan on Flight 5930 on the morning of September 11”. (Amis, 2008: 95).

Martin Amis cuenta, en forma de ficción pero con datos reales, el último día en la vida de Muhammad Atta. Comienza cuando Atta abre los ojos, a las cuatro de la madrugada, el 11 de septiembre de 2001. El terrorista despierta en un hostel. Es un sitio barato, laberíntico, de la cadena *Repose Inn*. La Comisión informó de que los servicios secretos no encontraron explicación a que Atta viajara a Portland, una población de Maine, al norte de Nueva York, el día antes del ataque (en su ficción, Amis hace al terrorista ir a ver a un imán). Desde el primer párrafo, se describe el cuarto del hotel donde se encuentra Atta. La mera cotidianeidad se narra: el hotel es laberíntico, trata de quitar un pelo de una pastilla de jabón, resbala al salir de la ducha y se cae. Lo interesante es que con pocas palabras el autor logra hacer llegar el vivo contraste entre tal vulgaridad cotidiana y la atrocidad que el protagonista iba a ejecutar horas después. Se traslada al aeropuerto Logan, en Boston, y toma el vuelo 11 de *American Airlines* en la puerta 32, Terminal B, a las 7.40 a.m.

Amis presenta al personaje, en un principio, no especialmente interesado en la religión ni en la política. Sin embargo el fundamentalismo pegaba con su carácter recto por su fuerza y valentía.

Muhammad Atta was not religious; he was not even specially political. He had allied himself with the militants because jihad was, by many magnitudes, the most charismatic idea of his generation. To unite ferocity and rectitude in a single word: nothing cold compete with that. He played along with it, and did the things that impressed his peers; he collected quotations, citations, charities, pilgrimages, conspiracy theories, and so on, as other people collected autographs or beer mats. And it suited his character. If you took away all the rubbish about faith, then fundamentalism suited his character, and with an almost sinister precision. (Amis, 2008: 101).

Atta nunca sonreía, pero no por causas políticas: “World had always felt like an illusion -an unreal mockery”. (Amis, 2008: 102). Con minuciosidad, se cuenta su llegada al embarque. En el fondo de todo, se descubre, una insatisfacción sexual, es decir afectiva; Atta ya está dentro del fatal avión: “He wanted to prepare himself for the opening of the female fles: he wanted to prepare himself for what would soon be happening to the throat of the stewardess - whom he could see, on her jump seat, head bowed low, with a pen in her hand and a clipboard on her lap”. (Amis, 2008: 120).

Recuerda un episodio sucedido en un vuelo que tomó a Madrid desde Emiratos Arabes; varios fieles musulmanes comienzan a orar en los pasillos del avión ya en el aire; el capitán amenaza con regresar a Dubai.

Then she appeared. Even Muhammad Atta at once conceded that here was the dark female in her most swinishly luxurious form: tall, long-necked, [...] and all that flesh, damp and glowing as if from fever or lust. She came to a halt and gave roll of the eyes that took her whole with it [...] but he would never forget the face of the stewardess - the face of cloudless entitlement- and how badly he had wanted to hurt it. (Amis, 2008: 120).

Se acude a la ficción no sólo para la evasión, sino para penetrar más profundamente en la realidad. Toneladas de textos se han escrito sobre los atentados desde un punto de vista político, pero este relato de Amis está mucho más cerca de lo real que todos ellos. Las ideologías o religiones son coartadas en la lucha de los individuos y los pueblos por el poder; así de terrible es la condición humana. Pero esto no lo revelará Chomsky, sino Amis.

Atta, tras confesar a los pasajeros sus intenciones, “He had stepped through the region of inexpressible sordor, and gained the cockpit” (Amis, 2008: 121), se pone al mando del avión. “It was 8.24. He laughed for the first time since childhood: he was in the Atlantic of the sky, at the controls of the biggest weapon in history”. (Amis, 2008: 122). Se dirige hacia las torres; un problema intestinal que padecía hace tiempo parece curarse: el poder vigoriza. La voluntad de realismo sin trampas del autor no ha terminado aquí:

We are being gentle when we describe such deaths as *instant*. 'The passengers died instantly.' Did they? It may be that some people can do it, can die instantly. The very old, because the vital powers are weak; the very young, because there is no great accretion of experience needing to be scattered. Muhammad Atta was thirty-three [...]

By the time the last second arrived, the first second seemed as far away as childhood. (Amis, 2008: 123).

El talento de narrador de Amis le permite relatar los hechos hasta su mismo final: “The physical torment - a panic attack in every nerve, a riot of the atoms - merely italicised the last shinings of his brain”. (Amis, 2008: 123).

Sorprende quizá que Amis utilice la palabra *beauty* para referirse al último segundo de su vida. Imperturbable en su belleza y su poder. Con un gran lirismo, imagina cómo debieron ser esos momentos antes de morir.

And wherewas the joy he thought he had felt –where *was* that joy, that itch, that paltry tingle? Yes, how gravely he had underestimated it. How very gravely he had estimated life. His own he had hated, and had wished away; but see how long it was taking to absent itself –and with what helpless grief was he watching it go, imperturbable in its beauty and its power. Even as his flesh friedand his blood boiled, there was life, kissing its fingertips. Then it echoed, and ended. (Amis, 2008: 124).

Tras esta destacada narración, la colección continua con otras ocho piezas; si bien todas ellas tienen detalles interesantes, se diría que lo esencial sobre los ataques ya lo había escrito el autor galés al concluir *The last days of Muhammad Atta*. El contraste es muy marcado. Hay una comparación entre Reagan y Ahmadineyad, la descripción de un docudrama sobre los ataques, la advertencia de que la baja demografía de los países occidentales terminará siendo fatal para los mismos, rechaza que los gobiernos norteamericano y británico pudieran estar detrás de los atentados cometidos en su territorio relacionados con radicales islámicos, se pregunta si Bush está disgustado con la guerra de Iraq.

En estos dos últimos puntos Amis coincide con la inmensa mayoría de escritores y pensadores de importancia; para decirlo en una palabra: no hubo conspiración y el presidente y los gobiernos mandan en efecto sobre sus pueblos. Sin ánimo de entrar en una larga discusión, cabe hacer, al menos, dos preguntas: ¿para qué trabajan los servicios secretos de occidente, de los que nunca hay noticia, sino para modificar activamente la realidad? y ¿alguien realmente sigue creyendo que no son los bancos y las grandes corporaciones los que mandan en el mundo? Es como si un muro invisible impidiera llevar la reflexión hasta sus últimas consecuencias a muchos autores de fuste.

Chomsky acierta cuando advierte que saber si el gobierno americano estaba informado de los atentados no es lo más importante; pero no es un asunto en absoluto irrelevante.

En el siguiente artículo, *What will survive of us*, Amis recuerda la película *United 93*, a la que el NYT calificó como “the feel-bad movie of the year”. Las víctimas llamaron por teléfono a sus familias para decirles cuánto les querían. Recuerda unas líneas al final del libro *An Arundel Tomb*, de 1956: “... to prove / Our almost-instinct almost true: / What will survive of us is love”. (Amis, 2008: 133).

Quizá uno de los terroristas, Jarrah, también sintió, aun en ese momento de maldad, un impulso de amor. El *9/11 Commision Report* recoge que Jarrah hizo una llamada final a su prometida, a la que había conocido en Alemania cuando él estudiaba Odontología. Amis defiende que este es el menos repugnante de los suicidas. Ella describiría después esta llamada como breve y nada inusual. Para el escritor, el momento de despedida en la bahía es “artístico”: “Thus the moment in the departure bay, though broadly justifiable, is hugely anomalous, and for this reason: it is artistic”. (Amis, 2008: 134). En el resto de escenas, procura no caer en esto. “And elsewhere, while Greengrass cannot banish his talents of eye and ear, he refuses the artistic, and quite rightly”. (Amis, 2008: 134). Quizá el retraso del *United 93*, insinúa Amis, evitó que estrellara en la Casa Blanca (como deseaba Bin Laden) o en el Capitolio (donde quería Atta). El amor es otro tema más que discutible. Las últimas palabras que se escuchan en la caja negra del avión son “Alá es el más grande”.

Love is an abstract noun, something nebulous. And yet love turns out to be the only part of us that is solid, as the world turns upside down and the screen goes black. We can't tell if it will survive us. But we can be sure that it's the last thing to go. (Amis, 2008: 137).

En la última página del volumen se encuentra una reflexión importante de este luminoso pensador: "September 11 continues, it goes on, with all its mystery, its instability, and its terrible dynamism". (Amis, 2008: 206).

7. *Netherland*, Joseph O’Neill (2008): la identificación con una personalidad antagónica.

Desde las primeras páginas de *Netherland*, del escritor irlandés Joseph O’Neill, el narrador avisa de que la historia que va a contar es la de un muerto, Chuck Ramkisson, un viejo conocido del protagonista de la novela, Hans van der Broek. En la obra, esta pareja de amigos cobra mayor peso que la pareja sentimental, que forman Hans y su esposa, Rachel. La selección de esta novela se ha realizado por este motivo: la rivalidad mimética de René Girard se observa entre dos amigos contrapuestos que se admiran y rechazan constantemente.

El protagonista, Hans, es un analista financiero de origen holandés que se traslada con su mujer a Nueva York en los días previos a los atentados terroristas. Su cómodo apartamento pronto debe ser sustituido por el hotel Chelsea de la ciudad porque han evacuado la zona alrededor de las Torres Gemelas. El libro comienza en Inglaterra, en una escena en la que se percibe una apacible vida interrumpida por la llamada telefónica de periodista desde EE. UU. para indagar en su pasada relación con el fallecido. Ya se habla del asesinato de alguien llamado Chuck. La periodista llama para sacar detalles, apunta O’Neill. Va en busca de “shady characters”. “I was upset, angry”, escribe siente Hans. El cuerpo de Chuck estuvo flotando dos años en el río. Fue un descubrimiento macabro (“macabre discovery”). Le dice a los reporteros del NYT: “You have quite a story on your hands”. (O’Neill, 2008: 16). La crítica al morbo mostrado por los medios de comunicación es mostrado en apenas dos frases.

El autor introduce otro de los elementos fundamentales de la novela: el *cricket*. Para Hans, es un deporte de nobleza inigualable, como una religión, una catarsis en cada partido, algo fundamental para su estado de ánimo. Esta pasión la comparte con Chuck. Siente siempre ganas de jugar, como en una especie de catarsis deportiva, para volver a sentirse en como casa (y no en la inhóspita Nueva York). No le importa ser el único blanco de todo el equipo. El resto provenía de cualquier parte del mundo, un prototípico *melting pot*: “My own teammates variously originated from Trinidad, Guyana, Jamaica, India, Pakistan, and Sri Lanka”. (O’Neill, 2008: 10).

O'Neill no tarda en presentar el primer episodio violento. Se produce un altercado entre los jugadores y uno de los aficionados que se acerca con una pistola. Se viven momentos de verdadero pánico, pero Chuck consigue que Tino -el que pretendía disparar- baje el arma. Le convence, con valentía, para que abandone el campo. Se observa una violencia directa. Tras el momento de gran tensión, sobre todo para Hans, que no está acostumbrado a este tipo de sucesos, apunta O'Neill, todos acuden al bar más cercano a tomar una cerveza. Allí Hans ya muestra su primera admiración por la valentía de Chuck -frente a la pistola- y su brillante dialéctica a favor del *cricket*. Este deporte, argumenta Chuck, el corpulento hombre negro de Trinidad, es una "lesson in civility" (O'Neill, 2008: 15). Habla de que, para los EE. UU., ellos no son nada, son "invisibles" la realidad es difícil allí. "We're a joke", llega a decir. Por eso, tienen que luchar por sus derechos. El *cricket* es una forma de hacerlo con valores. Van den Broek percibe que él no siente orgullo por su país en comparación con Chuck, que admira Trinidad. De nuevo con ironía, Hans piensa que le hubiera gustado nacer en algún lugar, por ejemplo Suráfrica, que Chuck admirara. Observa en él una dignidad, fruto de vivir, constantemente, en situaciones de vida o muerte.

En el *ferry* de vuelta a Manhattan, aparece por primera vez la amante-secretaria de Chuck. El contraste entre ellos es muy llamativo para Hans. Ella es rubia y blanca y él negro "como la coca-cola" (O'Neill, 2008: 18). Las oposiciones físicas o emocionales conforman un logro constante.

En las páginas siguientes, se introduce a Rachel, la mujer de Hans, empleada en un bufete de abogados ubicado en Times Square. Allí, según ella, tras los atentados, se percibe mucha ansiedad, nerviosismo, una "catastrophic atmosphere" (O'Neill, 2008: 20). El autor salpica la narración con toques surrealistas como el baile de un extraño hispano con una marioneta incorporada, en los oscuros pasillos del metro, que se describe con detalles sucios, confusos, abstractos, que llevan a lector -y a Rachel- a pensar en cierta sucia "sexual perverseness of his routine." (O'Neill, 2008: 21). Este tipo de violencia por sobreexposición a lo grotesco, será continua en esta y varias de las novelas del 11-S. Incluso dentro del matrimonio, tras decirle a Hans, entre lágrimas, que

deja la relación, tienen un encuentro sexual sin besos, sin pasión, una especie de sexo con extrañeza, apunta el autor.

Rachel quiere huir del panorama desolador de Nueva York y mudarse con su hijo a Londres. Aquí se alude directamente al atentado del 11-S. Rachel echa en cara a su marido que pueda actuar como si nada hubiera pasado, como si el atentado no se hubiera producido. Nueva York, para ella, se había convertido en una ciudad enloquecida “a mad city” (O’Neill, 2008: 22).

También menciona el agotamiento que le producía las rutinas estresantes de la ciudad y el miedo que siente a un nuevo ataque. “London isn’t safe either”. (O’Neill, 2008: 23), le contesta Hans, que no sabe tan claramente si quiere marcharse. Se trata de una personalidad más insegura, con menos determinación que su mujer. El personaje reconoce su debilidad en varios momentos a lo largo de la novela, algo que el lector, en cierto sentido, agradece.

La crítica de O’Neill se extiende a la acomodaticia sociedad burguesa. En una conversación de Hans con sus compañeros de trabajo, uno de ellos cuenta un chiste muy desagradable sobre una “nigger-cock” (O’Neill, 2008: 27) -debemos recordar que su nuevo amigo, Chuck, es negro- y Hans abandona el bar. En verdad, quiere dejar atrás todo el país. Siente vergüenza ajena por el humor blanco elitista. Medio borracho, al llegar al hotel, se lo cuenta a Rachel, que muestra repentinamente mucha tristeza. Interpretan el ataque terrorista como el despertar de su propio fracaso. Aquí el autor acierta en la brevedad y profundidad del diálogo roto. El atentado les había abierto los ojos: habían perdido la habilidad de comunicarse.

Her speech arrived at its terminus: we had lost the ability to speak to each other. The attack on New York had removed any doubt about this. She’d never sensed herself so alone, so comfort-less, so far from home, as during these last weeks. “And that’s bad, Hans. That’s bad”. (O’Neill, 2008: 29).

Rachel se sentía sola, desconsolada, aislada, lejos de todo. Esto podría extrapolarse a la relación de EE. UU. con el resto del planeta. Marjorie Perloff menciona el aislamiento de su país en varios de sus ensayos. Ya no sabían *venderse* bien. Nadie creía ya en su

afán de justicia universal impuesta por ellos mismos. Ahora ellos eran los atacados. Y no sabían qué hacer, como Hans y Rachel.

El tedio y la pasividad son dos de los elementos que se apoderan de Hans. Tras acompañar a su mujer y a su hijo a Londres, por ejemplo, regresa abatido a Nueva York y pasa una semana sin moverse de la cama, en su habitación del Hotel Chelsea, como hospitalizado. Cuando decide bajar, pasa todo su tiempo con el conserje del hotel viendo, pasivamente, fútbol americano. Para él, es una actividad anestesiante. De alguna forma, el autor muestra el deporte como un medio para dormir -emocionalmente- al espectador. Muchos tildan el deporte como el opio del pueblo, en tanto en cuanto distrae de las realidades cotidianas menos intensas o mucho más injustas, tristes, indignantes. Pero uno se va al fútbol -o enciende la tele para verlo- y toda la agresividad acumulada, sale en forma de gritos de ánimo hacia jugadores a los que llaman por sus nombres, con una especie de convencimiento de la persona. O desatan su ira contra la afición rival, cuyo único delito es corear el nombre de un equipo distinto.

Las páginas en las que Hans se relaciona con los personajes del famoso hotel son las mejores de la novela. El surrealismo le da a esta obra una mácula de misterio, de atmósfera de torre de babel con vecinos extraños.

Over half the rooms were occupied by long term residents who by their furtiveness and ornamental diversity reminded me of the population of the aquarium I'd kept as a child, [...] On my floor there lived an octogenarian person of indeterminate gender -it took me a month of surreptitious scrutiny before I'd satisfied she was a woman -who told me, by way of warning and reassurance, that she carried a gun [...] There was also an old a very sick black gentleman (now dead), apparently a legendary maker of prints and lithographs. There was a family with three young boys who ran wild in the hallways with tricycles and balls and trains. There was an unexplained Finn. There was a pitbull that never went out without a panting, menacing furniture dealer in tow. There was a Croatian woman, said to be famous nightlife personality, and there was a revered playwright and librettist, whom it almost interested that I knew a little Greek and who introduced me to Arthur Miller in the elevator. There was a girl with gothic makeup who babysat and walked dogs. All of them were friendly to me... (O, Neill, 2008: 33).

Uno de los curiosos habitantes del hotel, el ángel humano, de alas blancas, se llama Mehmet Taspinar. La presentación y sus características podrían considerarse lo más original de la obra. Reconoce que solo en Nueva York consiguió ser él mismo (sea lo que sea lo que esto signifique teniendo en cuenta que se considera un enviado de Dios). Esto esta sensación es común entre las personas que han vivido o viven en esta ciudad:

nada llama la atención. Se haga lo que se haga, nadie dedicará más de tres segundos de su tiempo.

Por este motivo, el nuevo amigo de Hans se siente en *su* sitio -sea lo que sea lo que esto signifique, teniendo en cuenta que vive en un hotel-. Pero dentro de la locura de Taspinar, que deambula por los pasillos y el *hall*, con sus alas incorporadas (tiene varios pares -Hans le acompaña a comprar alguno nuevo a una tienda de Religious Sex. Precio: 69\$-), él mismo se indigna ante los comentarios estúpidos de los visitantes del hotel Chelsea que hasta le preguntan (para reírse de él) si sabe volar. “Me gustaría volar, pero no puedo. No estoy loco”, le confiesa a Hans en cierta forma indignado por la estupidez de la gente: “Of course, I would like to fly,” Taspinar confided to me afterward, “but I know I can’t. I’m not cuckoo”. (O’Neill, 2008: 26). También el ángel es penetrado por el contexto traumático del momento. “I think he believed I might be a terrorist, the angel said mildly. ‘In a sense, I can understand him. An angel is a messenger of God. In Christianity, Judaism, Islam, angels are always frightening -always soldiers, killers, punishers’”. (O’Neill, 2008: 35). En los meses posteriores al atentado, todo era sospechoso de terrorismo. Por eso, a Taspinar también lo quisieron echar de su *casa* (el hotel), por miedo a que se tratara de un radical disfrazado.

Estos dos amigos, junto a una viuda vestida de riguroso luto (que parecía un cuervo, apunta el narrador), matan el tiempo, juntos, en el *hall* de hotel, viendo pasar a la gente.

Hans decide acudir a un psiquiatra -para superar la partida de Rachel- pero apenas acude a tres sesiones. Para buscar cierta paz, se apunta también a Yoga en el YMCA. La ironía fina de estas páginas trasladan al lector a ese lugar, repleto de personajes pintorescos, extraños, tiernos y originales, que vienen a ser una representación, en pequeño, de esa ciudad en la que todos se encuentran bien (las comodidades de un hotel son evidentes) pero nadie encuentra su sitio definitivo (en realidad no es una casa, ni mucho menos un hogar).

De nuevo con humor, recuerda cómo conoció a Rachel y lo resume en una palabra: “alcoholically” (O’Neill, 2008: 39). Insiste de nuevo, en otro salto temporal, en volver con ella, pero le rechaza. “Let’s not do any reviewing. There isn’t anything to review”,

zanja Rachel la conversación. ¿Y qué hago los fines de semana en Nueva York?, se agobia el protagonista. Piensa en el golf, pero no le convence. Y entonces, ve la luz, hablando con Umar, un taxista. La luz es el *cricket*, en Staten Island. Quiere volver a jugar. Decide ponerse en contacto con aquellos jugadores de todas las nacionalidades que conoció el primer día.

El *cricket* es, en la novela, la representación de las normas más nobles, del buen comportamiento en el campo de juego (¿en la vida?). Chuck, el original amigo de Hans incluso elige un trozo de tierra donde crear el mejor campo del país. Está desesperado por ser aceptado como *American* a pesar de venir de Trinidad y de tener origen indio y la piel muy oscura. Hans procede de los colonizadores europeos, blancos, ricos, educados. Y, sin embargo, esa consideración no se traslada al día a día de un país hostil y difícil. El permiso de conducir se le niega porque su apellido es extraño, levanta suspicacias y, además, no coincide en los dos documentos oficiales que el funcionario de turno, bastante mal educado y nada empático, debe cotejar. Realmente, los dos sufren el mismo rechazo por no pertenecer "de verdad" a EE. UU. desde el nacimiento.

La rivalidad mimética de Girard se hace presente en el paralelismo continuo de ambos personajes: blanco y negro. Rico y pobre. Muy educado, maleducado. Aburrido, divertido. No muy hablador, charlatán. Y además, Hans es rico y está muy bien considerado en su trabajo como analista bancario. Y Chuck, por su parte, quiere hacer grandes negocios y ganar mucho dinero, pero no consigue ni una cosa ni la otra. Se admiran pero tampoco profundizan en su amistad.

¿En qué coinciden? En su pasión por el *cricket* y en que los dos desean formar un hogar. El eco de la idea de Frankl del sentido vuelve a estar presente. El primero recuperando a su esposa a la que echa de menos; el segundo consiguiendo dinero suficiente para, por un lado mantener a su esposa (que se hace cargo de la familia), y por otro a su amante, que le ayuda a sentirse vivo, le confiesa a Hans.

Son notables las descripciones sensoriales y poéticas, como la del ocaso de la ciudad, un final anaranjado, de pequeñas luces de fondo que el autor traza, el crepúsculo de Hans, que está a punto de suceder: su mujer regresaría a Londres con su hijo.

La identificación de las lágrimas desconsoladas de su hijo en la habitación del Chelsea con las sirenas de las patrullas que circulan por la calle, crea una realidad de vasos comunicantes en el mundo afectivo del protagonista. Es una imagen muy poética. Este sentimiento, por un lado, va de dentro a fuera (su propia proyección de un fracaso vital en el inmejorable escenario de Nueva York devastado) y, por otro, también va de fuera a dentro, una ciudad apocalíptica y triste -aunque también brillante- que influye en el estado de ánimo del protagonista.

Here Hans recalls the days not long after September 11th, when the city was an acoustic sensorium: Around the clock, ambulances speed eastward on West Twenty-third Street with a sobbing escort of police motorcycles. Sometimes I confused the cries of the sirens with my son's nighttime cries. I would leap out of bed and go to his bedroom and helplessly kiss him. . . . Afterward I slipped out onto the balcony and stood there like a sentry. The pallor of the so-called hours of darkness was remarkable. Directly to the north of the hotel, a succession of cross streets glowed as if each held a dawn. The taillights, the coarse blaze of deserted office buildings, the lit storefronts, the orange fuzz of the street lanterns: all this garbage of light had been refined into a radiant atmosphere that rested in a low silver heap over Midtown and introduced to my mind the mad thought that the final twilight was upon New York. (O'Neill, 2008: 70).

Para el periodista James Wood, del *New Yorker*, O'Neill es capaz de ver las maravillas humanas y naturales que le rodean. Cita la descripción que hace del río Hudson. También es una novela sobre la inmigración. Chuck elige su trozo de tierra y la nombra, como hicieron los colonos al llegar a América, señala Wood. Pero Hans -de origen holandés, con familia conservadora, educado en La Haya- parece pertenecer a los colonizadores aunque él se sitúe entre los inmigrantes marginales, los colonizados. Aquí la novela comienza a ser muy sutil.

“‘After the attacks’, Chuck said, ‘this was where the Humane Society of New York started up an emergency triage, practically from day one’”. (O'Neill, 2008: 77). Su labor era cuidar a las mascotas de las víctimas del atentado. Chuck recuerda aquellos momentos: “My God, what a scene. Cats, dogs, guinea pigs, rabbits, pigs, lizards, you name it, they were all here. Cockatoos. Monkeys. I saw a lemur with a corneal inflammation”. (O'Neill, 2008: 77).

Chuck trabajó como voluntario. Su misión era “rehoming pets”. Unidos por la sombra de la desgracia compartida, muchos se hicieron amigos. Venían de cualquier parte de los EE. UU. y de fuera. “I made friends with people from Idaho, Wisconsin, New

Jersey, New Hampshire, North Carolina, Ireland, Portugal, South Africa”. (O’Neill, 2008: 77). Gente que llegó a Nueva York para pasar un par de días y acabo quedándose semanas.

Y aquí viene la frase que O’Neill añade y nos da qué pensar. En lugar de lamentar aquellos días aciagos, el amigo de Hans celebra aquellos momentos como de máxima felicidad. “I think for many of us it was one of the happiest times of our lives”. (O’Neill, 2008: 77).

Hay varias reflexiones posibles sobre el porqué de esta “felicidad”: la primera de ellas es la satisfacción plena que supone ayudar al necesitado. La segunda, más pesimista, es la falta de afecto de muchas personas que, al darse a otro, reciben un reconocimiento del que no gozaba antes de la tragedia. Esta recompensa puede llegar desde el otro, el ayudado, o de uno mismo, que se siente útil respecto a los que le rodean.

Y Hans va más allá y afirma que la catástrofe había infundido en muchos –aunque señala que no en él- un estado de intensa alegría, de entusiasmo, de júbilo. La solidaridad producía la satisfacción de salir de uno mismo. Y un cambio repentino de las circunstancias producen una gran fuerza interior, parece querer decir O’Neill.

¿Por qué algo tan cruel puede sacar lo mejor del ser humano? ¿O quizá es el simple hecho de salir de la zona de confort lo que provoca una nueva energía? El dolor genera ganas de luchar, una cierta satisfacción con uno mismo por el mero hecho de sentirse vivo. Hans relaciona este sentimiento con la marcha de su esposa, que tuvo el valor de abandonarlo justo en aquellos momentos tan tristes. “The catastrophe [el atentado] had instilled in many –though not in me- a state of elation. From the beginning, for example, I’d suspected that, beneath all the tears and the misery, Rachel’s leaving had basically been a function of euphoria”. (O’Neill, 2008: 77).

Chuck hace números sobre el escalofriante aumento de inmigrantes, sobre todo caribeños, que se estaba produciendo en EE. UU. Solo la población india había subido en Nueva York en un 81% en los últimos diez años; los paquistaníes, 150% y los bangladesíes, 500%”. (O’Neill, 2008: 78). Chuck se emociona con las cifras y continúa

su entusiasta discurso explicando a Hans que la inmigración no acude a EE. UU. a conducir taxis, sino también a otras labores mejor consideradas. “They’re coming to make real money –high tech, pharmaceuticals, electronics, health care”. (O’Neill, 2008: 78). Y después, habiendo creado un contexto propicio con datos y estadísticas, pregunta a Hans si sabía adónde quería llegar con esto. “You want to build a cricket stadium”, dijo sin esconder su alegría. “That’s right”, contestó Chuck. (O’Neill, 2008: 79). Pero no cualquiera sino uno al que acudirán los mejores jugadores del mundo. Doce partidos cada verano y una audiencia de 8.000 espectadores a 50 dólares por cada uno. Además habrá un restaurante, sueña Chuck, un club de socios y pistas de tenis, squash, gimnasio, piscina... Pero, sobre todo, el rey de los deportes: cricket. El único y verdadero club de cricket de Nueva York. El eslogan: think fantastic.

Una proclamación de principios: “I have the land, I have the lease, I have the backing”. (O’Neill, 2008: 82). Lo que no tenía era permiso para construir pero eso, pensó, se arreglaría cuando los equipos de India y los West Indians aceptaran jugar y las miles de personas solicitaran una entrada... Y entonces vendrían los anuncios publicitarios, las ofertas de televisión... Era un gran sueño. A Hans, con mucho frío, casi de noche y rodeado de nieve, la idea le resultaba un poco menos emocionante. “Not for a second did I take him seriously”, cuenta el narrador. (O’Neill, 2008: 83). Y le deseó buena suerte.

O’Neill regala de nuevo momentos poéticos, de un lirismo doloroso, cuando menciona la soledad de Hans. Normalmente, se tumba en el suelo mirando fijamente debajo de su armario, por si, de un pequeño hueco, salía un mensaje importante.

I was, it will be understood, afflicted by the solitary’s vulnerability to insights, so that when I peer out into the flurry and saw no sign of the Empire State Building, I was assaulted by the notion, arriving in the form of a terrifying stroke of consciousness, that substance – everything of so-called concreteness- was indistinct from its unnamable opposite. (O’Neill, 2008: 95).

Rachel llama en ese momento y asegura que no piensa volver a EE. UU., al menos hasta que no termine el mandato de la administración Bush o cualquier otro sucesor con intenciones similares de dominar económica y militarmente el mundo. El motivo no era solo por la seguridad física, alude, sino que no quiere que su hijo crezca en un país

“ideológicamente enfermo”. Con estas dos palabras, O’Neill hace referencia a los errores políticos de la administración de Bush y la incapacidad de aceptar sus propios errores. ¿Quieres que crea que fue Saddam Hussein quién mandó esos aviones contra las torres?, discuten constantemente.

Por otro lado, Chuck tenía sus propias preocupaciones. Sí, su visión de negocio: crear un campo de *cricket* para toda esta gente que acudirá masivamente a los partidos. Quizá también la fugacidad de la vida, el experimentar que no somos nada y pronto ni siquiera estaremos físicamente aquí.

She told me first about the huge antiwar rally that had taken place in London two days before and how Jake had carried a NOT IN MY NAME placard. Next she told me, in the tone of a person discussing a grocery list, that she had definitely decided not to return to the United States. (O’Neill, 2008: 95).

A su mujer le influyen enormemente los acontecimientos político-históricos que están teniendo lugar en EE. UU. En la decisión de no volver a Nueva York pesa sobre todo la situación que se vive tras el atentado. En lugar de hablar, con calma, sobre los aspectos de su matrimonio que no funcionan bien, Rachel llama por teléfono (mientras, curiosamente, Hans está mirando el vacío que había dejado la desaparición de las torres). Y en lugar de hablar sobre ellos, enumera enérgicamente los motivos por los que no volverá a su vida anterior, a su marido: Bush está en el gobierno, no deben exponer a su hijo a esa sociedad “mentalmente enferma” (literalmente “mentally ill, sick, unreal”) y que su conciencia no le permitía hacerlo.

Cuando él le pide un poco de perspectiva, ella se enfada: “Perspective? And what perspective would that be? The perspective of the free press of America? Is that where you get your perspective, Hans?” (O’Neill, 2008: 96). Mientras ella sigue con su discurso de indignación, el protagonista se pregunta quién es esa mujer que grita al otro lado del teléfono. “Not for the first time, I was finding it hard to believe this was the woman I’d married”. (O’Neill, 2008: 96).

Y mientras la tristeza se va apoderando de Hans, caminando solo por las calles de Nueva York, ella continúa con el encendido ataque dialéctico en el que -se sigue observando- critica a su marido y al país donde ella misma le condujo, ese país al que

ahora tanto tiene que reprochar. “You want Jake to grow up with an American perspective? Is that it? You want him to not be able to point to Britain on a map? You want him to believe that Saddam Hussein sent those planes into the towers?”. (O’Neill, 2008: 100).

Las dos acusaciones por parte de Rachel son muy graves. Por un lado, critica duramente el nivel cultural y educativo de EE. UU. respecto, al menos, a la geografía (no sabrá señalar Gran Bretaña en un mapa). Por otro, se indigna con las posibles mentiras de un gobierno que aprovecha un atentado terrorista para culpar a los enemigos que más les conviene -como Hussein-.

Rachel le dice que Bush quería atacar Iraq como parte de un plan de la derecha para destruir la ley internacional y el orden establecido para reemplazarlo por el gobierno global de la fuerza americana.

Hans quiere terminar la conversación. Reconoce que es menos rápido que ella en este tipo de cosas. Solo le pide que no le atribuya opiniones que no tiene. Ella se ríe y se enerva todavía más. “It’s the classic conservative tactic. Instead of answering the point, you sabotaje the discussion”. (O’Neill, 2008: 100). Y ya no le quiere repetir el argumento. “Eres un conservador”, remata Rachel, “lo que es triste es que tú ni siquiera lo sepas”, concluye.

Parece claro al final de la conversación que los dos están en contra de la invasión de Iraq y de que Sadam Hussein, por muy cruel que fuera su gobierno, no podía ser la excusa para una guerra de tal tamaño. Aún hoy, Iraq no puede gobernarse por sí mismo.

Sin embargo, a pesar de coincidir en la visión política de la situación, la potencia de la discusión va a más. Ella necesita un motivo para estar enfadada, para justificar su frustración. La guerra es la excusa perfecta. Las mentiras de Bush. Las equivocaciones del gobierno americano. Aunque están de acuerdo, Hans acaba entrando en alguno de los detalles de la discusión y encuentra algo con lo que él mismo contratará. Rachel menciona a Hitler. Y ahí Hans ataca aun sabiendo que se arrepentirá después. “¿Estás diciendo que Bush es como Hitler?”, le pregunta. “Es ridículo”. (O’Neill, 2008: 98).

Ella monta en cólera y dice que simplemente era un ejemplo, que a eso se le llama razonar, que se suponía que el gran racionalista era él. Y aquí O'Neill hace un bonito giro lírico, una proposición filosófica. Hans no era tan racionalista pero ¿quién tiene el coraje de corregir aquellas malas interpretaciones de nosotros que nos proporcionan amor? "How has the courage to set right those misperceptions that bring us love?" (O'Neill, 2008: 98).

Rachel se identifica tanto con la sociedad que llega a decir que los sentimientos personales aquí, en esta conversación tan trascendental para sus vidas, poco tienen que ver. Y lo reformula de nuevo: "The United States is now the strongest military power in the world. It can and will do anything it wants. It has to be stopped. Your feelings and my feelings –she was sobbing now- are not on the agenda". (O'Neill, 2008: 98).

Hans no supo qué contestar y solo añadió "está nevando aquí". "Jake podría hacer un muñeco de nieve en la 23th". (O'Neill, 2008: 98). No sabía qué responder. La tristeza, el desaliento, la consternación (tres de los estados propios de la sociedad del 11-S) le impedían hacer nada.

O'Neill critica la ignorancia generalizada de la sociedad, en la línea de Chomsky. Habla de esa gente que debido a estos acontecimientos, creen poseer conciencia política.

For those under the age of forty-five it seemed that world events had finally contrived a meaningful test of their capacity for conscientious political thought. Many of my acquaintances, I realized, had passed the last decade or two in a state of intellectual and physic yearning for such a moment. (O'Neill, 2008: 99).

Refleja perfectamente la sociedad de aquel momento. Todos hablan de lo mismo: el valor de la ley internacional, la viabilidad para producir una bomba radiactiva o el derecho constitucional de encarcelar a los enemigos, etc.

La confusión de Hans lo acompaña durante toda la novela. En este aspecto entronca con la búsqueda de identidad del protagonista de *Falling Man*, solo que a Hans le vence la pasividad, la inmovilidad. Prefiere sentirse seguro, no exponerse, ahogarse mejor que luchar. No apuesta por una posición política evidente respecto a todo ello. La pregunta que muchos se hacían es si la seguridad de EE. UU. había aumentado tras la invasión de

Iraq. Y O'Neill responde en las páginas de *Netherland* como lo haría un sabio socrático, que es consciente de su ignorancia. "I did not know, because I had no information about the future purposes and capacities of terrorists or, for that matter, American administrations; and even if I were to have such information, I could still not hope to know things would turn out". (O'Neill, 2008: 100).

¿Es peor el sufrimiento que hubiera causado Saddam Hussein en el gobierno o las consecuencias de una guerra? ¿El derecho de autonomía de la población iraquí (un problema nacional) puede ser fortalecido o debilitado por EE. UU.? ¿Tenía Iraq una bomba de destrucción masiva? La respuesta era la misma: no lo sabía. Y más aún, tampoco le importaba demasiado. "In short, I was a political-ethical idiot". (O'Neill, 2008: 100).

Mientras tanto, se producen constantes códigos rojos en la ciudad. Y dos veces a la semana recibía un correo electrónico de Chuck Ramkissoo. Todos ellos firmados como Presidente del *New York Cricket Club*. O'Neill, con gran maestría, constata con un solo detalle el abismo existente entre las pretensiones de Chuck y la triste realidad. A sus esforzados correos, repletos de referencias a este u otro complejo asunto, el pretendido empresario recibe correos de contestación encabezados por "quien quiera que seas". Seguidos de una petición para parar de enviar spam, correos basura:

Whoever,
Could you please stop sending me crazy junk mail?! (O'Neill, 2008: 102).

Hans nunca responde maleducadamente. En realidad, no contesta a ninguno, aunque reconoce que les echaba un vistazo. El autor protege en cierto sentido al protagonista de la novela con una cierta intuición de saludable distancia hacia el de Trinidad cuya personalidad, por otro lado, ejerce tanta atracción sobre él. "My instinct was to keep him at a distance" (O'Neill, 2008: 102), explica. Y aquí hace una reflexión certera sobre el rechazo instintivo producido por aquellos que crees van a necesitar algo de ti. "...at that distance, certainly, that we introduce between ourselves and those we suspect of neediness". (O'Neill, 2008: 102).

La lucha de Chuck por triunfar en la sociedad americana era intensa. No se trataba de un soñador ensimismado por sus propios sueños. Sabía que había algo alcanzable en sus planes. “His head wasn’t sufficiently in the clouds. He had a clear enough view of the gap between where he stood and where he wished to be, and he was determined to find a way across”. (O’Neill, 2008: 104).

La sombra de la sospecha le acompaña como si su falta de confianza necesitara basarse en algo real. La persigue siempre una cierta duda: “I was wondering, for example, when he was going to ask me for money for his cricket scheme”. (O’Neill, 2008: 102).

Su soledad se acrecienta cuando echan a Rivera de la empresa. Era su único colega en la ciudad ya que Vinay se había mudado a Los Ángeles. Quería hablar de ello con su otro compañero, Appleby, pero este se dedicó a beber y reír con otros amigos sin dar mayor importancia a la pérdida de Rivera. Esto muestra una vez más la soledad total que experimentan aquellos que no triunfan en la vida laboral que, en ocasiones, sobre todo en EE. UU., es la vida verdadera, la visible, la que puede medirse, la que importa. O’Neill quizá critique este extremo utilitarista del ser humano al contarnos cómo Hans, al que la fiebre del éxito no le ha enfermado (quizá porque lo ha conseguido y aún no la ha perdido), llama y escribe varias veces a Rivera. Pero no consigue concertar una cita. Señala O’Neill. “He was ashamed, was my impression”. (O’Neill, 2008: 105).

El autor profundiza en el tema de la soledad. Recuerda que tampoco los supuestos amigos de Londres se han puesto en contacto con él. Rivera se marcha a California y los rumores dicen que trabaja en una compañía petrolera de San Antonio. Hans se rinde ante el peso de los acontecimientos. Rivera también desaparecería, había que aceptarlo. “... the moment came when I realized that Rivera had joined those who had disappeared from my life”. (O’Neill, 2008: 105).

Se encuentra con una mujer en el Malibú con quien supuestamente había compartido un taxi una vez. Dice que tiene curiosidad por conocer el hotel Chelsea y que algún día se pasará por allí. Se llama Danielle y, efectivamente, acudió a visitarlo.

La integración es difícil para todos. O'Neill cuenta cómo a Danielle le costó *solo* cuatro años sentir que había llegado a la ciudad. Danielle se siente por fin en Nueva York. Es difícil sentirse así. En la escena más surrealista, con personas adornadas con alas de ángel, iraníes fumando porros, fiestas por cumpleaños de los perros, con vasos de plástico con champagne, en el hall del Chelsea Hotel.

Consuma una relación sexual y Hans se siente feliz "I was being kissed! Kissed by a beautiful woman who wanted to kiss me!" (O'Neill, 2008: 114). Y al instante, siente vértigo. Año 2013. Su vida parece cobrar un sentido, aunque él mismo siente que una emoción un tanto exagerada. Al fin y al cabo, Hans es un romántico.

Se produce una reconfortante catarsis. Ella le pide que la azote y, cuando ve su reflejo en la ventana, no se reconoce. El problema de la identidad aparece de nuevo, como eco de aquellos personajes de Saul Bellow.

I was not shocked by what I saw –a pale White hitting a pale black- but I did of course ask myself what had happened, how it could be that I should find myself living in a hotel in a country where there was no one to remember me, attacking a woman who'd boomeranged in from a time I could not claim as my own. (O'Neill, 2008: 115).

Se da cuenta de que no se reconoce, de que lo ha hecho mal. Y despierta. "I recall, also, trying to shrug off a Sharp new sadness that I'm only now able to identify without tentativeness, which is to say, the sadness produced when the mirroring world no longer offers a surface in which one may recognize one's true likeness". (O'Neill, 2008: 115).

El autor de *Netherland* sitúa al lector en la primavera de 2003. Se observa una paranoia generalizada por exceso de medidas de seguridad. Estaba prohibido cualquier movimiento instintivo. "In the course of that morning I saw one man removed from the building for looking out of the windows, another for leaning against the heating units, another for taking a phone call". (O'Neill, 2008: 116).

Realiza un curso de cuatro horas diarias sobre seguridad vial que le imponen para sacar el carné en una especie de sótano con casi toda la clase mayor e inmigrante. Parecían gigantes imbéciles en esos pupitres enanos. Les ponían películas sobre los peligros de las drogas y el alcohol al volante o las terribles consecuencias de conducir de noche. Su

hijo tiene siempre miedo a que se vaya. Las continuas idas y venidas a Londres confunden al niño de tres años.

Todavía es capaz de disfrutar de las pequeñas cosas. Se acerca al campo de *cricket*. Había mantenido reuniones durante el invierno, preparando todo para la nueva temporada. Suspende el carné de conducir con multitud de fallos. Su chófer, Carl, parece alegrarse. “I guess you have got to persist”, le dice entre carcajadas. Es lo que él le había dicho sobre sus papeles en los EE. UU.

Descubre que Rachel tiene sus “secretos”. Tuvo una vida antes que él y algo que le pasó lo comenta con su psicólogo. Le intriga saber qué será. Uno cree que la vida no va a cambiar, pero lo hace. “I had never considered the possibility of undiscovered factors”. (O’Neill, 2008: 124). Hans no entiende qué problema podría tener su mujer si todo en la vida le había ido bien. ¿o no? Se pregunta Where, then, was the problem? “In the fortnight that followed I became transfixed by this news of my wife’s clandestine preexistent injuries”. (O’Neill, 2008: 126).

Eliza, la secretaria de Chuck, cuenta su vida a Hans y le enseña álbumes de fotos. Primero con su marido *hippy*, que después fue asesinado en Oregón. Después con un predicador que era drogadicto, con el que se casó en Las Vegas. Su etapa cuidando un rancho con él en Nuevo México. Le muestra una foto una semana antes de morir, consumido por las drogas. “I guess I’m bad luck”, reflexiona ante Hans. Y abre un tercer álbum, el de Chuck. Se les ve en las cataratas del Niágara, por ejemplo. Debían llevar juntos tres años. De repente, lo cierra y pronuncia una frase que le llega a Hans a lo más hondo. Todo el mundo quiere una historia. Les gustan las historias. “They like a story”. “Una historia”, dijo de repente. “Yes, That’s what I need”. (O’Neill, 2008: 130-131). Y empujado por un impulso, va a visitar a Chuck. ¿A quién si no?

Recuerda a su compañero de *cricket*, Hubert. El hecho de que muriera (completamente solo, viendo un vídeo, en su casa) le hace cobrar más importancia en los pensamientos de Hans. Hizo un par de llamadas para averiguar más pero tampoco con demasiado esfuerzo. Con Chuck no le ocurrió lo mismo. “He is, in memory, weighty”. (O’Neill, 2008: 112). ¿Y qué se supone que hay que hacer con este “peso”?

Chuck cuenta su historia constantemente. Lo resumía muy bien: “No job, no money, no rights”. (O’Neill, 2008: 133). Había llegado a EE. UU. con su mujer, Anne, en 1975. Tenían 25 años y estaban recién casados.

Hizo la casa para una pareja rica de Manhattan de la que su mujer era *babysitter*. En la patrulla de trabajo, convive gente de Bangladesh, Irlanda, Guatemala, Rusia, Italia,... Y todos eran de Brooklyn, añade.

La importancia de un nombre. Se asocia con Abelsky por su origen judío. Para parecer más respetable, más poderoso. “Abelsky’s job was to stay in the background and act like a big shot too busy to handle the details”. (O’Neill, 2008: 134). Para el negocio de kosher sushi, inscribió la empresa como Abelsky&Co. Para la inmobiliaria, Abelsky Real Estate Corporation. Ganaron dinero, sí, pero ahora Chuck quiere hacer lo del *cricket* sin él. No lo necesita. Este es su propio proyecto.

En la reunión de las asociaciones de *cricket* se escucha el himno e inmediatamente después se pide a Dios “por las tropas que ponen su vida en peligro por nuestra libertad”. Baila con Avalon (una *escort*) y lo hace muy torpemente. Vuelve a decir, como cuando fue a jugar al *cricket* por primera vez, que era el único blanco de todo el auditorio. Después de comer y beber toda la noche, va con Chuck a la sauna. Y a Bald Eagle Field, el campo que, sorprendentemente, está repleto de hierba. Compara la dificultad del *cricket* con el béisbol, más fácil de calcular. “Cricket is a sport in nature”. (O’Neill, 2008: 149).

Chuck había nacido en las Lomas, en Trinidad, y había vivido en una chabola, cerca del aeropuerto internacional. Se escapaba de su padre para ver los partidos de *cricket*. Allí cerca, construyeron un campo. Tardaron cuatro años y el pequeño Chuck tuvo tiempo de aprender todo lo relacionado con el césped, las medidas. Su padre, no les dejaba jugar (a Chuck y a su hermano) así que realmente nunca pudo disfrutar de su pasión.

Hacen un pacto. Chuck sería el profesor de conducir y Hans, su asistente como cuidador del nuevo campo de *cricket*. Conoce finalmente a la esposa, Anne Ramkissoon, que es

afrocaribeña, con el pelo cortísimo y más pálida que Chuck. Le cuentan cómo perdió a su hermano intentando cazar una iguana.

Después Chuck le explica a su mujer, que pertenece a una de las iglesias del barrio, que él quiere ser enterrado en Brooklyn, que sus cenizas no se arrojen ahí, sino que usen un féretro con inscripción y todo. “Will you respect my wishes?”, le preguntó. Pero ella siguió sin inmutarse. La mujer había decidido ser enterrada con sus hermanas en Trinidad y hasta habían elegido los vestidos. Chuck insiste frente a su esposa en sus últimos deseos y nombra a Hans como testigo. Ella dice que todos los cementerios están llenos y, con ironía, provocando, dice: “The graveyard in the city all full up. It full up in Brooklyn, it full up in Queens. You want to be buried in this country, you be buried in Jersey”. (O’Neill, 2008: 160).

Rachel le pregunta por las ideas políticas de Chuck. “We didn’t really talk about politics” (O’Neill, 2008: 163), contesta Hans. Ni siquiera le quiso mencionar el discurso que iba a hacer en el National Park Service para construir su soñado campo de *cricket*. Hans describe la cantidad enorme de cosas que configuran la visión del mundo de Chuck.

Chuck was making a go of things. The sushi, the mistress, the marriage, the real estate dealings and, most inconceivably, Bald Eagle Field: it was all happening in front of my eyes. While the country floundered in Iraq, Chuck was running. That was political enough for me, a man having trouble putting one foot in front of the other. (O’Neill, 2008: 163).

Finalmente Hans contesta la pregunta de Rachel: hablamos de *cricket*. Insiste: “¿Y no le hablas de nosotros?” Hans responde que no. Y Rachel sentencia: “That’s just weird”. La esposa siente un cierto rechazo hacia el personaje misterioso de Chuck, no comprende por qué su marido pasa tanto tiempo con alguien que apenas conoce y con la que nada tiene que ver. Probablemente siente celos de la vida que Hans le oculta y que parece hacerle feliz. Rachel le acusa de no quererle conocer del todo. “You were two completely different people from different backgrounds. You had nothing important in common”. (O’Neill, 2008: 166). Y añade que ni siquiera le toma en serio, que solo está jugando. Acuden a terapia de pareja el primer año desde su regreso.

Mientras tanto, los dos amigos prosiguen sus hazañas perpetrados en un coche que atraviesa la ciudad. Un día se dirigen al Chinatown de Brooklyn y Hans observa algún negocio extraño. Le pregunta qué había vendido o comprado y Chuck, de una forma jocosa, contesta: “Fish”. “Everybody need fish. Now drive on”. (O’Neill, 2008: 165).

Hans entendió por fin el motivo por el que a Chuck le gustaba pasearse constantemente con él en su coche. “I understood, now, the point of my driving lessons. It gave Chuck a measure of cover, maybe even prestige, to have a respectable looking White man chauffeuring him while he ran round collecting bets all over Brooklyn”. (O’Neill, 2008: 171). Por las apuestas. No le preocupaba mucho, reflexiona Hans, ponerle a él en riesgo de que lo detuvieran o lo llevaran a prisión. Después fue a jugar al *cricket* y no volvieron a mencionar el tema.

En verano, Hans se involucra más y más con el campo de *cricket*. Cada vez viaja menos a Londres y le importa menos el trabajo. Ha entrado en una deriva descendente y un tanto irresponsable que no alcanza a entender. “Nobody understands better than I that this was a strange and irresponsible direction in which to take ones life. But I’m reporting what happened”. (O’Neill, 2008: 172).

En la temporada de 2003, juega, incluso, los fines de semana. Su posición económica sigue creciendo, e incluso ayuda a algunos compañeros de *cricket* a pasar malos tragos como a Shiv, al que su mujer había abandonado después de diez años. Y se convierte en la estrella del equipo, uno de sus sueños desde la infancia. Un soleado domingo de agosto, escucha a Chuck animando, a gritos, entre el público. Hans juega como nunca en su vida. Está pletórico. Está tan feliz que dice creer estar soñando -aunque acabaran perdiendo-.

All of which may explain why I began to dream in all seriousness of stadium, and black and Brown and even White faces crowded in bleachers, and Chuck and me laughing over drinks in the members’ enclosure and waving to people we know, and stiff flags on the pavilion roof, and fresh White sight-screens, and the captains in blazers looking up at a quarter spinning in the air, and a stadium-wide flutter of expectancy as the two umpires walk onto the turf square and its omelette-colored batting track, whereupon, with clouds scrambling in from the west, there is a roar as the cricket stars trot down the pavilion steps onto this impossible grass field in America, and everything is suddenly clear, and I am at last naturalized. (O’Neill, 2008: 176).

La complicidad profunda con Chuck, entre el público, y él, como gran estrella, y el *cricket* como mágico elemento de unión, cierra el círculo de la novela. El sentimiento de pertenencia era, posiblemente, lo que el protagonista necesitaba para poder emprender el regreso a casa, a Londres, con Rachel y su hijo. Es en este momento de felicidad máxima cuando el narrador salta en el tiempo y nos sitúa en Londres, varios años después. Chuck queda atrás porque Hans ha optado por la familia. De nuevo, quizá el valor más seguro.

8. *The Submission*, Amy Waldman (2011): el rechazo al mundo árabe.

La novela *The Submission*, de la escritora y periodista americana Amy Waldman, comienza con una polémica que bien pudo haberse producido en la realidad posterior a los atentados de Nueva York: ¿podría un arquitecto árabe diseñar el memorial del 11-S sin generar rechazo social? Dos motivos llevaron a la selección de esta obra: uno de ellas, la efectividad de la autora en trasladar algo tan real a la ficción, la verosimilitud de los personajes, que se niegan a ser clasificados en grupos de pertenencia social o religiosa y el postulado final de que el arte está (o debería estar) por encima de enfrentamientos sociales. Las reminiscencias de las vanguardias, en concreto del Futurismo, sobrevuelan las páginas de esta novela moderna.

Las conversaciones sobre estructuras, diseños, proyectos, etc, recuerdan a los proyectos futuristas de Sant'Elia, como se recogía en el apartado sobre Marjorie Perloff. La crítica literaria, experta en temas de vanguardia, comparó el diseño con la fatídica realidad de los aviones del 11-S. En un registro más político, Perloff escribe en su ensayo *Language* que el ataque del 11-S debería haber provocado una mayor apertura de EE. UU. hacia los demás países cuando, en realidad, denuncia, lo que se ha producido es lo contrario.

The great paradox of the post-9/11 decade is that a traumatic event that should have made us all more aware of the world outside our borders has instead given birth to a curious insularity—an inward turn where the personal has once again become the political⁴⁰.

⁴⁰ Extracto del ensayo *Language*, de Marjorie Perloff publicado en *The Chronicle of Higher Education* y citado en la

La prueba de la palpable insularidad específicamente neoyorquina se ve reflejada en *The Submission*, donde la protagonista, Claire Burwell, que perdió a su marido en el ataque y es uno de los miembros del jurado, lucha incansablemente por permitir al candidato árabe la realización del proyecto al que tiene derecho. Los obstáculos serán muchos, desde las asociaciones en defensa de las víctimas hasta los demás miembros del jurado. Nadie quiere profundizar en las causas de un rechazo de este tipo. Prefieren mantener tozudamente la decisión de no incluir un elemento extraño, ajeno a su comodidad norteamericana.

Las propuestas para el diseño de la Zona Cero eran anónimas pero, cuando se abre el sobre, se lee un nombre no esperado: Mohammed. Así comienza la novela. El miedo es inmediato. Los familiares de las víctimas no aceptarán algo así. Uno de los miembros del jurado llega a decir que no importa quién sea él -ni los méritos ni el hecho aplastante de haber ganado legalmente y justamente la competición. Si le dejan construir el memorial, “ellos” -dice refiriéndose a los terroristas, a los árabes, a los practicantes de la religión musulmana, al “Muslim world”- habrían ganado. “I,m not sure I want it with the name Mohammad attached to it. It doesn’t matter who he is. They’ll feel like they’ve won. All over the Muslim world they’ll be jumping up and down at our stupidity, our stupied tolerance”. (Waldman, 2011:19-20).

Con este brillante principio, Waldman plantea de forma sencilla -pero efectiva- uno de los problemas fundamentales del 11-S: ¿Cómo se gestionó el tema de la integración? ¿Aumentó el rechazo hacia las personas de aspecto árabe? La tesis Juan José Bermúdez de Castro demuestra que sí.

El primer interrogante surge con la reacción de los familiares de las víctimas. “Es como si se salieran con la suya”, protesta otro de los jurados. Waldman señala que, dos años después del atentado, todavía no se sabía quién o qué estaba detrás de la catástrofe y cuál era su dimensión real. “Two years on we still don’t know whether we’re up against a handful of zealots who got lucky, or a global conspiracy of a billion Muslim who hate the West, even if the live in it.” (Waldman, 2011: 22).

El arquitecto, Mohammed, también vive su propio calvario. Siente rabia por aquellos que discuten su derecho a recibir un premio que él mismo ha ganado, pero tampoco se siente muy identificado con los colectivos de apoyo a las víctimas, que en un tono muy beligerante (las palabras de Sean son siempre incendiarias), le acusan de no defender sus ideales. Waldman sitúa a su personaje principal en un punto intermedio entre dos facciones que luchan entre sí y a las cuales no cree pertenecer.

Una reflexión interesante surge cuando el lector observa el trato que recibe Mohammed en el aeropuerto de Los Ángeles. Retienen al arquitecto y le interrogan duramente: ¿dónde estaba usted el día de los atentados?, es una de las preguntas que le molestan. Al principio está tranquilo pero los dos agentes de seguridad le miran de forma despectiva, le observan, le violentan. Mohammed simplemente contesta a lo que le preguntan pero, poco a poco, va sintiéndose extraño y comienza a comportarse como si de verdad fuera culpable de algo. Cuando regresa a Nueva York a trabajar en el diseño que realizaba por aquellos días, un teatro, habla a los trabajadores con una especie de disculpa en el tono, seleccionando las palabras para no ofender, como si, de alguna forma, él fuera menos que los demás. “A few days later, as he heard himself say to the contractor, ‘Would you mind if I suggested an alternate location for that wall chase? Only if it would help,’ he realized that the difference wasn’t in how he was being treated but in how he was behaving”. (Waldman, 2011: 27).

Poco después, añade que no se consigue quitar el sentimiento de culpa. Piensa en qué cosas le diferencian de otros musulmanes de clase media, ingenieros o de otras profesiones, un prototipo en el que coincide con muchos de los terroristas.

Mohammad tenía 37 años, había nacido en Virginia y se le presenta tan ambicioso como cualquier otro americano. Su única culpa era llevar un nombre árabe. La enorme cantidad de casos semejantes en la sociedad contemporánea occidental, posterior al atentado, puede observarse en las decenas de noticias que se publican (y se siguen publicando) al respecto. En el Reino Unido, por ejemplo, los casos de islamofobia

subieron un setenta por ciento en 2014, según una organización no gubernamental del país.⁴¹

Violeta interrumpe a Claire mientras trataba de apoyar la candidatura del arquitecto musulmán. “This -this Mohammad hasn’t technically won the competition yet. I mean, there are safeguards built in, right, against criminals. Or terrorist”. (Waldman, 2011: 20). Viéndolo en las páginas de un libro, al lector le podría resultar extraño que alguien crea que un hombre, por el mero hecho de llevar un nombre árabe, ya podría ser un delincuente, bueno, mucho peor, un terrorista asesino. Los prejuicios, los tópicos, los clichés juegan siempre a favor del ignorante. Pero la ignorancia lo invade todo.

El episodio del aeropuerto es muy significativo. Mohammad trata de volar de Los Ángeles a Nueva York, pero la policía le para y le mira como si fuera sospechoso de algo. Los atentados, debido a los diferentes saltos en el tiempo, sucedieron hace una semana, para desgracia de Mo. “Where were you during the attack? –“Working on the theater” (Waldman, 2011: 27). Pero el problema profundo no es cómo se comportan los demás, lo duro es descubrir que uno mismo va perdiendo bienestar interior, seguridad, hasta el punto de cambiar la forma de dirigirse a alguien, de ponerse delante de otra persona que por circunstancias del destino, no es árabe ni musulmán. Mo (como le llaman sus allegados) sentía una especie de culpa inexplicable.

A few days later, as he heard himself say the constructor, “Would you mind if I suggested an alternate location for that wall chase? Only if it would help,” he realized that the difference wasn’t in how he was being treated but in how he was behaving” (Waldman, 2011: 27).

Los policías le preguntan dónde ha nacido y el protagonista pierde la calma: “Virginia. Which is in America. Which means I’m a citizen”. (Waldman, 2011: 28). Comienza a comportarse raro, se traga el chicle para que no lo usen como prueba de ADN, comienza a sentirse paranoico. “His effort to avoid being seen as a criminal was making him act like one, feel like one”. (Waldman, 2011: 30). Y ni siquiera era el típico musulmán, ni había estado casi nunca en una mezquita, ni había recibido educación religiosa, incluso comía cerdo (a pesar de las indicaciones de su supuesta religión) y había salido con

⁴¹Noticia extraída de: http://m.eldiario.es/sociedad/casos-islamofobia-Reino-Unido-aumentan_0_428357274.html (consultada el 9 de octubre de 2015).

mujeres judías y con muchas católicas. Y, sin embargo, la impotencia le lleva a guardar silencio frente a los ridículos inspectores de aeropuerto, permanece en silencio y, sin motivo aparente, una oración en árabe, le viene a la memoria: "*La ilaha illa Allah, Muhammad rasulullah*". (Waldman, 2011: 31). Es como si el inconsciente conectara con su yo profundo al ser amenazado por personas ajenas a su mundo, a su vida, a su pasado.

Cuando el agente le toca para cachearlo, siente un impulso de violencia. Quizá este gesto espontáneo esconde una lectura más profunda: el ser humano es pacífico hasta que se siente atacado (de la forma que sea). Mohammad había sido completamente pacífico hasta que le faltan al respeto, le excrutan con miradas sospechosas. Ya de vuelta en Nueva York, piensa que le hace diferente de todos esos terroristas educados, con educación universitaria, que un día deciden entregar sus vidas para ofrecérsela a Alá. Muchos de los denominados lobos solitarios, según las noticias sobre sus actividades, llevan vidas absolutamente normales. Quizá no era demasiado diferente a ellos.

Claire recuerda su pasado, cuando su marido (fallecido en el atentado) le sugería que abandonara su trabajo para cuidar a los hijos comunes. Se puede buscar en esta actitud cierto machismo encubierto. Pero esta actitud enfadaba mucho a la arquitecta al principio de la relación. "I didn't go to Dartmouth and Harvard Law to be a nanny", le dijo un día. "Why don't you stay at home?" (Waldman, 2011: 34). Ella no quería depender de nadie, pero él poseía una gran fortuna y hasta le pagó un día, por sorpresa, la deuda acumulada por ella para costearse los estudios universitarios. Al principio no le gustó, pero terminó aceptándolo. "This had made her tense because she wasn't entirely grateful: in giving her freedom from worry he had stolen a hard-won sufficiency". (Waldman, 2011: 38).

Waldman retrata a la protagonista con sus luces y sus sombras. Es una exitosa profesional pero, en cierto sentido, también dependía de su marido. A veces habla de momentos difíciles, y le inunda la tristeza cuando piensa en algunas las conversaciones que ya no podrá tener con él. "Lose someone prematurely, and you had endless time to pore over finite conversations. Over fossils". (Waldman, 2011: 36).

Al mismo tiempo, Mohammad Khan pierde la oportunidad de ascenso que estaba esperando en su trabajo y que hace tiempo le habían insinuado. Todos en la empresa pensaban que él sería el elegido, pero en el último momento no es así. Se pregunta a sí mismo si habrá tenido algo que ver en la decisión el hecho de ser musulmán en un momento tan delicado en cuanto a la relación de los americanos con el mundo árabe. El cúmulo de circunstancias negativas le generan ansiedad. Una noche discute con su novia, Yuki, sobre las noticias que la *Fox* está emitiendo. ¿Deberían registrar a todos los árabes en los aeropuertos, en filas separadas? Khan entiende que sí -o lo hace para llevar la contraria a su pareja-. Falso o no, le llega a decir: “I’m not going to pretend that all Muslims can be trusted. If Muslims are the reason they’re doing searches in first place, why shouldn’t Muslims be searched?” (Waldman, 2011: 46) y, pocas líneas después, “You can’t pretend Islam isn’t a threat”.

Cuando le mandan a Kabul, en Afganistán, para diseñar la nueva embajada estadounidense allí, no entiende del todo los motivos de esta decisión. En las conversaciones con arquitectos llegados de todo el mundo, concluye que, ahora lo que importe, es la seguridad, no la belleza de un edificio. Protección física frente a perfección artística. A los afganos les califican de “outsiders” en su propio país. “The only design value that matter now was security: making sure the embassy didn’t get blown up.” (Waldman, 2011: 51).

Se siente perdido entre su propia gente, pero lo sorprende cómo le vienen a la cabeza, algunas veces, expresiones en árabe que debió aprender en su infancia. Es interesante ver como el vendedor de periódicos, de origen pakistaní, le ve llevarse la mano al corazón y cree que le está saludando a la manera musulmana. Y le responde: “Asalamu alaikum”.

Durante toda la novela, la obsesión de unos y otros –excepto del propio Khan- es su identidad. Quieren estar seguros de que esta no molestará al pueblo americano, y, sobre todo, a los familiares de las víctimas del 11-S.

At Paul’s [otro de los jurados] request the security consultants had expanded their initial report on Mohammad Khan to include more detail about what Paul called his ‘identity.’ A messenger delivered the revised report well after dark. Paul clutched the envelope and hurried [...] and began to read. Khan’s résumé, first: stellar, and thus unremarkable.

[...] He lived in Chinatown, which struck Paul, the uptowner, as an odd place for an Indian American. He had no criminal record, no lawsuits pending against him, no tax liens. The website of a mosque Arlington, Virginia, recorded donations from Khan's father [...] The mosque had 'no known radical ties', although the cousin of the son of one former board member had gone to school with some Virginian youths recently accused of training for terror through paintball games. (Waldman, 2011: 53-54).

La mera lectura inquisitiva de la vida de una persona normal resulta ridículo. El lector no siente empatía con este tipo de actitudes. Rastrear la vida de Mohammah Khan para buscar antecedentes delictivos pero no encuentran nada.

Se observa cierta crítica al mundo periodístico. Alyssa Spier es una reportera del *Daily news* sedienta de noticias sensacionalistas. Su editor la califica de *bulldog*. Descubre que el próximo diseñador del memorial podría ser un musulmán. Quiere publicarlo pero su jefe se lo impide, porque es amigo de Fred, otro miembro del jurado. Entonces decide irse con la exclusiva a la competencia, al *New York Post*, aunque en realidad sabía que este era un periódico mucho menos serio. Su lucha para prosperar en la vida había sido dura y no quería desaprovechar oportunidades como esta.

Los familiares de las víctimas son retratados por Waldman como otro tipo de radicales. Utilizan expresiones durísimas contra el mundo árabe e incluso el Islam. Dicen que un arquitecto musulmán es lo peor que les podría suceder. Sean Gallagher, el fundador del Memorial Support Committee, llega a decir que es como una puñalada en el corazón. "It's like being stabbed in the heart to hear that a Muslim could build this, stabbed in the heart" (Waldman, 2011: 92).

Cuando sale a la luz la noticia publicada por Spier, preguntan incisivamente al alcalde de la ciudad, que se muestra mesurado, hablando con acierto: "There's nothing inherently wrong with being a Muslim. It all depends what kind of Muslim we're talking about. Islam is a religion of peace, as I've said many times. The problem is that some people haven't gotten that message." (Waldman, 2011: 65).

Alyssa Spier no tiene escrúpulos. No le importa perseguir a Claire Burwell por el garaje, por las escaleras, por todas partes. Quiere saber a toda costa quién es el supuesto árabe que ha ganado el concurso. Acude a ver a su socio, que desconocía las pretensiones de su amigo de participar en esta competición.

La situación de las familias de Bangladesh, como Asma, es también representativa de las contradicciones del sistema americano. Ha perdido a su marido y recibirá una pensión de por vida pero el nombre no aparecerá en el Memorial porque se trata de un inmigrante ilegal y eso va en contra de la ley. La abogada, Laila Fathi, que no lleva velo y les resulta a todos atractiva, lucha por mejorar este tipo de injusticias. Como el protagonista de la novela, este personaje se mueve entre los mundos: su religión y su exitosa carrera profesional en Nueva York. “Her words came fast; her phones rang often; her calendar, which sat open at her elbow, was full”. (Waldman, 2011: 82).

En el libro se recoge la idea de que el Islam es una religión violenta, cuando se sabe que no es cierto. El acierto de Waldman es el reflejo de las contradicciones humanas y la capacidad de ficcionalizar algo tan real como el rechazo a lo desconocido.

V. OTRAS OBRAS DE INTERÉS

Además de las ocho obras analizadas en el apartado anterior, se incluyen a continuación algunas de las más interesantes de la literatura del 11-S. La representación de la violencia en ellas no queda tan patente como en las novelas seleccionadas. Se caracterizarían, más bien, por una violencia cultural que no se representa de forma evidente pero se percibe constantemente en la atmósfera de la trama con una maestría destacable. Se trata de *Freedom*, de Jonathan Franzen, *The view of Mrs. Thompson*, de David Foster Wallace, y *A gate at the stairs*, de Lorrie Moore.

Se ha descartado finalmente el análisis de otras obras por falta de espacio. Cabe destacar *Extremely loud and incredibly close*, de Jonathan Safran Foer, *Chronic city*, de Jonathan Lethem, *The good life*, de Jay McInerney, *The looming tower*, de Lawrence Wright, *A reluctant fundamentalist*, de Mohsin Hamid; *Windows of the World*, de Frédéric Beigbeder y *The Good Priest's Son*, de Reynolds Price.

1. *The view of Mrs. Thompson*. David Foster Wallace (2007).

El relato *The view of Mrs. Thompson*, de David Foster Wallace, se publica originariamente en la revista *Rolling Stone* el 25 de octubre de 2001⁴². Su autor es una de las figuras literarias más controvertidas de los últimos años. Su suicidio en septiembre de 2008 ha privado a las letras norteamericanas de uno de sus escritores con más talento. Eso hoy apenas parece discutible aunque las posiciones de los críticos y los lectores sobre su obra suelen ser encontradas: o se la ama o se la detesta.

El autor, probablemente, brilla más en estas entregas de pequeña extensión, en las que a veces se le encarga tomar apuntes del natural (los temas de las piezas incluidas en la colección *Consider the Lobster*⁴³, incluyen la campaña del candidato republicano John McCain en las elecciones a la presidencia norteamericana del año 2000, que Foster

⁴² El relato completo se puede leer en el siguiente enlace: <http://www.rollingstone.com/politics/news/9-11-the-view-from-the-midwest-20110819> (consultado el 10 de octubre de 2015).

⁴³ Esta colección de ensayos incluye el relato *The view of Mrs. Thompson*. En español fue publicado por Mondadori con el título *Hablemos de langostas* (véase Bibliografía).

Wallace cubre a petición de la revista *Rolling Stone*), que en sus novelas. La inmensa obra *Infinite jest*, llena de esplendores como está, queda quizás malograda, sin embargo, por la tendencia del autor a la desmesura, a la carencia de contención, falta en la cual las propias limitaciones de la crónica le impide caer. Su inteligencia inagotable, podría decirse, está encarnada en un observador en permanente estado de estupefacción ante la realidad, al mismo tiempo sumamente *naïve* y sumamente sagaz, que conducen al lector a una fiesta sin fin.

En el relato, bajo las apariencias de una historia de algún modo trivial, el lector atento puede sacar conclusiones agudas sobre cómo se vivió el 11-S en los hogares norteamericanos, en la psique colectiva de aquel país. Fue publicado pocas semanas después de los atentados, y eso explica las aclaraciones con las que se inaugura el cuento, especificando la ubicación, fecha y tema del mismo. Tal vez Foster Wallace podría haber corregido esas indicaciones con vistas a sus futuras publicaciones, pues apenas esas tres líneas son lo único que parece sobrar en una entrega que parece compuesta en estado de gracia.

El lector se encuentra en Bloomington, Illinois, el mismo día de los ataques y en los dos días inmediatamente posteriores. La conmoción que han generado provoca un mayor sentimiento de cercanía con el prójimo: la gente se anima a hablar con desconocidos en el supermercado. Innumerables banderas, que parecen haber surgido de la nada, ocupan las fachadas de las casas e, implícitamente, hay un reproche en el ambiente hacia el que no adorne su hogar con el símbolo de barras y estrellas.

Mr. N— is not what you'd call the friendliest next-door neighbor. I really only know him because his church and mine are in the same softball league, for which he serves with immense precision as his team's statistician. We are not close. He's nevertheless the first one I ask:

"Say Mr. N—, suppose somebody like a foreign person or TV reporter were to come by and ask you to say what the purpose of all these flags everywhere after the Horror and everything yesterday was, exactly — what do you think you'd say?"

"Why" (after a brief interval of giving me the same sort of look he usually gives my lawn) "to show our support and empathy in terms of what's going on, as Americans."*

The point being that on Wednesday here there's a weird accretive pressure to have a flag out. If the purpose of a flag is to make a statement, it seems like at a certain point of density of flags you're making more of a statement if you *don't* have one out.

El narrador trata de hacerse con una:

The novelty shop downtown has nothing but Halloween stuff. Only a few businesses are open, but even the closed ones are displaying some sort of flag. It's almost surreal. The VFW hall is a good bet, but it can't open til noon if at all (it has a bar). The lady at Burwell's references a certain hideous Qik-n-EZ store out by 1-74 at which she was under the impression she'd seen some little plastic flags back in the racks with all the bandannas and Nascar caps, but by the time I get there they turn out to be gone, snapped up by parties unknown. The reality is that there is not a flag to be had in this town. Stealing one out of somebody's yard is clearly out of the question. I'm standing in a Qik-n-EZ afraid to go home. All those people dead, and I'm sent to the edge by a plastic flag. It doesn't get really bad until people ask if I'm OK and I have to lie and say it's a Benadryl reaction (which in fact can happen)....

El desenlace de todo el asunto es muy llamativo, maravilloso:

Until in one more of the Horror's weird twists of fate and circumstance it's the Qik-n-EZ proprietor himself (a Pakistani, by the way) who offers solace and a shoulder and a strange kind of unspoken understanding, and who lets me go back and sit in the stock room amid every conceivable petty vice and indulgence America has to offer and compose myself, and who only slightly later, over styrofoam cups of a strange kind of tea with a great deal of milk in it, suggests, gently, construction paper and "Magical Markers," which explains my now-beloved homemade flag.

Dos de la cosas que caracterizan más marcadamente la localidad son el número de iglesias -hay cuatro páginas completas en el listín- y el número de horas que sus habitantes pasan frente al televisor. El narrador advierte: "Something that's obvious but still crucial to keep in mind re: Bloomington and the Horror is that reality – any really felt sense of a larger world – is televisual".

La última parte del relato lleva al lector hacia atrás en el tiempo, al mismo día de los atentados.

There are maybe ten days a year when it's gorgeous here, and this is one of them. [...] By 8:00 everybody with a job is at it, and just about everybody else is home drinking coffee and blowing their nose and watching *Today* or one of the other A.M. shows that broadcast (it goes without saying) from New York. At 8:00 I personally was in the shower trying to listen to a Bears postmortem on WSCR sports radio in Chicago.

Una vez conocida la noticia, el narrador se dirige a la casa de un miembro de su iglesia, la señora Thompson:

The house I end up sitting with clots of dried shampoo in my hair watching most of the actual unfolding Horror at belongs to Mrs. Thompson,† who is one of the world's cooler 74-year-olds and exactly the kind of person who in an emergency even if her phone is busy you know you can just come on over.

La extrañeza de los acontecimientos hace que el visitante entre sin llamar “algo que normalmente uno por aquí no haría jamás”. (Foster Wallace, 2007: 172). “Todos los asientos estaban ocupados, lo cual significaba, [...], que había unas cinco o seis personas más, la mayoría mujeres, todas mayores de cincuenta años, y aún se oían más voces en la cocina”. (Foster Wallace, 2007: 173).

Están presenciando, conmocionados, las imágenes brutales, espectaculares, que en ese momento emitía la CBS y que luego no volverían, se dice, a ser emitidas, por lo que se puede inferir que en Europa no han sido vistas por el gran público jamás. Aunque la sala “estaba en penumbra porque en verano aquí todo el mundo tiene siempre las cortinas cerradas” (Foster Wallace, 2007: 173), “oyendo fuera durante un rato el ruido de alguien que cortaba el césped, lo cual parecía totalmente grotesco, pero no recuerdo si alguien hizo algún comentario al respecto”. (Foster Wallace, 2007: 174). Lo extraordinario del momento hace que el narrador confiese no recordar bien lo sucedido, a pesar de relatar los hechos dos días después. Pero el sentimiento de alucinación continúa: “Desde la puerta de la cocina recuerdo ver que se caía la segunda torre y no estar seguro de si era una repetición del derrumbe de la primera”.(Foster Wallace, 2007: 174).

En semejante situación las emociones se acentúan. Uno de los presentes, un chico de veinticinco años, no para de repetir lo mucho que todo aquello se parecía a una película. El narrador apunta: “Siempre parece ser importante tener alrededor por lo menos a una persona a la que odiar”. (Foster Wallace, 2007: 175).

El colofón, magnífico, de esta viñeta de la vida americana, y del cuento mismo, merece ser leído con suma atención. Aunque no abandona su tono amable, aunque no explicita nada, Foster Wallace, para quien quiera descubrirla (o, si se atiende a las teorías conspirativas, para quien tenga el coraje de querer asumirla), desvela la devastadora hipótesis de lo que aquel día realmente tal vez sucediera:

What the Bloomington ladies are, or start to seem, is innocent. There is what would strike many Americans as a bizarre absence of cynicism in the room. It doesn't once occur to anyone here to remark on how it's maybe a little odd that all three network anchors are in shirtsleeves, or to consider that it's possible that Rather's hair being mussed is not 100% accidental, or that the relentless rerunning of spectacular footage might not be just in case some viewers were only now tuning in and hadn't seen it yet. No one else seems to notice Bush's weird little lightless eyes seem to get closer and closer together throughout his taped statement, nor that some of his lines sound almost plagiaristically identical to statements made by Bruce Willis (as a right-wing wacko, recall) in *The Siege* a couple years back. Nor that at least some of the shock of the last two hours has been how closely various shots and scenes have mirrored the plots of everything from *Die Hard I-III* and *Air Force One* to Tom Clancy's *Debt of Honor*. Nobody's edgy or sophisticated enough to lodge the sick and obvious po-mo complaint: We've Seen This Before. Instead what they do is all sit together and feel really bad, and pray. Nobody does anything as nauseous as try to make everybody all pray together or pray aloud or anything, but you can tell what they're doing.

2. A gate at the stairs, Lorrie Moore (2009)

Es interesante, dentro del conjunto de obras de ficción que se analizan en esta tesis, observar el modo en que los atentados del 11-S son utilizados en esta novela. A diferencia de *Falling Man*, de Don DeLillo, *Terrorist*, de John de Updike, o del relato *The last days of Muhammad Atta*, de Martin Amis en *The second plane*, la tragedia no ocupa en esta obra el centro de la trama y, sin embargo, es indispensable para penetrar, para entender plenamente esta notable novela, en la que apenas son citados expresamente en un puñado de ocasiones en sus algo más de cuatrocientas páginas. Narrada en primera persona, absolutamente realista, con un tono a veces lírico que nunca cae en lo cursi o en lo afectado, al igual que el texto analizado de Foster Wallace, lleva al lector al Medio Oeste, a la América no tan cosmopolita que encarnan las orillas este y oeste de EE. UU.

Tassie es una adolescente, fruto de una relación entre un hombre protestante y una mujer judía, que va a estudiar a Troy, “la Atenas del Medio Oeste”⁴⁴ (Moore, 2009:14), desde su pequeño pueblo llamado Dellacrosse. La gran facilidad narrativa de la autora hace que el lector se sumerja de inmediato en la historia desde su comienzo. El tono en toda la obra es íntimo, pero los personajes no permanecen indiferentes a la tensa realidad política que se vivía en aquel momento: “Desde nuestra perspectiva de aquel

⁴⁴ Algunas citas de esta novela están tomadas de la traducción realizada por Francisco Domínguez en la edición de Seix Barral.

trimestre, los acontecimientos de septiembre -todavía no hablábamos del 11-S- parecían cercanos y lejanos a la vez. Los estudiantes de Ciencias Políticas se manifestaban en los patios y vías peatonales, coreando: “¡Quien siembra vientos recoge tempestades!” (Moore, 2009:14). Todos tratan de volver a la normalidad: “A pesar de que los cines cerraron dos noches, y de que hasta nuestro profesor de yoga izó una bandera norteamericana y estuvo sentado frente a ella toda una semana, en la postura del loto, con los ojos cerrados [...] en general nuestras conversaciones fueron volviendo, escandalosa y tozudamente, a otros temas: las coristas de Aretha Franklin, o qué restaurante coreano servía la mejor comida china”. (Moore, 2009: 15). Las particularidades de la forma de pensar y sentir de la mujer aparecen a menudo, a veces con un recóndito poso de humor: “Yo siempre me había sentido tan invisible como el corazón de una fresa, tan secreta y fetal como la retorcida tira de papel en la galleta de la suerte, y dicha invisibilidad no carecía de ventajas, ni tampoco de egocentrismos, ni de excesos alimentados por la pena”. (Moore, 2009: 23); “Sin duda me estaba convirtiendo en una mujer que juzgaba la apariencia de otras mujeres. Me estaba convirtiendo en una mujer típica”. (Moore, 2009: 122); “De hecho, parecía cautivado o al menos muy atento, y en una ocasión me dijo que prefería a las chicas con poco pecho (¿Y tú te lo creíste?, me diría cruelmente un novio posterior)” (Moore, 2009: 250).

Se concentró en mi cara un instante y después se giró. Tenía una taza de té en el suelo, a un lado, y la cogió y bebió de ella, mirando hacia la pared. [...] Con el tiempo acabaría identificando ese modo de actuar como el principio del fin - el cese de todo interés por parte de un hombre -. Era un modo de actuar: Fatiga Altanera. Como el nombre de una estríper. Por un lado estaba lo sagrado, la inmersión, la intrusión, la ruptura de lo cotidiano que precedían al amor romántico. (Moore, 2009: 276).

La necesidad de conseguir dinero lleva a Tessie a buscarlo trabajando de niñera. De ese modo conoce a Sarah y a Edward, dueños de un restaurante de alta cocina, que planean adoptar un niño. La pareja guarda un secreto que posteriormente será revelado. Aunque siente afecto por sus padres, se siente “inquieta” (Moore, 2009: 38), cuando descubre que Sarah conoce superficialmente a su padre, que la provee de patatas para su negocio. Troy para ella significa de algún modo una nueva vida. Al mismo tiempo convive con Murph, su compañera de piso. Su relación nos depara este maravilloso pasaje:

[...] vivía la ambivalencia de tener que pagar con soledad un apartamento que no me podía permitir sola. No estaba triste; a veces no la echaba de menos. Era solo que sentía una punzada de desánimo cuando llegaba y veía que no estaba. En dos ocasiones, sin embargo, había sentido ese mismo desánimo al ver que sí estaba. (Moore, 2009: 42).

La novela prosigue centrándose en los esfuerzos de la pareja, que ha acogido bien a Tessie, por conseguir la adopción; solo una vez, de un modo parecido a los atentados, otro tema crucial de nuestro tiempo aparece (la habilidad la Moore incardina a la perfección tales asuntos en el argumento, y hasta diríamos que otorgan mayor verosimilitud al mismo): “Es el calentamiento global -dijo mi padre-. Se han visto chumberas en lugares tan al norte como el río Hottomowac. Y este año han puesto nieve de bote hasta en las ventanas del hipermercado Costco”. (Moore, 2009: 70). En una ocasión en la que ha regresado a su pueblo para ver a su familia, su hermano le informa de su idea de alistarse en el ejército: “Alistarme en el ejército parece la única opción. O eso o la autoescuela de camiones”. (Moore, 2009: 84-85). Pero el día a día de la estudiante pasa más por su relación con Sarah y Edward, a los que ve más a menudo. Hay un intento fallido de adopción; casi todas las madres que quieren dejar a su hijo en adopción están en una situación económica y social complicada. La autora nunca carga en exceso las tintas ni deja que el texto se haga en exceso reivindicativo. El deseo de maternidad y la condición de hijo o de hija, con todas sus ambivalencias, planea en variados diálogos de Sarah y Tessie, siempre desde el ajustado realismo tocado apenas por una pizca de poesía que es la marca del libro.

Es admirable la destreza de la autora para mostrar su vida, hasta el más mínimo de sus detalles. ¿No se dice a menudo que lo más difícil es observar lo que tienes justo delante? Moore parece conseguirlo:

Durante varios días me dejé llevar a la deriva. Encendí el ordenador y vagué por Internet. Hacía clic aquí, y después allá, y cuando me quería dar cuenta estaba mirando carreras de coches o los pechos de Demi Moore antes de operarse. Un billón de anuncios de remedios naturales y de sistemas de seguridad informática pasaron por la pantalla. Contesté encuestas sobre los Oscars. (Moore, 2009: 174).

En su clase de sufismo, Tessie conoce a un chico, Reynaldo, que dice ser brasileño e iniciar una relación: “Bajo su cuerpo, por la noche, estaba siendo transportada a lugares tan altos y estrellados que temía estar perdiendo años de vida, como los astronautas, de los que se dice que viven vidas más cortas”. (Moore, 2009: 234). Su relación con la niña adoptada, le hace visitar su pasado, al mismo tiempo: “Era algo hermoso tener a una pequeñina pegada a tus pasos. ¿Por qué no se había dado cuenta de ello mi propia

madre? Quizás es que siempre tuvimos demasiado invierno en las venas”. (Moore, 2009: 235).

Pero era a Mary-Enma [la niña adoptada: la llama así por sus dos nombres, el que le puso su madre y el que le pusieron Sarah y Edward], a la cual yo quería, a quien nos imaginaba teniendo. La tendríamos y la querríamos. Su risita, su sonrisa, su piel de caramelo. Y a veces era cierto: los tres salíamos juntos, y éramos como una familia. Si él hubiera querido, o incluso si simplemente me lo hubiera dicho, habría muerto de felicidad. Pero no ocurrió. Así que no morí de felicidad. Palabras para un epitafio: NO MURIÓ DE FELICIDAD. (Moore, 2009: 263-264).

También al mismo tiempo comienza a haber en casa de Sarah reuniones de familias parecidas en las que se analiza el tema de racismo en Norteamérica:

- ¡No me hagáis hablar del Islam, que como empiece...!
- ¿Y por qué somos tan horribles con los negros musulmanes? Desde hace décadas tenemos a toda esa gente de Chicago de lo más inquieta cada vez que una mezquita aparece en su vecindario, y luego salimos todos como posesos a ayudar a los musulmanes blancos de Bosnia. (Moore, 2009: 256).

De súbito un hecho estalla en el interior de la novela: Reynaldo resulta ser extremista musulmán: “Observaba su rostro bello y familiar. Me iba a dejar tan misteriosamente como había aparecido. Qué agonía. El fin como si fuera el principio, pero al revés”.(Moore, 2009: 278-279). Escribe Moore:

Era como la clásica escena de las películas en la que uno de los amantes está en el tren y el otro en el andén. El tren echa a andar, y el amante en el andén empieza a andar y después a correr, y después a esprintar, y finalmente se para conforme el tren se aleja para siempre. En este caso, sin embargo, yo hacía todos los papeles: era el amante en el andén, era el amante en el tren. Y también era el tren. (Moore, 2009: 285).

Ella no ha conseguido hacerle entrar en razón: “no es la yihad lo que está mal -dijo-. No es una guerra lo que está mal. Son las cosas que están mal lo que está mal. Era como si Gertrude Stein me hablara desde el interior de un burka”. (Moore, 2009: 286).

Tras un intento fallido de hacerlo, Sarah cuenta a Tessie el secreto que tanto ella como Edward guardaban: habían sido padres de un niño fallecido en un accidente, después de que Edward le hubiera dejado unos minutos allí para que aprendiera a comportarse, el niño no paraba de molestarles en el coche y el padre perdió la paciencia. Hubo más infortunio que falta de cuidado en el fatal episodio, si hemos de creer el modo en que Sarah cuenta los hechos. Tessie, tras escucharla conmovida, quiere irse “a casa y

pasar el resto de mi vida viendo películas. Quería ver monstruos más grandes, más voraces y menos patéticos que éstos”. (Moore, 2009: 325).

Una noticia peor aún aguarda a la protagonista. Tassie la intuye en una extraña visión que tiene en el campo, en la granja: su hermano, alistado en el ejército, muere en el frente:

El llanto de mi madre fue inenarrable. Todo un verano quedándose en la cama no le había dado la suficiente fuerza para enfrentarse a la muerte de Robert, por el contrario, pareció haberla abonado para el luto. Una noche bajó simplemente para gritarle a mi padre:

- ¡Nunca le deberíamos haber puesto tu nombre! Cualquier judío hubiera entendido eso. ¡Trae mala suerte! ¿Por qué te empeñaste tanto?

- ¡Pensaba que querías decir que me traería mala suerte a mí! -le replicó mi padre también a gritos-. Y a mí eso me daba igual. Me tenían sin cuidado esas supersticiones antiguas.

-¿Ah, sí?, ¡pues mira lo que ha pasado con esas supersticiones antiguas! -chilló, y se fue corriendo escaleras arriba. (Moore, 2009: 390-391).

La primera frase que Moore escribe tras el relato del entierro de Robert, demostrando de nuevo unas cualidades narrativas sobresalientes, es la siguiente: “la vida era insoportable, y sin embargo uno tenía que cargar con ella a todas partes”. (Moore, 2009: 402).

A su vuelta a la universidad, los estudiantes habían empezado a protestar contra la escalada militar de Bush. Los servicios sociales habían arrebatado a la niña a Sarah y Edwad, tras conocer su pasado, lo que provoca que Sarah se mude a Nueva York y se separen.

Magníficamente construida (sobre todo por la astucia de que permanentemente parece que la trama se decanta hacia uno de los hilos argumentales y no termina haciéndolo, lo que mantiene la atención del lector), plena de placer por el texto, más profunda de lo que parece, nunca tramposa con un material con el que es muy fácil serlo, una novela conseguida y que, como la vida, deja un regusto amargo pero un fuerte deseo o voluntad de proseguir, de perdurar.

3. *Freedom*, Jonathan Franzen (2010)

La novela del escritor de Chicago, Jonathan Franzen, es realista y muy norteamericana. Un furioso individualismo, una incansable competición entre unos y otros, permea todo el libro. La protagonista femenina, Patty, es violada por un compañero en su juventud, la misma Patty ve una “taimada competidora”⁴⁵ (Franzen, 2010: 187) en la novia de su hijo uno años después. El desequilibrio emocional corresponde a la época.

Patty no se explicaba cómo era posible que Joey sintiera tanta lealtad y devoción hacia su vecina. Pensó que aquella Connie Monagan, aquella taimada competidora, había conseguido de algún modo tenerlo bajo su sucio yugo solo momentáneamente. “She didn’t see how he could possibly be loyal and devoted to the neighbor girl. She thought that Connie Monagan, sneaky little competitor that she was, had managed to get some kind of filthy little momentary hold on him”. (Franzen, 2010: 150).

Para Franzen, las disfunciones de la sociedad norteamericana no empiezan precisamente con el 11-S. Pero este acontecimiento tal vez las subraya. Quizá no sea desafortunado ver que la caída de las torres preside de algún modo la ruptura entre Patty y Walter, hacia el final del libro. Por otro lado, el citado ataque no es el núcleo de esta novela, diríase que el autor ha querido pintar un fresco de la sociedad norteamericana abarcando el último medio siglo, y, en tal labor, no podía faltar la embestida de los aviones sobre las Torres Gemelas. Con un tono brioso, pero en absoluto superficial, con un afán abarcador que recuerda, salvando las distancias, a *Guerra y Paz* de Tolstoi (no en vano citado varias veces en el libro), Franzen presenta una galería de personajes verdaderamente lograda. Un rasgo muy marcado de las actuales sociedades occidentales de consumo es una suerte de inconsciencia generalizada, de escapismo psicológico; el narrador sabe captar su pulso muy bien:

Based on her inability to recall her state of consciousness in her first three years at college, the autobiographer suspects she simply didn’t have a state of consciousness. She had the sensation of being awake but in fact she must have been sleepwalkers. (Franzen, 2010: 49).

⁴⁵ Algunas citas provienen de la traducción de la novela por Isabel Ferrer, en ediciones Salamandra (véase Bibliografía).

No faltan los toques de humor en este texto en que se disecciona el envés del sueño americano: una banda de música se llama *Los Traumaticos*, por ejemplo. Los personajes del libro no son precisamente políticos profesionales, pero en ellos encontramos asimismo el interés por el mundo árabe: “Walter burned with all sorts of earnest and peculiar views- he hated the pope and the Catholic Church but approved of the Islamic revolution in Iran, wich he hoped would lead to better energy conservation in the United States”. (Franzen, 2010: 93).

Franzen desmenuza, podría decirse, ese volcán en erupción, esa nación acusadamente emocional, que son los EE. UU. Nunca cae, aun así, en el tópico, aunque a veces parece caer en lugares comunes: “His best years with the Traumaticos had coincided with Reagan I, Reagan II and Bush I; Bill Clinton (at least pre-Lewinsky) had been something of a trial of him. Now came Bush II, the worst regime of all” (Franzen, 2010: 193).

Comparece una cierta obsesión norteamericana, quizá más común en este país que en otras naciones, por el futuro:

In America alone -he said- the population’s going to rise by fifty percent in the next four decades. Think about how crowded the exurbs are already, think about the traffic and the sprawl and the environmental degradation and the dependence on foreign oi. And then add fifty percent. And that’s just America, which can theoretically sustain a larger population. (Franzen, 2010: 219-220).

Por otro lado, una inocencia, una llaneza norteamericana, está presente en algunas reacciones de los protagonistas:

Growing up in St. Paul, Joey Berglund had received numberless assurances that his life was destined to be a lucky one (...) He was so convinced of this – took it so much for granted – that on the morning of September 11 he actually left his roommate, Jonathan, to monitor the burning World Trade Center and Pentagon while he hurried off to his Econ 201 lecture. Not until he reached the big auditorium and found it all but empty did he understand that a really serious glitch had occurred. (Franzen, 2010: 232-233).

Hay en este pasaje una velada identificación entre personaje y nación; se trata de uno de los fragmentos más sencillos del libro, y sin embargo Franzen nunca deja de acertar al mostrar la entraña de los EE. UU., tan parecidos a un cangrejo: duro por fuera y blando por dentro.

Es algo que se ha observado en varios libros estudiados en esta tesis: la incapacidad del norteamericano medio para enfrentarse al estupor del acontecimiento de la caída de las torres. El novelista sugiere, en este mismo sentido, que la nación no supo encajar el golpe debidamente:

In the days after 9/11, everything suddenly seemed extremely stupid to Joey. It was stupid that a “Vigil of Concern” was held for no conceivable practical reason, it was stupid that people kept watching the same disaster footage over and over, it was a stupid that the Chi Phi boys hung a banner of “support” from their house, it was stupid that the football game against Penn State was canceled, it was stupid that so many kids left Grounds to be with their families (and it was stupid that everybody at Virginia said “Grounds” instead of “campus”). The four liberal kinds on Joey’s hall had endless stupid arguments with the twenty conservative kids, as if anybody cared what a bunch of eighteen-year-olds thought about the Middle East. A stupidly big fuss was made about the students who’d lost relatives or family friends in the attacks, as if the other kinds of horrible death that were constantly occurring in the world mattered less, and there was stupid applause when a vanful of apperclassmen solemnly departed for New York to give succor to the Ground Zero workers, as if there weren’t enough people in New York to do the job. Joey just wanted normal life to return as fast as possible. (Franzen, 2010: 233).

Toda esta enumeración recuerda al cuento de David Foster Wallace sobre el 11-S, *The view of Mrs. Thompson*, que se analiza en el siguiente apartado; se percibe una similitud en el tono. Un asombro sin límites inunda ambos textos. Son críticas a la sociedad norteamericana, pero críticas llenas de afecto. Esas vidas de los ciudadanos de EE. UU., tan libres, tan soberanas, pero al mismo tiempo tan intrincadas en otras, tan mezcladas con otras.

VI. CONCLUSIONS

Violence is now taken for granted. The breakdown in communication between the individual and society, the abuse of power, the constant aggression and relentless competitiveness are all factors that have been contributed to wars, murders, genocide and dictatorships throughout history. As a result, evil is considered to be a natural part of men. Violence and aggression are the norm. The events of 9/11 are the consequences of our historical lack of understanding. I believe my research on the Anglo-American novels has successfully demonstrated this psychological and moral imbalance which exist in mankind.

On that fateful September morning, in the space of a few hours, a handful of terrorists succeeded in pitting civilizations against each other. Not only that but this confrontation was broadcast live on TV screens across the world. For then on there was no escape. The man in the street, whether he liked it or not, could no longer remained ignorant of world events, as Noam Chomsky pointed out. This century has lived over indescribable tragedies for example in Africa where two wars in the Congo caused the death between four to six million people. The 9/11 attacks, where on and infinitively scale of casualties yet the psychological impact in the world was immense. With 9/11 the conscience of the world finally woke up.

New York, the city of freedom, progress and individual ambitious, was now victim. Reactions to the attacks, at it was shown in this research, were frustration, fear, trauma, paranoia and pain.

The different ways of aesthetic representation of the tragedy has been successful in the following achievements: the fear and permanent threat in *Saturday*, written by Ian McEwan; the allegoric revelation of an apocalyptical world in *The Road*, by Cormac McCarthy; an acid black humor in *A disorder peculiar to the country*, by Ken Kalfus; the ideological penetration of the radical ideology in *Terrorist*, by John Updike; the desperation in the search of meaning in *Falling Man*, by Don DeLillo; the perplexity facing the murders normal lives in *The second plane*, by Martin Amis; the identification with an antagonist personality in *Netherland*, by Joseph O'Neill, and the rejection of the Muslim world in *The Submission*, by Amy Waldman.

This research is part of a wider and more detailed study of the effects on 9/11 on Literature. The following conclusions can be drawn: the Arabs or Middle Eastern characters appeared in Anglo-American novels not as exotic elements but as three-dimensional, living characters. Secondly, the terrorist ideology has played an influence on the behavior or emotional life of the most vulnerable characters in those novels. Islamist terrorism has become the prime material for the literary expression of the search for meaning and the frustration of human kind on the verge of the abyss. Islamist terrorism has provided the literary framing for the plot and the characters of the selected novels which have been shaped by an apocalyptic landscape. Representation of this violence in these novels is given a profundity and realism unlike other fictional accounts of violent events. The authors of these novels have achieved the level of aestheticism that has triumphed over the sheer horror of the actual events.

VII. REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Amis, M. (2008). *The second plane*, London: Vintage Books.

Bermúdez de Castro, J.J. (2010). The terrorist figure in 9/11 fiction: misrepresenting muslims, arabs and middle easterners. (Tesis doctoral) Universidad Autónoma de Madrid.

Chomsky, N. (2001). *11/09/2001*. Barcelona: RBA.

Chomsky, N. (1999). *Profit over people. Neoliberalism and global order*. New York: Seven Stories Press.

Chomsky, N. y Barsky, R. (1997). *A life of dissent*. Canada: ECW Press.

Chomsky, N. (2001). *Como mantener a raya a la plebe. Entrevistas por David Barsamian*. México: Siglo XXI editores.

DeLillo, D. (2007). *Falling man*. New York: Scribner.

DeLillo, D. (2007). *El hombre del salto*. Barcelona: Seix Barral.

Duvall, J. N. (2012). Fiction and 9/11. En J. Duvall, *The Cambridge Companion to American Fiction after 1945*. (pp. 181-92). Cambridge: Cambridge UP.

Frankl, V. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.

Friedman, T. (2002). *Longitudes & Attitudes: Exploring the world after September 11*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

Halperin, J. (2003). *Noam Chomsky, Bush y los años del miedo: Conversaciones con Jorge Halperin*. Buenos Aires: Capital Intelectual. (Volumen 10 de *Monde diplomatique*).

Holloway, D. (2008). *Cultures of the War on Terror. Empire, Ideology, and the Remaking of 9/11*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Lévy, B.-H. (2006). *American Vertigo. Traveling America in the footsteps of Tocqueville*. Nueva York: Random House.

McCarthy, C. (2006) *The Road*. New York: Vintage International.

McEwan, I. (2006) *Saturday*. Londres: Vintage Books.

Moore, L. (2009). *A gate at the stairs*. Nueva York: Random House.

Perloff, M. (2009). *El momento futurista: La vanguardia y el lenguaje de la ruptura antes de la primera guerra mundial*. Valencia: Pre-textos.

Pinker, S. (2012). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Barcelona: Paidós.

Punset, E. (2011). *Excusas para no pensar*. Barcelona: Booket.

Randall, M. (2011). *9/11 and the Literature of Terror*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret*. Madrid: La Esfera de los Libros.

Rocha, S. (2013). *La facción caníbal. Historia del vandalismo ilustrado*. Madrid: La Felguera.

Savater, F. (1991). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.

Sorel, G. (1978). *Reflexiones sobre la violencia*. (Trad. Luis Alberto Ruíz) Buenos Aires: La Pléyade.

Updike, J. (2007). *Terrorista*. Barcelona: Tusquets.

Updike, J. (2007). *Terrorist*. Nueva York: Ballantine Books.

Walton P. L. and Tucker, B. (2012). *American culture transformed. Dialing 9/11*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Žižek, S. (2008). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

Arabinda, A. (2013). *Ten years after 9/11. Rethinking the jihadist threat*. London/New York: Routledge Taylor & Francis Group.

Barker, F. (1993). *The Culture of Violence. Essays on tragedy and history*. Chicago: The University of Chicago Press.

Beigbeder, F. (2005). *Windows on the world*. London/New York: Harper Perennial.

Bloom, H. (2009). *La ansiedad de la influencia*. Madrid: Trotta.

Bradley, A. and Tate, A. (2010). *The New Atheist Novel: Fiction, Philosophy and Polemic after 9/11*. London: Continuum.

Bringuier, J. and Gonzalez, M. (2010). Fiction after 9/11: A Journey through the Desert of the Real. En M. Gonzalez and M.-O. Pittin-Hédon. *Generic Instability and Identity in the Contemporary Novel* (pp. 220-37). Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars.

Burbano, M. (2003). *Religión y violencia: introducción a la filosofía de René Girard*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Butler, J. (2009). *Frames of war*. London/New York: Verso.

Chomsky, N. (2011). *9/11. Was there an alternative?*. New York: Seven Stories Press.

DeLillo, D. (1997). *Underworld*. New York: Scribner.

DeLillo, D. (2009). *Submudo*. Barcelona: Seix Barral.

Derosa, A. (2013). Alterity and the Radical Other in Post-9/11 Fiction: DeLillo's Falling Man and Walter's The Zero. *Arizona Quarterly: A Journal of American Literature, Culture, and Theory*, 69.3, (pp 157-83).

Didion, J. (2003). *Fixed Ideas: America since 9/11*. Nueva York: The New York Review of Books.

Dunbar, D. y Reagan, B. (2011). *Debunking 9/11 Myths. Why conspiracy theories can't stand up to the facts*. New York: Hearst Books.

Duvall, J. N. and Robert P. M. (2011). Fiction after 9/11. *Special Issue of Modern Fiction Studies* 57.3.

Foucault, M. (1993). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Frankl, V. (2003). *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder.

Frankl, V. (2009). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.

Fukuyama, F. (2006). *The end of history and the last man*. Nueva York: Free Press.

García Pintos, C. (2007). *Un hombre llamado Viktor*. Buenos Aires: San Pablo.

Girard, R. (1986). *El chivo expiatorio*. (Trad. Joaquín Jordá). Barcelona: Anagrama.

Hansen, J. (2011). *Guantánamo. An American history*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

Hansen, J. (2003). *Patriotism. Debating American Identity, 1890-1920*. Chicago: The Chicago University Press.

Huntington, S. (2001). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.

Jacobson, S. and Colon, E. (2008). *America's war on terror (2001- 2008)*. Nueva York: Farrar Straus Giroux.

Katz, M. N. (2012). *Leaving without losing. The War on Terror after Iraq and Afghanistan*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Kean, Y. H., and Hamilton, L. (2004). *The 9/11 Commission Report. Final report of the national commission on terrorist attacks upon the United States*. Washington: National Commission on Terrorist Attacks upon the United States.

Keeble, A. (2014). *The 9/11 Novel: Trauma, Politics and Identity*. Jefferson, NC: McFarland.

Kempner, B. (2009). "Blow the World Back Together": Literary Nostalgia, 9/11, and Terrorism in Seamus Heaney, Chris Cleave, and Martin Amis. En C. Cilano, *From Solidarity to Schisms: 9/11 and after in Fiction and Film from Outside the US*. (pp. 53-74). Amsterdam: Rodopi.

Meyerowitz, J. (2003). *History and September 11th*. Filadelfia: Temple University Press.

Michael, M. C. (2009). Writing Fiction in the Post-9/11 World: Ian McEwan's Saturday. En C. Cilano, *From Solidarity to Schisms: 9/11 and after in Fiction and Film from Outside the US*. (pp. 25-51). Amsterdam: Rodopi.

Mustafa, S. (2009). Defending the Faith: Islam in Post 9/11 Anglophone Fiction. *Religion and Literature* 41.2, (pp. 281-88).

Nadel, I. (2015). White Rain: 9/11 and American Fiction. *Canadian Review of American Studies/Revue Canadienne D'Etudes Americaines* 45.2, (pp. 125-48).

Núñez Villaverde, J. A. (2015). *Boko Haram. El delirio del califato en África occidental*. Madrid: La Catarata.

Posner, G. (2003). *Why America slept. The failure to prevent 9/11*. Nueva York: Random House.

Quendler, C. (2001). *From Romantic Irony to Postmodernist Metafiction: A Contribution to the History of Literary Self-Reflexivity in its Philosophical Context*. Frankfurt: Peter Lang.

Roffinelli, G. (2003). *Noam Chomsky y el control del pensamiento*. Madrid: Campo de ideas, S.L.

Safran Foer, J. (2005). *Extremely Loud and Incredibly Close*. New York: Mariner books. Houghton Mifflin Harcourt.

Said, E. (2012). *Power, Politics, and Culture. Interviews with Edward Said*. New York: Vintage Books.

Sicher, E. and Skradol, N. (2006). A World Neither Brave Nor New: Reading Dystopian Fiction after 9/11. *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas* 4.1, (pp. 151-79).

Sykes, R. (2014). A Failure of Imagination? Problems in 'Post-9/11' Fiction. En R. Fanuzzi and M. Wolfe, *Recovering 9/11 in New York*. (pp. 248-62). Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars.

Tancke, U. (2009). Uses and Abuses of Trauma in Post-9/11 Fiction and Contemporary Culture. En C. Cilano, *From Solidarity to Schisms: 9/11 and after in Fiction and Film from Outside the US*. (pp. 75-92). Amsterdam: Rodopi.

Woods, D. W. (2012). *Democracy Deferred. Civic leadership after 9/11*. New York: Palgrave Macmillan.

Wright, Lawrence. (2006). *The looming tower*. New York: Alfred A. Knopf.

Zinn, H. (2009). *A young people's history of the United States*. New York: Seven Stories Press.

Žižek, S. (2001). *Enjoy your Symptom! Jacques Lacan in Hollywood and out*. New York and London: Routledge.

IX. APÉNDICES

- **“El asesinato de Bin Laden fue un acto de venganza”**

<http://www.jotdown.es/2014/03/dolores-delgado-osama-bin-laden-fue-muerto-en-un-acto-de-venganza/>

- **La orgía del narcisismo tras el 11-S, por Philip Roth. Publicado en *The Telegraph*, noviembre de 2002.**

- **“Después de las Torres Gemelas hay una literatura con tranquilizantes”, Chuck Palahniuk, en una entrevista en *El País*, 22 de abril de 2012.**

Opina que tras los atentados de las Torres Gemelas sus compañeros de generación han evolucionado hacia libros demasiado cómodos. “Es como si los libros se hubieran convertido en la provincia de la comodidad, de la lectura fácil. Las personas provocadoras que conozco se han pasado a las películas, al juego, al ocio... los libros no tienen mucha importancia para ellos. Después del 11-S no hemos visto mucha literatura transgresora, la literatura está más amaestrada. Tengo amigos que son profesores universitarios y me dicen que la literatura de ahora padece el hecho de que la gente está demasiado feliz, demasiado medicada. Los alumnos más brillantes, los que podrían escribir algo, están tomando antidepresivos, tranquilizantes, así que no tienen altibajos emocionales. Son siempre felices, hay una frase popular que dice que un escritor debe escribir cuando está de buen humor pero debe publicar cuando está de mal humor. Esos altibajos emocionales tienen que existir”.

X. ELEMENTOS EXTERNOS



fig. 1: Momento del impacto en la segunda torre.



fig. 2: Hombre cayendo desde una de las torres. Richard Drew.



fig. 3: Trabajadores del WTC.



fig. 4: Momento de la muerte de Bin Laden ordenado por el presidente Barak Obama y su equipo de seguridad nacional, desde la Casa Blanca.



fig. 5: Viñeta de la revista *Charlie Hebdo*.